

Un

océano

de

dudas

LAURA FLANAGAN

Lel
LITERAL
AppBook

A45

Un océano de dudas

Laura Flanagan



Índice

[Un oceano de dudas](#)

[Sinopsis](#)

[Dedicatoria](#)

[Agradecimientos](#)

[Septiembre](#)

[1 Fred](#)

[2 Craig](#)

[3 Fred](#)

[4 Craig](#)

[5 Fred](#)

[6 Craig](#)

[7 Fred](#)

[8 Craig](#)

[9 Fred](#)

[10 Craig](#)

[11 Fred](#)

[12 Craig](#)

[13 Fred](#)

[14 Craig](#)

[15 Fred](#)

[16 Craig](#)

[17 Fred](#)

[18 Craig](#)

[20 Craig](#)

[21 Fred](#)

[22 Craig](#)

[23 Fred](#)

[24 Craig](#)

[25 Fred](#)

[26 Craig](#)

[27 Fred](#)

[28 Craig](#)

[29 Fred](#)

[30 Craig](#)

[31 Fred](#)

[32 Craig](#)

[33 Fred](#)

[34 Craig](#)

[35 Fred](#)

[36 Craig](#)

[37 Fred](#)

[Noviembre](#)

[38 Craig](#)

[39 Fred](#)

[40 Craig](#)

[41 Fred](#)

[Diciembre](#)

[42 Craig](#)

[43 Fred](#)

[44 Craig](#)

[45 Fred](#)

[46 Craig](#)

[Febrero](#)

[47 Craig](#)

[48 Fred](#)

[Marzo](#)

[49 Craig](#)

[50 Fred](#)

[51 Craig](#)

[52 Fred](#)

[53 Craig](#)

[54 Fred](#)

[Abril](#)

[55 Craig](#)

[56 Fred](#)

[57 Craig](#)

[58 Fred](#)

[Mayo](#)

[59 Craig](#)

[60 Fred](#)

[61 Craig](#)

[62 Fred](#)

[Junio](#)

[63 Craig](#)

[64 Fred](#)

[65 Craig](#)

[66 Fred](#)

[67 Craig](#)

[68 Fred](#)

[69 Craig](#)

[70 Fred](#)

[71 Fred](#)

[Julio](#)

[72 Craig](#)

[73 Craig](#)

[74 Fred](#)

[75 Craig](#)

[76 Fred](#)

[77 Craig](#)

[Septiembre](#)

[78 Craig](#)

[79 Fred](#)

[80 Craig](#)

[81 Fred](#)

[82 Craig](#)

[83 Fred](#)

[84 Craig](#)

[85 Fred](#)

[86 Craig](#)

[87 Fred](#)

[88 Craig](#)

[89 Fred](#)

[Octubre](#)

[90 Craig](#)

[Noviembre](#)

[91 Fred](#)

[92 Craig](#)

[93 Fred](#)

[Diciembre](#)

[94 Craig](#)

[95 Fred](#)

[96 Craig](#)

[Epílogo Fred](#)

[Sobre la autora](#)

[Notas](#)

Sinopsis

El universo de Winnifred se ha roto en pedazos tras descubrir que Ashton, su novio de toda la vida, le ha sido infiel. Una semana antes de que empiece la universidad, su prima Rachel decide llevarla lejos de Sacramento para que se distraiga y deje de pensar en su ex.

Melbourne resultará ser el antídoto a todos sus males. Allí, Winnifred conocerá a Craig, un chico totalmente opuesto a ella: ligón, inmaduro y con un pequeño secreto. Juntos vivirán un viaje de autodescubrimiento en el que cada uno será un apoyo fundamental para el otro.

¿Qué pasará cuando Fred tenga que regresar a Sacramento?
¿Estarán ambos dispuestos a luchar por sus sueños o se dejarán arrastrar por las olas?

Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del código penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos) Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© de la fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Laura Flanagan 2018

© Editorial LxL 2018

www.editoriallxl.com

04240, Almería (España)

Primera edición: septiembre 2018

Composición: Editorial LxL

ISBN: 978-84-17516-02-4

*A todas esas personas que se esfuerzan por
conseguir que sus sueños se hagan realidad.
Nunca dejéis de creer en vosotros mismos.*

Agradecimientos

Quiero dar las gracias a toda esa gente que cree en mí y me apoya día a día. La primera y sin la cual este sueño no habría sido posible con su paciencia, trabajo y esfuerzo es mi editora Angie. Gracias por hacerlo posible.

A LxL Editorial por volver a confiar en mí.

A mi familia y amigos porque saben lo que es convivir con una escritora a diario y no tienen miedo de verse reflejados en alguno de mis personajes.

A Sandra, por decirme lo que piensa sin pelos en la lengua.

A Sastre por esas charlas tan amenas y didácticas.

A los eventos literarios de toda España —Booksladder, NORA y otros tantos que no entrarían por falta de espacio— que permiten a autoras como yo darse a conocer y que personas con una misma pasión puedan disfrutar de un rato agradable juntos.

Y a todas aquellas personas que he conocido en el camino y que con una sonrisa y cuatro palabras saben alegrarme el corazón.

¡Gracias!

Septiembre

1



Fred

Todavía no puedo creer que con el estúpido vídeo de presentación que envié a la Universidad de Stanford me hayan aceptado entre las miles de solicitudes que reciben cada año. Tal vez sea por el generoso donativo que mi familia hace todos los años a la facultad o porque procedo de una larga estirpe de abogados en la que todos estudiaron en la segunda universidad más importante de Estados Unidos.

Tumbada en la cama, no hago más que ver una y otra vez en mi móvil el vídeo que grabé. En él hablo de mis buenas notas hasta ahora, de mi participación en el refugio de los Sin Techo de Sacramento, mi membresía en el Club de Natación y en el de Ajedrez, así como los premios que he conseguido en cada uno de estos deportes. No olvido mencionar las dos cartas de recomendación que han realizado tanto la directora del instituto como mi entrenador. Intento sacarme algún defecto, pero no lo encuentro. Mis padres me han criado dentro de la más estricta perfección, siempre presionándome, siempre esperando lo mejor de mí.

El ruido de la puerta abriéndose hace que detenga el vídeo cuando veo entrar a mi prima Rachel. Ella también comenzará a estudiar Derecho este año, pero en su caso el motivo es diferente.

Ella sueña con ser abogada desde niña.

—Vamos, Fred —me incita, lanzándose sobre la cama. Cuando ve que no estoy con ganas de bromas, sigue mi mirada para descubrir lo que me preocupa—. ¿No me digas que todavía sigues dándole vueltas a eso? Lo que tú y yo deberíamos estar haciendo ahora es disfrutar de esta semana en Melbourne —me regaña mientras tira de mi brazo para ponerme en pie—. De lo único que tendrás que preocuparte, por el momento, es de lo que vamos a llevar en la maleta —dice cotilleando mi armario y sacando un conjunto para que me cambie—, de cómo será nuestra habitación, de los chicos que conoceremos... — comenta esto último con cierto retintín.

Me río y le arrojo la almohada a la cabeza.

—¿Con que esas tenemos, señorita Chambers? — bromea Rachel antes de iniciar una guerra de almohadas. Ella es la campeona en este deporte.

Un rato después, las dos estamos tumbadas boca arriba en la cama, sonriendo y hablando sobre el futuro.

—¿Cómo piensas que será? —pregunto esperando que mi prima calme parte de mis miedos.

—No puede ser peor que Sacramento —sigue bromeando Rachel. Le doy un codazo—. Vale, vale.

—¿Tu padre no ha tenido «la conversación» contigo? —cuestiono doblando los dedos índice y corazón de ambas manos para recalcar esas dos palabras. Rachel ignora a qué me refiero—. Mi padre se sentó conmigo y comenzó a hablarme del gran paso que estaba a punto de dar. Uno importante en todos los sentidos. Que dejaba atrás la niñez y comenzaba una etapa llena de nuevas, y no siempre buenas, experiencias lejos de casa. Me contó que para él y el tío fue una experiencia inolvidable, algo que siempre recordarían con cariño.

El ceño de Rachel se arruga ante lo que le acabo de contar.

—Espero que a mi padre no se le ocurra hablar conmigo o me cortaré las venas —suelta sarcástica, irguiéndose y mirándome. Ella

siempre ha sido la más rebelde de las dos. A mí me ha tocado el papel de niña buena. Yo siempre acepto de buen grado todo lo que mis padres me dicen.

Lo bueno de ir a Stanford es que me alejaré de Sacramento y, por ende, de ellos. Mis padres tienen razón en una cosa: en poco más de una semana, Rachel y yo estaremos por nuestra cuenta en una ciudad extraña.

Me levanto de la cama feliz, me quito la camiseta del pijama y se la lanzo a mi prima antes de ponerme el conjunto que ha elegido para mí.

2



Craig

Limpio el vaho que se ha formado en el espejo y contemplo mi reflejo, satisfecho de mí mismo. Mis profundos ojos azules, mi cabello rubio y mi perfecto bronceado consiguen que todas las chicas caigan rendidas a mis pies. Mi buena fisonomía, que me encargo de cuidar con especial esmero, es un plus añadido. Acaricio mi barbilla y decido que la barba de cuatro días me sienta bien.

Un golpe en la puerta me hace volver a la realidad.

—¡Craig! Sal de una puñetera vez —exige mi hermano pequeño, quien parece tener algo de prisa.

Abro la puerta con una toalla enroscada en la cintura y sonrío a Flynn. Su expresivo rostro me mira con cara de pocos amigos.

—Parece que alguien se ha levantado hoy con el pie izquierdo —suelto con ironía, echándome a un lado y dejándole pasar. Sube la tapa del váter, algo que Alice nos ha grabado a fuego de tanto repetirlo y sus músculos comienzan a relajarse.

—Tú también estarías de mal humor si yo siempre ocupara el baño durante horas como haces tú —me responde molesto—. A veces me pregunto si no serás una nenaza — Flynn dice esta última palabra observándome.

Me aplico mi crema facial y antes de que salga del baño, le azoto

con la toalla mojada, algo que odia sobremanera. Tanto como que le revuelvan su cabello pajizo. A veces, nuestra madre le hace algún que otro arrumaco y es que su rostro aniñado y angelical, falto de acné, no haría pensar que tiene diecisiete recién cumplidos.

Me pongo el vaquero azul oscuro y la camisa blanca que sé que más resaltan mi figura. Me echo un par de gotas de colonia en el cuello, cojo las llaves de casa y, antes de salir, me despido de todos.

—Me voy. Volveré pronto. Hasta luego. —Una promesa que la mitad de las veces no cumplo.

Son las siete de la tarde y me dirijo al centro. Melbourne es una ciudad al modelo de las inglesas, donde se cena a las seis y se sale de fiesta hasta las dos de la mañana cuando cierran todos los clubs.

He quedado con Liam, mi mejor amigo. Garrett y Ryan se unirán algo más tarde. Liam es igual de alto que yo y su pelo alborotado y su mirada traviesa, que parece ocultar siempre algún secreto, unidas a su simpatía hacen de él el mejor colega para salir de ligoteo. Él allana el terreno y yo hago el resto.

Lo primero que hacemos es saludarnos y darnos un abrazo. No nos hemos visto en toda la semana. Él estudia Publicidad, de ahí su labia con las chicas, y yo trabajo como mecánico en un taller. Yo era un niño de esos a los que se les daba bien estudiar, pero no encontré algo que me motivara lo suficiente. Desde pequeño, siempre me gustaron los coches por lo que era inevitable que terminara trabajando con ellos.

Vamos a la barra del bar, que a esta hora está atestada de críos, y pedimos unos chupitos para ir entonando. El alto volumen de la música hace que resulte imposible hablar. Adolescentes de todas las edades forman un gran bullicio, subiendo la voz por momentos, para tratar de escucharse.

Como en un ritual de cortejo y apareamiento, las chicas llevan capas y más capas de maquillaje —dando a veces la apariencia de aborígenes— y ropa una talla más pequeña para atraer la atención de

algún macho alfa. Los chicos son un reclamo de poder y dinero con sus relojes y ropas de marca. Transmiten seguridad y confianza. El dinero no es un problema.

Liam y yo siempre procuramos irnos al mismo tiempo. Mi coche, un Jeep Wrangler, que he comprado con mis ahorros, permanece guardado en la cochera. Él tiene un Volkswagen que perteneció a su padre y, por lo tanto, tiene unos cuantos añitos. Es por eso que siempre vamos en el coche de él. Por otro lado, está el tema del espacio propio. Los padres de Liam se han trasladado a vivir a cincuenta kilómetros de la ciudad por lo que han tenido que alquilar un pequeño estudio para él, mientras que estudia en la facultad. Las cajas inundan cada rincón de la estancia.

Hemos entablado conversación con dos chicas. Se les ve fuera de lugar en medio del local. Se nota a la legua que no son de aquí. Liam atraviesa fuego enemigo y descubre que son americanas. Pronto, hablamos de lo que les ha traído aquí. Unas merecidas vacaciones después de su curso de preparatoria antes de empezar la universidad. Van a ir a Stanford. Sé que es una buena facultad, pero Liam me revela que es la segunda más importante de todo Estados Unidos. Hemos dado con unas cerebritos.

No tardamos demasiado en invitarles al estudio de Liam. Él sube con Rachel, una chica de cabello largo y castaño, con unas enormes cejas que no restan belleza a su rostro. Yo me quedo en el coche con su prima. Una joven de pelo castaño con mechas rubias, cuyos ojos verdes me han hipnotizado durante toda la noche. Soy malísimo para los nombres, pero el suyo es muy poco corriente. Winnifred, aunque todo el mundo la llama por el diminutivo. Fred.

La situación en el vehículo se hace algo tensa. Enciendo la radio y suena una canción de Muse. Le pregunto si le gusta. Asiente sin más. El pequeño habitáculo hace de la situación algo sucio y excitante que, por lo general, suele gustar a las chicas. Después de unos segundos de silencio en que ambos miramos al horizonte, me abalanzo sobre

ella, pero Fred me empuja a un lado.

—¿Qué te ocurre? ¿No quieres hacerlo? —le pregunto sin miramientos—. El piso de mi amigo solo tiene una habitación. Pensé que sería algo raro para los cuatro —le explico alegando que no hay otro sitio donde podamos ir.

—Debería irme. Esto ha sido una mala idea —me confiesa avergonzada, evitando cruzarse con mi mirada. Abre la puerta para apearse, pero la sujeto del brazo.

—¿Adónde vas? —cuestiono su actitud. Ella me mira extrañada.

—Creo que acabo de dejarlo claro. Me marchó — responde a la defensiva—. ¿No creerás que voy a irme a tu casa?

—Estoy seguro de que no. Mis padres no te caerían bien y mi hermano está pasando por la edad del pavo —me burlo de ella. Fred se muestra sorprendida. Nunca se habría imaginado que yo, con aire tan independiente fuera en realidad tan hogareño—. Sube, por favor. Te llevaré a donde quieras. —Fred se lo piensa durante un instante y termina aceptando.

Arranco el motor y salimos a la carretera. Toso para llamar su atención.

—Señorita, ¿a dónde quiere que la lleve? —bromeo como si fuera un taxista y ella mi cliente. Se queda callada. Claramente desconfía de mí. Recupero mi chulería y descaró—. ¿No creerás que soy un psicópata y voy a hacerte algo?

Termina echándose a reír.

—La verdad es que no das el pego —expone de forma abierta.

—¿Y de qué lo doy? —pregunto, dejando que mi irresistible tono de voz hable por mí.

—Pues... no sé, no sé... —Duda, contemplándome exhaustivamente.

—¿Me acabas de echar una ojeada de arriba abajo? — ella lo niega y yo me echo a reír. La he visto y por mucho que diga lo contrario sé que es así.

—¿Paso la ITV o no?

—¿Quééé? —pregunta, entre carcajadas, como si no supiera de qué le estoy hablando.

—No te hagas la tonta. Me has mirado detenidamente. Te he visto —vuelvo a hacer hincapié.

—Está bien. No puedo negar que te estaba mirando, pero no de la manera que piensas. —La miro un momento para que siga hablando. Veo cómo aparta la vista y sé que me miente a todas luces—. No voy a decírtelo. No quiero alimentar tu ego más de lo que ya lo está.

—¡Oh, vamos! —exclamo, sonriendo, con ganas de saber qué es lo que verdaderamente piensa de mí. Ahora es ella la que consigue atraer mi atención y no cesaré en mi empeño hasta que hable—. Prometo que no me quejaré.

Pasan unos segundos y ninguno decimos nada.

—Venga, Fred, en serio. Dímelo —insisto como un niño pequeño. Cuanto más me niegan algo, más lo anhele.

—¿Prometes que no harás ninguna broma? —inquire mientras se dedica a girar un anillo en su dedo, el cual parece tener una inscripción. Su ceño fruncido es clara muestra de que sabe que no parará y ha terminado aceptando su derrota.

Cruzo los dedos índice y corazón en señal de promesa.

Parece valerle y retoma la conversación donde lo había dejado:

—Das la imagen de ser el típico chulito de playa, que cuida su físico al extremo. Practicas algún deporte para mantenerte en forma y, sobre todo, para presumir ante las chicas, algo que te encanta. Te haces el duro, pero tienes buen corazón. Quieres a tu familia y te resistes a irte de casa porque no podrías vivir sin ellos. —Fred parece haberme psicoanalizado en un momento. Sin embargo, sus últimas palabras son las que más me afectan. Ha dado en el clavo. Me siento expuesto ante ella como nunca he estado con nadie. Me resulta fácil ocultar mi verdadero yo delante de cualquier chica, pero Fred solo ha necesitado un instante para calarme. Y eso lastima mi ego.

—Aún no me has dicho a dónde debo llevarte —le recuerdo malhumorado, queriendo cambiar de tema, aunque sea de una forma tan descarada.

—Craig, no me digas que te has enfadado. ¿Es que acaso he acertado de pleno? —Al final es ella la que se ríe. El sonido que sale de sus labios, en lugar de molestarme, me relaja y me hace sentir a gusto. Como en casa.

Sigue mirándome y eso me pone nervioso. No sé cómo debo actuar. Se le ve una chica lista y yo a su lado me siento un imbécil.

—No —respondo escueto, esperando que dé por zanjado el tema.

—Hostal Claremont.

—¿Qué? —Por un momento he vuelto a mis pensamientos y no he oído lo que me ha dicho.

—Donde me alojo. Hostal Claremont —me repite tranquilamente mientras su mirada vuelve al horizonte.

—¡Vaya! Eres una chica con recursos que va a estudiar en Stanford, ¿y te alojas en un hotelucho? ¡Eres una caja de sorpresas! —pienso en voz alta sin darme cuenta de que me estoy metiendo en temas demasiado personales.

—Mis padres no vieron con buenos ojos este viaje y lo he tenido que pagar con mis ahorros de la universidad...

—Mi mirada de interés la obliga a seguir hablando—: Tenía pensado concentrarme únicamente en la carrera, pero tendré que trabajar para pagar mis gastos.

—No te vendrá mal trabajar para saber lo que es —le pico haciéndole saber que para mí ella es una niña bien a la que sus padres le han dado todo. Arruga el ceño medio en broma y me da con ligereza en el hombro. Le devuelvo la sonrisa.

—No, ya en serio. Rachel y yo estudiaremos Derecho en Stanford, al igual que hicieron nuestros padres y abuelos. — Sus ojos no brillan de entusiasmo como debieran al hablar de algo que le gusta.

—No pareces muy contenta... —Trato de tirar del hilo, para saber

más de ella.

—Derecho no era mi primera opción —admite defraudada.

—¿Y cuál era?

—Periodismo. Disfruto con los reportajes de investigación. No me gusta que la gente abuse de su poder con los más débiles. Quiero dar voz a esas personas que casi nadie puede escuchar. —Su vehemencia me hace ver que no es solo una cara bonita. Detrás de eso, hay una persona con un gran corazón, a la que le gustan las causas perdidas.

—¿Y por qué no estudias eso si es lo que realmente te gusta? —reivindico con espíritu aventurero.

—No es tan fácil. Esto es lo que se espera de mí. Soy una Chambers. Prestigio y honor. Rachel y yo continuaremos con el bufete cuando mis padres ya no estén —vaticina el futuro sin necesidad de una bola de cristal—. Nuestra familia ya se ha encargado de hacer planes por nosotras.

—¿Tienes hermanos? —le pregunto tratando de dar un giro a la conversación.

—Sí —titubea antes de contestar—. Un hermano mayor. ¿Por?

—¿Y también ha estudiado Derecho? —inquiero para ver si puedo servirme de él para rebatir sus negativas a contradecir a sus padres.

—No... —murmura con voz queda.

—Ahí lo tienes. Tu hermano se ha librado de esa pesada cadena. ¿Por qué no te sirves de su ayuda? —la aconsejo, esperando animarla.

—Mi hermano era todo lo contrario a mí. Era un soñador y el ojito derecho de mis padres. Nunca le impusieron normas como a mí —narra con un aire triste, como si estuviera ocultándome algo más. No insisto puesto que apenas nos conocemos y debe ser duro para ella hablar de ciertos temas, pero no puedo evitar darme cuenta de que ha hablado de él en pasado.

El silencio se instala durante unos segundos en el coche. Freno ante un semáforo en rojo, algo que puede parecer una tontería cuando es de noche y estamos solos en la carretera, pero que evita

que ninguno de nosotros termine en el hospital. Un lugar en el que nadie quiere quedarse más de lo imprescindible. Entonces, Fred toma la palabra y esta vez es ella quien hace las preguntas.

—Así que eres mecánico porque te apasionan los coches... —esa afirmación parece querer decir algo más, algo que no logro intuir.

—Sí —respondo lacónico.

—¿Jamás pensaste en estudiar ingeniería? ¿Ser quien los construya o diseñe? —Fred juega sucio. Quiere saber todas las respuestas sobre mí, cuando ella misma ha creado una barrera infranqueable en torno a ella.

—Nunca me lo planteé. —Y es cierto, nunca lo había hecho hasta ahora. Desde pequeño soñaba con trabajar en coches, no me importaba si me manchaba de grasa o si tenía que quedarme más horas de las pactadas.

—¿Y si ahora pudieras hacerlo? Digo, ¿planteártelo? ¿Lo harías? —La miro sorprendido por ese repentino interés en que estudie una carrera. Observa mi reacción y se avergüenza de inmediato de sus preguntas—. Perdona, no quería ser entrometida.

—La curiosidad mató al gato, Fred —bromeo para hacerle pasar un rato más de vergüenza. Después, sigo con nuestra conversación—: No es algo que me haya planteado. Ahora mismo soy feliz con lo que tengo. Mi trabajo, mi familia y mis amigos.

—¿En ese orden? —espeta como si hubiera fallado un examen tipo test.

—Sí, en ese orden. ¿Tienes algo en contra? —Pienso si no me he equivocado al catalogar a Fred. Es algo cuadrículada. Todo lo que se salga de sus normas y principios parece estar equivocado por definición.

—No. Yo... —Su ánimo vuelve a decaer. La conversación no está yendo todo lo bien que debería.

—Ya hemos llegado a su hotel, señorita —hablo antes de que alguno de los dos pueda decir algo más de lo que arrepentirse.

Aparco en la entrada y espero a que se baje.

—Gracias por traerme, Craig. Te pido perdón si he dicho algo que pudiera molestarte. No era mi intención —se excusa, recorriendo con los dedos de forma compulsiva el bolso que reposa sobre sus muslos.

—No te preocupes. Es tarde y los dos estamos muy cansados. — Ella asiente. Se da cuenta de mi intención de suavizar el ambiente.

—Déjame compensarte de alguna manera. ¿Por qué no quedamos mañana? —se ofrece, queriendo mejorar la imagen que ha dado de sí misma. Esta vez soy yo el que muestra dudas—. Los cuatro.

—De acuerdo. Hablaré con Liam. ¿Tienes un número de teléfono donde pueda localizarte? —pregunto de forma casual. Como dije, Liam es el de las frases ingeniosas.

—Sí. Apunta —me indica antes de ir diciendo en voz alta su número.

Le doy un toque para que lo guarde y que los dos podamos estar en contacto. Nos despedimos con un beso incierto en la comisura de los labios. Ella me mira como si hubiera roto algún mandamiento y yo no puedo más que sonreír. Me siento como un niño con zapatos nuevos. A pesar de que la conversación no haya ido todo lo bien que ambos esperábamos, me ha gustado que fuera franca y directa con sus pensamientos. Normalmente, las chicas suelen reír mucho y hablar poco. Una buena combinación cuando lo que buscas es un rollo de una noche.

Regreso al estudio de Liam y le dejo las llaves del coche en el buzón. Me decido a darme un paseo hasta casa. Me gusta disfrutar del silencio de la ciudad a estas horas, nada que ver con el ruido del tráfico en hora punta y la cantidad de peatones que caminan a diario y con los que uno choca constantemente.

Es la una y media de la mañana y estoy algo cansado. Entro por la puerta de mi habitación, me quito la ropa y me tumbo en la cama. No tardo en quedarme dormido.

3



Fred

Ayer fue un día bastante extraño. Estaba cansada después de un viaje tan largo, pero mi prima terminó convenciéndome para salir. Quería disfrutar con ella toda la noche, aunque terminamos conociendo a dos chicos y, ante mi intención de marcharme de allí, Rachel me pidió que me quedara. Aún tengo muy reciente lo de Ashton, y a pesar de que sus alegatos, de que él me había engañado y yo merecía disfrutar de este viaje, eran ciertos, no eran razón suficiente para cómo me sentía.

Después de un rato hablando y bebiendo, Liam nos llevó en su coche hasta su estudio. Rachel no tardó en salir del vehículo y tomarle de la mano mientras que Craig me retuvo del brazo y me pidió que me quedase. No entendía a qué se refería. Me explicó que si ellos dos tenían intención de quedarse un rato a solas, nosotros les haríamos sentir incómodos en aquella única habitación donde había cocina, salón y dormitorio. Acepté de buen grado hasta que Craig comenzó a devorarme con los ojos. ¿Cómo explicar que después de toda una vida junto al mismo chico no estaba preparada para salir con otro? Menos aún para liarme con él.

Al final, resultó ser amable y atento, pues me llevó al hostel y me escuchó hablar durante todo el camino. A veces, me sentía como una

cotorra, pero cuando me giraba hacia él su mirada afable y alguna que otra frase me dejaban ver a todas luces que parecía interesado en la conversación. Fue poco antes de que me dejara, cuando hablamos de él y descubrí que no está acostumbrado a ser el centro de atención cuando su imagen no es el tema a tratar. No pareció disfrutar explicando detalles de su vida. Es un «chico cebolla». Un chico que muestra al mundo una cara diferente de la que en realidad tiene. Hay que buscar, con paciencia, bajo todas esas capas para poder dar con su verdadero yo. Hace tiempo que Rachel y yo «adoptamos» ese término. Hay muchos más chicos cebolla de los que nadie creería y no todos son buenos como Craig.

Le di las gracias por traerme. Otro, en su lugar, no lo habría hecho. Aún menos cuando me había negado a tener algo con él. No solo era que me sentía en deuda con Craig, sino que había despertado mi curiosidad. Quería conocer más de él. Fue por eso que le invité a quedar hoy. En realidad, ofrecí una cita doble. Sería raro quedar de día con alguien que apenas conozco. Por la noche parece que todo está permitido, pero el día, con su claridad, nos hace ver las cosas de otra manera. Con más rigor.

Son las doce de la mañana cuando consigo que Rachel se levante de la cama. Ayer me quedé dormida viendo la tele, esperándola. No sé a qué hora llegó ni me atrevo a preguntárselo.

Su cara está limpia de maquillaje y deja ver unas enormes ojeras bajo sus ojos. Tiene la lengua pastosa. Se le nota al hablar. Yo también me he levantado así, pero he tenido tiempo de desayunar y espabilarme dando un paseo por el *hall* del hostel antes de regresar de nuevo a la habitación.

—¿Por qué me siento tan cansada y tú luces tan bien? —indaga molesta al verme sonreír.

—Tal vez porque yo me retiré pronto y tú..., en fin..., tú hiciste lo que quiera que hicieras con ese chico —comento de una manera que me hace parecer envidiosa. En parte es así. No he visto a Ashton

desde julio y han sido dos meses horribles. Cuando descubrí que me había puesto los cuernos, recibí un montón de llamadas y correos suyos. Los ignoré por completo. Debió captar el mensaje porque después de una semana no volvió a insistir.

—¿Y Craig? —Vuelve a la carga con el interrogatorio—. ¿Él y tú no...? —Niego con la cabeza—. Fred, eres una remilgada. Tienes que dejar de pensar en Ashton a todas horas. La vida no es como en los cuentos de hadas. No siempre terminas con tu novio del instituto. Tienes que tomarte un respiro y dedicarte tiempo.

—Lo sé, Rachel, pero...

—Pero nada —me interrumpe adivinando lo que voy a decirle—. Sé que lo que sientes por él no se va a ir de un día para otro. Necesitas hablar con Ashton y zanjar el asunto. Huir de ello no te va a servir. En algún momento, te encontrarás con él y tendrás que pasar ese mal trago. Solo te digo que lo hagas cuanto antes. Es la única manera de que puedas pasar página.

Mis ojos se empañan y ahogo mis palabras en un silencio. Rachel se abalanza sobre mí y me abraza fuerte. Me hundo en el hueco de su cuello y estoy así durante unos segundos.

—Gracias, Rae —la llamo por su diminutivo—. De verdad. No sé lo que habría hecho sin ti este verano. Has sido un gran apoyo —alabo su amistad y su compañía en los malos momentos.

—Fred, ¿cómo puedes dudarlo? Aunque seamos primas, para mí eres más que una amiga. Eres como mi hermana —no es la primera vez que me lo dice, pero eso no lo hace menos importante. Sus palabras me dan aliento para seguir adelante.

—Yo siento lo mismo, Rae. Ahora deberíamos ver qué ponernos para esta tarde. —cambio radicalmente de conversación y me centro en una que sé que le va a interesar sobremanera.

—No me digas que has hecho planes. ¿Con quién? — Me mira intrigada—. ¿No será con los chicos?

Asiento. Ella me mira incrédula. No soy el tipo de chica que toma

la iniciativa en materia de chicos.

—Espera un momento. ¿Me estás diciendo que no te liaste con Craig y aun así quiso volver a quedar contigo hoy? —Rae se sorprende por el comportamiento de Craig la pasada noche. Vuelvo a asentir. Sonrío divertida por sus aspavientos.

—No solo quiso quedar conmigo, sino que me trajo hasta el hostel —le informo con detalle—. No estoy diciendo que sea un Romeo, pero va por buen camino —bromeo citando sus palabras de antes.

—¿Y a qué hora dices que hemos quedado? —pregunta, quitándose las legañas del rostro.

—Aún no hemos concretado una hora. Quedé en enviarle un mensaje —explico elevando ligeramente mi móvil en el aire.

—¡No me lo puedo creer! No te reconozco, Fred. ¿Dónde está mi prima y qué has hecho con ella? —Ahora es su turno de ser sarcástica.

—Será mejor que te duches y bajemos a comer algo — sugiero, lanzándole una toalla a la cara—. ¿No querrás que Liam te vea con ese aspecto? —cuestiono con cierta malicia, haciendo ver el interés que Rae tiene en el chico.

Se mete en la ducha y entonces suena mi móvil.

4



Craig

Me siento como si una manada de elefantes me hubiera pasado por encima. Miro el reloj. Son las siete de la mañana. Mi hermano me ha despertado con sus andares por la casa. Abro la puerta de la habitación y me dirijo hacia el baño, esperando no encontrármelo por el camino. Giro el picaporte y descubro que está ocupado. El rumor de las voces de mis padres me llega desde la cocina por lo que el único que puede estar adentro es él.

—¡Flynn! —le grito aporreando la puerta—. Necesito entrar ahora mismo. La puerta se abre y mi hermano, despejado y sonriente, aparece justo detrás.

—Vaya, vaya. ¿Qué tenemos aquí? —canturrea a modo de venganza—. Parece que alguien se ha levantado de mal humor —pronuncia con sarcasmo. Subo la ceja derecha expresando mi incredulidad y me doy media vuelta.

—Pasa, anda —me anuncia sintiendo lástima por mí—, yo ya he terminado. —Recoge sus cosas y pasa por mi lado para ir a su habitación.

Por la ropa que lleva en el brazo, sé que ha madrugado para salir a surfear. Flynn vive por y para el surf. No tiene más pasatiempos ni afán en la vida. Desde niño, soñaba con ser profesional y, ahora, ese

sueño aún no ha cambiado. Tanta es su obsesión que, en primavera, por muy cansado que estuviera, en los ratos libres que le quedaban del instituto y del trabajo en la hamburguesería, se adentraba en el mar en busca de olas.

Su carácter decidido y luchador es muy parecido al mío. Es por eso que chocamos tanto.

—¿Qué tal está hoy el agua? —le pregunto sabiendo que no se ha apartado esta mañana de su radio del tiempo. Flynn se gira y sonrío. Sabe que me preocupo por él, aunque no lo demuestre a menudo. Los chicos no solemos hablar de lo que sentimos y la mitad de las veces actuamos por instinto.

—El oleaje está creciendo. Promete ser un mes de grandes olas —admite entusiasta—. Por cierto, en cuanto puedas, ve a la cocina. Tengo algo importante que contaros. —Con esto desaparece en el interior de su dormitorio y no me da tiempo a que pueda sonsacarle nada.

Decido hacerle caso. Una vez salgo del baño, me dirijo a la cocina. Flynn ya está allí, de espaldas a mí, expectante ante nuestros padres, conmocionados sin soltar palabra. Una pequeña carcajada sale de los labios de Alice, mi madre, que abraza emocionada a mi hermano y le da la enhorabuena. Mi padre sonrío satisfecho y le estrecha la mano como a un hombre. Una vez que me uno a ellos puedo ver cómo una pequeña lágrima lucha por salir de las cuencas de los ojos de Flynn. La opinión de Steven, nuestro padre, siempre le ha preocupado más de lo que quiere demostrar. Él lucha por sus sueños, pero también quiere que ellos estén orgullosos, por lo que está decidido a terminar sus estudios antes de dedicarse por completo a su pasión.

—¿Se puede saber qué me he perdido? —Atraigo la atención de todos, pues yo también quiero ser partícipe de su alegría.

—Tu hermano está en la lista. —Y con esa única frase lo entiendo todo. Sonrío y lo estrecho entre mis brazos.

—Bien hecho, hermanito —le felicito mientras me aparto lo

suficiente para mirarle a los ojos y compartir esa dicha.

Una de las ambiciones de Flynn es participar en el Campeonato Mundial de Surf. Solo así podrá demostrar su valía contra otros deportistas y vivir de aquello que le apasiona.

El año pasado se quedó a las puertas de engrosar la lista de surfistas que participarían en el campeonato de este año. Sin embargo, le han comunicado de forma extraoficial que uno de los clasificados tendrá que operarse de la rodilla. Un proceso de recuperación lento y doloroso que le hará perderse las primeras pruebas, las que tienen lugar en Australia.

En estas circunstancias, se suele tener a un par de reservas por si acaso. Unas veces, siguiendo la lista de no clasificados; otras, llamando a un surfista local de esa lista, si lo hay. Flynn es, casualmente, el primero de los que se habían quedado fuera, sin puntuar, y es la gran novedad a nivel nacional.

Siempre creí que la ilusión de Flynn por surfear se basaba en alguna idea infantil y tonta de admiración hacia mí. Sin embargo, con el tiempo ha crecido y su sueño por surfear sigue presente, demostrando que para él no es otro deporte más.

Nunca creí que Flynn pudiera llegar a las grandes ligas. Ahora todo es distinto, el brillo en sus ojos me dice que va a luchar con uñas y dientes y dar lo mejor de sí mismo. Solo así podrá llamar la atención de algún patrocinador y competir más allá de Australia.

Los cuatro estamos borrachos de felicidad. Ninguno se atreve a arruinar este momento hablando de lo que puede ocurrir hasta que comience el campeonato, en febrero. Mi madre decide celebrarlo haciendo la comida favorita de Flynn. Empanadillas de pollo al curry.

Después del subidón de adrenalina que nos han dado las buenas noticias de mi hermano, me tomo unas lonchas de beicon, unos huevos revueltos y un vaso de leche, me ducho y me preparo para comenzar el día.

Aunque el taller cierre los domingos, mi padre me ha cedido una

parte del garaje para hacer mis chapuzas. Arreglo coches a amigos y conocidos. Cuando no, preparo los coches con lo último en accesorios *tuning*. Cobro menos que en los talleres oficiales y disfruto más viendo el resultado final.

Hoy me espera un Fiat 500. Elena, la dueña, ha comprado un parachoques delantero, llantas y un sistema de audio que cambiarán por completo el diseño del coche. Además, tiene pensado pintarlo, pero aún no tiene claro el color.

Viene puntual y, después de aparcarlo dentro, hablamos de lo que quiere. Me gusta asegurarme de que el cliente queda satisfecho. Me comenta que a lo largo de la semana me dirá el color que ha elegido. Le sonrío y le prometo que no reconocerá el vehículo cuando lo vea. Ella me devuelve el gesto. Está muy ilusionada con el cambio. Me despido de ella, me pongo el traje de faena —un mono de trabajo— y, con la caja de herramientas al lado, comienzo a desmontar las piezas que cambiaré.

Cuando vuelvo a mirar el reloj son las doce y media de la mañana. Mi madre entra en ese momento en el garaje y me avisa de que comeremos en media hora.

—Gracias, mamá. Terminó esto y voy —declaro limpiándome las manos con un trapo.

—Eso espero. No me hagas venir a buscarte —me reprende como si todavía tuviera diez años y fuera a arrastrarme de las orejas. Asiento, haciendo ver que la he escuchado.

Mi madre se marcha y mi mente me traiciona pensando en Fred. La chica que conocí anoche. Además de bonita, es dulce, aunque muy pocas veces deje ver ese aspecto de ella. Se preocupa por todo en exceso y tiende a analizar cada detalle al extremo. Es diferente a todas las chicas con las que he estado.

Recuerdo que mencionó la posibilidad de que quedáramos hoy. Llamo a Liam. Escucho varias veces el tono hasta que mi amigo, por fin, se decide a responder.

—Perdona, Craig. Lo tenía en silencio. Suerte que estoy cerca y he escuchado la vibración —me explica medio adormilado.

—Tranquilo, no pasa nada. Te llamaba para preguntarte qué tal te fue ayer, casanova... —Mi interés no va más allá de si todo fue bien o mal para volver a quedar con las chicas. Liam sabe que no me intereso por lo que pasa detrás de las puertas y se extraña ante mi pregunta.

—¿Ha pasado algo que debería saber? —me responde con otro interrogante.

—Sí. Fred sugirió ayer que quedáramos hoy los cuatro. —No hay contestación al otro lado de la línea. Pienso si Liam no se habrá vuelto a quedar dormido o si su cerebro se ha desconectado—. ¿Hola?

—Sigo aquí —replica ante mi susto—. Solamente estaba pensando...

—Pues no pienses tanto. Es muy fácil. ¿Quieres ver a Rachel otra vez o no? Quedar con ella no te compromete a nada. Recuerda que en unos días se marcharán.

—Está bien —acepta sin discusiones mi propuesta—. ¿Y a qué hora has quedado con ellas?

—A ninguna. Te llamaba para saber si seguías vivo y a qué hora te viene mejor. Ya sabes que los domingos yo siempre tengo las tardes libres. —Me sorprendo ante la actitud tan retraída de mi amigo. Él es el tipo con labia, el que sabe ganarse los favores de cualquier chica por difícil que sea. Parece como si la prima de Fred le hubiera asustado de alguna manera.

—¡Qué gracioso! —me suelta con ironía antes de contarme sus planes—. Yo tengo que ir a comer a casa de mis padres. Aprovecharé para hacer la colada y ver a mis abuelos, así que no estaré listo antes de las cuatro.

—Vale. Llamaré a Fred y quedaré con ella y su prima a esa hora. Iremos donde siempre —puntualizo para que vaya a la cafetería

directamente en lugar de irme a buscar. Me despido de él y busco en la agenda del móvil el número de Fred.

5



Fred

—Hola, Craig, pensaba llamarte ahora —le saludo, algo avergonzada porque haya sido él el primero en hacerlo.

—Me encantaría estar ahora mismo junto a ti para verte roja como un tomate —fanfarronea.

—No te lo creas tanto —espeto atrevida. No soporto su arrogancia.

—¿En serio, Fred? Porque el otro día dejaste bien claro que te gustaba lo que tenías delante —me provoca con astucia. Parece disfrutar de este juego de toma y daca en el que ninguno enseña sus cartas. Este juego en el que nos vamos tanteando para ver de qué pie cojea cada uno.

Mis manos, que hasta hace un instante jugaban con el anillo que llevaba puesto, han temblado por un segundo haciendo que este caiga al suelo. Lo recupero y leo las palabras que hay inscritas en la sortija: «True Love Waits». Una promesa de llegar pura al matrimonio. Me planteo si mi comportamiento está siendo el correcto o no. Sé que me he desviado un poco del camino, pero un poco de diversión nunca ha hecho daño a nadie. Sigo abstraída en mis pensamientos hasta que Craig vuelve a recuperar la palabra.

—He estado hablando con Liam y no puede quedar hasta las

cuatro. ¿Os parece buena hora? —me informa de los planes de una forma más fría e impersonal.

—Sí, me parece bien. ¿Dónde nos vemos? —El lugar también es importante. Melbourne es ocho veces más grande que Sacramento y nuestra ciudad solo tiene medio millón de habitantes.

—Os pasaré a buscar. No quiero que os perdáis. —Sus palabras indican su interés en verme, si su llamada no me lo ha dejado ya claro—. Diré a recepción que os avisen.

—Creo que le estás cogiendo gusto a eso de ser mi chófer particular —bromeo, tratando de animar la conversación.

—No te acostumbres demasiado. Podría terminar gustándote. — Parece no cansarse de jugar con el doble sentido de las palabras.

—Tal vez —apuntillo haciéndome la interesante.

—¿Tal vez? —me cuestiona como si hubiera escuchado mal—. ¿Todavía intentas fingir que no he llamado tu atención? ¿Ni siquiera un poco? —modula su voz hasta convertirla en un murmullo *sexy*.

—¿Y tú? ¿Tienes claro lo que quieres? Porque, a veces, tus gestos se contradicen con tus palabras —cambio de tema, al sentirme acorralada. Anoche, Craig parecía molesto por mi insistencia en hablar de él. Ahora soy yo la que no quiero hablar de mí.

—Entonces, tendré que ser más claro la próxima vez — suelta con una voz áspera e insinuante.

—Me temo que sí. Tendrás que usar palabras sencillas y precisas. —Sigo jugando con él. Esto parece divertirnos a los dos—. Podrías necesitar un diccionario.

Una lejana voz de mujer corta nuestra conversación.

—Vamos a tener que dejar esta conversación para otro momento. Me requieren en otro lugar —se despide Craig, antes de lo que tenía previsto—. Hasta luego, Fred.

Antes de que pueda corresponderle, la línea se corta. Bloqueo el móvil y me siento sobre la cama, pensando durante un momento qué ha sido todo eso. Mi sonrisa se borra de forma instantánea y me

pregunto si Craig no estará jugando a dos bandas. Nunca me ha gustado ser el segundo plato de nadie.

—Fred, ¿sabes dónde me he dejado el cepillo de dientes? —inquire Rachel, quien ha salido del baño envuelta en una toalla—. Fred, ¿a qué viene esa cara? ¿Ha ocurrido algo?

Salgo de mi ensimismamiento y la miro sin saber qué me ha preguntado.

—Tierra llamando a Fred. ¿Dónde estabas? —Mi rostro sigue preocupado y, por un momento, dudo si contarle lo que ha pasado. No quiero que piense que ya me he olvidado de Ashton. ¡Ashton! Después de todo, él me engañó con otra. ¿Qué mal estaría haciendo yo por devolvérsela? Sin embargo, yo no soy así. Tan fresca como para romper mi voto de castidad. Tan frívola como para jugar con los sentimientos de la gente. Como Ash hizo conmigo. Como Craig podría estar haciendo en este momento. Al fin, me decido a contárselo.

—Acabo de hablar con Craig... —comienzo a decir, avergonzada. Un remolino de sentimientos bullen en mi interior—. No llego a entenderlo. Actúa como si tuviera doble personalidad: algunas veces tiene detalles bonitos, y otras, obra como un completo imbécil.

Mi prima me sonrío. Parece saber algo que yo no.

—Y eso te vuelve loca... —sugiere ella.

—Sí —alzo la voz enfadada. Descubro su rostro lleno de picardía y comprendo por dónde van los tiros—. ¡Ah, no, no! No es lo que crees —alego avergonzada.

—Se te nota a la legua, Fred. No puedes negarlo — asegura, divertida.

—Y aunque así fuera, Rae. Él no ha demostrado ningún interés en mí más allá de pasar un buen rato... —le expreso mis dudas de que pueda gustarle.

—Que hayas estado con un chico toda tu vida, no te convierte en una experta en ellos —me dice, conocedora del género humano y sus

debilidades—. Yo he tratado con los suficientes para saber todas y cada una de sus estratagemas. Craig te gusta —afirma de nuevo, sabiendo mejor que yo lo que siento— y estoy segura de que tú a él también. Si no, no se molestaría en volver a quedar contigo. Créeme. Ellos — habla en plural—, no suelen perder el tiempo con alguien que no les interesa.

No sé si sentirme halagada u ofendida por lo que acaba de decirme, aunque tiene mucho sentido.

—Claro que me gusta. ¿Acaso no le has visto bien? — termino aceptando mientras señalo lo guapo que es. Es un adonis de pies a cabeza y juega bien sus cartas conociendo la ventaja con la que cuenta.

—No me refiero a eso, Fred. Craig es guapo, sí, pero ha conseguido romper todos tus esquemas. Ashton y tú siempre fuisteis amigos y el paso a algo más vino por sí solo. Sin embargo, la mayoría de chicos suelen tantear el terreno antes de saber si quieren algo serio con una chica o solo serán un número más en su larga lista — admite Rachel, la gurú en relaciones de pareja.

—Lo de Ash está muy reciente y no creo que pueda estar con otro chico ahora mismo —declaro muy convencida—. Me hizo mucho daño y tardaré tiempo en volver a confiar en alguien.

—Eso dices ahora, pero no tardarás mucho en cambiar de opinión y sé quién te convencerá —me suelta burlona. Las dos nos reímos. Tengo la esperanza de que, con el tiempo, conoceré a alguien que me haga sentir cosquillas en la boca del estómago. La misma sensación que tenía estando con Ashton y que se desvaneció el día que descubrí su engaño. Sin embargo, Craig es el chico menos adecuado para esa tarea. Mi estancia aquí solo durará una semana. Después, regresaré a California y no volveré a verlo.

6



Craig

Después de comer, Flynn ha cogido la tabla de surf y ha huido como alma que lleva el diablo. Ahora que sabe que va a participar en las tres primeras pruebas del campeonato, las que se realizan en Australia, es cuando tiene que dar lo mejor de sí mismo. Tiene que practicar una y otra vez hasta perfeccionar su estilo. Conseguir una técnica más depurada que le haga ganarse el favor del jurado y de los patrocinadores. Mis padres le han confesado que esperaban este momento con ganas y están dispuestos a cederle parte de sus ahorros para que si no consigue ningún *sponsor* [\[1\]](#); pueda viajar igualmente a Queensland y la zona oeste del país. Flynn se ha echado a llorar como un niño. No es para menos. El gesto de nuestros padres le ha hecho saber que verdaderamente le apoyan y confían en él. Lo único que queda ahora es demostrar todo lo que ha trabajado durante estos años.

Por mi parte, me ducho tranquilamente, pero en lugar de intentar relajarme vuelvo a recordar la conversación con Fred. Cuando quiero darme cuenta me he pasado bajo el agua cerca de veinte minutos y tengo los dedos arrugados por completo. Cierro el grifo y envuelvo la toalla alrededor de la cintura.

Me pongo una camiseta negra, unos vaqueros lavados a la piedra y

una cazadora añil. Acerco la mano hasta el reloj. En el momento justo de abrocharme el cierre, siento cómo mi mente se dispersa y mis piernas flojean. Me agarro al armario del baño y evito caerme. ¿Qué ha sido eso? En cuestión de segundos, me recobro y vuelvo a estar de pie. Bajo la vista y soy consciente de que he desparramado la colonia por toda la madera del mueble. Gracias a Dios no he roto nada. Recojo todo para que mi madre no pueda percibir lo sucedido. Un mareo tonto.

Decido darme prisa o llegaré tarde a mi cita. Me despido de mis padres antes de entrar al garaje. Conduzco hasta el barrio de South Yarra, lleno de tiendas y residencias familiares de alto precio. Allí es donde está ubicado el hostel de Fred y Rachel.

Aparco el *jeep*^[2] cerca del edificio. Entro dentro y hablo con el recepcionista para que avise a las chicas de que ya he llegado. El hombre me ofrece un sofá donde sentarme a esperar. No pasa mucho rato antes de que el ascensor se abra y ellas dos salgan con un *look* muy diferente al de anoche. Más recatado y formal.

Fred lleva puesto un vestido de manga corta y escote cerrado que le da un aire de niña buena. Su pelo está recogido en un moño que le despeja el rostro y me permite ver sus facciones con mayor detalle. Rachel va con una chaqueta de flores que realza sus *shorts* de cuero negros. Su pelo está suelto, ondeando al viento.

Juntas parecen dos modelos sacadas de revista. La gente que pasa se queda mirándolas. Sonrío como un tonto ante aquella estampa. Me levanto y doy un pequeño traspiés al no percatarme de la mesita que hay justo frente a mí. Fred se lleva una mano a la boca para disimular su risa mientras que su prima suelta una carcajada en toda regla. No sé qué me duele más, si la espinilla o el ego. Sonrío estoicamente y las saludo. Fred mantiene curvada su boca hacia arriba y me devuelve el saludo tímidamente. ¿Dónde ha quedado la chica habladora de ayer? ¿La que me chinchaba a diestro y siniestro? Tal vez la presencia

de su prima le cohiba un poco. Decido darle algo de espacio.

Después de darle dos besos a ella, me acerco a su prima y repito la operación. Les indico que tengo el coche cerca y cuando abro con el mando a distancia, la cara de Fred habla por sí sola. No se imaginaba que un simple mecánico pudiera tener un coche como este. Su prima, en cambio, alaba el coche.

—¡Menudo todoterreno! Otro día tienes que llevarnos a probarlo al campo —aventura Rachel, cuya imaginación puede pasar por atravesar una pradera montañosa, visitar la extremadamente calurosa sabana o adentrarse en un desierto.

—¿Y por qué no hoy? —pronuncio con tono neutro, no dejándoles adivinar si hablo en serio o no.

—Muy gracioso, Craig —me responde de nuevo—. ¿Has visto cómo venimos vestidas? —Señala a Fred, como si no me hubiera fijado en esas piernas que parecen no tener fin. Vuelvo a mirarla a los ojos antes de que se dé cuenta de mi pérdida de concentración.

—Tienes razón. Lo dejaremos para otro día —afirmo mientras me acomodo dentro del *jeep* y espero a ver quién se sienta a mi lado. Veo que Rachel entra rápidamente en la parte de atrás no dejando opción a Fred. Esta le lanza una mirada asesina y me sonrío antes de sentarse junto a mí.

—No muerdo, ¿recuerdas? —alego con buen humor, tocando su hombro que está al descubierto. Veo cómo se estremece instintivamente.

—Sí, lo recuerdo. Me siento fatal. Ayer bebí más de la cuenta y no paré de hablar en toda la noche. Lamento que tuvieras que aguantarme así —me pide disculpas por haberme dejado ver una parte de ella que no ve mucha gente.

—Rachel, creo que ayer estuve con otra prima tuya. No recuerdo para nada esa versión que Fred menciona —suelto mirando por el retrovisor para que ella no se sienta excluida de la conversación.

Ambas sonrían de forma comedida.

—Craig, eres un sol. Fred es de ese tipo de chicas que no sabe ver defectos en los demás, excepto en ella misma. Es un rasgo que ha heredado de nuestra abuela. Con el tiempo aprendes a quererla — bromea Rachel, que la conoce como la palma de su mano. Lleva su mano hasta el respaldo del asiento delantero donde le espera la mano de Fred. Ambas la estrechan durante unos segundos en un gesto de cariño.

—No necesito aprender a quererla. Me gusta tal y como es — admito sin ambages. Nos quedamos en silencio y entonces me digo si no habré hablado más de la cuenta. Ese tipo de afirmaciones no van conmigo. En ese momento, Fred me salva de la situación y me pregunta a dónde nos dirigimos.

7



Fred

Craig ha preferido mantener el suspense en cuanto a dónde vamos, pero cuando aparca y le seguimos, descubrimos que nos lleva a un pequeño centro comercial en una calle interior. Un pasaje que data de finales del siglo XIX, cuya belleza nunca parece pasar de moda, no importa los años que pasen. Tiendas tan variadas como pastelerías, restaurantes, cervecerías, tiendas de discos y joyerías se distribuyen a uno y otro lado bajo la luz que proporciona su enorme cúpula acristalada, sus vidrieras y la música en vivo que se disfruta a diario. El maravilloso suelo de mosaico es una parte clave para que el pasaje sea considerado patrimonio nacional.

Liam no tarda en llegar. Nos tomamos un refresco para dar tregua a la resaca de ayer.

—¿Cuánto tiempo pensáis quedaros en Melbourne? —indaga Craig, con una mirada traviesa en sus ojos. Parece tramar algo.

—Hasta el viernes que viene. Tenemos que preparar las maletas para la universidad —contesta Rae por mí. La miro incrédula por su protagonismo. Ella, que tanto ha insistido para que tome la iniciativa con él.

—Eso es estupendo. ¿Y qué es lo que habéis visitado hasta ahora? —sigue con el interrogatorio, muy pendiente de mi prima.

—No mucho, la verdad. Vimos el Jardín Botánico y el Santuario de la Memoria. Nuestro abuelo murió en la guerra y no dejamos de visitar monumentos como ese cada vez que tenemos oportunidad. — Rae me incluye en ese *nos*, pero no desvía la mirada hacia mí una sola vez para mencionarme. Comienzo a sentirme ignorada.

Liam ve lo mismo que yo y decide participar en la conversación.

—Ese es un detalle muy bonito —reconoce, al que nunca habría imaginado con ese lado tierno, aunque también es verdad que solo lo conozco desde ayer. Rae es quien más puede opinar al respecto. Sus ojos me miran y asiento agradeciéndole sus palabras.

—Nosotros podríamos enseñaros la ciudad —interrumpe bruscamente Craig, pasando su brazo por el cuello de su amigo—. Si las señoritas no tienen inconveniente...

Rachel niega con la cabeza y, entonces, me mira.

—No, ninguno —corroboro lacónica.

—Está bien, pues no se hable más. Empezaremos ahora. Terminaos la bebida y os llevaremos a un sitio de muerte. —Liam y él se ríen de esa broma privada. Solo ellos saben dónde vamos. Estoy tan acostumbrada a controlar todo lo que me rodea que esto me inquieta sobremanera. Rachel me conoce y me mira por un segundo para comprobar que todo va bien. Asiento con la cabeza. No quiero que me tomen por una desquiciada.

Volvemos al *jeep* de Craig y, un rato después, nos topamos con un enorme edificio de piedra azul, ennegrecida por la contaminación de los vehículos y la humedad del lugar. Consta de dos pisos que ofrecen balcones de medio punto con balaustrada. Se trata de la antigua cárcel de Melbourne.

No necesitamos parar en la taquilla. Al parecer, Liam se ha encargado de comprar las entradas con anticipación. Ya lo tenían todo planeado.

Entramos y nos negamos a coger una visita guiada. Nos movemos por el interior, mejor conservado que la fachada principal. Las celdas

están distribuidas en tres plantas, la baja y otras dos superiores, muy similares a las que aparecen en las películas. Cada una con su número identificativo sobre la puerta. Me acerco a una de ellas para observarla con más detalle. Craig me sigue de cerca. Liam y Rae se han quedado más atrás, rezagados. No parecen tener demasiado interés en el lugar ni en las historias de fantasmas y presencias sobrenaturales que narra una de las guías del museo.

La puerta, de madera maciza y reforzada con dos barras metálicas en sus jambas, ofrece un hueco en el centro utilizado para pasar la comida y vigilar al reo. Eso no es todo. Detrás de esta, hay una hoja de metal cubierta de rejas.

—Puedes entrar dentro. Nadie te va a decir nada —me anima Craig y le miro, esperando su confirmación.

Él sonríe y asiente. Le hago caso y camino hacia el interior. Me acerco curiosa al pequeño ventanuco cubierto de rejas. Siento un pequeño escalofrío en la soledad de esta fría y húmeda habitación y, entonces, oigo un sonido hueco. Me temo lo peor y corro hacia la puerta. Está cerrada y por la oscuridad del centro puedo ver el rostro de Craig con gesto cómico.

—¡No tiene gracia, Craig! —le suelto, tratando de mantener la calma, al menos aparentemente.

—¡Vamos, Fred! Tienes que disfrutar de toda la experiencia —bromea, llamando la atención de Liam y Rae con la mano. Finjo una mal disimulada sonrisa.

—Ábreme, Craig. Admito que ha tenido su gracia, pero ahora déjame salir —le pido con educación. Los nervios tardan poco en aflorar y mi cara habla por mí.

Craig disfruta teniendo el control de la situación y parece no ser consciente de cómo una fina capa de sudor perla mi frente. Escucho el ruido de pisadas que se acercan. Mi prima empuja a un lado a Craig y trata de abrir la puerta. Esta se muestra atascada ante la acumulación de óxido después de tantos años. Rae hace fuerza, pero

solo consigue hacerse daño. Mis manos comienzan a estremecerse y mi visión va perdiendo precisión por momentos.

—¡Maldita sea, Craig! ¡Craig! —Mi voz va bajando gradualmente el tono hasta que se convierte en apenas un susurro. Mi visión se ha vuelto borrosa y no consigo discernir más que destellos de luz aquí y allá. La ansiedad hace que me recueste sobre la pared y me haga un ovillo.

Oigo una voz cuyas palabras no distingo. Es Rachel, quien le pide a Liam que abra. Me conoce y sabe de mi fobia a los sitios cerrados. Desconozco a qué se debe. Gran parte de los miedos suelen derivar de malas experiencias ocurridas en la niñez, pero yo no recuerdo nada malo que me sucediese por entonces.

Noto el tacto de unas manos en mis brazos. Levanto la cabeza y me encuentro con Rae, que me abraza con ternura. Pronto, mis lágrimas empapan su cabello y parte de su ropa. Craig y Liam me contemplan inexpresivos.

—Perdona, Fred. Yo no sabía... —pronuncia Craig, arrepentido. Ambos permanecen allí parados sin saber qué hacer.

Rae me ayuda a levantarme, se quita su chaqueta y me la pone por encima. Salimos de la habitación mientras escucho cómo mi prima pide a Liam que nos lleve al hostel. Montamos en los asientos traseros de su coche Kia, donde Rae trata de consolarme. Liam no hace preguntas y nos deja a la entrada.

Mi prima le pide que espere un momento. Subimos a la habitación y finjo quedarme dormida. Después de unos minutos, la escucho salir por la puerta y me incorporo. Me asomo por la ventana y, poco después, la veo apoyada en la ventanilla del Kia, hablando con Liam. Su cara de preocupación lo dice todo.

Me encuentro cansada de tantas emociones como hemos tenido en dos días. Regreso a la cama y caigo rendida. En algún momento de mi letargo, noto una pequeña manta que cae sobre mí. Rae es mi ángel de la guarda. Temo el momento en que ella alce el vuelo y se

aleje de mí. Al igual que Ashton, ella ha estado presente en los momentos más importantes y decisivos de mi vida.

8



Craig

Cuando parece que comienzo a conocer cómo es verdaderamente Fred, más cosas descubro sobre ella. Sobre todo el extraño comportamiento que ha sufrido esta tarde. Me temo que con este inesperado y triste final no vuelva a verla. No debería importarme mucho, pero me siento culpable de lo ocurrido. Necesito hablar con ella y pedirle disculpas.

Me marcho a casa con muy mal talante y espero una llamada de Liam que no llega. Me cambio de ropa y me pongo a trabajar en el Fiat. Soy incapaz de permanecer sin hacer nada. Mi mente vuelve una y otra vez a lo mismo. Me concentro en el coche y una hora después, oigo el ruido de un motor. Lo conozco bien. Es el Kia de mi amigo. Lo aparca a la entrada y salgo a recibirle. Mi aspecto no es el mejor. Estoy cubierto de grasa. En mi afán por distraerme, me he puesto a revisar el interior del coche y hacer algunas mejoras no solicitadas que Elena agradecerá.

—¡Qué pintas tienes! Ya veo que los nervios te han impedido parar quieto —manifiesta con tono burlón, asomándose al garaje. La puerta está subida del todo y cualquiera que pase puede verme trabajando en el vehículo. Asiento y espero a que me diga algo—. He pasado por el súper. He pensado que nos vendría bien —anuncia,

mostrando la caja de cervezas que cuelga de su mano.

—Has pensado bien —replico, con el gesto un poco más animado. Liam siempre sabe cómo actuar en cada momento—. Pasa.

Entramos en el garaje y nos sentamos sobre unos asientos viejos que guardo de la reforma de otro coche.

—¿Qué tal está? —pregunto mientras recibo un botellín de manos de él.

—Algo más tranquila —me responde sin necesidad de que diga a quién me refiero—. Rachel me contó que debió de sufrir algún trauma de pequeña que no recuerda y desde entonces es claustrofóbica.

Agacho la cabeza, resignado.

—Amigo, tú no podías saberlo —me consuela Liam—. Mañana será otro día.

Yo no lo tengo tan claro, pero no pierdo la esperanza. Liam se queda a cenar y, tras eso, se despide de mis padres y de mí. Está algo cansado y mañana tiene que seguir desembalando cosas en el estudio.

Flynn ha llegado tarde a cenar. Nos comenta que ha estado con algunos surfistas locales, compitiendo por ver quién conseguía la mejor ola. Nos dice que sus rivales se han tomado su entrada en el campeonato de buen grado y le han animado a dejar el pabellón muy alto. Su entusiasmo es efervescente a cada momento. No ve el momento de que empiece la competición. Mis padres y yo le decimos que disfrute de la experiencia, del día a día y de la gente que va a conocer. Eso es lo más importante después de todo. No queremos que se ilusione demasiado por si pierde. Hay muchos y muy buenos deportistas que vienen de cada rincón del planeta. Gente que lleva surfeando toda su vida. Flynn acepta mejor de lo que esperaba esos comentarios. Mi madre dice que demuestra una madurez sorprendente para su edad, una que a veces yo parezco no tener. Me río de ellos y desaparezco en el interior de mi habitación.

Me entretengo visitando webs de automoción en internet y cuando quiero ver son las diez de la noche. No consigo dormirme. Un mismo pensamiento me da vueltas en la cabeza. Cojo el móvil, abro los mensajes, comienzo a escribir y, sin detenerme a releerlo o pensar lo que he puesto, pulso el botón de envío.

Unos minutos después, recibo contestación.

Fred:

No te culpes por lo de esta tarde. No lo sabías...
Debí contártelo. Perdóname. Debes pensar que soy una cría...

xoxo

Sonrío de forma socarrona. He sido un imbécil por tomármelo todo a la tremenda.

Craig:

Entonces, ¿te veo mañana?

Mi pregunta deja claro mi interés por ella. Ha abierto una brecha en mi caparazón. Jamás había hecho nada como esto. Mi media suele rondar a chica por noche.

El mensaje se hace esperar esta vez. Tal vez esté hablando con su prima. Las tías lo hacen todo juntas, desde ir al baño hasta decidir si salen o no con un chico.

Fred:

Te esperamos mañana para seguir con la visita guiada por la ciudad.

Finaliza poniendo una cara sonriente. Por sus palabras me doy cuenta de que está dispuesta a seguir quedando, pero no quiere ceder a quedar sola. Tiene miedo de que le vuelvan a fallar.

Craig:

Pasaré a recogeros a las seis.

Saldré de trabajar a las cinco y media. El tiempo justo para ducharme e ir a buscarlas. La semana que tengo por delante se anticipa muy ocupada e interesante.

9



Fred

Una vibración me despierta en medio de la noche. Abro los ojos y puedo ver en la pantalla del móvil que se trata de Craig. Miro mi reloj de pulsera y descubro con asombro que son más de las diez de la noche. Observo alrededor para saber si estoy sola. Obviamente, no. Rachel está dormida boca abajo en la cama de al lado. No la he sentido regresar a la habitación. El brillo de la luna atraviesa la ventana iluminando tenuemente el dormitorio.

Me recuesto sobre el cabecero de la cama, tratando de no hacer ruido. Desbloqueo el móvil y leo el mensaje que he recibido.

Craig:

Hola, Fred. Espero que ya estés mejor.

Te pido disculpas por lo de esta tarde. Me siento fatal...

Se me encoge el corazón. Rachel está equivocada. Craig es un sol. Siempre pensando en los demás, a pesar de su aparente superficialidad. Es demasiado transparente para mí. Llego al convencimiento de que no es como los demás por mucho que trate de fingir.

Intercambio un par de mensajes más con él, sonrío feliz como una tonta y bloqueo el móvil. Vuelvo a tumbarme en la cama dispuesta a dormir, pero la voz de Rachel me asusta en el silencio de

la noche.

—Me gusta que estés ilusionada por algo, Fred, pero ten cuidado. No los conocemos lo suficiente —me advierte mi prima, girándose hacia mí, con su rostro tenuemente iluminado como una ninfa en medio del bosque.

Enciendo la lámpara de la habitación y vuelvo a incorporarme.

—¿Como haces tú con Liam? —rezongo molesta porque me aconseje lo que ella no practica.

Durante unos segundos, el silencio campa a sus anchas y el ambiente se vuelve irrespirable. Rae me mira dolida.

—Luego no vengas llorando como siempre —espetea con una voz insensible, antes de darme la espalda y volverse a dormir.

Ahora soy yo la abofeteada. Apago despacio la luz, como si mis movimientos se vieran inhibidos por una fuerza invisible. Se llama desilusión.

Paso el resto de la noche dando vueltas en la cama, incapaz de dormir dos horas seguidas. Cuando me quiero dar cuenta, el amanecer se cierne sobre nosotras. Me levanto de un salto de la cama y me meto en la ducha. Necesito relajarme y estar a solas, aunque solo sean unos minutos.

Cuando salgo del baño, Rachel ya está levantada y quitándose las legañas. Me mira esperando algo.

—Sobre lo de anoche... —comenta sucinta, pasando un mal trago. Decido ahorrárselo.

—Está olvidado —zanjo el tema, sonriendo y planeando el día—. ¿Qué tienes pensado hacer hoy?

—Creo que deberíamos ceñirnos a la guía básica de la ciudad. Tengo el presentimiento de que el *tour* que los chicos nos hagan no será precisamente el habitual —intuye mientras se recoge el cabello en un despreocupado moño. Sé a lo que se refiere.

—Bien... —digo cogiendo la guía que adquirimos en Sacramento y hojeando el índice—. Podríamos visitar la Galería Nacional.

Rae escucha atenta. Como a mí, le gusta disfrutar de la historia de otros países. Sigo revisando la guía.

—El Palacio Real de Exhibiciones permanece cerrado por exámenes de la universidad. ¡Es una lástima! Sería bonito ver el edificio. Data del siglo XIX y está habilitado para ferias de todo tipo —exclamo al descubrir que hay lugares que por uno u otro motivo no podremos conocer.

—No te preocupes. Con la Galería Nacional tendremos para toda la mañana —asegura, convencida. Abre el armario, elige unos pantalones anchos estampados y una blusa negra a juego y se dirige al baño.

—Sí, tienes razón. Si salimos muy cansadas podemos quedarnos en el hostel y, si todavía nos quedan fuerzas, podríamos irnos a la playa. Sé que tienes muchas ganas de ir —añado, con cierto entusiasmo. Acabo de recordar que hemos quedado con Craig por la tarde. Liam no ha dicho nada, pero contamos con él. Sobre todo Rae. No puedo ocultar mi sonrisa.

Mientras ella se ducha, yo me visto. Me pongo un largo y colorido vestido informal con unas sandalias a juego. Un rato después, desayunamos en el restaurante del hostel y, de allí, salimos a visitar Melbourne.

Lo primero que hacemos es ir a un 7-Eleven y comprar dos tarjetas de transporte para movernos por la ciudad. El sábado no paramos de caminar y terminamos destrozadas.

Tomamos un tren y un tranvía y recorremos un trecho antes de llegar. Treinta minutos después nos encontramos ante el Mercado de la Reina Victoria, donde hacemos tiempo hasta que abran la Galería y terminamos comprando algunos *souvenirs*.

Con ayuda de un autobús y caminando otro poco, llegamos hasta el museo. Tenemos que tragarnos una enorme cola para hacernos con los *tickets* —aunque la entrada resulte ser gratuita— y acceder al interior. Empezamos con el edificio de la Galería Nacional. El Centro

Ian Potter, contiguo a este, contiene el arte indígena mientras que nuestra elección alberga obras de Europa, Asia, América y Oceanía.

Como la tarde anterior, la gente se va agrupando tras un guía que les lleva por las diferentes dependencias, comentando detalles de relevancia de algunos de los objetos expuestos. Nosotras deseamos la idea y decidimos verlo por nuestra cuenta. Nos gusta tomarnos tiempo viendo cada detalle.

Terminamos dispersándonos, contemplando maravilladas las miles de obras exhibidas en cada departamento: artes decorativas, textiles, pintura, escultura, fotografía, arte del Pacífico y Asia.

Cuando queremos darnos cuenta, son más de las doce y nuestros estómagos comienzan a rugir. Buscamos por el móvil el 7-Eleven más cercano, atravesamos el río y, en cuestión de diez minutos, compramos unos bocadillos y un par de refrescos. Comemos camino del hostel y, en cuanto abrimos la puerta del dormitorio, caemos rendidas sobre la cama.

—Estoy fundida. Creo que deberíamos dejar la playa para otro día —sugiere Rae, a quien le apetecía mucho disfrutar del espectacular oleaje y la estampa que salientes rocosos y acantilados forman con el mar.

—Acepto la moción —murmuro levantando un brazo. En ese momento, nos miramos y nos reímos la una de la otra. De poco nos ha servido comprar la tarjeta de transporte. Estamos tan o más cansadas que días anteriores. Decidimos echarnos una siesta, algo *typical Spanish*^[3]

Cuando abro un ojo, soy consciente de la oscuridad que comienza a cernirse en la habitación. Por la guía *Lonely Planet* sé que amanece alrededor de las seis y media de la mañana y anochece sobre las seis de la tarde. Me levanto corriendo y giro el reloj despertador hacia mi prima para que pueda verlo después de que la zarandee.

Son las cinco y media y en tan solo treinta minutos Craig estará

aquí. Debemos darnos prisa. Nos damos una ducha rápida para espabilarnos, nos ponemos otra ropa y salimos zumbando del dormitorio.

10



Craig

A diferencia de otros días en los que mis pensamientos solo están ocupados por averías y más averías de coches, hoy solo pienso en Fred. Me encargo de cada vehículo que pasa por mis manos, tratando de no pensar en ella y descubriendo que he fallado a cada rato.

Hacemos una parada para comer, tan breve que no me da tiempo a ir a casa. Es por eso que siempre me traigo algo en un *tupper*. Esta vez son un par de filetes a la barbacoa que sobraron de la noche anterior. Compró una barra de pan en una panadería cercana y me preparo el bocata. Muerdo con fruición, pues aunque he tenido oportunidad de picar algo a media mañana, no he querido dejar tiempo a mi actual vicio. Dar vueltas a la cabeza.

Pensar en cómo estarán hoy las cosas con Fred y Rachel es lo que más miedo me da. Nunca he tenido que enfrentarme a una situación como la de ayer y aún menos he quedado con una chica para algo que no fuera disfrutar de su cuerpo. En este momento me viene a la cabeza mi madre y lo que ella diría: «Parece que comienzas a madurar». Más de una vez me ha confesado que ha tirado la toalla conmigo. Me lo dice en broma, pero sé que no anda muy desencaminado de lo que verdaderamente piensa.

Me acerco a la improvisada mesa que los compañeros han

formado con un par de chapas de metal y me siento en una silla. Me impregno de lo que están hablando y entro dentro de la conversación como uno más. Durante ese pequeño instante, he dejado de pensar en ella.

Hablamos de nuestros logros laborales a día de hoy y de quién podría conseguir el premio al mejor trabajador del mes. El premio está entre Allan, un hombre de la edad de mi padre, trabajador y padre de dos criaturas o yo. Nos picamos por ver quién lo conseguirá y nos jugamos una ronda de cervezas para todo el equipo, que pagará aquel que pierda la apuesta.

La tarde resulta muy bulliciosa con la llegada de varios clientes que necesitan tener su coche a punto lo antes posible. Allan y yo competimos en una lucha de miradas que termina ganando él. Yo me he lanzado hacia uno de los clientes, como un depredador hacia su próxima presa.

Cuando termina la jornada, me encuentro realmente cansado. Hoy ha sido un día duro, aunque no más que el resto. No le doy demasiada importancia. En los últimos días he tenido demasiadas emociones juntas.

Me acerco al tablero de corcho que hay colgado de la pared. En él llevamos el recuento de coches que pasan por nuestras manos cada día. Hoy he superado mi marca personal.

He arreglado doce coches mientras que Allan solo ha llegado a siete. Decido apiadarme de él, puesto que necesita ese premio más que yo y cambio los números. Yo me quedo con sus siete y él gana cinco más.

Me despido de mis compañeros hasta el día siguiente y regreso a casa pensando de nuevo en Fred. No puedo quitármela de la cabeza. Me autoconvenzo de que solo se trata de preocupación porque ella esté bien. En el instante en que la vea, todo volverá a la normalidad.

Entro como un torbellino, saludando a mis padres y subo a mi habitación. Cojo algo de ropa, me ducho y me visto. Una camiseta

azul, unos *jeans* y un abrigo de estilo marinero. En mi camino de regreso a la puerta, tropiezo con Alice.

—¿Adónde vas con tanta prisa? —curioseas al tiempo que comienzo a ponerme nervioso.

—Mamá, ahora mismo no tengo tiempo —replico con la mejor de mis sonrisas, tratando de escaparme.

—Bueno, pero al menos tendrás tiempo de dar un beso a tu madre, ¿no? —me reclama, sabiendo lo poco cariñoso que soy y que solo así lo conseguirá. Cedo a sus deseos. Le doy un fugaz beso en la mejilla.

—¿Puedo irme ya? —insisto mirando el reloj de pulsera—. Me están esperando.

—¡Qué misterioso! Estoy segura de que no se trata de Liam. Si no, no te habrías puesto esa camisa ni te habrías echado esa loción que huele tan bien. —Alice posee un olfato excelente y, por su amplia experiencia, conoce bien las costumbres de todos los que habitamos en casa, incluido yo—. ¡Se trata de una chica! —alza la voz emocionada. Me mira con esa cara que dice que su hijo ya ha crecido y se siente orgullosa de él.

Giro el pomo de la puerta y me marchó antes de que las lágrimas afloren en sus ojos. Es el siguiente paso. Como buen animal de costumbres, yo también la conozco. Se pondrá triste al pensar que el día en que yo me vaya —yo, que le prometí no irme jamás de casa—, está cada vez más cerca y no quiero verla llorar.

Monto de nuevo en el coche, estacionado en el camino de entrada, y me dirijo hacia el *hostal Claremont*.

Una gran congestión en el centro de la ciudad me hace retrasarme veinte minutos más tarde de lo acordado. Es hora punta y los conductores con sus cláxones hacen patente sus ansias de libertad.

Aún no he llegado a la puerta cuando veo que Fred y su prima están hablando allí fuera. Fred no se ha arreglado tanto como ayer, pero está tan guapa como siempre. Lleva unos pantalones pitillos

negros, una camiseta blanca y una chaqueta. Rachel va igual de sencilla que ella. Unos vaqueros y una blusa con dibujos de estrellas.

Aparco el coche y camino hacia la entrada del hostel, donde se encuentran las chicas. Me acerco a ellas con una gran sonrisa en los labios, seguro de mí mismo y les doy dos besos. Entonces, Rachel me abofetea. Me confiesa que no soporta que le hagan esperar, pero aún peor que hagan daño a su prima. Se ha desahogado conmigo por lo que ocurrió ayer y me sirve de aviso para que no me pase con su prima. Me lanza una mirada de advertencia que confirma mis sospechas.

—¿Estás bien? —me pregunta Fred mientras se acerca a comprobar el estado de mi mejilla. Aparto la mano y ella se echa asustada hacia atrás.

—¿Tan mal está? —pregunto, atemorizado por su reacción.

A Rachel no se le ocurre otra cosa que echarse a reír. Fred se gira y le lanza una mirada de reproche. Las carcajadas cesan en ese instante.

—Espera aquí. Iré a por una bolsa de hielo —me pide Fred, sujetándome del hombro y solidarizándose conmigo. Asiento levemente con la cabeza.

Fred se marcha y su prima da un par de pasos hacia mí. Se acerca una tormenta.

—Tal vez me he pasado, pero no me arrepiento, lo que hiciste ayer fue una soberana estupidez. Además, no me fío un pelo de ti y no quiero que hagas daño a Fred. Bastante mal lo ha pasado con el estúpido de su ex. La engañó y ella ha pasado todo el verano echándose la culpa —me advierte, como ya me esperaba al quedarnos a solas. Las chicas son así. Se cuidan entre ellas.

—Lo que haya entre ella y yo no te incumbe, pero si tanto te preocupa te diré que me gusta y respeto sus deseos —la informo innecesariamente. Me siento como un crío pidiendo permiso a sus padres para salir.

Fred aparece con una bolsa de hielo interrumpiendo lo que quiera que fuera a decir su prima.

—Podemos esperar a que se te baje la hinchazón — sugiere Fred, que con delicada ternura prepara un pañuelo de tela con un par de hielos dentro para evitar el contacto directo.

—No será necesario. Podemos coger el autobús para ir a buscar a Liam —propongo esperando que Rachel se distraiga con mi amigo y Fred y yo dispongamos de suficiente intimidad para seguir conociéndonos—. He reservado plaza para las siete por lo que deberíamos movernos. Andamos algo justos de tiempo.

Fred se arremolina cerca de mí, en el autobús, tratando de sonsacarme alguna pista que le diga cuál es nuestro destino final. Llegamos al estudio de Liam y siento la mirada de Fred en el cogote. Sé que este sitio fue decisivo para que pudiera ocurrir algo entre nosotros y en el que decidió que solo seríamos amigos. Estoy dispuesto a hacerle cambiar de opinión. Su pelo está recogido en un moño que deja sueltos algunos mechones a un lado, a modo de flequillo. Han sido dos las veces, una cuando la besé y la otra en el bus observándola, que he tenido la imperiosa necesidad de colocar ese mechón detrás de su oreja. Me he contenido. Sé que no le gusta que invadan su espacio personal. Lo he podido comprobar de primera mano. Me doy cuenta de que no está preparada para tener una relación física con nadie. ¿Cómo no fui consciente antes? La traición de su ex tiene que ver mucho con su actual estado emocional. Todavía no lo ha superado. Es algo reciente y conocer a un imbécil superficial como yo no es que le ayude precisamente.

Liam abre la puerta sorprendido de vernos allí. Él es el primero que quiere mantener las distancias con Rachel. Aunque no suele hablar mucho, el día anterior me confesó que no era el momento adecuado para enamorarse de nadie. Justo en el segundo año de carrera, cuando necesita dedicarle a los estudios el ciento diez por ciento de sí mismo. Sin embargo, cuando miro sus ojos brillando sé

que no le importa demasiado que le visitemos.

—Coge la cartera y las llaves y en marcha. Tenemos una cita y no podemos llegar tarde —anuncio misterioso, creando más expectación entre las chicas—. Por cierto, no olvides las llaves del coche.

—De acuerdo. Ahora las cojo, pero ¿se puede saber qué te ha pasado en la cara? Parece que alguien te hubiera dado una bofetada... —presagia, sin saber que ha acertado de pleno.

—No tiene importancia —cambio de tema. No quiero tener que explicar lo que ha ocurrido momentos antes.

Las chicas se miran cómplices entre ellas. Después de todo, ¿quién no me dice que todo estuviera planeado? Apenas conozco a ninguna de las dos, pero ya he comenzado a sentir diferentes emociones por cada una de ellas, a cada cual más fuertes. Evito lanzarme al cuello de Rachel y estrangularla allí mismo. Más que nada porque Liam está ocupado pasándole el brazo por su hombro. Fred camina delante, la primera del grupo, hasta llegar al aparcamiento.

Liam abre el coche con el mando a distancia y mientras se dirige al asiento del conductor, las chicas se ubican en la parte posterior del Kia.

«¡Genial!», pienso con fastidio. Ocupo el asiento sobrante, junto a Liam y le digo a qué calle debe dirigirse.

—¿Es que no nos vas a decir adónde vamos hasta que no lo veamos con nuestros propios ojos? —pregunta Fred, molesta en este punto. Me giro hacia atrás y la veo con el ceño fruncido y cara de pocos amigos.

—No —suelto lacónico y le saco la lengua. Disfruto haciéndole rabiar.

—¡Eres como un crío! —responde con ganas de discutir.

—No vas a sacarme nada a no ser que tu amiga quiera cambiarme el sitio. Conozco algunas estrategias que podrías usar para tirarme de la lengua —ofrezco juguetón ante su ceño arrugado. Entonces, me

saca el dedo corazón.— Ten cuidado con ese dedo. Podrías sacarle un ojo a alguien —bromeo dándome la vuelta y comprobando que estamos cerca. Quedan diez minutos para la hora convenida.

Liam deja el coche en el aparcamiento del centro comercial y tomamos el ascensor a la planta baja. Allí los guío hasta una oficina sin letrero, solo un número. El cinco.

Golpeo con los nudillos la puerta. Una chica con blusa y falda de tubo nos abre. Nos hace sentar y nos presenta un documento que debemos leer y firmar todos. Así es como las chicas descubren que les he traído a un juego de evasión.

Varios cuadros a modo de orlas cubren la estancia y aunque la curiosidad nos pica a todos es Rachel la única que se atreve a acercarse y descubrir de qué se trata. Son los rostros de la vergüenza. Aquellos que no lograron superar el reto y terminaron «asesinados».

Leemos detenidamente las instrucciones y las condiciones a las que nos veremos sometidos. Rachel firma sin mucha convicción mientras que Fred lo hace con una sonrisa en los labios. Descubro de esta manera que nunca ha participado en algo así y la emoción que siente al hallarse ante un reto de estas características.

Una habitación. Una hora de tiempo. Acertijos, puzzles y enigmas que desvelarán la clave para salir de allí con vida. Todo dentro de un entorno y una historia controlada.

Una voz en *off* ^[4], que procede de unos altavoces, nos explica que hemos sido secuestrados por un asesino en serie.

La sala está iluminada de forma tenue. En el centro, hay un par de mesas de autopsias y una mesa auxiliar con instrumental que nos hacen darnos cuenta del realismo que han dado a la historia. A un lado, una vitrina exhibe decenas de tarros de cristal con diferentes partes anatómicas en formol. Al otro, un grifo con dos desagües y una larga mesa cubierta de sangre.

Liam y yo nos reímos de lo patético que parece todo, pero las

chicas no piensan igual. Rachel analiza cada objeto que ve, sin pelos en la lengua.

—Lo han preparado hasta el último detalle —asegura tocando el filo de un cuchillo y viendo cómo una gota de sangre sale de su dedo—. Todo esto es demasiado real.

—¡Vamos, Rae! —Fred trata de captar el interés de su prima—. Puede ser divertido. No lo arruines antes de empezar.

¡Fred y ella son tan distintas! Son como el punto y la i. Una es medrosa y frágil mientras que la otra es atrevida y rebelde. Sin embargo, ahora mismo no sé quién es quién.

Rachel levanta las dos manos sintiéndose acorralada y acepta. Liam se acerca a ella y le dice algo al oído que parece alegrarla mucho. No quiero imaginarme de qué se trata.

La prima de Fred pertenece al prototipo de chica que suele gustarme. Sin embargo, no la soporto. No me gusta la altanería con la que se mueve y la barrera con la que resguarda a su prima cada vez que estoy cerca de ella. Aún en la distancia.

Fred es todo lo contrario. Es por eso que me sorprende tanto, percibiendo lo que empiezo a sentir hacia ella.

Me acerco a una de las mesas de autopsia, pues parece haber algo sobre ella. Una hoja de papel con algo escrito.

En ella están escritas las instrucciones por si necesitamos consultarlas de nuevo y abajo del todo tenemos el primer acertijo. Resolviendo los diez que hay en total lograremos dar con la llave que abra la puerta y salir de allí indemnes. Si no, nos espera la «muerte».

Fred decide leer en voz alta y clara el acertijo para que todos lo escuchemos:

Cuatro matrimonios han quedado para cenar en un restaurante, pero cada persona llega por separado. ¿Cuántas personas tendrán que haber llegado al restaurante, como mínimo, para que con certeza haya al menos un matrimonio?

Todos nos miramos sin soltar palabra durante unos segundos.

—¿No me digáis que no lo sabéis? Es demasiado fácil — suelta Fred riéndose. Lee de nuevo el enunciado y, entonces, nos suelta la respuesta de sopetón—: Cinco. Daros cuenta que son cuatro matrimonios y pueden coincidir cuatro hombres o cuatro mujeres por lo que para que haya una pareja con seguridad debe haber una persona más. La solución es cinco.

—Bien, pues ya tenemos una —contesto aliviado de que la respuesta sea la misma que había pensado. Doy por hecho que ninguno ha dicho nada por miedo a equivocarse y ser el centro de las burlas—. Ahora tenemos que buscar algo relacionado con el número cinco para dar con el siguiente acertijo.

Miramos a nuestro alrededor y prestamos mayor atención que al principio. Hay números en varios sitios por lo que decidimos repartirnos el trabajo. Liam descuelga el reloj que hay en la pared. Nada. Rachel hojea los cuadernos que hay sobre una balda. Tampoco. Yo me decido por la vitrina, donde cada tarro está etiquetado con un número. Me acerco al mueble y lo abro. Alzo el número cinco, un frasco de una mano con seis dedos. No hay nada en su tapa, ni en su base. Cero patatero.

Seguimos buscando, pero no damos con nada.

—¡Chicos! —La voz de Fred se hace paso entre el ruido—. Creo que tengo algo.

Todos corremos hacia ella, quien nos enseña la base de un teléfono desconectado. Solo tiene una tecla intacta y, casualmente, es el número cinco. En su base hay una pegatina con el mismo tipo de caligrafía. Se trata de otro acertijo.

Fred nos mira esperando una confirmación de nuestra parte. Todos asentimos, aceptando que sea ella quien siga leyendo los enunciados. Disfruto con este espíritu de equipo, aunque solo sea durante una hora.

Nina y John hicieron un extraño acuerdo. Nina miente los miércoles, jueves y viernes, pero dice la verdad el resto de la semana.

John miente los domingos, lunes y martes, pero dice la verdad los otros días. Cierta día ambos dijeron: «Mañana es día de mentir», ¿en qué día dijeron esto?

Los nervios nos hacen equivocarnos y maldecir. Cuando, por fin, parece que todos estamos de acuerdo con la solución la decimos en alto: «Martes».

—Necesitamos dar con un calendario —habla Rachel, expresando en voz alta lo que todos pensamos.

—Aquí hay uno —replica Liam, señalando en la pared de la vitrina. Está pegado en un lateral y nadie se había percatado de él hasta ahora. Nos acercamos, pero no hay nada escrito en él.

—Un momento —se detiene Rachel—, he visto algo antes. —Comienza a revisar de nuevo los cuadernos que examinó en busca del número cinco. Uno de ellos es una agenda. Buscamos la última fecha escrita que, casualmente, cae en martes. En la página hay anotado con una bonita letra redonda —como en anteriores ocasiones— otro rompecabezas.

Fred se dispone a leer en alto, pero se detiene.

—Creo que vamos a necesitar una hoja y un boli. Los acertijos van aumentando su dificultad —anuncia preocupada, después de mirar el reloj. Son las siete y cuarto y vamos solo por el tercer problema.

11



Fred

El tiempo pasa raudo, imbuidos del espíritu de equipo que en ese momento nos posee. El reloj marca las ocho menos cuarto cuando nos encontramos ante el último acertijo.

Tenemos cinco casas de cinco colores diferentes y en cada una de ellas vive una persona de una nacionalidad diferente. Cada uno de los dueños bebe una bebida diferente, fuma una marca de cigarrillos diferente y tiene una mascota diferente.

Tenemos las siguientes claves:

- El británico vive en la casa roja.
- El sueco tiene un perro.
- El danés toma té.
- La casa verde está a la izquierda de la blanca.
- El dueño de la casa verde toma café.
- La persona que fuma Pall Mall tiene un pájaro.
- El dueño de la casa amarilla fuma Dunhill.
- El que vive en la casa del centro toma leche.
- El noruego vive en la primera casa.
- La persona que fuma Brends vive junto a la que tiene un gato.
- La persona que tiene un caballo vive junto a la que fuma Dunhill.

- El que fuma Bluemasters bebe cerveza.
- El alemán fuma Prince.
- El noruego vive junto a la casa azul.
- El que fuma Brends tiene un vecino que toma agua. Y, por último, la pregunta:

¿Quién es el dueño del pececito?

Leo el enunciado y el semblante de Rachel lo dice todo. Le resulta imposible poder completarlo. Me cede cortésmente la agenda y el lapicero que ha encontrado abandonado en un cubilete. A mí siempre se me han dado bien este tipo de problemas.

—Primero voy a anotar quién y qué forma parte del acertijo... — murmuro, concentrada en el enigma. Segundos después, comienzo a apuntar algo en la hoja. Agrupo lo que ya está indicado en las claves del problema y empiezo a rellenar la tabla.

Minutos después, poso el lápiz sobre la agenda satisfecha con el resultado. Tres pares de ojos se asoman a la agenda en busca de la solución. ¿Quién es el dueño del pececito?

—¡El alemán! —Liam y Rachel se miran, gritando a la vez. Mi prima aparta la mirada de él—. Entonces, ¿ahora qué?

¿Debemos buscar algo en alemán?

—Eso parece —suelto, ignorante de cuál será el siguiente objeto que contendrá un acertijo—. Cualquier cosa que tenga que ver con el país, el idioma...

—Creo que ya sé cuál es —comenta tranquilamente mi prima, con aires de suficiencia. Los chicos arrugan el gesto ante el interés por revolver la habitación. Rachel señala la balda de libros. En él hay un diccionario de alemán.

—Deja que te lo coja —se ofrece Craig, como símbolo de tregua entre ellos. Rachel asiente agradecida y se aparta, sin soltar ningún rollo machista como me imaginaba que haría. Parece que ha dejado su mal talante a un lado y solo queda su lado angelical. Ese que tanto me gusta.

Craig abre el grueso tocho y descubre que se trata de una caja de cartón, en cuyo interior se guarda la llave. Todos nos miramos contentos por haber tenido éxito en nuestra hazaña. Nos dirigimos a la puerta y Craig introduce la pieza de metal en la cerradura, pero esta no gira. Estamos ante un nuevo problema y quedan poco más de cinco minutos.

—¿Y si esta no es la puerta? —sugiero cuando una bombilla se enciende en mi cabeza—. Deberíamos buscar otra salida. No podía ser tan fácil después de todo.

Rachel resopla y los chicos se desesperan.

—La que mejor se lo está tomando soy yo y eso que tengo claustrofobia. Nadie ha caído en eso, ¿verdad? —recuerdo a los presentes para que no se desesperen. En ese momento, todos se miran entre sí y Rachel es la primera en lanzarse sobre mí y pedirme disculpas—. No lo digo para haceros sentir mal. Si no hubiera querido, no habría participado. Nadie me ha obligado, ni me ha puesto una pistola en la sien. He querido hacerlo para afrontar mi fobia a los espacios cerrados y con eso me he dado cuenta de que todo es cuestión de mi mente. He estado entretenida y no he pensado una sola vez en ello.

—Chicas, perdonad que interrumpa un momento tan tierno, pero tenemos que darnos prisa. El asesino en serie llegará en cualquier momento —interrumpe Craig, con su habitual buen ánimo. Asiento y me pongo manos a la obra.

Palpamos cada una de las cuatro paredes que hay en la sala; damos pequeños golpecitos, tratando de buscar algo hueco y retiramos muebles. Es Liam quien da con la respuesta, retirando la enorme vitrina de exposición y mostrándonos una puerta oxidada. Craig introduce la llave y abre a la primera, girando la puerta y escuchando un agudo chirrido que nos pone los pelos de punta. En ese momento, escuchamos otra puerta que se abre. Debe ser el asesino.

Bajamos unas escaleras que dan a una puerta de emergencia. La empujamos y salimos rápidamente de allí. Sin quererlo, hemos llegado al aparcamiento donde dejamos el Kia de Liam.

Los cuatro nos miramos serios entre sí, con la adrenalina aún en el cuerpo, y estallamos en risas.

—Ha sido estupendo, pero para la próxima vez que haya que darle menos al coco —solicita Rachel, cuya cabeza no da más de sí. Es ahora, sintiendo la corriente sobre nosotros, que mi prima se da cuenta de que un fuerte dolor se ha instalado en su cabeza. La veo llevarse las manos a la sien y Liam se acerca a ella preocupado.

—Rachel, ¿te encuentras bien? —cuestiona, sujetándola de las caderas. Un movimiento que ella no espera y que la deja totalmente fuera de juego. Su rostro se muestra impertérrito para, al siguiente, perfilarse en una escueta sonrisa.

—No demasiado. ¿Podrías prepararme un café en tu casa? — propone con un doble significado que no deja nada a la imaginación. Rae no se preocupa de lo que piensen los demás y esta vez no es menos. Liam sonrío ante la sugerencia y se despide de nosotros con una simple mirada.

Pasan unos segundos hasta que soy consciente de que mi prima me ha dejado a solas con Craig. Ella, que tanto me advertía sobre él... Desvió la mirada hacia otro lado, incapaz de pensar en algo que decir.

—¿Te ha gustado el juego? —me pregunta Craig de forma inesperada, llevándose las manos a los bolsillos del pantalón. Puedo ver que él también se siente intimidado ante una situación tan tensa. Sonrío ligeramente y me apiado de él. Lo que menos quiero es ponérselo difícil. Me cae bien y solo quiere que pasemos un buen rato, aunque no vaya a ser como él se imagina.

—Sí, me lo he pasado en grande. ¿Cómo se te ocurrió traernos aquí? ¿Ya habías venido más veces? —hablo de forma más casual, dejando de lado la vergüenza. Estoy harta de escuchar a Rae decir que las chicas buenas van al cielo y las malas a todas partes. Por una

vez, quiero romper las normas establecidas. Hacer algo que no se espera de mí.

—Me imaginé que eras una cerebritito y... —Las palabras de Craig se ven interrumpidas súbitamente por mi boca.

He actuado de forma impulsiva e inconsciente, sin pensar en si lo que hago está bien o mal. Dejándome llevar simplemente por mi instinto y mis sensaciones. Él se ve invadido por algo que no espera, pero no tarda en devolverme la caricia con sus labios. Me siento mecida por el viento y las olas de una forma que nunca habría imaginado. Atrapada en una vorágine de burbujas y sensaciones refrescantes que hacía tiempo no experimentaba. Incluso con Ashton. Lo mejor, el tacto de su mano en mi mejilla, sujetando mi cabeza para poder acceder mejor a mi lengua.

—Craig... —pronuncio tratando de no perder la cordura, pero su boca no me da tregua—. Craig —jadeo esta vez, suplicándole mientras su colonia, con notas de bergamota y limón, se instala en mis fosas nasales.

Un escalofrío recorre mis piernas en ese momento y siento cómo pierdo el equilibrio. El niño egoísta y superficial que tengo ante mí rodea mi cintura con su mano izquierda y me acerca aún más a él. Me afianzo a Craig como a un bote salvavidas en medio de la corriente.

Unas voces me hacen ponerme en alerta deteniendo, por un instante, aquel mágico momento. Pongo mi mano sobre sus labios, algo hinchados. Craig emite un gruñido de disgusto, pero no se aparta de mí. Cuando descubre cuál es el motivo de mi distracción, me lleva hasta un enorme pilar y me apoya contra él. Allí pasamos desapercibidos y esta vez soy yo la que se ve sorprendida por su reacción. Noto cómo el calor de su cuerpo me traspasa y su boca se cierne inexorablemente sobre mí. Me quedo parada hasta que su lengua me quita el sentido y el fuego me quema la entrepierna. Sus rodillas me incitan a abrirme de piernas y el roce abultado de su pantalón me hace prever dónde terminará todo. Me detengo. Lo

empujo a un lado y lucho por recuperar el aliento.

Lo miro, aún excitada, y percibo cómo se da la vuelta para tratar de serenarse por completo.

—Lo siento, Fred. Se me ha ido de las manos. Creía que tú también querías esto. —Veo sinceridad en sus palabras, pero esta pronto da paso a algo oscuro. Ira—. No sé a qué estás jugando, pero no me gusta. Soy un tipo con las cosas claras, así que cuando tú sepas lo que quieres, házmelo saber.

Hoy las tornas cambian y es él el afectado por la situación. Me acerco, pero no me atrevo a tocarle por miedo a cómo reaccione.

Le conozco poco. Sin embargo, nunca ha dado señales de ser violento. Es una situación difícil para los dos y no quiero que lo que sea que haya entre nosotros termine de esta manera. Vuelvo a alzar el vuelo y le toco en el hombro.

No dice nada. No se mueve. Eso parece buena señal.

Dejo mi mano allí y comienzo a abrirme como una flor, como pocas veces he hecho. No sé por qué lo hago, pero me hace sentir mejor.

—Craig, tengo que ser sincera contigo. He roto con mi novio este verano. Lo descubrí con otra chica. Llevábamos saliendo desde que tengo uso de razón, cuando solo éramos unos niños. Ahora mismo, no me siento preparada para estar de esa manera con nadie.

Mi relato parece conmoverle. Se da la vuelta y me mira, pero no con compasión como podía esperarme. Me observa con una comprensión infinita y una sabiduría impensable en alguien de su edad.

—¿Qué es lo que sientes por él? ¿Todavía lo quieres? — las preguntas se agolpan en mi mente, luchando por encontrar una salida. Una respuesta.

Mis ojos se mantienen firmes, sin perderle de vista. Me aporta calma y serenidad, algo que no suelo tener a menudo. Mis días están llenos de reflexiones y pensamientos cada vez más nebulosos que no

van a ninguna parte. Como ahora.

—No lo sé —quiero devolverle la sinceridad que él me ha brindado, pero lo único que soy capaz de contestar es eso. Dudas y más dudas.

—¿Y la única forma de descubrirlo es poniendo diez mil kilómetros por medio de los dos? No creo que esa sea la mejor manera —rebate sin demasiados esfuerzos. En su boca, todo parece muy estúpido y carente de significado.

—Lo haces sonar peor de lo que es... —No quiero darle la razón o eso me haría ver como una completa lunática. Craig parece leerme el pensamiento.

—No estoy diciendo que estés loca ni nada parecido. Solo digo que cada persona tiene una manera de sobrellevar las cosas y tú te lo has tomado por el lado melodramático. Eso es todo —declara poco convencido—. O al menos eso me parece.

—¿Podríamos hablar de otra cosa, por favor? Ya me siento lo suficiente patética para el resto de la semana — murmuro suplicante.

Me avergüenza mirarle a los ojos y agacho la cabeza como una tonta.

—Nunca te arrepientas de las decisiones que tomes, por muy malas que sean, porque son parte de quien eres. —Me sujeta la barbilla y la alza hasta que vuelvo a mirarle.

Una pequeña sonrisa nace de mis labios mientras las lágrimas que luchaban por salir de mis ojos empapan mis mejillas. Me sostiene las manos con fuerza, apremiándome a ser quien soy, sin cortapisas de ningún tipo. Cuando sus ojos azules me contemplan, siento un cálido y frenético cosquilleo en el estómago que no quiero que termine nunca.

12



Craig

Contemplo a Fred tan perdida que siento la necesidad de abrazarla y simplemente lo hago. Espero que no me malinterprete. Es un abrazo cariñoso de un amigo. Lo que ella necesita en este momento.

No sé nada de su antiguo novio. No sé si es más guapo o más corpulento que yo o incluso si es más listo. Probablemente, esté estudiando y vaya a empezar la universidad como ella. Veo mi reflejo y no es muy halagüeño. Un chico sin estudios y que trabaja en un taller, sin ninguna ambición en la vida más que los coches.

Por su forma de hablar de él, me imagino que los dos siempre han sido inseparables. No creo que nada vaya a cambiar. Él le pedirá perdón y todo volverá a ser como antes. Y, aunque todo eso no contara, está el hecho de que Fred vive al otro lado del océano.

La calidez vuelve a envolvernos haciendo que la sienta parte de mí. En cuestión de segundos noto sus brazos tensos y me aparta de ella, sabiendo que algo va mal.

—No forcemos las cosas más de lo necesario —me ordena con una voz firme y serena, como si hubiera podido leerme el pensamiento.

Ya no queda rastro de lágrimas y su mente parece estar

funcionando a pleno rendimiento. La Fred visceral ha desaparecido para dejar paso a la Fred racional. Por un lado, lo agradezco. Es más fácil ser superficial cuando no ves el daño que estás infligiendo.

—No puedo estar más de acuerdo. Haré como que nada de esto ha pasado. Actuemos como amigos, pues es lo que somos —admito antes de cambiar de tema—. ¿Qué te parece si cenamos y vemos una peli?

—Un plan estupendo para terminar el día —acepta de buen grado, cogiéndome del brazo y caminando fuera del *parking*, otro lugar tabú para nosotros.

—Pero antes debería ir a recoger mi coche.

Tomamos un autobús hasta el hostel y recogemos mi *jeep*. La hinchazón del ojo ha desaparecido por completo y me veo capaz de conducir. Por otro lado, no puedo dejar un coche como ese en la otra punta de la ciudad.

Cuando la llevo a Hoyts, una cadena de cines, Fred se muestra sorprendida ante la variedad cultural de películas. Desde las procedentes de Bollywood, pasando por unas cuantas chinas y llegando a las americanas y australianas. Tres cuartas partes de la población de Melbourne proceden de fuera, pasando por irlandeses, italianos, griegos, hindúes, vietnamitas o chinos.

Me río ante su perplejidad y ella responde con un empujón.

—Es difícil elegir una película —confiesa repasando la cartelera una y otra vez mientras me mira de reojo.

—¿En serio? —bromeo, imitándola como el día en que nos conocimos.

—En serio —suelta molesta—. Si fueras chica, sería más fácil —me dice con tanta tranquilidad que me deja frío. La miro para asegurarme de que la he oído bien—. Porque podría elegir una comedia romántica, una de dibujos animados o incluso una de baile sin miedo a que te rieras de mí o te echases atrás.

Soy consciente de lo que dice y tiene toda la razón. Los chicos, por

norma general, no aceptamos ñoñerías, a no ser que la acompañante sea nuestra novia o esperemos terminar en la cama con la chica en cuestión. Con una amiga es bien distinto.

—Elige sin temor. Veré lo que decidas —le aseguro sin malas intenciones—. Palabra de *boy scout* —prometo alzando mis dedos índice y corazón y cruzándolos en el aire.

Fred me observa de hito en hito planteándose si debe fiarse de mí o no. Sonrío tratando de mejorar mi imagen de chico guapo pero superficial y parece que lo consigo, pues se decide por una.

—Está bien. Veremos *Crimson Peak*. Espero que no te arrepientas de haberme dejado elegir —sentencia mientras me sujeta del brazo y nos unimos a la cola que hay en taquilla. Por el póster que ofrece la cartelera, tiene pinta de ser de miedo y no una ñoñería como me imaginaba.

Cuando nos toca el turno, me encuentro en la taquilla con Janet, un rollito de hace años. Le iba mucho el estilo gótico y vestía y se maquillaba siempre de negro. No es algo que pegue mucho en una ciudad tan calurosa y colorida como Melbourne. Es una de tantas con las que me he enrollado y a la que no volví a llamar. Su gesto malhumorado me indica que no le hace gracia verme con otra. Dirige la vista hacia Fred y alza la ceja como si mi nueva acompañante no fuera mejor que ella.

—Dos para *Crimson Peak* —solicita ella, al verme mudo ante la ventanilla.

—Veinticuatro dólares. Australianos —masculla Janet, sin parar de masticar chicle.

—¡Vaya! ¿Acaso se me nota tanto que no soy de aquí? —suelta Fred, dirigiéndose hacia mí.

—No hagas ni caso. Está de broma —le dejo veinticinco dólares y, sin esperar el cambio, cojo las entradas y arrastro a Fred por el camino. No ha tenido tiempo de protestar y, una vez dentro, le pregunto si quiere palomitas y un refresco. Eso parece distraerla.

Miro el reloj y faltan diez minutos para que empiece la sesión.

—Sí, pero podíamos pedir una bolsa grande de palomitas para los dos, ¿no te parece? —sugiere Fred, sin rastro de picardía. Acepto y así termino llevando la bolsa de palomitas y mi Coca-Cola. Ella llevas un refresco y los *tickets* que entrega al acomodador.

Nos sentamos en el centro de la sala para tener mejor panorámica y esperamos a que empiece la película con los primeros anuncios. Después de un rato de proyección, me doy cuenta de cuán errado estaba en mis cálculos. La película, de terror no tiene nada. Es más bien floja y lo único que destaca son los escenarios, realmente impactantes. Eso lo sé por Fred y sus onomatopeyas. He descubierto su forma de expresar sentimientos a través de ellas. Un «vaya» para las sorpresas, un «au» para momentos dolorosos y un «ains» para momentos ñoños. Me hace mucha gracia y no puedo evitar girar la cabeza de vez en cuando para verla gesticular, pues es todo un espectáculo. Más que el que tengo delante.

En un momento de tensión, se agarra fuerte a mi brazo como si lo que hubiera en la pantalla fuera a atacarla. Vuelvo a observarla y esta vez me encuentro con sus ojos verdes mirándome absorta. Caigo bajo su hechizo, aunque solo momentáneamente y cuando reacciono, antes que ella, me lanzo a sus labios tan sabrosos..., tan salados por el sabor de las palomitas. No he podido evitarlo. No somos amigos. ¿A quién queremos engañar...? Fred no hace nada para detenerme y yo sigo avanzando hasta que mi lengua se adentra en lo desconocido, en busca de la suya. Me doy cuenta de que lo he logrado cuando me envía múltiples descargas que llegan hasta mi cerebro y me hacen sudar, sentir escalofríos y palpitaciones. Todo al mismo tiempo.

No sé qué es esta sensación extraña que se apropia de mi cuerpo, pero no me atrevo ni quiero detenerla. Mi mano va directa a su cintura y comienzo a acariciarla como si me fuera la vida en ello. Me meto dentro de su camiseta y noto que pega un pequeño respingo que, en el silencio de la sala, parece amplificado. Tomo la dirección

contraria y agarro sus nalgas para acercarla aún más a mí. Fred termina inclinándose sobre mí y tapando, así, la pantalla a varios espectadores. Escucho otro jadeo, esta vez más alto, cuando se choca de bruces con mi excitación. Me baja la cremallera de los vaqueros y me acaricia con experta maestría. Estoy a punto de estallar cuando se detiene de golpe. Siento que voy a morirme en ese instante. Entonces, se agacha, me mira atrapándome con en el magnetismo de sus ojos, y humedece su lengua antes de llevarme al cielo. Sin embargo, unas voces desde atrás se alzan llamándonos la atención y, en cuestión de minutos, el acomodador con su linterna nos ilumina y nos pide que le acompañemos.

No veo a Fred, pero me puedo imaginar su rostro enfebrecido por la vergüenza. Cuando atravesamos las cortinas y llegamos a un pasillo con luz, el acomodador nos pide con buenos modales que nos marchemos alegando respeto y decencia dentro del establecimiento. No rebatimos ninguna de sus palabras, puesto que no somos niños y tenemos claro lo que hemos hecho. Es imposible negarlo cuando en la sala había más de doscientos testigos.

Sujeto a Fred de la mano y tiro de ella lejos del cine, dando la vuelta a la manzana y deteniéndome solo cuando encontramos un portal a oscuras. Le apoyo contra la pared, sin necesidad de palabras, sostengo su rostro entre mis manos, aspiro su aroma a jazmín y cardamomo, y vuelvo a sumergirme en ese océano de caricias.

13



Fred

Llego al hostel cerca de las tres de la mañana y la habitación está vacía. Me doy cuenta de que Rachel se ha quedado a dormir con Liam y sonrío traviesa. Por primera vez en mucho tiempo, soy feliz por ella. Antes, era verla con un chico y llevarme los demonios. Sentía envidia de que ella disfrutara con alguien mientras yo sufría mi ruptura con Ashton. El poner punto y final a lo nuestro me hizo mucho daño. Aceptar que él no me seguía queriendo como al principio fue realmente duro. Habíamos sido inseparables. Como Romeo y Julieta. Como Mickey y Minnie. Como Batman y Robin. Juntos habíamos luchado en mil batallas y habíamos salido indemnes. Con la perspectiva que aportaba el tiempo transcurrido, era consciente de que fuimos el capitán del equipo y la animadora en un marco cerrado como el instituto. Ahora, con un mundo lleno de posibilidades abriéndose ante nosotros, la mentira ha quedado expuesta.

Craig es mi primera relación en mi etapa universitaria y no me atrevo a catalogarlo. Somos amigos y, aunque él ha dejado claro que no es de ese tipo de chicos que se comprometen, lo que ha ocurrido hoy no lo etiqueta precisamente como amigo, sino como algo más.

Después de que nos echaran del cine, algo que no me importó y, es más, agradecí, Craig y yo dimos rienda suelta a nuestra pasión.

Estuvimos un buen rato besándonos en aquel portal hasta que las luces se encendieron, un aviso de que alguien salía. Cuando regresamos a la luz de las farolas, nuestros labios enrojecidos nos delataron. Yo levanté mi mano y me cubrí el rostro como si me estuviera riendo. Él, sin embargo, parecía no arrepentirse de nada y se relamía. Un gesto que me excitó en una calle concurrida de gente.

No recuerdo en qué momento ocurrió. Craig sujetó mi mano con fuerza, entrelazando sus dedos con los míos. Me quedé mirándole como una tonta y un guiño travieso me sacó de mi estupor.

Aparté la mirada de él y comenzamos a andar o, más bien, él andaba y yo le seguía. Montamos en el coche sin destino aparente. No me había hecho partícipe de sus planes, aunque tampoco era algo que me preocupase. Comenzaba a descubrir su forma de ser, tan misteriosa para mí. Todos estos días, Craig ha disfrutado llevándonos a ciegas a lugares interesantes por lo que decidí seguir callada y confiar en él. Porque, aunque solo le conozco de apenas tres días, siento que no me defraudará. No como Ashton, quien ha formado parte de mi vida desde siempre y ha terminado apuñalándome por la espalda.

Me tumbo en la cama y rememoro el resto de nuestra noche juntos...

Giré la vista atrás hacia el cartel que me indicaba que íbamos en dirección opuesta a mi hostel. Craig me sujetó de la mano y volví la mirada hacia él.

—Me gustaría llevarte a un sitio —le miré intrigada y acepté con una sonrisa.

Poco después, estacionó el coche en el camino de entrada de una vivienda unifamiliar. Las luces de dentro estaban encendidas y se oía rumor de voces. Bajé y di un par de pasos hasta que mis pies se detuvieron deliberadamente.

—¿Qué ocurre? —me preguntó inconsciente de lo que iba a hacer.

—Estamos en la casa de tus padres. ¿No pretenderás que entre

adentro? —inquirí medrosa. Este acto de fe, viniendo de él, significaba demasiadas cosas. Los chicos como Craig, los que solo buscan rollo de una noche, no solían llevar a cualquiera a la casa de sus padres.

—Eso es precisamente lo que voy a hacer —me anunció con una seriedad que me abrumó. Traté de soltarme y él tiró más fuerte de mí —. Fred, confía en mí. Mis padres no son unos ogros —me observó con ese rostro que había dejado atrás su prepotencia y superficialidad y me enseñaba al verdadero Craig, como hiciera en aquel portal a oscuras.

Podía verlo como un chico más, aunque no lo era para mí. Tiré del cuello de su camisa con mi mano libre y me aferré un minuto a sus labios para que me dieran la fuerza necesaria.

Cuando me aparté, sus labios se quedaron abiertos, con ganas de mí. Acaricié con el pulgar su labio superior y, con un gesto brusco, me apartó la mano. Lo miré extrañada y pensé si lo ocurrido aquella noche no habría sido parte de un sueño o de mi imaginación.

—Detente o no seré dueño de mis actos —me amenazó en voz baja, de una manera tan *sexy* que sentí de nuevo un hormigueo en la entrepierna. Omití este detalle que podía haberle hecho perder los papeles y asentí como una niña buena.

Un rumor de voces me advirtió de que nos acercábamos a la cocina donde, al parecer, su madre y su hermano estaban hablando de un campeonato. Él estaba sentado junto a la mesa cenando mientras que ella permanecía de pie, apoyada sobre el mueble de la cocina, fumando.

La mujer saludó a su hijo, preguntándole cómo llegaba tan tarde cuando al día siguiente tenía que trabajar. Craig se apartó lo suficiente para que yo fuera visible. Entonces, se mostró sorprendida durante unos segundos, los justos para reaccionar a tiempo, acercarse a mí y darme dos besos.

—Mamá, esta es Fred, una amiga. Fred, mi madre, Alice. —Sonreí

levemente cuando ella lo hizo, tratando de no ruborizarme ante el calificativo poco apropiado que Craig había utilizado y sabiendo que su madre no era boba y sabía sumar dos y dos.

Su hermano se levantó de la mesa, con la boca llena de comida, dispuesto a saludarme.

—Flynn, ni se te ocurra acercarte a ella —expuso sin ambages Craig—. Deberías limpiarte la boca y ser más educado con las visitas.

Mi cara reflejaba el estupor de su madre, quien supongo nunca había escuchado palabras tan correctas en sus labios. Entonces, los tres, Alice, Flynn y yo estallamos súbitamente en risas. Craig no podía creer lo que veía y se mostró ofendido.

—Vamos, *monito*. No te lo tomes a mal —trató de mediar Alice, con cariño—. Es la primera vez que traes a alguien a casa...

—¿Y por eso tenéis que ridiculizarme? —soltó enfadado, abriendo la puerta que daba a la calle. Me despedí de Alice y Flynn antes de que su mano me arrastrase aún más.

—Ha sido un placer conocerles.

—El placer ha sido todo nuestro, Fred. Debes de ser realmente excepcional —aseguró su madre, mientras mi rostro enrojecía por momentos.

Craig sonrió.

—Lo es, mamá —respondió, dando por acabado su enfado con ella. Mi incomodidad iba aumentando por momentos. No sabía dónde esconderme. Craig lo notó y se despidió de su madre con un beso en la mejilla—. Tenemos que irnos. Luego te veo.

Regresamos al interior del coche y, una vez allí, posé mi mano sobre la suya.

—¿Qué sorpresa me espera ahora? —pregunté con sorna, mirándole a los ojos y deleitándome en ellos.

—¿Es que acaso no has tenido suficiente por hoy? — cuestionó, creyendo que no era más que una niña caprichosa como él. Nada más lejos.

—No tengo suficiente... de ti —me insinué de forma descarada. Si Rachel pudiera oírme, se escandalizaría—. Me acostumbras mal. Tengo miedo de llegar a ser tan superficial como tú —le piqué de manera que arrugó el ceño.

—¿Y eso es tan malo? Que yo sepa adoras a este chico tan «superficial» —repitió con retintín esta última palabra mientras se abalanzaba sobre mí y me robaba un beso. Se apartó, me miró fascinado a los ojos y volvió a arrebatarme el aliento, esta vez de forma más prolongada.

Me sentía en una nube y me pellizqué para comprobar si lo que estaba viviendo era verdad o solo un sueño muy vívido. Aullé ante el dolor y me eché a reír.

—¿Qué ha sido eso? —Craig me observó de forma extraña. No era para menos. Seguro que pensaba que estaba como una cabra.

—Me he pellizcado. Quería comprobar que no estaba soñando —le confesé avergonzada, dirigiendo la vista hacia mi ventanilla.

Una carcajada estruendosa resonó dentro del vehículo. Era Craig, quien parecía divertirse con mi locura.

—Fred, eres increíble y única al mismo tiempo. Tal vez sea eso lo que más me guste de ti. Unas veces derrochas una naturalidad desbordante y otras me asustas con tu poca fe en ti misma. Eres guapa, lista y tenaz. Una combinación peligrosa que asusta a los hombres. —Su descripción no hacía que me sintiera muy identificada. Él creía ver cosas en mí que yo no estaba segura de que fueran tal y como decía.

—¿Guapa? Craig, soy del montón. Nadie me ha dicho nunca nada como eso y me haces sentir mal con solo escucharte —le previne ante cualquier otra futura declaración.

Su rostro se mostraba confundido y, no contento con eso, volvió a la carga:

—Fred, deberías ser menos crítica contigo. Lo que he dicho, lo he dicho porque es cierto. No suelo alabar en vano. Y me gusta que te

consideres sencilla. He salido con decenas de chicas que sabían que eran guapas y se aprovechaban de eso — me soltó sin medias tintas.

Parecía que lo nuestro era estar todo el día como el perro y el gato, aunque eso nos gustase de una forma extraña y retorcida. Sin embargo, estar constantemente a la defensiva también desgastaba física y mentalmente.

—¿No haces tú lo mismo? —Le devolví la pelota a su tejado—. ¿Por qué los chicos pueden hacerlo y las chicas no?

—Aaah, esta sí que no —alzó la voz, tensando ligeramente los músculos del brazo—. No soporto las tonterías feministas.

El aire que se respiraba en el ambiente era tenso y temí haber echado todo a perder por simple obstinación.

—Te ruego que cambiemos de tema —rompió el silencio con una voz algo más serena y apaciguada.

Me miró por un instante y asentí, sin atreverme a hablar por el mal rato que había pasado. Me rozó con sus yemas y, de nuevo, no hubo necesidad de palabras. Todo entre nosotros parecía olvidado y yo me encogí tensa sobre el asiento del coche, pero era otro tipo distinto de tensión. Una oleada de sensaciones bullía en mi interior. Todas con un denominador común. Craig.

Mi chófer particular se dio cuenta de mi excitación y aparcó cerca de una casa abandonada, donde la iluminación era inexistente. Se quitó el cinturón de seguridad y se lanzó sobre mí, sin tiempo a preguntarle por qué había parado el vehículo. Instintivamente, le devolví el beso y, a partir de ahí, todo se volvió vertiginoso como en una montaña rusa.

Eché el asiento hacia atrás y se colocó sobre mí. Sabía lo que eso significa. Íbamos a hacerlo. Sin embargo, no tuve tiempo de pensar en ello. Sus manos acariciaron mi rostro y mi cabello, inhalando uno de los mechones que caía sobre mi cara. Me sentí especial, querida y... deseada. Me hundí en el disfrute de sus caricias que iban bajando por mi cuello y mi oreja hasta mi clavícula y mi columna. Sentí una

descarga eléctrica que impulsó mi cuerpo hacia arriba, rozando en mi camino su abultado pantalón.

Craig puso sus manos a los lados del asiento para acorralarme. No me importó. No quería irme de allí nunca. Permaneció erguido sobre mí, contemplándome como si observara una obra de arte, con sus ojos llenos de deseo. ¡Dios! Me sentía tan cortada, solo quería que ocurriera de una vez y dejarnos llevar. Tiré de su camiseta hacia mí y me calmó con un prolongado y denodado beso. Me relajé y bajé mis defensas. Estaba expuesta ante él.

Me subió la camiseta y me acarició con las yemas de los dedos, haciéndome sentir pequeñas cosquillas y erizándome el vello. Me desabrochó el sujetador con una mano. Se notaba que tenía mucha práctica a sus espaldas. Traté de no pensar en las decenas de conquistas que habrían pasado por sus brazos.

Entonces, me quitó lentamente la chaqueta y la camisa, y el sujetador cayó por inercia.

—Podías... haber llevado... vestido como ayer —se quejó, sin parar de saborear mi piel. Me bajó las mallas y se deshizo de ellas.

Mi ceño fruncido le advirtió de lo que estaba a punto de decir. Un comentario desagradable. Entonces, posó veloz sus dedos índice y corazón en mi boca y empujó hasta que terminé abriéndola. Los saboreé mientras le miraba de forma *sexy*, algo que vi que le volvía loco. Sacó sus dedos y los llevó abajo. No estaba segura de lo que iba a hacer hasta que noté como apartaba a un lado mi braguita y me introducía sus dedos. Los noté húmedos y calientes y, poco a poco, comenzaron a moverse hasta coger un ritmo lento, pero intenso para mí.

Cerré los ojos y me mordí el labio, apretando mis uñas sobre el asiento. Craig me susurró algo en la oreja y sentí que podía tocar el cielo.

—Abre los ojos. No quiero que te pierdas nada —me susurró con voz aterciopelada.

Le hice caso y los abrí sobresaltada en el mismo instante en que se introdujo en mí. En algún momento había sacado un condón y se lo había puesto, pero estaba tan excitada que no me había enterado. Noté su roce dentro de mí y cómo algo se rompía en mi interior, produciéndome un dolor inimaginable. Las manos de Craig sujetaron las mías, tratando de sobrellevar aquel pequeño instante. Se acopló a la perfección a cada uno de mis recovecos, como si fuéramos dos piezas fabricadas con el más mínimo detalle. Hundido en mi cuello y cubriéndolo de besos comenzó a moverse ligeramente. Aún notaba una pequeña molestia que se disipó cuando Craig se balanceó sobre mí. Igual que hiciera con sus dedos, había conseguido un ritmo vibrante que golpeteaba dentro de mí, enviándome pequeñas descargas que recorrían todo mi cuerpo.

Me sentía como si estuviera en lo alto de una montaña, con el aire frío cortándome la respiración. Lo atraje hacia mí y sujeté sus caderas para guiar sus movimientos y hacerlos más precisos. Su cuerpo se veía tan bien moldeado y exquisito como una tableta de chocolate. Abandoné mis dedos por su pecho, haciendo un recorrido por la línea de vello que terminaba en sus caderas. Disfruté viendo cómo se estremecía ante mi tacto.

Observé cómo su frente se mostraba perlada. Acerqué mi mano a su rostro para secarle las gotas de sudor. Craig era consciente de mis intenciones y se dejó hacer. Le toqué suavemente, retirando la humedad de la frente y, entonces, acaricié su cabello, dejando que esa sensación me envolviera y formara parte de la experiencia. Igual que si caminara descalza sobre la hierba.

Me dispuse a retirar la mano cuando él me lo impidió. Con su cabeza echada hacia atrás, hizo que inevitablemente acariciara su rostro, con ternura. Deslicé las yemas de mis dedos, de forma tenue y sigilosa, por sus párpados, su nariz y, por último, sus finos y voluptuosos labios. Me detuve en ellos e hice que chupeteara mi pulgar. Me excité aún más y, con este único gesto, él se arqueó aún

más haciendo que notara un ramalazo de placer.

Me empujó cada vez con mayor celeridad. Había tenido especial cuidado para que disfrutáramos los dos, pero ahora podía percibir su necesidad de llegar al final. Se sujetó a los extremos del asiento, como si de dos estribos se tratase, y siguió espoleándome con vivacidad, como si le fuera la vida en ello. Escuché unos gemidos que cada vez se hacían más altos y, poco después, me di cuenta de que era yo quien emitía esos ruidos. El placer me había llevado al borde del abismo dejando en un segundo plano todo lo que ocurría a mi alrededor.

Mis manos no podían verse lejos de él y esta vez presté especial atención a su espalda. Sus omóplatos parecían encogerse con el roce de mis frías manos. Convulsionó cuando llegué a su columna y se arqueó hacia un lado haciendo que su contacto fuera más profundo. Esta vez clavé mis uñas en su espalda y descubrí que disfrutaba del dolor que le proporcionaba. En cuestión de segundos, ambos llegamos al clímax.

—¡Dios, gatita! —soltó un exabrupto mientras se giraba y caía rendido sobre el asiento de conductor—. Eres puro fuego.

Me sentí tan extenuada que no era capaz de contestar a ese calificativo. Nunca me había sentido así en mi vida y no conseguía encontrar algo con lo que poder compararlo.

Había sido simplemente maravilloso. Giré la cabeza para contemplarlo y disfrutar de los armoniosos rasgos de su rostro, pero descubrí que sus ojos estaban cerrados. Se había quedado completamente dormido.

Me sentí desencantada porque se hubiera quedado traspuesto en un momento como este, pero cuando me incorporé noté que me dolía todo el cuerpo. Comprobé que los seguros del coche estuvieran puestos y, entonces, volví a tumbarme. Acaricié su rostro por última vez y me dejé mecer por la inmensa paz que se respiraba.

14



Craig

Acepto la cerveza sin alcohol que Liam me da. Después de todo, tengo que conducir de vuelta a casa.

Estoy tan nervioso que las palabras se agolpan en mis labios sin orden aparente. Trato de darles sentido sin éxito, pero mi amigo me salva de la vergüenza.

—¿Que te lo has montado con Fred? —escupe atónito la cerveza.

—¿Tan raro es? No creo que sea una marciana. Es guapa y lista...

—Liam me sigue mirando estupefacto, como si estuviera en un programa de cámara oculta.

—No, no. No he dicho que sea fea. En realidad, parece maja... —deja la frase en el aire, esperando que yo adivine sus pensamientos. Sin embargo, no lo consigo.

—Sí, lo es. También es muy testaruda y de ese tipo de chicas que no les gusta que les hagan cumplidos —añado con un tono extraño en mí.

Liam me observa y sonrío. Lo hace de forma burlona como si él supiera algo que yo no.

—Tú estás pillado por Fred. No puedes negarlo. Se te iluminan los ojos con solo hablar de ella y tu voz adquiere un tono bobalicón, como el de esos chicos de los que tanto nos reíamos. —Llega a la

conclusión con solo observarme unos minutos.

—¿Puedes decirlo con solo mirarme? —le cuestiono, queriendo que mi amigo esté equivocado.

—No solo por eso, Craig. Cuando conoces a una chica, te falta tiempo para acostarte con ella. Conociste a Fred el sábado y no te has acostado con ella hasta tres días después. Eso dice mucho a tu favor, pero también que ella es diferente y te está cambiando —me enumera pistas que yo, a simple vista, no he sabido ver—. A mejor —añade, cuando he dejado de escucharle. Alzo la vista y le observo preocupado—. Me temo que estás madurando, amigo mío. Es algo que no nos llega a todos al mismo tiempo, pero que a ti te ha tocado en el peor posible. Con una chica que vive en la otra punta del mundo y a la que probablemente no vuelvas a ver en tu vida.

Sus palabras son devastadoras y me hacen hundirme en la miseria. Ahora soy realmente consciente de mi situación. Lo he sabido todos estos días que he compartido con ella y, aun así, me negaba a creerlo.

Me gusta Fred. Me gusta de una manera íntima y misteriosa como me apasiona el motor de un coche a plena potencia o como solía disfrutar surfeando las olas. Sus besos me hacen anhelarla igual que un niño a un helado. Su sabor es indescriptible, pero lleno de matices que la hacen especial.

—Mierda. ¡Estoy jodido! —Es lo único que consigo sacar en claro mientras me cepillo el pelo hacia atrás con la mano.

Liam asiente y me contempla compadeciéndose de mí. Minutos después, me marcho de su estudio. Tengo que regresar al trabajo. Me he saltado la hora de la comida para venir a verle. Llevo toda la mañana dándole vueltas a lo que ocurrió anoche y lo único que he conseguido es empeorarlo todo. No debí haberme acostado con ella, aunque si soy sincero conmigo mismo, esto habría ocurrido tarde o temprano. Ambos nos sentíamos atraídos y la tensión estaba matándonos. Antes de dejarla en casa, Fred me pidió un favor...

—No le cuentes nada a Liam. Odiaría ser el tema de vuestras conversaciones —confesó avergonzada ante lo que había ocurrido.

Para ella había sido su primera vez, para mí había sido especial, aunque no la primera.

—Sería para bien —dije medio en broma, aunque para mí era cierto.

—¡Craig! —me golpeó en el hombro de forma suave pero reprobadora.

—Lo que tú quieras. —Me sonrió de una forma muy genuina que la hizo parecer a mis ojos un ángel.

Rememoro lo vivido la noche anterior y me doy cuenta de que, sin proponérmelo, he roto la promesa que le hice. Espero que ella haga lo mismo. De esa forma, no me sentiré tan culpable.

El teléfono suena y veo que es un mensaje de Rachel. ¿Rachel? ¿Qué se le ha perdido a la prima de Fred conmigo? Hablando del rey de Roma... Con todo mi cacao mental, he olvidado preguntarle a Liam qué tal con ella. Espero que todo vaya como la seda. Sería cruel hablar de mis problemas mientras él no ha dicho nada de sí mismo. Iría contra el manual del buen colega.

15



Fred

Una sensación dura y fría me despierta de repente. Noto cómo la humedad me empapa y al alzar la vista me encuentro con Rachel, que está escurriendo su cabello recién lavado sobre mí.

—Al fin te despiertas. Dormías como un lirón —se queja sin darse cuenta de que el día anterior era ella la que se encontraba en mi lugar.

Sonrío a pesar de las fechorías que mi prima me hace nada más despertar y me tomo mi tiempo para levantarme de la cama. No tengo ganas de discutir. Con lo de ayer ya tuve suficiente. Ami mente viene el recuerdo de lo bien que lo pasé anoche.

Fue algo extraño, nuevo y excitante. Ahora entiendo por qué Ashton llegó a impacientarse con mi negativa a hacerlo con él. Miro el dedo anular de mi mano y el anillo que en él hay. Siento que he traicionado los principios que representa. Mi promesa de castidad se ha ido al cubo de la basura junto con el resto de cosas que parecían atarme a Ash. Ahora soy una persona completamente diferente en todos los sentidos.

Mi prima me empuja enfadada.

—¡Dios mío, Fred! No me digas que lo has hecho con Craig. Creí que ibas a esperar hasta el matrimonio —me reprocha como si yo

siempre hubiera sido su modelo a seguir. Sus esquemas parecen romperse.

—Lamento defraudarte, Rachel, pero tú fuiste la primera que me animó a tener algo con Craig. Dijiste que me vendría bien estar con otro chico para olvidar a Ashton. —Su rostro está lleno de incredulidad.

—Sí, perdona, Fred. Tienes razón. Te lo dije, pero no creí que fueras a hacerme caso. Tú siempre has sido la más sensata de las dos... —me dice como si hubiera cometido una locura. Recuerdo los momentos compartidos con Craig durante estos días y no me arrepiento de nada.

Rachel permanece parada durante un buen rato y temo que haya podido quedarse catatónica. Hago lo menos recomendable en estos casos. La zarandeo. Parece funcionar y me sujeta de los brazos.

—Lo siento. He sido un desastre de amiga. No he hecho más que confundirte en lugar de apoyarte cuando más lo necesitabas. He sido una tonta —recapacita mientras se acerca a mí y nos fundimos en un fuerte abrazo.

—No tienes que sentirte culpable de nada. Ha sucedido lo que tenía que ser. He pasado página y aunque todavía siga pensando en Ashton, pienso en el chico con quien compartía confidencias y paseaba conmigo junto al lago y no en el presuntuoso capitán del equipo que hacía suspirar a todas las féminas del instituto. Todo ha ocurrido demasiado rápido. Hemos crecido y nos hemos hecho mayores. Como tú bien dijiste, no podía ser tan perfecto —murmuro junto a su oído. Me aprieta fuerte expresando así su desánimo y sé que está llorando porque sus lágrimas empapan mi cuello.

—Ahora cuéntame qué tal fue, con todo lujo de detalles —me anima, apartándose de mí y sonriendo para que no le riña por llorar. Se seca disimuladamente las lágrimas y se sienta sobre mi cama.

—Fue todo muy inesperado. Estábamos discutiendo y al rato estábamos haciéndolo en su coche. Fue algo incómodo —reconozco

ante su atenta mirada.

—Es uno de los lugares más habituales, pero donde esté una cama... —me indica Rachel, que ya ha tenido un par de experiencias.

—No me refería al vehículo en sí, sino al hecho de que alguien pudiera vernos. Me corté mucho por eso. —Me avergüenzo ante las circunstancias en que ha tenido lugar mi primera vez—. De lo que no me arrepiento es de que haya ocurrido con Craig. —Suspiro feliz por la delicadeza y la paciencia con que me trató.

—Estás radiante —celebra—. Te sienta bien estar enamorada, aunque te molestes en negarlo.

—Me gustó Craig desde que lo vi por primera vez. A pesar de que, a primera vista, pueda ser un golfo y un chulo, estos días me han servido para ver debajo de todas esas capas. Es un chico generoso que disfrutó haciéndonos de guía, algo que él mismo se ofreció a hacer y, además —suelto dándole más protagonismo—, ayer conocí a su familia. —Si no bastara con que me abriera a ella de una vez, Rachel se queda atónita con la retahíla de noticias que va recibiendo—. No pienses mal. Me presentó como a una amiga.

—No le quites mérito al chico. Para alguien como él, hacer eso debió ser todo un logro. —reconoce el gesto de valor de Craig—. No me extrañaría que fueras la primera chica que llevara.

Asiento con felicidad.

—Su propia madre lo confesó, avergonzándole de paso. —Me río ante el recuerdo de aquello.

—Debió ser todo un espectáculo. ¡Qué lástima que me lo perdiera! —se lamenta, también entre risas.

Nos terminamos de arreglar y, antes de bajar a desayunar, tiro mi anillo de castidad a la papelera. Ya no tiene sentido que lo siga usando.

La mañana se pasa volando visitando la catedral de San Patricio, otra notable edificación del siglo XIX, y las Casas del Parlamento. Disfruto de la arquitectura gótica y las vidrieras del primero y de la

acción del Senado legislando en el momento de la visita. Rachel decide poner punto final a nuestra visita con la Colección Nacional de Ópalo, que más que un museo parece una joyería por la cantidad de ópalos que exhibe de todos los tamaños, formas y precios. Al final salimos de allí desencantadas al no poder comprarnos nada por el alto precio de las joyas y nuestro escaso presupuesto. Estamos a martes y aún nos quedan varios días en Melbourne. Necesitamos dosificar bien el dinero para que nos dé para el resto de la semana.

Comemos en un restaurante chino cercano, más económico que otras opciones. Regresamos al hostel cuando nos dan cerca de las cuatro y caemos rendidas sobre la cama. No hemos quedado con los chicos ni tenemos noticias de ellos, por lo que nos decidimos a echarnos una siesta — estamos cogiendo verdadero gusto a este invento—, así en caso de que la noche se alargue, como ha ido sucediendo días atrás, estaremos descansadas.

16



Craig

La tarde en el trabajo se pasa volando y cuando quiero darme cuenta llega la hora de cierre. Me despido de los compañeros con prisas, rechazando su oferta de tomar una cerveza.

—¿Qué te tiene tan ocupado esta semana que no puedes pasar un buen rato con tus compañeros de trabajo? —pregunta Allan, animado porque su número de reparaciones ha superado el mío. Parece tener asegurado el premio de empleado del mes y su soberbia va *in crescendo*.

—Una chica —suelto fanfarrón. Su tono no me ha gustado y cada vez me siento más reacio a que él quede por encima de mí.

—Venga, Craig. Si eres un ligón.... Cada día estás con una — bromea sujetándome por el hombro como si nos conociéramos de toda la vida y no llevara compitiendo conmigo desde que entré allí a trabajar.

—Digamos que esta es diferente —repongo mascullando mientras me suelto con brusquedad de su apretón.

Odio dar más información de la necesaria, pero no pienso terminar la conversación ahí, no me da la gana que Mister Subidito tenga la última palabra.

Allan llama la atención del resto para que se acerquen.

—¿Le habéis oído? Se ha enamorado. ¡Nuestro muchachito se ha enamorado! —exclama tratándome como a un bebé.

Comienza a hacerme aspavientos y el resto de compañeros, en círculo en torno a nosotros, le ríen la gracia. Me estoy encendiendo por momentos.

—Debe ser una loba en la cama, ¿eh? —dice burlón dándome un codazo en las costillas mientras guiña un ojo a los demás.

—No hables así de ella... —farfullo apretando los puños en un último intento de controlarme. Pero justo en ese momento apoya la espalda contra la pared y empieza a hacer como que la imita. Se mueve y gime de forma escandalosa y pierdo los papeles.

La ira estalla como menos espero. Lanzándole un puñetazo en toda la cara. Él se agacha dolorido.

—¡Maldito niñato! ¡Me has roto la nariz! —grita encorvado cubriéndose el rostro con ambas manos para detener la hemorragia. Todos me miran asustados y, en ese momento, soy consciente de lo que he hecho.

Me acerco a Allan y me ofrezco a llevarle en mi coche. Se aparta de mi lado, reacio.

—Preferiría que me arrancarían una muela sin anestesia —expone rabioso, antes de aceptar la ayuda de alguno de los presentes.

Bob se lo lleva hasta su ranchera y desaparecen de allí rápidamente. El corrillo que se había formado se disipa y cada uno toma su camino murmurando lo que me imagino es una crítica ante mi mal comportamiento.

El encargado se me acerca y, con gesto serio, me sujeta el hombro.

—Mañana, cógete el día libre —me dice antes de que pueda explicarme—. No te preocupes. Yo me encargo de todo —asegura como si me hiciera un favor y se marcha.

Miro mi mano, hinchada por el golpe. Me pongo al volante de mi *jeep* y conduzco a casa estirando y encogiendo la mano a ratos, soportando el dolor. Pienso en lo que ha ocurrido y en cómo he

reaccionado ante su ataque tan infantil. Mis compañeros tienen razón. He actuado mal.

Cuando entro en casa, mi madre se encuentra preparando la cena. Mi padre permanece sentado tras ella, tomando una cerveza y contándole los problemas que han tenido en la oficina. No hay ni rastro de Flynn. Imagino que estará trabajando en la hamburguesería y, de ahí, irá un rato a surfear.

No los saludo como acostumbro y me voy directamente al congelador. Saco un paquete de guisantes y me lo aplico directamente sobre la mano. El contraste entre frío y calor es tal que doy un respingo. Alice se acerca rápidamente a mí, preocupada, me retira la bolsa de guisantes y observa la mano.

—¿Cómo diantres te has hecho esto? ¿No me digas que te has metido en una pelea? —me atribuye, pues no es tan fácil conseguir la mano tan hinchada.

—Fue un malentendido —replico lacónico.

Mi madre rezonga, sin creerse mi respuesta, y me acerca a la luz para ver mejor la mano.

—Deberías haber ido a urgencias. Tienen que hacerte una radiografía para ver si te has roto algún hueso —me informa como buena enfermera que es.

Niego con la cabeza.

—¡Testarudo! En eso has salido a tu padre —acusa alzando la vista a Steven. Este se siente amenazado y sale de la cocina haciendo oídos sordos.

No puedo evitar reírme de su actitud. Si mis compañeros lo vieran, dirían que él es el niño. Alice, enfadada, me aprieta un poco la mano para que me ponga serio.

—¡Auuu! Eso duele —le reprocho, ante su castigo.

—Haberlo pensado antes de pegarte con nadie —me regaña, no contenta con lo dicho hasta ahora. En ese momento, suena el móvil. Me lo saco como puedo del bolsillo del pantalón y veo que se trata de

Liam. A duras penas lo cojo con la mano izquierda y respondo.

—¿Qué estabas haciendo para tardar tanto en cogerlo? No me digas que ya estás con Fred. ¡Eres un *crack*, tío! — grita eufórico, como si hubiera superado mi récord de chicas en una noche.

—¡No, imbécil! —Mi madre vuelve a hacerme daño. Esta vez es un pellizco en el brazo para que no diga palabrotas. Menos mal que no le he contado que el encargado me ha pedido que mañana no vaya a trabajar—. Me he hecho daño en la mano. Mi madre me la está curando. ¿Por qué llamabas? ¿Hay planes a la vista? —No me extrañaría que Rachel le hubiera llamado después del mensaje que recibí de ella.

Al parecer, Fred también le ha contado a su prima lo que ocurrió anoche entre nosotros. Por eso, mi tarde ha sido algo más tranquila, aunque solo en parte. Rachel se muestra una muchacha independiente e imparable. Y su amenaza de cortarme mis partes si le hago daño a Fred me la he tomado muy en serio.

—¿Por qué crees que te llamo? Rachel me ha llamado esta tarde. Hemos quedado los cuatro dentro de media hora. He dejado las sorpresas a un lado y les he dicho que iremos a ver el acuario. Ya sé que no es muy original, pero querían hacer algo tranquilo —me informa Liam, con prisas. Oigo ruidos y me imagino que está terminando de arreglarse para ir hasta el hostel a recogerlas.

—¿Podrías venir a buscarme a mí antes? Creo que no podré conducir con la mano así. Ya arriesgué mucho conduciendo hasta casa —le ruego mientras veo cómo Alice me envuelve la mano con una gasa y la inmoviliza con un trozo de esparadrapo—. Me arreglo y te espero. No tardaré mucho —le prometo, una vez me confirma que coge las llaves y se dirige hacia aquí.

—¿No irás a salir así? —se queja mi madre, que ha seguido toda la conversación. Asiento—. Ves todos los días a Liam. ¿No puedes quedarte hoy en casa y descansar?

Mi madre es más lista de lo que aparenta a simple vista y me

extraña que no haya indagado más. Me la quedo mirando y niego. Prefiero no hablar. Temo que si me hace hablar, terminaré confesando algo que no quiero.

—Es esa chica, ¿verdad? La que trajiste ayer a casa... —responde, interesada. Ella no es tonta. Sabe que ha habido otras, pero ninguna lo suficiente importante como para que se la presentara—. Me alegro de que por fin sientes la cabeza — me dice. Solo tengo veinte años, pero ella cree que he pasado demasiado tiempo en las nubes. Confía en que más pronto que tarde retome los estudios. No pierde la esperanza.

—Gracias, mamá. Yo también te quiero —suelto con sorna, dejándola en la cocina y corriendo hacia mi cuarto. Tengo menos de diez minutos antes de que Liam llegue. Tiempo suficiente para enfundarme unos vaqueros y una camiseta. El problema vendrá a la hora de abrocharme los botones.

Espero a la puerta con una sonrisa puesta. Monto en el Kia de mi amigo y le saludo. En la radio suena «Cheerleader», de Omi, y Liam se mueve al ritmo de la música. Me echo a reír.

—Te veo de muy buen humor —declaro, consciente de que yo también lo estoy y la razón es la misma. Vamos a ver a las chicas. Mis rencillas con Allan han quedado a un lado. Ahora mismo, tengo muy presente la velocidad con la que transcurren los días y quiero aprovechar cada uno de ellos como si fuera el último. Pronto, Fred será solo un recuerdo, pero antes de que eso ocurra quiero crear muchos y buenos momentos junto a ella.

Liam toca el claxon unos metros antes de que lleguemos al hostel. Las chicas están fuera y nos ven llegar. No hay aparcamiento disponible por lo que corren hacia el coche y montan rápidamente en la parte trasera.

—Hola, chicos —nos dicen al unísono, como si llevaran toda la tarde practicando. Parecen tan eufóricas como nosotros.

En ese momento suena «Uptown Funk», y las chicas, al igual que

hizo minutos antes Liam, comienzan a moverse al ritmo de la música con el añadido de que ellas cantan y no lo hacen nada mal. Tomo nota mental para ir a un karaoke otro día.

Nada más bajar del coche, Rachel y Fred me observan estupefactas.

—¿Qué es lo que te ha pasado en la mano? —me pregunta Fred, de inmediato.

—Nada serio —miento como un bellaco. No quiero que se preocupe innecesariamente. Rachel me mira de soslayo y no dice nada. Puedo imaginarme lo que pasa por su mente. Que soy un vulgar pandillero. No puedo hacer nada para cambiar su juicio. Se ha formado una idea equivocada de mí, aunque si soy sincero la única opinión que me importa es la de Fred y ella se sigue mostrando igual de receptiva que el día anterior.

17



Fred

Caminamos un poco antes de tropezar de frente con un edificio en forma de barco. A orillas del río Yarra y debajo del puente de la calle King, se encuentra el acuario. Compramos los *tickets* y accedemos al interior.

Peces de todos los colores y formas conviven junto a caballitos de mar, estrellas, rayas y todo tipo de tiburones. No es la primera vez que estoy en un acuario, pero la naturalidad con la que los animales viven a solo unos metros de mí, separados únicamente por un cristal, me sigue cautivando una y otra vez.

La tenue iluminación de los pasillos por donde nos movemos permite una mejor contemplación de la fauna marina y hace que los roces casuales y las íntimas miradas entre Craig y yo parezcan ocultar un secreto que solo nosotros conocemos.

En otra sala encontramos uno de los más grandes ejemplares de cocodrilos de agua salada del mundo. Observo la lentitud con la que se mueve, nada que ver con lo que está acostumbrado cuando caza en su hábitat natural. Un depredador de sangre fría.

La sorpresa viene al final cuando damos con una cámara que dispone de dos ambientes, terrestre y acuífero, adaptados para una colonia de pingüinos. Los que permanecen en suelo firme se mueven

con su característico balanceo de un lado a otro. Los que están en el agua baten sus aletas para desplazarse, algo que me resulta gracioso, pues en cierta manera son aves, aunque no pueden volar.

—¿Disfrutas? —me murmura una voz en el oído. Sé que es Craig porque no ha parado de merodear a mi alrededor.

—Mucho. Es la primera vez que veo pingüinos —le confieso sin darme cuenta de que le doy pie a algo más.

—Este viaje está resultando la realización de muchas primeras veces. ¿No crees? —me insinúa con descaro, sabiendo que no puedo contestarle delante de las familias que han venido con sus hijos. Le miro con rabia y siento que algo vibra dentro de mí. Tengo ganas de estrangularte y saciarme de él al mismo tiempo. ¿Cómo es esto posible? Es un sentimiento tan extraño que creo estar volviéndome loca.

Pasamos cerca de los baños y, aprovechando la distracción de los guardas de seguridad, Craig tira de mí hacia el interior de ellos.

Allí, la iluminación es más potente y nos ciega por un instante. A él parece no afectarle y me lleva directamente hacia uno de los cubículos. Cierra la puerta y me empuja contra esta. Comienza a besarme con pasión y le acerco más a mí. En ese momento, me sujeta las manos y las inmoviliza. Me gusta que controle la situación y, confiando en él, me dejo llevar. Me acaricia el trasero y arrastra su mano hasta que alza mi muslo. Me baja lentamente y con delicadeza las braguitas y, entonces, agradezco llevar puesto un vestido.

Su contacto me hace estremecer de tal manera que no me doy cuenta de que me ha alzado sobre sus caderas hasta que me empotra contra la pared. Entrelazo mis piernas para tenerlo más cerca de mí y me parece escuchar un pequeño gruñido que sale de su boca. Se muestra contenido. Quiere que los dos disfrutemos y me gusta que piense en mí.

Mi vientre se estremece ante el contacto de la fría hebilla de su cinturón con el final de mis muslos. Se baja la cremallera del

pantalón y, después de abrir el envoltorio de un preservativo y ponérselo, profundiza en mí haciendo que gima de placer. Me sujeto a su cuello y, mientras me sumerjo en un mundo de aromas cítricos, muevo mis caderas arriba y abajo haciendo que ambos disfrutemos del momento.

Terminamos sentados sobre la taza del váter. Algo que me parece muy sucio y degradante, pero a la vez excitante. Craig hunde su cabeza entre mis pechos y yo me arqueo hacia atrás, permitiéndole una mejor accesibilidad. Las embestidas se vuelven más penetrantes y duras. Craig me tapa la boca para evitar que nos descubran y termino chupándole los dedos como la noche anterior.

—Fred, Fred, Fred —susurra una y otra vez mi nombre. Algo que me vuelve loca—. Gatita.

Recuerdo el momento en que me puso ese nombre y me pongo manos a la obra. Acaricio sus marcados abdominales a través de la camiseta que lleva. Le desabrocho un par de botones y deslizo mi mano por su columna. Un escalofrío le recorre poniéndolo a mil. Sonríe por ser la razón de esa tonta sonrisa.

Le araño la espalda y descubro cómo eso le hace redoblar el ritmo de sus caderas. Creo que voy a romperme en cualquier momento. Y, justo entonces, explotamos y nos abrazamos temblorosos.

Pasan unos segundos hasta que somos capaces de movernos. Los aprovecho para recorrer sus labios con mis dedos mientras su rostro está a escasos centímetros del mío. Utiliza mi distracción para robarme un beso y creo que voy a desmayarme en ese mismo momento.

Un altavoz anunciando el cierre del acuario en diez minutos nos obliga a ponernos en pie y arreglarnos la ropa. Es cuando empiezo a caminar, cuando descubro que no consigo mantenerme en pie. Me duelen las piernas y lo que no son las piernas. En cuestión de dos días, Craig y yo lo hemos hecho dos veces. Si seguimos a este ritmo, nos encerrarán en una jaula del zoo por depravados. Me río ante mi

propia broma, pero la risa se va cuando camino fuera del baño y mis muslos rozan mi hinchazón. Trato de pasar desapercibida, pero una señora de la limpieza nos ha visto salir juntos. Sin rastro de vergüenza, Craig me pasa el brazo por el hombro y caminamos hacia la salida.

En la puerta nos esperan Liam y Rachel y por sus caras parecen molestos ante nuestra desaparición. Sin embargo, cuando me ven caminar hacia ellos, una sonrisa aflora en los labios de mi prima y el enfado desaparece.

Decidimos comprar la cena y nos vamos al estudio de Liam. A diferencia del primer día, Craig y yo también subimos. Comemos tranquilamente nuestras hamburguesas mientras vemos *Got Talent* en la tele. Rachel y Liam debaten sobre el talento de los participantes, algo que a mí no me preocupa demasiado. Estoy recostada sobre el pecho de Craig bebiendo una Coca-Cola y, en ese momento, en compañía de las dos personas que más quiero, me siento la mujer más feliz del mundo.

18



Craig

Cuando empiezan los anuncios, caigo en la cuenta de que mañana no tengo que ir a trabajar.

—Chicas, ¿qué planes tenéis para mañana? —comento, llamando la atención de los demás.

—¿Es que acaso quieres pasar el día con nosotras? — suelta con sorna Rachel, quien sigue con su lado protector activo.

—Mañana tengo el día libre. Podríamos ir a pasar el día a la playa —sugiero mirando a Fred y dejando de lado a Rachel—. Lleváis cuatro días aquí y todavía no la habéis pisado, ¿verdad?

Fred alza la cabeza lo suficiente para mirarme y sonrío.

—La verdad es que no tenemos nada mejor que hacer, ¿por qué no? —acepta, abriendo la boca y esperando que mis labios encajen en los suyos. La beso y deseo que ese momento no termine nunca.

Unas toses nos sacan de nuestra burbuja. Liam y Rachel nos miran incómodos, y Fred y yo soltamos una estruendosa carcajada. Me siento como si las tornas hubieran cambiado entre nosotros. Fred y yo somos los espontáneos esta vez.

—Voy a dar un paseo —sugiero, incorporándome perezoso. Fred se levanta y me observa—. ¿Te apetece venir, gatita?

Veo cómo su rostro se torna sonrosado al escuchar mis palabras

delante de nuestros amigos. Asiente y se despide de Liam y su prima.

Camino unos pasos por delante de Fred, pensando en lo que podemos hacer mañana. Soy una persona nerviosa por naturaleza y pasar todo el día tumbado en la arena no va conmigo. Oigo la puerta cerrarse y, unos segundos después, la mano de Fred coge la mía. Giro la vista hacia ella y me sonrío de esa manera que hace que hasta el día más triste termine brillando con un fulgor especial.

Me siento extraño, mareado y, entonces, vuelvo a desmayarme. Esta vez en plena calle. Fred trata de sujetarme, pero me escurro de sus manos y termino en el suelo. La cabeza me da vueltas y no consigo ver más que simples manchas borrosas. Miro a mi alrededor y oigo la voz desesperada de mi gatita. Maullando en busca de ayuda.

Para cuando consigo volver a la realidad, un paramédico y Liam están junto a mí. Alguien ha llamado a una ambulancia. Alzo la vista y descubro a Rachel tratando de calmar a Fred.

—Tiene algo de fiebre y la tensión baja. Tendremos que llevarle al hospital para realizarle algunas pruebas —afirma el sanitario, mirándonos a Liam y a mí.

—Está bien. Avisaré a sus padres. ¿Puede ir alguien con él en la ambulancia? —inquire mi amigo, como si yo no estuviera consciente aún.

—Sí, pero solo una persona —responde lacónico el médico.

—Fred —anuncia mi amigo—, se lo van a llevar al hospital. Yo voy a avisar a sus padres. Tú puedes ir en la ambulancia. Nosotros iremos en mi coche. —Se ve que ha planeado todo hasta el último detalle. La rabia comienza a inundarme y ganar terreno. El pulso comienza a acelerárseme y termino estallando.

—No. No vas a llamar a mis padres. No a estas horas. No quiero preocuparlos —defiendo mi derecho a elegir. Liam me escucha y asiente.

—Está bien, amigo. No los llamaré, pero al menos dejarás que te

hagan esas pruebas, ¿no? —subraya adivinando cuál va a ser mi siguiente solicitud. Fred me mira preocupada y termino aceptando mi derrota. Asiento sin más.

Los análisis de sangre únicamente revelan que padezco anemia. El médico me aclara que eso no quiere decir nada. Me pregunta si he tenido otros síntomas. Evito decirle que últimamente me duele la cabeza de forma constante y le pido que me dé el alta voluntaria. No quiero estar allí más tiempo del necesario. No quiero imaginar lo aterrada que debe estar Fred.

—Como quiera. Le daré el alta, pero no deje pasar esto. Hable con su médico de cabecera para que le mande hacer más pruebas —me sugiere antes de despedirse de mí y retomar su lista de pacientes.

Salgo a la sala de espera y me encuentro a Rachel dormida sobre el regazo de Liam y a este y a Fred hablando distendidamente. Camino hacia ellos y, en cuanto Fred me ve, sale disparada hacia mi encuentro. Se lanza a mis brazos y, entre lágrimas, se interesa por mi estado.

—Los análisis de sangre no han revelado nada extraño. Estoy bien —repito las palabras del médico para que se quede tranquila. Al fin y al cabo, no miento. Solo omito parte de la verdad. Es algo que siempre se me ha dado bien.

Odio que la gente se preocupe por mí. Yo siempre me he mostrado como el eslabón fuerte de la cadena. Me siento incapaz de derrumbarme en este momento. No porque no sea capaz, sino porque no sé si lograría ponerme en pie de nuevo. Es fácil dejarse llevar por lo malo, sumirse en la desdicha y abandonar. Nunca he estado en ese lado de la balanza y hoy no va a ser ese día.

Liam despierta a Rachel y esta se acerca preocupada y, sobre todo, avergonzada por cómo se ha comportado conmigo desde que me conoció.

—Será mejor que nos vayamos cada uno a su casa — puntualiza al observar el reloj y descubrir que son cerca de las dos y media de la

mañana. Todos la miramos esperando una frase sarcástica que nunca llega—. Necesitaremos descansar. Mañana nos espera un largo día —repone con un tono sencillo y amable. Se cae literalmente de sueño y, ahora que he conseguido enterrar el hacha de guerra, no quiero tentar a la suerte contrariándola.

—Tienes razón. Ha sido un día de muchas emociones y mañana serán muchas más. Será mejor que durmamos un poco —alego sin soltar a Fred y dirigiéndome a la salida.

—¿Adónde crees que vas, listillo? —cuestiona molesta Fred—. Liam te llevará a casa. No pienso dejar que te vayas caminando después de ese desmayo tan feo.

No puedo evitar una sonrisa sardónica.

—¿Se puede saber de qué te ríes? —me pregunta molesta por mi actitud despreocupada.

—Decía de tu prima, pero creo que me he echado una novia con muy mal genio —confieso feliz de haberla conocido.

—¿Mal genio? Habló el gracioso... —sus palabras se ahogan en su garganta. Parece recapacitar sobre lo que acaba de escuchar—. Espera, ¿has dicho que soy tu novia?

Vuelvo a reírme. Fred es increíble.

—¿No quieres serlo? —contraataco a su pregunta. Liam y Rachel se han alejado de nosotros lo suficiente para que tengamos nuestro espacio.

—Sí..., bueno, no. No lo sé. —Me quedo perplejo. Me esperaba cualquier respuesta menos esa—. Me gustas, Craig. Mucho. Tal vez, incluso demasiado —sonríó ante su explicación. Sus dotes como oradora no son muy buenas—, pero solo llevo aquí cuatro días. El viernes me iré y no volveré a verte. Seamos realistas. ¿Qué nos esperaría después? Llamadas por Skype y *emails*. Tú, yo o incluso los dos conoceremos a alguien y querremos dejarlo. No quiero empezar algo que está condenado a morir.

Sus palabras se me clavan como hierros candentes en el pecho. Sé

que todo lo que me ha dicho es verdad, pero ella es la primera chica por la que siento verdaderamente algo y no quiero dejarla escapar. Ahora es cuando entiendo cómo se sentían todas esas chicas con las que salía y a quienes rompía el corazón. Lo comprendo porque ahora estoy en ese lado de la balanza. En el de los que son plantados. Mi rostro ha perdido todo el color y el sudor comienza a invadirme.

—Mierda. No creo que sea el mejor momento para hablar de esto, Craig. No estás bien. Deberíamos volver al hospital. —Me sujeta del brazo y trata de hacerme dar la vuelta. Suelto su brazo de forma brusca y me acerco a Liam.

—Llévalas al hospital. Yo cogeré un taxi —me despido de forma escueta y dejo a Fred detrás de mí con un gran sentimiento de culpa.

19



Fred

—¿Cuántos mensajes le has enviado ya? —me pregunta mi prima desde el interior de la cama.

—Este es el cuarto —revelo avergonzada—. No puedo creer cómo me ha dado tan fuerte con este chico. Ashton fue mi novio desde que éramos críos mientras que a Craig solo lo conozco de hace cuatro días —digo en alto lo mismo que Rachel está pensando.

—Sí, realmente os ha dado muy fuerte a los dos. Él tiene pinta de ser un rompecorazones y ahora se ha cambiado de bando... —Alucina mi prima, a quién siempre se le ha dado muy bien leer a la gente.

—Y yo soy una estúpida que nunca ha aceptado que su novio le dejó de querer hace mucho y que cuando encuentra el amor de nuevo lo hace a diez mil kilómetros de casa. Me merezco la medalla a la más estúpida. —Las lágrimas empañan mi visión y trato de no dar rienda suelta a mis sentimientos. Si empiezo, no podré parar.

—Vamos, Fred. No lo pienses. Solo trata de disfrutar de estos días. El amor no se busca, aparece solo y muchas veces cuando menos te lo esperas —admite Rachel, quien también se ha colgado de Liam aunque lo niegue.

—Y Liam y tú, ¿qué vais a hacer? —Me preocupo por ella.

—¿Liam y yo? —repite como un loro.

Asiento.

—No creas que no me he dado cuenta de cómo lo miras y cómo te distraes cada vez que te hablo. —Rachel suspira de nuevo. Esta vez el motivo es personal.

—La noche que nos conocimos y subí a su casa me lo dejó bastante claro. No quería relaciones de ningún tipo. Está en la universidad y quiere centrarse en aprobar la carrera. No sé si es una excusa barata o no, pero también está el tema de la distancia. Y como tú le dijiste a Craig, sé que no funcionaría.

—¡Dios, Rae! No tenía ni idea —murmuro ante el desconcierto que me produce la noticia. Hasta ahora había creído que yo era la única protagonista del drama, pero mi prima ha llevado esa pena por dentro.

Rae y yo parecemos condenadas a entendernos. Sufrimos las mismas exigencias por parte de nuestros padres. Tenemos las mismas preocupaciones en cuanto a la facultad. Ser las populares del Instituto River City es una cosa, pero Stanford se escribe con letras mayúsculas. Y si no es suficiente con todo eso, Cupido parece habernos clavado un dardo venenoso.

Al día siguiente, los rayos de sol cubren cada rincón del dormitorio despertándonos y poniéndonos de muy mal humor. Ninguna hemos descansado como deberíamos.

Lo primero que viene a mi cabeza es lo que ocurrió anoche, los mensajes que envié a Craig y la confesión de Rae. Mi mundo se viene abajo y no encuentro motivos para levantarme de la cama.

Después de todo, no creo que volvamos a ver a los chicos. Son sensibles y orgullosos por naturaleza. Craig lo es. Es cabezota, orgulloso y un gilipollas cuando se lo propone, pero eso no cambia lo que siento por él.

—Vamos, remolona. —Rachel tira de las sábanas y me obliga a levantarme de la cama. Me doy una ducha con mucho esfuerzo y

bajamos a desayunar. A diferencia de otros días que tomaba un simple café y una tostada, hoy me tomo un café bien cargado, un zumo de melocotón, huevos revueltos, beicon y un par de magdalenas. Mi prima me mira preocupada por mi actitud.

—No me juzgues. Me siento fatal por lo de ayer con Craig. — Gimoteo con las gafas de sol puestas en medio del restaurante. Ella asiente y termina su desayuno.

Nos dirigimos a la parada de autobús que nos llevará a la playa. Rae va cómoda con una camiseta blanca holgada y unos *shorts*. Yo llevo un vestido estampado con unas sandalias a juego. No me deshago de mis gafas de sol en ningún momento.

Buscamos hueco en la playa y extendemos las toallas. Nos damos crema y contemplamos el magnífico día que hace. El paisaje es maravilloso. Las olas son espectaculares y me lamento de no tener aquí mi tabla de surf. El dinero no nos llega para caprichos como ese.

Me tumbo a la espera de que termine pronto este día. Rae, por el contrario, parece entusiasmada sin razón aparente. Ignoro sus comentarios alentándome a dar un paseo por la playa y cierro los ojos sin más. Unos minutos después, me quedo dormida ante la aparente calma en la que me he sumergido, pero el sueño no dura mucho. Una pelota golpea mi cabeza y me levanto dispuesta a regañar al niño al que se le ha escapado, pero no lo encuentro. En su lugar, Craig y Liam permanecen de pie en camiseta y bañador. No tengo palabras para lo que estoy sintiendo. Me quedo mirando como una boba a Craig. Cuando soy capaz de reaccionar, me invaden unas ganas locas de abrazarlo. Por otro lado, que Craig aparezca donde estamos sin haber respondido uno solo de mis mensajes me hace tensarme de rabia. Solo hay una manera de que supiera que estábamos aquí y es Rae.

Liam mira en todas direcciones en busca de Rachel. —Si buscas a mi prima se fue a dar un paseo por la playa, pero no me preguntes por dónde. No lo sé —le informo con la esperanza de que no se vaya.

Me da miedo retomar la conversación con Craig donde lo dejamos.

—No importa. La buscaré igualmente. Vosotros tenéis cosas de las que hablar. —Esa frase es la que más temía escuchar. Sonríe de mala gana y acepto la presencia de Craig en la toalla vecina. Me incorporo sentándome y me sujeto las rodillas con ayuda de los brazos. Miro al horizonte y me pregunto qué es lo que va a pasar. Él copia mi postura y observa el mar con gesto relajado.

—De pequeño me encantaba el mar, pero fue mi hermano, Flynn, quien terminó siendo el rey de las olas. Es algo extraño cómo suceden las cosas —reflexiona como si hubiera olvidado lo del día anterior y se encontrara con un colega más. Permanezco callada. Puedo adivinar que esto forma parte de algo más—. Si las cosas no hubieran tomado un rumbo diferente, ambos estaríamos surfeando juntos en este mismo momento y tal vez nunca te habría conocido. Lo que quiero decir es que no todo ocurre siempre por una razón y, muchas veces, debemos luchar por aquello que queremos en nuestra vida. Al igual que sé que jamás podría vivir en una ciudad sin playa o que los coches son mi vida, sé con total seguridad que te quiero. No puedo decirte qué será de nosotros dentro de diez o veinte años, pero al menos lucharé por esto que tenemos. Y no importa cómo terminemos, sabré que no fue en balde, porque siempre di lo mejor de mí. —Sus cálidos ojos azules me hacen ver que si yo quisiera tendría mi playa particular junto a él. Sus palabras son tiernas y sinceras y hacen que termine llorando.

Craig se aproxima a mí y me estrecha entre sus brazos—. No te preocupes por nada. Afrontaremos los problemas cuando estos se presenten. —Y, así, estrechándome contra su pecho, me siento la chica más dichosa y la más desgraciada al mismo tiempo.

Las dudas vuelven a invadirme como lo hicieron el día anterior, pero no le digo nada. No quiero romper este mágico momento. No quiero arriesgarme a perder a Craig nuevamente. No me importa que todo haya sido una sorpresa con mi prima como cómplice. Los he

perdonado a los dos desde el momento en que él se sentó a mi lado.

20



Craig

Ayer estaba tan cansado que me dormí en cuanto posé la cabeza sobre la almohada. No veo los mensajes de Fred hasta que me levanto por la mañana y me doy cuenta de que mi aparente silencio es un rechazo en toda regla. Debo hablar con ella para hacerle saber que mis sentimientos siguen siendo los mismos que le he confesado horas antes. Sin embargo, sé lo testaruda que mi gatita puede llegar a ser y escribo a Rachel, en su lugar. Planeo una sorpresa y me presento junto a Liam en la playa de St Kilda. Observo de lejos su torneado cuerpo, su cabello recogido en una cola de caballo y unas gafas de sol que la separan del resto del mundo.

Cuando la tengo enfrente y observo su sensual boca, su fino cuello y sus estilizadas piernas, se me hace un nudo en el estómago. Rezo porque mi gatita no tenga las uñas afiladas.

Después de abrirme un poco más a ella, siento cómo todas sus barreras caen y se rinde ante mí. Sé que ella también siente algo, aunque trate de aferrarse a la lógica. Sin embargo, la locura es más fuerte y ha terminado por contagiarnos a los dos.

Liam ha decidido buscar a Rachel entre la multitud, concediéndonos un tiempo precioso a Fred y a mí. Desearía estar en cualquier otro lado con ella. Tengo ganas de rozar sus labios y sentir

cómo se me eriza el vello. Quiero que me haga tocar la cima del Everest y escuchar otra vez mi nombre en su boca jadeando de deseo. No obstante, me conformo con estar cerca de ella y hacerle sonreír. Me ilumino como un árbol de Navidad solo con ese pequeño gesto.

Me levanto y tiro de ella. Su mirada me pregunta adónde. Insisto y termina cediendo a mis caprichos. La cojo en brazos, para evitar que se eche atrás y corro hacia el agua. Cuando las primeras gotas de agua le salpican, la oigo pegar un pequeño grito.

—¡Está helada, Craig! —me dice con tono reprobador. Me gusta hacerle rabiar y la suelto dentro. Su gesto se tuerce advirtiéndome de su siguiente paso. Me sumerjo en el mismo momento en que Fred se acerca a mí. Mira a todos lados, enfadada, preguntándose adónde he ido, cuando la sujeto por detrás de la cintura.

Jugamos, reímos, nos salpicamos y volvemos a reír. Me siento como un niño, sin preocupaciones, disfrutando de plena libertad. Nadamos y competimos por ver quién es el más rápido. Como el buen caballero que trato de ser le dejo ganar, pero ella no se lo toma muy bien. Es una chica difícil de descifrar, como la gran mayoría, pero esta es la primera por la que me intereso de verdad. Me desmoralizo al pensar que apenas me quedan dos días para disfrutar de ella. Se tarda tiempo en conocer a alguien, descubrir sus pequeñas manías y sus predilecciones.

Recuerdo las parejas de las que me reía en los bares de copas. Esas que se mostraban tan cariñosas en público y llegaban al extremo de terminarse las frases. Tal vez no quiera tener algo tan ñoño como eso, pero sí disfrutar de momentos tan bonitos como este. Momentos que jamás viví y que nunca creí que mereciera.

Nos acercamos a la orilla en el instante en que Liam y Rachel llegan.

—¿No me digáis qué vais a saliros? —comenta decepcionada Rachel. Ambos asentimos con la cabeza y nos echamos sobre las toallas. Yo me quedo dormido como un ceporro y no me despierto

hasta que escucho las voces de los tres debatiendo sobre dónde comer.

Al final nos decantamos por el chiringuito de la playa y con un par de raciones ponemos fin al hambre.

Fred y Rachel juegan con el balón en la arena, pero Liam y yo no tardamos en ir a incordiarlas. Liam comienza a jugar con Rachel y terminan retozando por la arena. Él la levanta con los pies apoyados en su estómago, haciéndole flotar en el aire. Juntos se divierten de lo lindo.

La felicidad es un sentimiento sorprendente que te embarga y te hace cometer locuras. Fred se arroja a mis brazos. La sujeto por debajo de los hombros y comienzo a dar vueltas sobre mí mismo. Mi gatita grita como una niña en un parque de atracciones. Me detengo antes de que alguno de los dos nos mareemos. Cojo su mano, la beso y la sostengo mientras tiro de ella para dar un paseo. Me siento pleno a su lado. He llegado al punto en que las demás cosas son insignificantes a su lado.

Junto a ella soy más consciente de cada sentimiento. La cálida arena se cuele entre mis dedos, me hace cosquillas y me abandona con cada pisada que doy. El salitre del mar se filtra por mis fosas nasales y los gritos de los niños jugueteando a nuestro alrededor se multiplican, dándoles un tono más vivo y alegre del habitual. Menos molesto y más revitalizante.

Regresamos de nuestro paseo para encontrarnos con Liam y Rachel recogiendo las toallas.

—Estábamos a punto de irnos a buscar— revela Liam, sorprendido porque hayamos regresado tan pronto—. Rachel me ha confesado que no quiere irse de aquí sin ver un canguro. —Todos nos echamos a reír y me parece escuchar a algún curioso disfrutar de la pequeña broma.

21



Fred

Me sorprende el repentino interés de Rachel por la fauna local, pues de las dos siempre he sido yo la que más se ha interesado por temas culturales. A ella le dejaba las actividades lúdicas. Mientras yo me encargaba de los alumnos de intercambio o las recaudaciones benéficas para algún acto solidario, ella se ocupaba de la parte estética como organizar el baile de fin de curso. Este viaje nos está cambiando a las dos de una manera que ninguna podría haber llegado a imaginar nunca.

Sujeto el brazo de Craig para que se detenga un momento. Quiero hablar con él a solas.

—¿Tantas ganas tienes de estar conmigo a solas, gatita? —Sus ojos me miran lascivos y tengo que apartar la mirada para evitar que una oleada de excitación me recorra en una sola dirección.

Meneo la cabeza, pensando que no tiene remedio y caminamos tras Liam y Rae.

—No tengas tanta prisa. —Craig me sujeta del brazo—. Recuerda que hay dos coches y casualmente uno de ellos es el mío. —Alza las llaves haciéndolas tintinear como si yo fuera un bebé.

—¿No me digas que habéis venido cada uno en su coche? —repito impresionada por su falta de preocupación. Fue ayer mismo cuando

le ingresaron por un desmayo.

—¡Oh, vamos! Dime qué he hecho mal ahora —suelta molesto.

Odio que la mitad de las veces parezca adivinar lo que pasa por mi mente y, en cambio, la otra mitad, no tenga ni la más remota idea.

—Olvidalo —le pido resignada. No tengo ganas de discutir. Esto se parece cada vez más a una relación de pareja. Con todas las discusiones que implica y ningún beneficio.

—No, no. Quiero escucharlo. En serio. ¿Cuál es el problema de que haya utilizado mi maldito coche? Solo fue un simple mareo. Ya estoy bien. Deja de preocuparte por todo e intentar cambiar el mundo —ha escupido toda la rabia que tenía almacenada y cuando parece que ha terminado, suelta una última perla—: No te pega, Fred.

No entiendo ese cambio tan drástico en su actitud. Si no le conociera un poco, pensaría que está mal de la cabeza. Lo más seguro es que con el transcurso de las semanas, termine olvidándose de mí. Craig es un chico inteligente y consciente de sus muchas cualidades, al que no le faltarán chicas. Yo terminaré siendo un nombre más en una larga lista de conquistas. Con la adrenalina del momento, no dudo en exponerle mis peores temores.

—Tú tampoco eres un santurrón. Estoy segura de que cuando me marche, ya tendrás a otra chica esperando a tu puerta —le espeto injustamente, después de lo bien que se ha portado conmigo desde que nos conocimos. El remordimiento hace acto de presencia. Bajo la cabeza avergonzada por mis palabras y espero a que él se marche. No merezco otra cosa. Sin embargo, toma mi barbilla entre sus dedos y la alza.

—¿Eso es lo que piensas de mí? —Me mira desolado.

—No —mascullo débilmente—. Claro que no. Es solo que...

Craig acalla mis palabras con su boca. Un acto irrefrenable de pasión y deseo que hace que me quede sin aliento. Pongo mis manos en su pecho, apartándolo y trato de respirar.

—No sé si puedo seguir con esto, Craig. No sé tú, pero resulta demasiado para mí. No quiero que me rompan el corazón de nuevo —despejo toda duda que pudiera quedar entre nosotros. Yo me lo estoy tomando demasiado en serio en contra de las advertencias de mi prima y de la lógica que me dice que terminaré pasándolo mal como este verano.

—Fred, no puedo prometerte nada. Vivimos en distintos continentes y husos horarios. Será difícil para los dos. No podremos vernos y habrá veces que no contactaremos más que un par de veces por semana. Sin embargo, es la primera vez que siento algo así por una chica y estoy dispuesto a cometer cualquier locura para hacer que esto funcione siempre que tú también lo estés. —Su discurso es sencillo y directo. Sin palabras enrevesadas que puedan dar lugar a malentendidos. La premisa es fácil. Intentarlo y ver adónde nos lleva todo esto. No estoy muy segura. Me parece una locura tal y como él mismo ha dicho, pero decido darle una oportunidad. No quiero pensar que todo terminó antes de que hubiera algo—. Bueno, ¿qué dices? —Asiento y le rodeo con mis brazos, dispuesta a ser yo quien le robe ahora su último aliento.

Me muevo como una pequeña culebra, sorteando cada uno de sus recovecos y haciendo que estos se llenen de energía estática. Como si de un *boomerang*^[5] se tratara, el efecto que provocho en él me vuelve multiplicado por dos. Mis mejillas encajan perfectamente en las palmas de sus manos y dejo que guíe mis movimientos hasta que un renacuajo de apenas dos años nos jala de la ropa. Nos separamos sorprendidos por la interrupción y me agacho a hablar con el pequeño.

—Hola, guapo. ¿Te has perdido? —El niño niega con la cabeza y permanece expectante—. ¿Quieres que te ayude a buscar a tu mamá? —le digo, esperando que me dé la mano y confíe en mí. Hay mucha gente en la playa y es imposible adivinar de dónde ha salido el

querubín.

—Pa... pá —pronuncia mirando a Craig—. Me río divertida ante la escena, pero el gesto aterrado de él me hace sospechar. Antes de que pueda dar a luz a una estúpida idea, se acerca una chica morena y pálida. Me suena su rostro y, entonces, caigo en la cuenta de que es la taquillera del cine.

—Perdonad. —Coge de forma apresurada al pequeño y lo sujeta en brazos—. Le encanta tratar a los desconocidos como a uno más de la familia —bromea ante el calificativo con el que el niño se ha dirigido a Craig. Sonríe ligeramente y muevo la mano restándole importancia. La chica, que ronda mi edad, lleva un enorme macuto bajo el brazo. Puedo imaginarme cómo ese niño ha cambiado su vida. Habrá tenido que abandonar sus estudios muy joven, sus amigos le habrán dejado de lado y contará con la única ayuda de sus padres para sacar adelante al niño—. No necesito que me mires con lástima. Adoro a mi hijo y su padre y yo procuramos que no le falte de nada —se defiende de mis pensamientos tan transparentes.

—Lo siento. No era esa mi intención —esta vez soy yo la que pido disculpas, nuevamente avergonzada. La tierra no me traga como desearía y me veo expuesta ante una chica que ha tenido que superar muchos obstáculos para estar donde está—. Es un niño precioso —declaro acariciándole sus rizos rubios.

—Gracias —responde ella incómoda—, pero tengo que irme. —Y con esa frase ambos se mezclan con la marabunta de gente que va y viene. Liam y Rae permanecen apartados unos metros. Liam con rostro desencajado y, mi prima, con interés mal disimulado.

—¿Quién era? —me pregunta cogiéndome del brazo y arrastrándome al *parking*. Sus palabras impiden que escuche lo que Liam habla con Craig. Mis sospechas me abandonan cuando Rae me habla de su relación con Liam. Es la primera vez que me habla de ellos dos sin que yo la pregunte.

—Me gusta Liam. Me gusta mucho, pero creo que esto solo es un

capricho pasajero. En cuanto aterricemos en Stanford, habrá decenas de chicos haciendo cola por salir con nosotras. Cómo me alegro de que Ashton y tú no estéis juntos. —La observo, incrédula de que esas palabras salgan de su boca—. Entiéndeme. Así podremos disfrutar de nuestra soltería, juntas. Tenemos tantas cosas que vivir y experimentar... —se excusa Rae, como si hablara de algo tan normal y cotidiano como respirar o comer.

—Hacía mucho que no disfrutaba así y me resisto a creer que cuando regrese, me olvidaré de Craig. Creo que lo quiero, Rae —murmuro, atemorizada por lo que esto puede significar.

Mi prima me coge del hombro y me aprieta contra ella en un gesto cariñoso. Me reconforta lo necesario para que recupere la normalidad antes de que Liam y Craig nos alcancen y puedan descubrirme agitada.

Montamos en el coche. Craig sigue el Kia de Liam. Ambos permanecemos en silencio y solo su mano, sujetando la mía a lo largo del trayecto, habla por él. Tengo que ser consciente del presente y vivirlo hasta el último segundo.

Una vez que llegamos al zoo, el encargado nos avisa de que cerrarán en menos de una hora. Compramos igualmente los *tickets* y hacemos una rápida visita deteniéndonos en la zona noroeste, donde están ubicados los canguros, koalas y el famoso demonio de Tasmania. Rae mira divertida a los marsupiales antes de que nos dirijamos a la salida.

Cuando miro el reloj, son las cinco menos diez. Después de todo, nos ha sobrado tiempo. Salimos del zoo y decidimos cuál será nuestra próxima parada, sentados en un banco.

Comienza a sonarme el estómago, el cual ruge de forma aterradora. Los tres se me quedan mirando y es Rae quien habla.

—Creo que no hace falta que votemos adónde ir. Mi prima ha hablado más alto que todos nosotros —bromea sacándome la lengua. Los chicos asienten y nos llevan a un restaurante italiano.

Un camarero nos encuentra rápido una mesa y nos guía hasta ella. Vemos que hay grupos familiares y muchas parejas comiendo allí. El camarero nos retira la silla a Rae y a mí para que nos sentemos. Le agradecemos el gesto y esperamos a que nos entregue la carta. Yo termino pidiendo tallarines a la carbonara; mi prima, una ensalada César, y los chicos, una *pizza* cada uno.

Pagamos la cena de los cuatro con la excusa de ir al baño. Los chicos protestan al enterarse, pero es lo menos que les debemos después de hacernos de guías. Como agradecimiento a la cena, nos sorprenden con un paseo por la ciudad. Dejamos a un lado los coches y caminamos bajo la luz titilante de las estrellas. Azules y amarillos se reflejan sobre el río, junto a verdes, rosas y rojos brillantes. El centro de Melbourne es un arcoíris de luces que hacen que la ciudad despunte con brillo propio. Es grande, moderna y cosmopolita. Todo con lo que una chica de dieciocho años puede soñar y, al igual que en mis sueños, alzo la mano al cielo y pienso que puedo tocar las estrellas.

Sin darme cuenta del momento en que nos hemos separado, Craig y yo nos hemos quedado a solas.

—Ven. Te llevaré a un lugar donde podrás contemplarlas mejor. — Tira de mí y corremos como dos chiquillos después de haber hecho una travesura. Nos reímos y disfruto de ese mágico momento. Uno que no puedo captar en fotografías, como el resto de monumentos, pero que me acompañará siempre allá donde vaya.



Craig

Estamos cerca de la zona de rascacielos de la ciudad y una bombilla se enciende en mi cabeza. Tal vez la contaminación lumínica de los edificios pueda influir en mi objetivo, pero quiero arriesgarme. Si sale bien, será toda una sorpresa para Fred.

Llegamos a uno de los edificios más altos y nos detenemos justo en la entrada. A estas horas, las puertas estarán cerradas al público. Saco mi móvil y busco en la lista de contactos. La línea no tarda en dar señal y una voz amiga responde al otro lado.

—Hola, Craig. ¿Cuánto tiempo? ¿Qué tal te va? Hace mucho que no sabía de ti —me pregunta Walt, después de que hayan pasado dos años sin que nos veamos. Fuimos compañeros de instituto antes de que me decidiera a estudiar un curso de mecánica.

—Bien, Walt. Un día podemos tomar unas cervezas y ponernos al día, pero antes necesito pedirte un favor. ¿Sigues trabajando tu padre de guarda de seguridad en el East Tower? —Voy directo al grano, ante la curiosa mirada de Fred.

—Sí... ¿por qué... lo... preguntas? —mi amigo habla a trompicones, imaginándose lo que voy a pedirle.

—¿Te acuerdas de ese favor que me debías? Necesito cobrármelo ahora —repongo sin más explicaciones, esperando que me entienda.

Después de unos minutos con la línea en silencio, temo que la llamada se haya cortado—. ¿Wally?

—Sí, sigo aquí —contesta, ignorando mi pregunta. —Wally. No te lo pediría si no fuera importante. Hay una chica... —Le doy la espalda a Fred y me alejo unos metros para que no escuche lo que digo. Le oigo maldecir.

—Está bien, pero después no vuelvas a pedirme más favores. Con esto estamos en paz —alega, indicándome que espere. Va a llamar por teléfono a su padre.

Un cuarto de hora después y cuando ya he perdido la esperanza de que Walt consiga convencer a su padre, recibo una llamada de teléfono de un número desconocido. Descuelgo y una voz varonil me pregunta si soy Craig Watson. Asiento y luego lo confirmo vocalmente al darme cuenta de que mi interlocutor no puede verme.

El señor Mathau me pide que nos dirijamos a la parte trasera del edificio, donde nos esperará. Nos abre la verja contrariado y nos hace pasar veloz antes de cerrar la puerta tras de sí. Nos acompaña al ascensor y en un tenso silencio superamos las diez primeras plantas. Fred se ha apoyado en una esquina del enorme elevador y yo he hecho lo propio colocándome en la otra. El padre de Wally nos mira de hito en hito y una pequeña sonrisa aflora en su rostro durante un segundo. Casi imperceptible.

El aburrimiento hace que me ponga a silbar. Fred me observa interrogante y yo continúo, animado, interpretando «Don't worry, Be happy». La melodía es tan pegadiza que el señor Mathau termina uniéndose a mí. Fred se echa a reír ante lo absurdo de la situación.

Hemos superado la vigésima planta y los acordes siguen sonando de fondo. Cuando termina la canción, el señor me observa complacido.

—Hey, muchacho, no lo haces nada mal —me alaba, estrechándome la mano. La relación entre nosotros se ha vuelto más cordial—. ¿De qué conoces a Walt? —me pregunta, entablando

conversación.

—Íbamos juntos al instituto, señor —le respondo educadamente. No quiero estropear nuestra buena suerte.

—Vamos, hijo. ¿De dónde has salido? ¿De una academia militar? No hace falta que me llames señor, pero me gusta que seas educado. Ahora mismo, ese es un rasgo muy escaso en los jóvenes de tu edad —admite el vigilante, quitándose la gorra para secarse el sudor de la frente.

Trigésima planta.

Fred es observada por nuestro anfitrión, quien nuevamente inicia la conversación.

—¿No eres de aquí, verdad? —le pregunta con interés. Ella niega con la cabeza—. Esto te encantará. Es una de las mejores vistas de toda la ciudad y de noche se convierte en un observatorio astronómico único —revela de forma experta. Se nota que no es la primera vez que sube a la azotea—. ¿Llevas mucho en la ciudad? —su interés por Fred comienza a ser algo excesivo—. ¿Qué has visitado hasta ahora? —inquiere después de que mi gatita le diga que no.

—El Jardín Botánico, la Galería Nacional, el Monumento a los Caídos, la prisión... —va enumerando Fred con los dedos de la mano, tratando de no olvidar nada—. Ah, sí, el Museo del Ópalo y la catedral.

Cuadragésima planta.

—¡Vaya! No está nada mal, aunque yo añadiría un par de sitios más. ¿Cuál de las dos catedrales has visto? Porque sabes que hay dos, ¿no? —El señor Mathau se hace el interesante y parece conseguirlo.

—No, la verdad es que no lo sabía —confiesa con interés Fred.

—Sí, la de San Patricio, que es católica y la de San Pablo, que es anglicana. Ambas se construyeron en la época victoriana. —Su información va más allá del conocimiento cultural de sus habitantes.

—Me pregunto cómo sabe tanto —interrumpo a Fred, quien aparentemente iba a preguntarle algo más.

—Soy profesor titulado de Historia del Arte a falta de dos asignaturas —comenta orgulloso de sus logros—. Dejé los estudios cuando mi mujer se quedó embarazada de Walt. Ahora que él ya es mayor he podido sacar tiempo para estudiar.

—Ahora soy yo la que tengo que decir... ¡Vaya! Debe ser apasionante conocer la historia de cada edificio que le rodea. —Se maravilla Fred. Su lado cerebritito está saliendo a relucir, pero incluso oírle hablar de cosas que me son totalmente ajenas hace que la atracción que siento hacia ella arraigue cada vez más fuerte en mí.

Después de un rato de oírles hablar —yo he decidido callarme para no quedar como un tonto—, el timbre del ascensor nos avisa de que hemos superado la nonagésima planta y llegamos a la azotea.

—Pues..., hemos llegado. Os dejo quince minutos. No más. Os esperaré aquí. Entended que me juego el puesto — decreta mirando el reloj.

—Muchas gracias, señor Mathau —gorjea alegre Fred mientras le observamos alejarse de nuestro radio de escucha.

23



Fred

Corro hacia el borde de la azotea y me asomo lo suficiente para descubrir que estamos a más de trescientos metros de altura. Craig me aparta cuando siento un pequeño vértigo.

—No hagas locuras. Podrías caerte —me advierte con verdadera preocupación en sus ojos. Su rostro contraído me dice que no es posible fingir tales sentimientos—. Ven aquí. —Coge mi mano y enlaza sus dedos con los míos.

Me lleva fuera de la iluminación de los focos hasta una zona oscura, algo difícil de encontrar. Se tumba en el suelo y me extiende la mano para que lo siga. Lo miro insegura y su sonrisa hace que vuelva a confiar en Craig por enésima vez.

Le tomo de la mano y me tumbo a su lado. Giro la cabeza hacia él. Unos pocos centímetros separan nuestros rostros. Se acerca y creo que va a besarme. Cierro los ojos y, entonces, noto su mano acariciando mi mejilla y colocando un mechón detrás de mi oreja. Abro los ojos avergonzada.

—Mira arriba. —Señala el firmamento, sin dar importancia a mi desliz. Le hago caso y descubro una extraordinaria panorámica en la que las estrellas son las verdaderas protagonistas. Me cobijo en su pecho y él me rodea con su abrazo protegiéndome de todo.

—Sonríe. Te están observando —rompo el silencio que nos embarga. No dejo espacio para que Craig me pregunte. Comienzo a exponerle mi teoría sobre las estrellas—: Cuando tenía seis años, mi abuelo murió y mis padres me contaron un pequeño secreto. Cuando una luz se apaga en la Tierra, otra se enciende en el firmamento. Yo era muy pequeña y me gustaba soñar. Con el tiempo, las estrellas que me observan desde el cielo han aumentado de número, pero una entre todas es mi favorita. —Craig me transmite su piedad a través de una pequeña caricia en la espalda.

—¿Cuál? —me pregunta, mostrando interés en mi historia.

—Mi hermano Matt. Han pasado tres años, pero aún le siento cerca de mí. Como si nunca se hubiera ido —detallo con cierto dolor. Matt y yo estábamos muy unidos y su muerte rompió todos mis esquemas.

—¿Cómo ocurrió? —quiere saber Craig, que comienza a descubrir mi secreto mejor guardado.

—Le encantaba el mar. Practicaba cualquier deporte que tuviera que ver con el agua desde buceo o esquí acuático hasta surf. Un día entró en el océano y ya no regresó. Barajaron muchas posibilidades, pero no me molesté en escucharlas porque ninguna de ellas le traería de vuelta con vida. Organizamos un funeral para poder enterrar el dolor y seguir adelante...

Las lágrimas bañan mi rostro y termino empapando la camiseta de Craig. Trato de levantarme y él me retiene. Me abraza aún más fuerte.

—Mi hermano, Flynn, es surfista y aunque estamos todo el día discutiendo, no sé qué haría si algo le pasara —asegura con la voz pastosa. Mi drama le ha conmocionado. Dudo de si he hecho bien en contárselo.

—No quiero que sientas pena por mí —le anuncio mirándole a los ojos. Debo tener un aspecto lamentable, pero Craig no da muestras de haberse percatado de ello. Siento que puede verme más allá de

cosas tan superficiales como esas.

—No es pena, es dolor por verte así de triste. ¡Ojalá pudiera dar marcha atrás en el tiempo para ahorrarte tanto sufrimiento! —medita en voz alta y yo también me uno a sus deseos. Me acerco a él y planto un generoso beso en sus labios. Uno amargo por las lágrimas que corren por mis mejillas y terminan desembocando en su boca. Uno sereno y motivador que me renueva el ánimo. Muestro una sonrisa sin ser consciente de ello y dejo que Craig acople mi mejilla en la palma de su mano.

En ese momento, el sonido de un carraspeo nos hace salir de nuestro paraíso particular. Se trata del señor Mathau, quien señala con el dedo índice el reloj de su muñeca. Echo un vistazo al mío y soy consciente de su buena fe. Nos ha concedido cerca de media hora. El doble de lo prometido. Me alzo en pie rápidamente y me doy la vuelta para secarme las lágrimas. Craig camina hacia él y le agradece el privilegio de estar allí arriba a esas horas. Los sigo y entro con ellos en el ascensor.

Esta vez es Craig quien lleva todo el peso de la conversación con el padre de su amigo. Yo mantengo la cabeza gacha y, una vez en la planta baja, alzo la vista para agradecerle al vigilante aquel gesto de corazón. Termino dándole un beso en la mejilla y me apresuro hacia Craig, quien me espera para cogerme de la mano e infundirme fuerzas en esta noche tan clara y a la vez tan oscura.

Le pido a Craig que se quede a dormir conmigo en el hostel. Mi prima se habrá quedado con toda seguridad en el apartamento de Liam y yo no creo que sea capaz de separarme aún de él.

Asiente y caminamos en busca del coche. En efecto, cuando llegamos allí, el coche de su amigo ha desaparecido. Montamos en el *jeep* sin decirnos nada y Craig conduce hasta el hostel. Durante el camino de vuelta, nuestras miradas se quedan clavadas la una en la otra un instante. Saludamos al recepcionista de noche y subimos las escaleras medio riendo. Llegamos a la puerta y Craig me sujeta la

mano antes de que abra.

—Sé que es tarde para decir estas palabras por lo que ocurrió la otra noche, pero entendería perfectamente que cambiaras de opinión en cuanto a lo de dormir juntos —me plantea intranquilo. Sé que le importo y eso me hace volver a sonreír.

—Solo he dicho que dormiríamos. No sé qué idea tienes tú —le respondo en broma, esperando su reacción, que no tarda en aparecer.

—Me parece justo, Fred —asegura con el gesto sereno. Me da un beso en la mejilla y, entonces, giro mi rostro y dejo que nuestras bocas se toquen. Echo la cabeza hacia atrás y me dejo llevar por la marea.

Alzo mi muslo lentamente y froto su pierna esperando una reacción. Sus ojos arden y noto la excitación creciendo en él. Me empuja hacia el interior del dormitorio y me lleva hasta la cama, donde me dejo caer.

Su mano roza mis piernas, sube hasta mis caderas y acaricia mi pecho hasta llegar a mi cuello. Encaja su mano allí y me contempla con expectación.

—Por favor —susurro, alzando mi rostro hacia él. Necesito que esté dentro de mí y lo necesito con urgencia.

Sus labios se abren y murmuran algo.

—Quiero oírte gritar mi nombre.

Esta vez consigo mi objetivo y vuelvo a adentrarme en sus labios. Solo por un segundo. Se aparta y mueve su nariz por mi frente. Tiemblo como una hoja. Su boca está en la mía, sus ojos brillan con lujuria enviándome pequeñas descargas eléctricas a través de... toodo mi cuerpo. Siento tanto calor que no me extrañaría que estallara ahora mismo en llamas.

Mi estómago se encoge ante el contacto. Craig besa con insistencia mi labio inferior, de forma dominante. Reparte pequeños besos a través de mi garganta y mi espalda se tensa deliciosamente. Su lengua invade mi boca y el deseo oscuro que vive en mí termina

por liberar todas mis ataduras.

Sus manos sujetan mi cabeza y sus dedos se hunden en mi cabello. No puedo creer este sentimiento que me inunda. Una dicha radiante que no creo merecer.

Craig no se hace esperar. Se deshace de mi ropa y yo hago lo mismo con la suya y, entonces, nos abrazamos hasta ser uno solo. Nuestras manos entrelazadas me hacen creer por un segundo que este momento no tiene fin. Me hace creer lo imposible. Que Craig y yo podamos tener una oportunidad.

Desfallezco y caigo rendida al sueño.

Me despierto un par de horas después con una sensación extraña. Abro los ojos y me topo con la atenta mirada de Craig.

—¿Qué haces ahí parado? —le pregunto, roja como un tomate. No estoy acostumbrada a ser el centro de atención de nadie.

—Creo que es bastante obvio —afirma mientras mantiene su cabeza apoyada sobre la palma de su mano. Se muestra relajado y tranquilo, todo lo contrario a mí que siento unas irrefrenables ganas de salir corriendo al baño.

—Pues deja de hacerlo. Me pones nerviosa —le ordeno tapándome con la almohada. Él se inclina sobre mí y trata de dejarme al descubierto. Me resisto y terminamos luchando en una guerra de almohadas. Yo termino sentada sobre su regazo y él claudica riendo. La puerta se abre y deja paso a unos boquiabiertos Liam y Rachel.

24



Craig

El ruido intermitente de la alarma de un coche me despierta, bañado en una fina capa de sudor, en medio de la noche. Las cortinas no han impedido que la luz se abra paso a través de la ventana y temple mi rostro. Un terrible dolor se ha instalado en mi cabeza y no muestra señales de disiparse en los próximos minutos. Junto a mí, Fred yace dormida con el cuerpo arqueado en forma de media luna. Su semblante es sereno, relajado y angelical. Le veo sonreír y me pregunto con qué estará soñando.

Empieza a removerse, nerviosa y, entonces, se despierta. Sigo contemplándola maravillado por esa dulzura que la caracteriza y que parece no haberle abandonado después de su niñez.

Se muestra vergonzosa y rehúye mi mirada. Me exige que deje de contemplar esos fascinantes ojos verdes que me tienen hipnotizado, esa nariz respingona y esos labios que están pidiendo a gritos que los bese. Incluso su flequillo cayendo sobre sus ojos, esa naturalidad inherente en ella, hace que mi corazón lata más deprisa.

Su terquedad hace que terminemos jugando entre almohadas y ella se lance sobre mí, dispuesta a ganar. No hemos parado de reír y, aunque me sigue doliendo la cabeza, sigo disfrutando de estos momentos. Fred me aporta una vitalidad que nunca habría

imaginado que existiera. Con ella siento que puedo emprender cualquier proyecto por difícil e imposible que parezca.

Todo ocurre muy rápido. Durante un segundo, observo fascinado la espontaneidad de Fred, que ha aflorado después de mucho ahondar y, al siguiente, Liam y Rachel están parados en la puerta con incredulidad en sus ojos. No se imaginaban que Fred pudiera estar conmigo y, aún menos, que nos encontrarían medio desnudos.

—Hola —saluda innecesariamente Liam para romper el ambiente tan tenso entre nosotros. Por suerte, Fred lleva el sujetador puesto y solo ha tenido que cubrirse con las sábanas.

—Será mejor que nos vayamos. Ya veo que os lo estáis pasando en grande —dice Rachel, con tono de reproche en su voz. En sus palabras se ve reflejada la decepción de que Fred haya terminado sucumbiendo ante mí. ¿Es que acaso solo ella puede ser feliz? Estoy dolido porque Rachel sea tan dominante y, especialmente, porque lo sea con Fred, quien sabe valerse por sí misma. Más de lo que ella cree.

Decido no echar más leña al fuego.

—No será necesario. Tengo que irme. —Todos me miran expectantes—. A trabajar —añado para calmar la tensión que reina en el ambiente.

—¿Y por qué no vamos a desayunar los cuatro juntos antes de que te vayas? —propone Fred pasando sus manos por mi cuello. Su timidez queda atrás, encerrada en la vieja prisión de Melbourne Gaol el día que la visitamos.

Después de una ducha rápida, Fred se enfunda en unos pantalones y un caftán, coge su bolso y tira de mí. Los cuatro recorremos un par de calles hasta que damos con una cafetería. Pedimos café, algo de bollería y zumo. Fred, un descafeinado de máquina, su prima y yo un café solo y Liam un café con leche. No existe mayor disparidad de caracteres.

Me despido de mi gatita con un beso en la mejilla y ella me

responde con una agresiva caricia en los labios.

La mañana se me pasa volando con una sonrisa en los labios y Allan en la otra punta del taller. Cuando llega la hora de la comida, me encuentro a Liam y las chicas en la puerta. Nos vamos a un 7-Eleven y mientras yo disfruto de uno de los *tupper* de comida de mi madre, quien se ha pasado a traérmelo antes de trabajar, ellos se comen un bocadillo. Poco después de despedirme de ellos para regresar al trabajo, vomito toda la comida sin explicación y me compro una tónica para aliviar la sensación incómoda de mi estómago. Me queda un mal sabor de boca que no consigo eliminar. La comida me ha debido de sentar mal. No le doy más importancia de la necesaria y termino olvidando el asunto.

A la hora de salir del trabajo, los compañeros y yo salimos del taller y el encargado cierra con llave.

En cuanto giro la vista, una masa borrosa se precipita sobre mí. Retrocedo unos metros debido al impacto y cuando consigo recuperarme descubro que se trata de Fred. La tengo cogida de los muslos y ella se sujeta a mí como un monito con sus brazos y piernas. Me viene a la cabeza el apelativo cariñoso que Alice utiliza con Flynn y conmigo. Monitos. «Fred ha resultado ser mi compañera ideal», pienso de forma irónica.

No tengo tiempo de pensar en nada más. Fred cae en mis labios y me devora con ansiedad.

—¡Quieta, gatita! —le susurro al oído—. Estás perdiendo los modales —la reprendo de forma sarcástica. Nada más lejos de la realidad, mis pantalones se tensan y deseo estar en un lugar más íntimo con ella. El encargado se despide de mí y se marcha riéndose camino del coche.

—Me he preocupado durante demasiado tiempo por lo que pensarán los demás. Ahora ya no me importan los rumores —me asegura mientras vuelve a atacarme con todas sus armas, en el momento en que estoy más desprotegido.

—No estás siendo coherente. —Me pongo serio y la bajo al suelo. Mis compañeros de trabajo no necesitan mucho para seguir tomándome el pelo. Ella arruga el ceño, molesta—. Me encantan estos arrebatos pasionales, pero no en la puerta de mi trabajo.

—Me da igual que nos vean —refunfuña contrariada—. Me da igual todo.

—Actúas así porque estás en un sitio desconocido al que probablemente nunca regreses. Juegas con ventaja y no creo que pienses verdaderamente de esa manera. Tú no eres así.

—¿Acaso sabes cómo soy? —despotrica, haciéndome retroceder de nuevo. Esta vez es su ira la que me golpea y no su deseo—. Solo me conoces desde hace una semana y ya crees que lo sabes todo sobre mí...

Se da la vuelta cruzándose de brazos enfadada, no debería haberla tratado como si fuera una niña. La inseguridad y el miedo al rechazo se apoderan de ella. Está tan ofuscada que no piensa con lógica. Me acerco a ella, pero contrariada se aparta de mí como si tuviera la lepra. Ese sencillo gesto me hiere más de lo que me gustaría reconocer.

—Tienes razón. No sé si te conozco de veras... Ya no estoy tan seguro. —Mis palabras parecen hacer mella en Fred. La situación se asemeja a un campeonato de boxeo donde cada uno lanza su mejor golpe y espera el del contrincante, rezando porque no duela demasiado. Sin embargo, aquí ninguno parece ser el vencedor y los dos nos mostramos derrotados. Sopeso todas las opciones y me decanto por la que resulta más fácil para ambos—. Si lo piensas bien, esto es lo mejor que nos podía pasar. Al fin y al cabo, tú te marchas mañana y todo acabará cuando te subas a ese avión. ¿Por qué molestarse en fingir algo que no somos?

Su rostro se desencaja y las lágrimas comienzan a empañar sus ojos. Me doy cuenta de que he sido un bocazas y me acerco a ella para tratar de calmarla, pero vuelve a rehuirme. Levanto las manos al

cielo dándome por vencido. No sé cómo actuar en una situación como esta. Nunca me he encontrado ante nada así.

—Ven. Tengo el coche cerca. Te llevaré junto a Rachel —le ofrezco tratando de ser amable.

—No hagas de buen samaritano conmigo. Eres un mierda. Rachel tenía razón. Eres un frívolo y un imbécil. ¡No sé qué pude ver en ti! —exclama antes de alejarse de mí. En cuestión de segundos, desaparece doblando la esquina. Me desahogo dando un puñetazo a un contenedor de basura. «Joder, no ha podido ir peor», medito frotándome la misma mano que utilicé para golpear a Allan. Me duele horrores, aunque eso no es lo que más me martiriza.

He dejado que Fred se vaya sola cuando no conoce la ciudad. Si me doy prisa aún puedo alcanzarla. Conduzco por las calles aledañas, pero no hay rastro de ella. Las posibilidades son infinitas, desde que haya tomado un bus hasta que le haya pasado algo. La línea divisoria es muy fina.

Mi corazón late a mil por hora, tan fuerte que creo que se me va a escapar del pecho. Llamo a mi amigo como último recurso y me da una buena noticia. Fred ha llamado a su prima y se ha presentado en casa de Liam. Cómo ha llegado allí, lo desconozco.

Regreso a casa agotado por tantas emociones. Mis padres están sentados en el salón de casa viendo una serie de humor, pero yo no estoy para risas. Mi madre me ve pálido y me obliga a sentarme en una silla.

—No tienes buena cara, Craig —me dice poniendo la mano sobre mi frente. Me toma la temperatura—. Estás ardiendo. Voy a llevarte ahora mismo a urgencias.

Mi padre se levanta alarmado. Busca las llaves del coche en su chaqueta.

—Estoy bien. No es necesario ir a... —no termino de hablar cuando vuelvo a perder el conocimiento.

Lo primero que veo al despertar es un techo blanco y paredes

verdes. Maldigo para mis adentros. Estoy en el hospital.

A través de la ventana ojo de buey de la habitación puedo ver a mis padres hablando con un hombre de bata blanca. El médico. Por sus caras, las noticias no son nada halagüeñas. Por un momento, pienso en Fred y me doy cuenta de que he pasado la noche en el hospital. Su avión sale a las ocho de la mañana. Busco un reloj, desesperado por saber qué hora es. Solo necesito mi reloj de pulsera o el móvil. Doy con el primero y descubro con asomo que ya son las siete. Me levanto con cuidado de la cama, me quito los cables que me conectan a los monitores de control y busco mi ropa. El cansancio se ha apoderado de mí, pero es lo que menos me preocupa en este momento. Salgo corriendo del hospital, dejando a mis padres y el médico sin la oportunidad de decirme qué ocurre, lo que piensan o incluso regañarme. No tengo tiempo para nada de eso. Cuando regrese del aeropuerto, todos mis problemas seguirán allí, esperándome.

El tráfico está imposible y, a falta de un vehículo para poder moverme por la ciudad, tomo el autobús. Cruzo la entrada del aeropuerto y busco en los paneles la puerta de salida hacia Los Ángeles. El mostrador de facturación está desierto y el monitor indica que las puertas están cerradas. Vuelvo a echar un vistazo a mi reloj de pulsera. Son las ocho y diez de la mañana.

No puedo imaginar lo que debe pasar por la cabeza de Fred. La discusión de ayer y el desplante de hoy me dejan en muy mal lugar.

Llevo toda la semana en un completo estado de agitación. Un nerviosismo perenne que he justificado en el hecho de no haber parado ni un momento. Pasarme los últimos días de aquí para allá solo ha sido una excusa para no plantearme que podía ocurrirme algo más serio.

El teléfono comienza a sonar de forma insistente. Lo silencio y lo devuelvo al bolsillo de mi pantalón. Ahora mismo no estoy para hablar con nadie. Aún menos con mis padres. Lo que sea que tenga

que afrontar tendrá que esperar. Al menos por hoy.

Llamo a Liam, compro una caja de cervezas y me acerco a su estudio. Cuál es mi sorpresa al comprobar que quien abre la puerta es Janet.

25



Fred

Después de la discusión con Craig, lo único que se me ocurre es llamar a Rachel. Sé que estará con Liam e interrumpiré su momento de intimidad, pero en estos instantes no quiero estar sola. Necesito un hombro sobre el que llorar y mi prima siempre ha estado ahí en lo bueno y en lo malo. Como una buena amiga. Como una hermana.

Rae no tarda en cogérmelo y su voz ronca me avisa de que les he interrumpido en el peor momento posible.

—¿Fred? ¿Ocurre algo? —cuestiona cuando no soy capaz de decir una sola palabra—. ¡Fred! Di algo. Me estás empezando a preocupar...

—Rae, yo... he discutido con Craig. Creo que lo he estropeado todo. —Comienzo a gimotear.

Trato de soportar el nudo que tengo en la garganta y que me empuja a desahogarme llorando. Quiero pasar desapercibida y no que la gente se quede mirándome, pero a pesar de todo mi cara es un poema, cubierta de lágrimas y con el maquillaje corrido.

Tomo un autobús que me deja en la puerta del apartamento de Liam. Llamo al timbre y Rae me recibe cálida entre sus brazos. El rostro de Liam permanece impertérrito, a pesar de que le he estropeado los planes. Se le ve un buen chico. «También se le veía un

buen chico a su amigo», me digo a mí misma, consciente de que todos son iguales.

—Os llevaré al hostel. Necesitaréis hablar de vuestras cosas — declara Liam, dándose cuenta de que él no puede hacer nada por mí —. Mañana os vendré a recoger y os llevaré al aeropuerto —nos anuncia, antes de dejarnos en la puerta.

Liam y Rae se despiden con un intercambio de miradas. Yo no soy capaz de decir nada y permanezco así hasta que llegamos a nuestra habitación y me refugio entre las sábanas. Rachel me abraza mientras le cuento lo sucedido. Me siento culpable por haberle estropeado su última noche con Liam. Después de un rato, nos terminamos quedando dormidas una en brazos de la otra. Mi último pensamiento es para Craig. Me aferro a la esperanza de que aparezca en el aeropuerto y arreglemos las cosas. No quiero irme con este mal sabor de boca.

El despertador suena haciéndome volver a la realidad y abandonando un bonito sueño en el que Craig y yo hacíamos las paces, dos veces. La sonrisa se borra de mi cara cuando me doy cuenta de que todo ha sido un sueño. El dolor se ha convertido en tristeza. Mi prima es incapaz de decirme nada por miedo a que derrame más lágrimas.

Un mensaje en el teléfono de Rachel nos avisa de que Liam ya está abajo. Cogemos las maletas, comprobamos que no se nos olvida nada y bajamos a la recepción. Rae se ha encargado de pagar la cuenta un rato antes para no sufrir retrasos de ningún tipo. Liam se acerca a nosotras y nos quita las maletas, a pesar de que estas llevan ruedas y no resultan pesadas. Las guarda en el maletero de su Kia y nos abre la puerta trasera para que nos sentemos detrás. No quiero que sus últimos recuerdos con Rachel sean como chófer por lo que obligo a mi prima a que se siente delante. Me distraigo con el paisaje que contemplo por la ventanilla y me despido mentalmente de Craig. Si no ha aparecido ahora, no lo hará después. Él no es de ese tipo de

chicos que esperan al último momento para hacer lo correcto.

En algún momento del viaje, Rae extiende su mano y la apoya sobre la de Liam. Se miran a los ojos por un breve instante y sé que por muchos hombres que pasen en la vida de mi prima, ella no olvidará nunca a Liam. Estas vacaciones junto a ella han sido toda una aventura. Hemos hecho turismo y hemos conocido a unos chicos fabulosos. Me doy cuenta de que Ashton sigue influyendo sobre mí a pesar de la distancia. El daño que me ha infligido ha hecho que Craig no me conociera en mi mejor momento. Todo esto se lo explico a Rae delante de un buen café, una vez que hemos dejado atrás a Liam y hemos pasado los controles de seguridad.

—No entiendo por qué pensaste que con Craig sería diferente. Ahora debes olvidarle y replantearte qué hacer con Ash. Has tenido una semana para pensar en lo vuestro. Tendrás que hablar con él más tarde o más temprano —me aconseja defendiendo a Ash.

—Tal vez tengas razón con lo de Craig. Todo ha ocurrido demasiado rápido. Él ya me dijo que esto iba a acabar mal de todos modos. Vivimos ya no en ciudades distintas, sino en países y continentes diferentes. Nos separa todo un océano. Lo nuestro estaba condenado desde el primer momento. — Me siento como una anciana. He vivido tantas cosas estos días y he experimentado tantas sensaciones nuevas que parece que hubieran transcurrido años en lugar de días. Sin embargo, me niego a exteriorizar lo que siento por Ashton. Algo que sigo sin tener del todo claro. Rae parece darse cuenta de esto y no insiste.

—Liam y yo fuimos realistas desde el principio.

Hablamos de que nos guiaríamos por lo que sentíamos, que no debíamos separarnos lamentando no haber hecho algo y que lo que ocurriese siempre quedaría en nuestras vidas como un bonito recuerdo. —Sus palabras me recuerdan a mí al principio de este viaje. Me prometí conocer a algún chico que me hiciera olvidar lo que sentía hacia Ashton y lo he conseguido. He conocido a Craig y hemos

tenido algo, pero con lo que no había contado era con que me terminaría enamorando de él—. No te agobies. Recuerda que Craig es un chico insufrible y superficial. Si te gustan los chicos así, hay miles de ellos esperándonos en Stanford. Te cansarás de ellos con el tiempo y luego querrás dar con alguien que verdaderamente merezca la pena. Hazme caso. Yo también pasé por esa fase.

Rachel me sonrío y termina animándome. Nos fundimos en un fuerte abrazo y pasamos el resto del tiempo visitando las tiendas del *duty-free*. No nos compramos nada, pero nos probamos ropa, olemos algunas muestras de colonia y hasta ojeamos un par de revistas.

Nuestro avión hace escala en Sidney y en Los Ángeles antes de llegar a Sacramento. Tardamos unas dieciocho horas en pisar tierra de forma definitiva, pero con el huso horario las cinco horas que ganamos a la ida las hemos recuperado y hemos llegado finalmente a las siete de la mañana. Un día después.

Nuestros padres han cumplido su promesa hasta el final. No estaban de acuerdo con este viaje por mucho que nos dejaran ir. Rachel les dio motivos de sobra para aceptar de mala gana. Ella y yo nos embarcaríamos en cuestión de días en una empresa difícil. Una nueva ciudad, nuevos amigos y una carrera que nos ubicaría en los sillones centrales del bufete de abogados de nuestros padres. Chambers & Chambers. Nuevas y grandes responsabilidades que nos harían abandonar nuestra etapa adolescente y meternos de cabeza en el agresivo y hostil mundo de los adultos. Por eso, al llegar al aeropuerto sabemos que tendremos que buscarnos un taxi y regresar por nuestra cuenta a casa. Sin embargo, con lo que yo no contaba era con ver a Ashton esperándonos apoyado en su coche.

26



Craig

—¿Qué diablos haces aquí? —le pregunto una vez que cierro la puerta tras de mí.

—No la juzgues y deja que hable primero —sale en su defensa Liam. A él le lanzo una mirada de advertencia y se aleja a una esquina dejándonos tanta intimidad como es posible en un apartamento de dormitorio-salón y cocina con barra americana.

—Está bien. Adelante —le cedo la palabra, como si eso fuera a cambiar algo.

Janet solo sería otra chica más con la que me había acostado y cuyo nombre no recordaría, si no fuera porque hace dos años se presentó en casa con una prueba de embarazo que daba positivo. Desde entonces, le paso una manutención por los cuidados del pequeño Ben, a quien visito de vez en cuando, pero ahí acaba toda relación con esa chica. Ella trabaja por las mañanas como secretaria y por las tardes en la taquilla del cine de su tío. Janet y el pequeño Ben viven junto a la madre de ella en uno de los barrios de la periferia, más económicos para vivir, pero que hacen que la mitad del sueldo se vaya en autobuses.

—Te he visto mucho últimamente con esa chica. ¿Estás saliendo con ella? —Janet es directa. Me sorprende su pregunta. Nunca le he

prometido nada ni he dado pie a que lo creyera, por lo que no entiendo a qué viene ese interés repentino en mi vida privada.

—No es asunto tuyo —le contesto de mala gana.

—En eso te equivocas. Sí es asunto mío. Desde que me dejaste preñada, todo lo que te concierne es asunto mío —me replica irritada. Soy consciente de mi mala actitud y le pido perdón por mi falta de tacto—. Por mucho que te arrepientas, tenemos un hijo juntos, Craig. Sé que tarde o temprano formarás una familia, pero no quiero que eso signifique dejar de lado a Ben. Él es muy pequeño y no merece tu rencor. Si quieres pagarlo con alguien, hazlo conmigo.

—No tienes de qué preocuparte. No dejaré de lado a Ben. Es un chico estupendo, pero a ti... —Me detengo en esta última palabra con todo lo que conlleva.

Sé que no debería enfadarme con ella. Janet estaba enamorada de mí y sabía cómo era. Quedarse embarazada de mí fue la única oportunidad que tenía para que yo me quedara a su lado, pero le salió mal. Fue una decisión estúpida de la que, estoy seguro, se ha arrepentido más de una vez. Su vida ha cambiado por completo y está cargada de responsabilidades. Tiene todos los inconvenientes de una madre soltera y ninguna ventaja.

—Lo único que puedo ofrecerte y tendrás de mí será amistad. — Me muestro tan transparente como ella fingía ser por entonces. Le ofrezco mi mano en señal de tregua por todos estos meses que hemos vivido batallando el uno contra el otro.

—Para mí eso es suficiente —acepta mi proposición estrechándome la mano—. No quiero que las cosas sigan mal entre nosotros.

Asiento con la cabeza y trato de recuperar mi mano, pero ella no la suelta. Sus lágrimas brotan con facilidad de sus ojos y cae al abrigo de mis brazos. La consuelo y le digo palabras de ánimo. Sé que ella es fuerte. Fue capaz de superar todo lo que se le vino encima con el pequeño.

—Sé que no lo he hecho tan bien como debiera. Te prometo que estaré más atento y me implicaré más con Ben. Necesitas salir y despejarte un poco. —La madurez se ha hecho paso estos días a través de mí y me ha impregnado con una buena dosis de sabiduría.

—Gracias —le oigo susurrar, poco antes de que se retire de mi cálida y empapada camiseta—. Te agradezco el interés que muestras y toda la ayuda que me das. Te llamaré esta semana para ponernos de acuerdo en un fin de semana —de esa manera se despide de mí, alejándose cabizbaja hacia la puerta. Se muestra pequeña e insignificante, todo lo que yo he sido como padre.

—Parece que ha ido bien —considera Liam, de quien me había olvidado por un momento.

—Eres un cabrón, Liam —insulto a mi amigo por la encerrona que me ha preparado.

—Eh, eh, eh. Si por cabrón te refieres a un buen amigo que se preocupa por ti y te ayuda a enfrentarte a tus problemas, sí, soy un cabrón —me espeta molesto porque no sepa valorar su preocupación.

—Sí, ya veo lo que te has preocupado esta mañana por mí. Mientras yo estaba ingresado en el hospital, tú fuiste el caballero de brillante armadura para Rachel y Fred —le recrimino, enfadado por no haberme podido despedir de mi gatita.

—¿De qué hablas? ¿Ingresado? ¿En el hospital? —Su reacción sobresaltada me hace ver que Liam no tiene ni idea de lo que me ha ocurrido. He dado por hecho que Alice o Flynn le habrían llamado, pero lo han mantenido en secreto. Tal vez hasta que yo supiera lo que me pasaba y tomara una decisión al respecto. Mis padres siempre han confiado en el buen juicio que Flynn y yo tenemos a la hora de buscar soluciones.

—¿Qué te ha ocurrido? —insiste en preguntarme. Se le ve realmente preocupado.

—No lo sé. Me marché antes de poder averiguarlo. Quería ver a Fred... —Mis palabras son un lamento ahogado. Me maldigo por no

haber hecho las cosas bien ayer. Debí haberme callado y haber disfrutado de aquel beso.

—No te tortures, Craig. Los dos sabíamos que no volveríamos a verlas y hemos disfrutado todo lo que hemos podido. Ahora debemos hacer borrón y cuenta nueva. Además, eso es lo que mejor se nos da, ¿no? —bromea Liam, tratando de subirme la moral.

Lo que consigue es todo lo contrario. Soy consciente de lo bala perdida que he sido. Fred parece haberme reformado, pero ¿por cuánto tiempo ahora que ella ya no está?



Fred

—¡Bienvenida, Fred! Te he echado de menos. —La mirada de triunfador de Ash, unida a su genuina sonrisa, hace que más de una chica se desmaye al ser el objeto de sus miradas. Antes, solía funcionar conmigo también. Sin embargo, ahora todo ha cambiado.

—¿Qué haces aquí? —le suelto de forma descarada. No esperaba encontrármelo hasta que fuéramos a la facultad. Aún menos que viniera a buscarme como un cachorrito abatido—. Creo que fui bastante clara la última vez que nos vimos.

—Cometí un error y lo siento. Sabes que te quiero. ¿No podemos volver a lo que teníamos antes? —me pregunta ingenuo, como un niño que nunca ha roto un plato.

—Me pides demasiado... —Soy incapaz de pronunciar su nombre —. Me hiciste mucho daño y eso no se arregla con una simple disculpa.

—Lo sé, Fred, pero no se me ocurre otra cosa. —Lo mejor será que nos centremos en la universidad y sigamos cada uno con nuestra vida. —Trato de ser franca con ambos. En mi mente solo hay sitio para Craig.

—Veo que lo tienes muy claro —confirma mientras le miro decidida. Asiento—. Al menos deja que te lleve a casa.

Miro a Rachel, quien se muestra cansada de tanto vuelo. Y termino cediendo.

—Está bien, pero esto no quiere decir nada. Sigo pensando lo que te he dicho.

—Entendido, Fred —acepta antes de cogernos las maletas y guardarlas en el Lexus azul marengo.

Rae toma la iniciativa y se sienta delante. Le lanzo una mirada de agradecimiento y ella me contesta con una tenue sonrisa. Haría lo que fuera por mí.

—Rae, ¿qué tal el viaje de vuelta? Debéis estar agotadas —inicia Ashton una conversación sin éxito. Mi prima finge no escucharlo y pierde su mirada en el horizonte. Yo hace tiempo que he cerrado los ojos con la esperanza de quedarme dormida y no tener que hablar con él. Minutos después, el cansancio me vence y termino durmiendo de verdad hasta que noto una mano zarandeándome.

—Fred, ¡despierta! Ya hemos llegado —me susurra por miedo a sobresaltarme. Me cuesta despertarme y me hago la remolona.

Una pequeña oleada de calor va aumentando más y más sobre mí hasta que soy consciente de que me falta el aire. Abro los ojos y descubro a Ash entregándome todo lo que tiene en un beso, como solía hacer antes. En ese instante, algo tira de él y lo aleja de mi lado. Es mi ángel de la guarda. Rae.

—Fred, necesito ir al baño con urgencia. ¿Crees que podrás soportar quedarte un minuto a solas con este pulpo? —me pregunta recalcando esta última palabra para que mi ex la oiga.

—Tranquila. Creo que podré—admito entre estoica y divertida. Ashton saca nuestras maletas y aprovecha que ella ha entrado en casa para acorralarme junto al maletero.

—Te quiero, Fred. He tardado mucho en darme cuenta de lo que he perdido. No quiero volver a sentirme así. —Su sinceridad derriba todas mis barreras.

Me lo quedo mirando. Sus ojos turquesa me recuerdan por un

momento todo lo vivido junto a él. Son tantos los recuerdos compartidos. Besos, palabras, detalles, lugares y personas que forman parte de nuestro pasado y presente. Y de, entre todos ellos, nuestros padres. Observándonos con ternura en la distancia y haciendo, por nosotros, planes de futuro. No me veo explicando a mis padres que lo he dejado con Ash y que me he enamorado perdidamente de otro chico que vive a diez mil kilómetros de distancia. Conociéndolos, se pondrían de parte de Ash y me echarían la culpa de su infidelidad por no haber sabido estar junto a él en todo momento. Como la perfecta novia florero.

O tal vez es que temo la reacción de Ash cuando descubra que ya no soy virgen. Que me he liado con el primero que he conocido y piense que soy una calentabraguetas. No debería importarme lo que él o mis padres crean y, sin embargo, lo hace.

Sé que voy a arrepentirme de esto, pero decido darle una oportunidad a Ash. Alzo mi cabeza lo suficiente para poder fundirme en su mirada. Me sujeta el rostro y me devuelve el recuerdo de días mejores. Se detiene un momento, entonces, se yergue y tira de mí. Mis padres deben estar a punto de salir a trabajar y Ashton siempre ha sido un buen chico de cara al pabellón.

—No quiero estropear de nuevo lo nuestro. Esta vez, empezando por tus padres. Vayamos adentro. Les avisé de que iría a buscaros y están deseando verte —me comunica animado porque todo salga según el plan. Me coge de la mano y caminamos hacia la entrada. No puedo creer que esté hablando de mis padres. Ellos jamás me han dado una muestra de cariño desde que Matt murió.

Entramos en casa y mi madre se arroja feliz a mis brazos.

—Estoy muy contenta de que volváis a estar juntos. Fred andaba algo perdida últimamente. Gracias a Dios ha recuperado la cordura. No sabe la suerte que tiene de tener a un chico como tú —se disculpa ante Ash, sujetándome por los hombros como si todavía fuera una niña. Agunto de forma estoica los comentarios de mi madre,

tragándome mi malhumor.

—Muchas gracias, señora Chambers, pero soy yo el que tiene suerte de tener a su hija a mi lado —comienza, apretándome la mano con fuerza. Haciéndome saber que estará ahí para todo lo que necesite—. No supe valorarla lo suficiente y no lo he sabido hacer hasta que hemos estado lejos el uno del otro. —Sus palabras parecen hacer mella en mis padres, que se muestran satisfechos con tanta franqueza. Sus dedos encajan en los míos y, aunque debería sentirme la chica más dichosa, noto un fuerte vacío dentro de mí. Sonríó sin fuerzas y trato de luchar contra unos sentimientos tan contradictorios. Volver a confiar en Ash, quien me traicionó este verano y olvidar a Craig que, en poco tiempo, me ha calado tan hondo.

Mis padres no tardan en despedirse de nosotros. Tienen que ir al bufete.

Ashton y yo les despedimos con un movimiento de mano. Espero a que regrese su verdadero yo una vez estamos a solas, pero su actitud sigue igual de cariñosa y atenta. No puedo creer que Ashton haya tenido que engañarme para darse cuenta de que le importo de veras y luchar por mí. Precisamente ahora, cuando he conocido a otra persona.

—Ash —reclamo su atención una vez que ha dejado las maletas junto a la puerta de entrada—. Estoy agotada. — Parece entenderme con esas dos únicas palabras.

—Está bien. Me iré. Tienes que descansar. —Se acerca para darme un beso en la mejilla. Su nariz me acaricia el rostro y percibo un pequeño cosquilleo en el cielo de la boca. Una pequeña lágrima se acumula entre mis párpados, dispuesta a salir. Ash trata de coger mi mano, pero yo no reacciono como él espera. Sigo ahí parada, esperando que se marche. Parece captar la indirecta.

—Sé que necesitas tiempo. Estoy dispuesto a esperar. —Su voz suena paciente y llena de culpabilidad. Mi mirada sigue fija en el

horizonte, tratando de retener las lágrimas que luchan por salir. Se mete en el coche y, en cuestión de segundos, desaparece. El dorso de una mano seca mi cara. Junto a mí, Rae. Como siempre.

28



Craig

Dejo a Liam con compras de última hora para la universidad y me marcho al trabajo. No sé cómo explicaré la falta de horas ausente. Mi estancia en el hospital puede ser justificable, pero desconozco hasta qué nivel.

El encargado me ve llegar y camina serio hacia mí. —Craig, ven a mi despacho. —Todos giran la vista hacia mí con una mirada extraña. Le sigo y cierro la puerta—. No era necesario que vinieras a trabajar, muchacho. Ya lo hablé con tus padres. Tómate el tiempo que te haga falta. Tus compañeros y yo te apoyaremos en todo lo que necesites — me suelta dándome una palmadita en el hombro.

Esa declaración hace que me plantee más incógnitas. Tengo que hablar cuanto antes con mis padres. Hasta ahora había pensado que se trataba del hueso de la mano y que aquello me impediría maniobrar durante un par de días o incluso semanas, pero si mis padres han llamado debe tratarse de algo importante. Le estrecho la mano, agradeciéndole sus buenas palabras y salgo de allí derecho a casa.

Me quedo un momento en la puerta decidiéndome a entrar cuando tropiezo de frente con Flynn. Lleva la tabla y una mochila con la equipación. Va a la playa.

—¿Qué haces aquí tan pronto? ¿Has salido antes de trabajar? — Mi hermano no parece saber nada y dejo que siga a ciegas.

—Algo así. ¿Vas a surfear? —inquiero, aun conociendo la respuesta. Flynn asiente—. ¿Te importa que te acompañe? —No tengo la cabeza para pensar y tampoco quiero quedarme solo esperando a nuestros padres. Con las prisas no me he dado cuenta de que Alice seguirá en el hospital y Steven en la oficina.

—¿Por qué no? Será bueno tener un juez que me corrija cualquier posible fallo. Además, Henry me ha fallado y ya sabes que necesito que un conductor experto vaya conmigo —insinúa ofreciéndome una entretenida actividad que a la vez me distraerá y relajará.

Le dejo las llaves de mi *jeep* para que conduzca y recibo de vuelta una mirada de incredulidad.

—¿Te encuentras bien? ¿Tienes fiebre? —Trago saliva con dificultad temiendo que sepa algo e incluso todo—. No me puedo creer que me estés entregando las llaves de tu coche. —Dejo que las articulaciones de mi cuerpo vuelvan a su sitio.

—Tampoco creo que sea tan tajante...

Flynn alza la ceja devolviéndome la pregunta «¿Lo dices en serio?».

—Vale, vale, sé que a veces puedo ser algo protector con las cosas que me importan —me excuso ante él, tratando de que se ponga en mi lugar.

—Algo no. Mucho. Deberías verte en un espejo —me aconseja, recriminándome mi mala actitud de anteriores veces.

Flynn se pone al volante y, radiante de felicidad, enciende el motor. Hemos colocado la tabla en la parte de atrás y la hemos atado para que no se mueva. Cuando entramos en la carretera, su rostro se vuelve tenso. Se concentra en el tráfico, dejando nuestra conversación sobre chicas de lado.

Cuando, al fin, aparca a unos metros de la playa, apaga el motor y me entrega las llaves.

—¿Qué es lo que ocurre? —Su comportamiento ha sido extraño durante todo el trayecto, como si no confiara en sí mismo y creyera que fuéramos a estrellarnos.

—No quiero volver a conducir tu coche. He sufrido temiendo que alguien me diera un golpe o me hiciera un rayón. Tendría que pagártelo y con mis ingresos de la hamburguesería no tendría ni para el primer plazo —admite avergonzado.

—¿Qué diferencia hay con el coche de papá?

—El monovolumen es diferente. Sé que papá no aceptaría mi dinero. Sabe que estoy ahorrando para la competición —esa simple respuesta me hace darme cuenta de que todos tenemos puntos débiles y los de Alice y Steven somos mi hermano y yo. Darían la vida por nosotros si eso pudiera hacernos felices. Recuerdo una conversación con Fred y en cómo de triste era su vida. Unos padres que no hacían más que presionarla para continuar el legado familiar y que no se preocupaban siquiera por sus anhelos o aspiraciones.

—Yo tampoco cogería tu dinero —le digo, haciéndole ver que soy su hermano y no alguien de fuera.

—Sé que no lo harías, pero me sentiría fatal. Entiéndelo.

Finjo darle un puñetazo en el hombro y saco fuerzas de algún lado para reír. A pesar de lo malo que hay en la vida, siempre debemos encontrar un motivo para sonreír. Flynn se une a mí y la gente que pasa se nos queda mirando, ignorantes de lo que allí sucede.

Cuando recuperamos la serenidad, bajamos a la playa e instalamos las toallas. Mi hermano quita la funda de la tabla con el mismo cariño del primer día. Le observo cuando sus manos se deslizan por su superficie como un artesano disfrutando de la obra fabricada. Las yemas de sus dedos frotan y eliminan los rastros antiguos de cera que quedan, aplicando nuevas capas con pequeños movimientos circulares. El olor de la parafina, la fresca y reconfortante sensación de mis pies hundiéndose en la arena y la sal

que se instala en mis labios, traída por la suave brisa, me traen recuerdos de otro tiempo. Antes de que Andy y yo dejáramos de hablarnos.

Me siento y espero con expectación a que Flynn se adentre en el mar. Tumbado sobre la tabla, comienza a remar a contracorriente. Se acerca al lugar donde nacen las olas y, entonces, hunde la tabla por debajo de la ola que se acerca, saliendo segundos después a la superficie. Está concentrado en lo que hace. Aunque son muchos los años que lleva surfeando no ha perdido un ápice de interés y disfruta como el primer día. Gira ciento ochenta grados con la tabla y se prepara para tomar la siguiente ola.

Se sacude el pelo alejando de su rostro las gotas de agua que le caen y empieza a bracear con más fuerza. Poco a poco, se va irguiendo manteniendo el equilibrio de forma perfecta. Una vez llega a la cresta de la ola ya está de pie sobre la tabla. Su estudiado juego de tobillos hace que se deslice hacia el interior de esta. Sigue desplazándose dentro del tubo, inclinando cuerpo y tabla hacia la pared y rozando con una de sus manos la efímera cascada de agua que se ha creado.

Le pierdo de vista durante unos segundos y trato de recordar aquella lejana sensación donde adrenalina, belleza y magia se unen en un solo momento y lugar. Añoro los tiempos en que ambos surfeábamos juntos. Cuando él me tenía en un pedestal y quiso que le enseñara a surfear para estar más cerca de mí. Cómo consiguió coger su primera ola al primer intento, algo que yo no había conseguido. Y la facilidad con la que aprendía y mejoraba con cada día que transcurría. Flynn sale del tubo y vuelvo a verle con trece años. Una promesa del surf.

Hace cuatro años que el miedo me hizo abandonar mi pasión. Me encontraba surfeando con un grupo de amigos cuando Andy, uno de ellos, fue atacado por un tiburón. Todos fuimos tan cobardes como para salir huyendo de allí. Todos excepto uno. La persona que lo

rescató y lo llevó hasta la orilla. A partir de ese momento, perdí toda relación con Andy y no volví a adentrarme en el agua con una tabla nunca más.

A pesar de los cientos de preguntas que surgieron ante mi abandono, en cuestión de meses pasé a la zona del anonimato y caí en el olvido. Cuando me cansé de contemplar una estantería llena de trofeos que no hacían sino recordarme lo cobarde que había sido, recopilé todo en cajas y lo llevé al garaje. Según mi madre, no debía tirar nada. Dentro de unos años, podía arrepentirme de haber cometido tamaña locura.

Miro al pasado y soy consciente de que todo lo que podría haber llegado a ser Craig Connor Watson será el futuro que le depare a mi hermano pequeño.

Flynn vuelve a bracear para perseguir nuevas olas. Me distraigo viéndole surfear y pensando en cómo de diferentes habrían sido las cosas si hubiera ayudado a Andy aquel día o si le hubiera visitado en el hospital presentándole mis disculpas.

Me he sentido tentado muchas veces a montar de nuevo una ola, pero nunca he reunido el valor para solucionar mi asunto pendiente: Andy. Sabía que tarde o temprano me toparía con él y sería incapaz de mirarle a la cara. El tiburón le había arrancado una mano, pero eso no había sido impedimento para que él siguiera surfeando. Una prótesis y mucha fuerza de voluntad hicieron que volviera al agua. Su proeza había salido en las revistas de todo el país.

Dejo a un lado mis divagaciones cuando Flynn sale del agua y se sacude junto a mí, como un perro, calándome hasta los huesos. Agradezco el frescor que me proporciona y no hago el menor gesto por levantarme y correr tras de él.

Me ocupo de guardar la tabla en el *jeep* mientras mi hermano se cambia de ropa en los aseos de la playa. Un rato después, aparece con su camiseta y sus *jeans* como si no viniera de cabalgar las olas.

Aparco el coche en el garaje y compruebo que el monovolumen

está dentro, al igual que mis padres. Miro a mi hermano y, pasándole un brazo por el hombro, le revuelvo el pelo, algo que odia.

—Flynn, quiero decirte algo. —Me pongo serio.

—Craig, ¿qué te ocurre? Has estado muy raro durante toda la mañana —habla su preocupación. A Flynn nunca se le ha podido ocultar nada. Siempre ha sido demasiado listo para su edad—. ¿Sigues con problemas de estómago? —Esa pregunta me revela lo ocurrido. Mis padres le han engañado solo hasta que pudieran hablar conmigo.

—Pase lo que pase ahí dentro, prométeme que no me tratarás de forma diferente —le pido, imaginándome que las malas noticias del hospital harán que todos me miren y traten como a un enfermo. Tal y como hicieron los compañeros del taller cuando crucé la puerta esta mañana.

—¿Me vas a decir qué pasa? —indaga cada vez más preocupado. Su nerviosismo crece por momentos y sus ojos reflejan el miedo que comienza a apoderarse de él.

—Prométemelo, Flynn —repito esperando una respuesta.

—Te lo prometo. —Mueve la cabeza asertivamente.

Me abrazo a él y deajo que este sentimiento de pérdida me invada. Estoy temiendo lo peor. Lo he decidido desde que salí del taller. Me preparo para la fatalidad. Si acierto, estaré cerca de estar preparado para asimilarlo y, si me equivoco, todo quedará en nada.

Me acerco a la puerta y giro el pomo hasta que este cede y comienzo a ver el *hall* de entrada. Oigo ruido de sillas en la cocina y unos zapatos que corren. Alice y Steven se asoman por la puerta de la cocina y me contemplan expectantes. Flynn camina detrás de mí, inquieto. Le he contagiado mis peores temores.

—Tenemos que hablar —pronuncia mi padre, marcando una por una cada palabra e imprimiendo en ellas la importancia de este momento. Tiene la mandíbula contraída. Sé que estás enfadado por cómo me he ido del hospital, pero no quiere soltarle la noticia a

Flynn a bocajarro.

Soy el primero en cruzar la puerta de la cocina y atravesarla. Tomo asiento y espero a que mi familia haga lo mismo.

El silencio permanece durante unos segundos mientras Flynn y yo rehuimos sus miradas. La situación no se parece en nada a cualquier día de diario donde desayunamos o cenamos juntos. La televisión está apagada y la conversación que vamos a mantener no es una anodina, sacada de la televisión. Esto es mucho más serio que todo lo que hayamos vivido hasta ahora, incluido mi abandono del surf.

Siento un hormigueo en piernas y brazos. La presión en mi cabeza comienza a aumentar y siento ganas de vomitar. Me mantengo firme. Necesito que Flynn conozca la verdad en casa, rodeado de los suyos y no en un hospital, donde un desconocido trate de consolarle de forma vana.

Mi hermano es el primero que rompe el silencio.

—¿Alguien va a decirme qué es lo que ocurre? —Sube la voz más de lo acostumbrado. Mis padres lo miran y, a diferencia de otras veces donde le riñen, esta vez le miran con caras de desolación.

—El ingreso de tu hermano en el hospital no fue por una intoxicación alimenticia —anuncia Alice, con remordimientos—. No quisimos contarte nada hasta que no pudiéramos hablar con Craig. Ahora que estáis los dos juntos, creemos que es justo que lo sepáis de nuestra boca y no por ningún médico.

Espero a que se decida a contar los detalles. Nunca hay un buen momento para dar malas noticias. No se pueden adornar ni modificar. La verdad es, muchas veces, reveladora, pero nunca portadora de felicidad.

—Los médicos han descubierto que Craig tiene un tumor cerebral —suelta la bomba. Siento un mazazo en el pecho y corro hasta el fregadero. Vomito lo poco que he comido, un sándwich en casa de Liam, y termino echando la bilis. Mi estómago se retuerce y me encojo de dolor. Oigo sillas que se caen y, entonces, pierdo el sentido

de nuevo.

29



Fred

Me levanto a mediodía después de una siesta maratoniana. Estiro mis músculos tanto como puedo y pienso en todo lo que debo hacer. Tengo que poner varias lavadoras en casa, preparar la maleta y hacerme con los libros que aún me faltan para la facultad. Mañana por la mañana, Rae y yo conduciremos hasta Stanford. Un trayecto de dos horas donde nos dará tiempo a hablar de nuestras clases y las actividades extracurriculares que elegiremos tras la presentación.

Semanas atrás, estuve intentando organizar toda mi ropa en una maleta, pero fue humanamente imposible. No sé cómo voy a organizarme para llevarme todo el armario a cuestas.

Mi madre me llama desde el pie de la escalera para que baje a comer. Decido posponer todo para después. Llamaré a Rachel para que me ayude.

Mi padre no ha podido venir a comer. Un asunto en el juzgado ha hecho que todos sus otros casos se retrasen. Le llevará todo el día arreglar el entuerto. Comemos a solas en silencio. Ella se encuentra sumergida en la documentación de sus casos mientras yo pienso en cómo de influenciado he sido toda mi vida. Empezando por salir con Ashton, algo que todos esperaban de nosotros y llegando a estudiar Derecho, cosa que mis padres decidieron por mí.

Mi mente me traiciona pensando de nuevo en Craig. Odio que mi último recuerdo sea el de los dos discutiendo por una bobada como besarle en público. Me doy prisa en comer y dejo a mi madre con sus cosas.

Ya en la habitación, cojo el teléfono de casa, marco el número de teléfono de mis tíos y espero a que Rae responda. Por suerte, es ella quien lo coge.

—Estaba esperando tu llamada, Fred. —La tomo por una adivina, pues no hay otra explicación a que pudiera saber que iba a llamarla y que era yo. Mi silencio habla por mí—. Sabía que arreglar las cosas con Ashton elevaría tu cabecita a las nubes, pero no te preocupes. Soy tu prima y para eso está la familia. Para ayudar —trata de consolarme, esperando como yo que regrese la antigua Fred. Esa chica perspicaz, sabionda y con carácter que siempre he sido. Ahora ninguno de esos adjetivos parece definirme por completo.

—Me conoces demasiado bien. Más incluso que mi propia madre —digo dolida por el ausentismo de esta durante la comida. Vivimos juntas en la misma casa, pero a veces creo que solo somos simples compañeras de piso.

—Lo de tu madre ya no tiene remedio y sé consciente de que en unos años nosotras seremos como ella —me dice para que vaya haciéndome a la idea.

—Espero que no —murmuro con un leve deje de esperanza.

—Dime, Fred, ¿para qué me has llamado? Ando muy liada preparando la maleta —me pide que sea breve.

—Básicamente tengo el mismo problema que tú, pero no me entra todo —admito avergonzada. Sé que debería seleccionar solo algunas prendas. Estamos a escasas dos horas de viaje y podemos venir los fines de semana a casa para lavarnos la ropa y traernos otra diferente, incluso. Sin embargo, no está en mis planes pisar Sacramento durante todo el curso. Sé que tendré que volver para Navidades y alguna otra cita puntual como los cumpleaños de mis

padres, pero, aparte de eso, no tengo ningún interés por recordar lo que me hace querer estar lejos de casa.

—En veinte minutos estoy ahí —me indica antes de colgar.

Un rato después, paseo nerviosa por el *hall*, esperando a que Rae llegue. En cuanto el timbre suena, me lanzo hacia la puerta y le abro.

—Sí que eres rápida, ¿o es que esperabas pegada a la puerta? — bromea sabiendo que no anda muy desencaminada. Finjo una mueca divertida. Mi prima me ignora y se dirige escalera arriba.

La sigo unos pasos más atrás y espero a que revolucione el interior de mi habitación como hace siempre. La ropa comienza a volar de un lado a otro y, en un momento, la cama queda sepultada bajo capas y capas de tela.

—Si hubiera querido vaciar el armario, lo habría hecho yo misma sin tu ayuda —le suelto molesta por el desorden que ha provocado.

—Ten un poco de paciencia. Una cosa es que tarde la mitad que tú en hacer la maleta y otra que dude de todo — repone con gesto tenso, controlándose para no decirme algo más desagradable de lo que ya me ha dicho. Me ha dolido, y me planteo si habremos hecho bien en solicitar una habitación conjunta—. Perdona, Fred —me dice deteniéndose y alzando la vista hacia mí—. Creí que sería fácil, pero echo terriblemente de menos a Liam.

Me acerco a ella y la abrazo. Nunca habría imaginado que con el carácter tan fuerte que Rae tiene, pudiera derrumbarse así por un chico. Mi prima y yo nos hemos apoyado en todo desde pequeñas, aunque inevitablemente termino siendo yo quien recibe más de las dos.

Pasamos cerca de una hora hablando de los chicos cuando oímos la puerta de entrada abrirse. Nos secamos las lágrimas y nos ponemos con la maleta. En media hora, tengo el equipaje hecho y el armario ha recuperado las perchas y las prendas que hemos desechado. Nos dejamos caer sobre la cama y, en ese instante, recuerdo que todavía no he ido a comprar los libros que me faltan. El

reloj de pulsera marca las seis y me llevo las manos a la cabeza.

—¿Qué te ocurre, Fred? —cuestiona mi prima, viendo que algo me ronda por la cabeza.

—Me faltan un par de libros todavía —digo resignada—. Tendré que comprarlos allí.

—No creo que los profesores digan nada el primer día. Seguro que hay más de uno con el mismo problema —intenta consolarme mi prima. Me aferro a esa esperanza. Tengo demasiadas cosas por las que preocuparme y esto parece una nimiedad en comparación con lo que me espera durante el curso escolar.

30



Craig

Abro los ojos y me descubro nuevamente en el hospital. Cuando trato de abrir la boca para hablar me doy cuenta de que me cuesta expresar lo que quiero decir, como si mi cerebro y mi lengua no consiguieran ponerse de acuerdo. Por suerte, no hay nadie presente y me ahorro el mal trago.

Miro a mi alrededor y veo un pinchazo en mi brazo. Deben haberme inyectado algún narcótico para que la presión se redujera y, por lo que se ve, ha funcionado porque noto la cabeza más relajada.

Recorro rápidamente la sala y reparo en Flynn, al que antes no he visto. Está recostado en una incómoda silla donde se ha quedado dormido. Se ha echado su cazadora por encima para no quedarse frío.

La escasa luz que entra por la ventana me advierte que es de noche. Me he pasado toda la tarde durmiendo. ¿Y ahora qué?

Me incorporo lentamente con cuidado de no despertar a Flynn y de no saltar alguna alarma de las máquinas a las que estoy conectado. Me arranco los cables que controlan mis constantes y me pongo de pie. Una vez que compruebo que mantengo bien el equilibrio, camino lentamente hacia la puerta.

—¿Adónde te crees que vas? —oigo decir en el momento que mi mano toca el picaporte. Misteriosamente, Flynn ha desaparecido y

tengo ante mí a Liam. Esta vez se ha enterado y ha venido a preocuparse por mi estado. Sin embargo, su gesto es agrio.

—¿Qué crees que haces? Sé que andabas detrás de Rachel. Hasta un ciego podría verlo. Esas discusiones y esas miradas de odio eran pura fachada —me reprocha dolido. Acerca su mano y temo que quiera golpearme. Decido contraatacar y le empujo para apartarle de mi lado.

Cae al suelo de culo y alza la vista incrédulo ante lo que acaba de pasar. Liam ha desaparecido y quien está en su lugar es Flynn de nuevo.

—Per... perdo... perdóname —me disculpo, acercándome veloz a mi hermano para ayudarlo a incorporarse. Su desconfianza se refleja en sus actos, rehuyendo de mí.

—Déjalo. Estoy bien —balbucea mientras regresa al resguardo de la esquina más lejana—. Vuelve a la cama, Craig. Le oí decir a mamá que mañana te harán pruebas desde bien temprano.

Regreso al calor de la camilla bajo la atenta mirada de Flynn. Tardo varios minutos en encontrar una postura medianamente cómoda y cierro finalmente los ojos.

Cuando vuelvo a despertarme, ya ha amanecido y mi hermano no está. En su lugar, una auxiliar viene a ver cómo estoy y a prepararme para las pruebas.

Me aseó y me pongo una bata nueva. Me trasladan hasta la Sala de Resonancias en una silla de ruedas. Veo a la gente caminando deprisa de allá para acá y echo terriblemente de menos poder controlar mis piernas. Me siento un inútil.

Mi cerebro, el ordenador central que controla y dirige todo, falla y hace que el resto del cuerpo no actúe como debiera. Es algo que me ha venido a la mente en ese momento. Tal vez se lo he oído decir a alguien, pero ahora no consigo ubicar ni a quién ni dónde.

Una enfermera me inyecta un líquido en vena. Después, me hacen tumbarme en una angosta camilla que se mueve hacia el interior de

un tubo redondo, parecido a un túnel oscuro. Mi cabeza queda dentro de esa enorme válvula, como si fuera a freírme en breve. Al otro lado del cristal se encuentran mis padres, el médico y la enfermera, pero no puedo verles. La voz a través del intercomunicador me sobresalta más de lo esperado.

—Craig. Estate quieto hasta que yo te diga. Si te mueves, por poco que sea, tendremos que empezar desde el principio —me advierte para que mantenga los nervios a raya. Trato de concentrarme en algo que me aporte un poco de calma y lo único que consigo es pensar en Fred.

Su recuerdo viene a mí una y otra vez, como un recordatorio de que sigo haciendo las cosas terriblemente mal. Tal vez lo que me ocurre sea un castigo por lo mal que me he portado con las chicas en general. Me encapsulan de tal forma que empiezo a sentirme encerrado y comienzo a sudar. Mi respiración se acelera y, sin querer, empiezo a experimentar algo similar a la claustrofobia. Lo que siento ahora mismo debe ser una sensación parecida a la que experimentó Fred cuando la encerré en aquella celda... ¡Menudo idiota!

Un pequeño zumbido empieza a recorrer las paredes del tubo y se amplifica hasta que se convierte en un sonido molesto y no consigo pensar en otra cosa. En parte, ha hecho que deje de pensar en cosas negativas, pero ese ruido me está taladrando los malditos oídos y me está costando mucho aguantar sin moverme. Rezo porque los interminables chasquidos cesen pronto o temo que pueda estropear la prueba.

Tras casi tres cuartos de hora, el altavoz vuelve a funcionar.

—Está bien, Craig. Ya hemos terminado —me informa el médico con voz sobria.

Espero con impaciencia a que la auxiliar vuelva con la silla de ruedas y me devuelva a la habitación, pero en lugar de eso me lleva al otro lado del cristal.

—Sé que ha sido difícil, Craig, pero con esta prueba

conseguiremos clasificar tu tumor y así veremos qué tipo de tratamiento deberás seguir —me informa con gesto adusto. Frunzo el entrecejo y me pregunto si todavía sigo dentro de una pesadilla.

Después de esperar sentados durante algo más de media hora, mis padres y yo nos reunimos de nuevo con el médico, quien ha tenido tiempo de estudiar las imágenes obtenidas.

—Craig, me gusta ser sincero aunque me tachen de mala persona. Un tumor no tiene por qué ser el fin. Hay muchas maneras de eliminarlos y el noventa por ciento de las veces se tiene éxito. Te digo esto porque quiero que estés preparado para cualquier escenario, obtengas un resultado positivo o negativo cuando acabemos —me aclara antes de comentarme nada más.

Asiento tragando saliva. Noto la mano de mi madre que se aferra a mi brazo y me infunde valor para continuar.

—Verás, el tumor está clasificado como un astrocitoma de grado I. Por normal general se da en niños, aunque hay casos contados de adultos jóvenes. El tuyo está localizado en el encéfalo. Suele tener un excelente pronóstico después de extirpado. Antes de extraerlo, tendremos que hacer más pruebas para ver si ha surgido en el cerebro o si, por el contrario, el origen ha tenido lugar en otra zona y se ha extendido al cerebro. Haremos una biopsia para analizar el tejido, además de una tomografía que nos confirmará si la zona anormal vista en la resonancia es un tumor remanente o tejido cicatricial. —Mi madre asiente ante la jerga del médico y mi mutismo.

En la sala se respira un ambiente cargado de tensión. Me cuesta darle sentido a la mitad de palabras que menciona. Siempre he creído que los médicos se resguardan dentro de su vocabulario técnico para hacerse más fácil la tarea de dar malas noticias. En mi caso, fue mi madre quien nos reveló la verdad por lo que no entiendo por qué sigue hablando con términos médicos.

—En cuanto a cómo extirparemos el tumor, la cirugía es el

tratamiento habitual. Se hace una abertura en el cráneo y se extirpa el tumor. Algunas veces no es posible extraerlo por completo, por lo que se aplica radioterapia o quimioterapia para reducir la cantidad restante. Aquí llega el problema: la radioterapia consiste en aplicar rayos de alta potencia para destruir las células cancerosas y detener su crecimiento, lo que podría provocar desde efectos secundarios hasta serias complicaciones. —El neurólogo se da cuenta de que le miro con cara de no entender nada—. Te curaría el tumor, pero podría producirte algo peor.

—¿Cómo qué? —mi padre es el único valiente para aventurarse a hacer la pregunta que ronda por nuestras cabezas.

—En el mejor de los casos, mantendría los síntomas que sufre: náuseas, vómitos, dolores de cabeza... y, en el peor, problemas de audición o habla, parálisis, reaparición del tumor e incluso la muerte —nos comunica con la mayor calma.

Estoy seguro de que los médicos hacen algún tipo de curso en la facultad donde les enseñan a no implicarse emocionalmente con el paciente. Su imperturbabilidad me pone los pelos de punta.

—¿Y la quimio? —cuestiona esta vez Alice, aferrándose a otras vías. Su angustia no le impide pensar en lo que es más importante ahora. La vida de su hijo. La imagino planteándose interiormente si no hubiera sido mejor hacer caso a sus padres y estudiar Medicina. Entonces sabría cómo tratarme y mi cuidado no estaría en manos de un «extraño». Ella conoce de sobra la buena reputación del médico, pero eso no impide que se comporte como la madre que es. Asustada y preocupada al mismo tiempo.

—Se le administrarían una serie de medicamentos que se distribuirían por todo el cuerpo a través de la sangre y destruirían las células cancerosas.

—¿Qué hay de las contraindicaciones? —interrumpe mi padre, quien lleva un rato muy callado.

—Al igual que la radiación, son imposibles de diagnosticar. En la

mayoría de los casos, las personas que se someten a él terminan eliminando por completo el tumor y retoman su vida diaria. Sin embargo, cada persona es un caso diferente y gracias a un seguimiento exhaustivo después del tratamiento, podríamos localizar cualquier problema que pudiera surgir y tratarlo igualmente.

La habitación se queda por un segundo sumida en sombras.

—Les he explicado las opciones y las posibilidades que hay para que lo tengan todo claro. Me consta, señora Watson, que es usted enfermera. —Mi madre asiente de forma imperceptible—. Como ya sabrá, aunque ha habido muchos avances en estos temas todavía estamos a años luz de descubrir las causas que provocan estas enfermedades, pero, por suerte para Craig, el doctor Bateman le operará. Es el mejor del país en estos temas. —Alice abre sus ojos un poco más de la cuenta y la esperanza parece anidar de nuevo en sus pálidas mejillas.

—Sí. Solo he oído palabras buenas de él —corroborra ella, poco antes de finalizar la conversación.

Una vez que nos despedimos del neurólogo, les pido a mis padres que me ayuden a tramitar el alta médica. Firmo algunos documentos y trato de ponerme en pie para llegar hasta el aparcamiento. Estar en silla de ruedas ha hecho que guardase algunas reservas de energía. Consigo caminar y apoyar todo mi peso sin marearme ni venirme abajo. Me dejo caer sobre la tapicería del monovolumen y trato de no pensar en nada. No quiero forzar mi mente. Odiaría que el tumor volviera a presionarme como un torno de banco hasta el punto de dejarme inconsciente. Es algo que no quiero experimentar una tercera vez.

Steven para el coche en el camino de entrada y espera a que Alice y yo bajemos. Mi madre ha pedido unos días libres para cuidarme. Mi padre la reemplazará después. Mi hermano ahorra cada penique que gana en la hamburguesería para el campeonato, por lo que a ninguno se nos ocurriría pedirle que lo dejara para hacerse cargo de

mí. Mis padres se ocuparán de mí día y noche, algo que no me hace ni pizca de gracia, ya no solo porque deban dejar de trabajar —algo que ya he asimilado—, sino porque me ha costado mucho tiempo que dejaran de verme como a un crío y me trataran como a un adulto para regresar de nuevo, y en cuestión de días, a esa etapa.

Casi me alegro de que Liam no se haya enterado de que me han vuelto a ingresar. No me gustaría que terminara dejándome de lado. Como si me hubiera leído la mente, encuentro a mi amigo sentado en las escaleras del porche. Alice entra en casa y nos deja espacio para hablar a solas.

—Hola, tío. Me llamó tu madre desde el hospital. ¿Qué tal estás? —me pregunta conmovido. Sabe la verdad.

—Ya puedes imaginarte... —replico lacónico. No me atrevo a hablar de ello en alto. No quiero dejar la puerta abierta a las emociones. Sin embargo, Liam permanece callado esperando a que siga hablando—. ¡Dios! —Espeto finalmente, sentándome junto a él—. Todo va de mal en peor, Liam. Tengo que esperar tres meses hasta que puedan operarme. ¡¡Tres meses!! No quiero ponerme en lo peor, pero... —titubeo con la mirada perdida en el suelo.

—Vamos, Craig. Tú siempre sales airoso de cada reto que se te pone por delante. Este no será menos. Ya verás, al año que viene por estas fechas estaremos disfrutando de la compañía de dos chicas guapas y todo esto será un recuerdo del que nos reiremos —expone con un tonillo alegre en su voz. Me da un golpe liviano en la rodilla y se pone en pie—. Por de pronto, quiero la revancha del *Grand Thief Auto*. Creo que la última vez te sacaste un par de trucos de la manga —me acusa injustamente de hacer trampas, sabiendo que con ello dejaré de darle vueltas al mismo tema.

El tumor.

Entramos en casa, cogemos provisiones de la despensa y nos encerramos el resto del día en mi habitación.

31



Fred

Cargamos hasta arriba de maletas el Toyota Corolla de Rae. Reviso una última vez mi cuarto para comprobar que me llevo todo lo que necesito. Lo miro con nostalgia y sé que no voy a echar de menos nada. Los recuerdos que tengo allí son junto a mi prima y ella viene conmigo en esta aventura. Cierro la puerta y bajo las escaleras tan rápido como puedo, queriendo escapar de la despedida de mis padres, pero resulta del todo imposible. Me detienen en el porche.

—¿No pensabas decirnos adiós? —me espeta mi madre, con lágrimas en los ojos. La observo incrédula.

Jamás la he visto llorar. La he considerado la Dama de Hierro tanto dentro como fuera de los tribunales. Se acerca a mí y me abraza con más cariño del que me haya mostrado nunca. Resulta cierto eso de que hasta que no pierdes algo, no lo valoras de verdad. He tenido que irme a la universidad para que mis padres se den cuenta de que existo. Mi padre se une a nosotros y, vistos desde la distancia, parecemos una familia feliz más.

Cuando comienzo a disfrutar del momento, Rachel nos interrumpe:

—Perdonad, tíos, pero tenemos que irnos ya si no queremos perdernos la presentación —explica su interrupción. Ellos asienten,

la dan un beso a ella también y nos desean buena suerte.

—Si tienes algún problema o si simplemente quieres hablar, ya sabes que estoy aquí —me susurra mi madre al oído. Me sonrío y le devuelvo el gesto. Comienzo a dudar sobre irme o no ahora que su armadura se ha resquebrajado, pero esto es algo que tengo que hacer. Mi madre seguirá aquí cuando vuelva y tendremos todo el tiempo del mundo para intercambiar anécdotas de facultad.

Montamos en el coche y este nos aleja de todo lo que hemos conocido hasta ahora. Sacramento, con mis caminatas diarias donde la estatua de las Hermanas de la Piedad me saludaba; el parque del Capitolio, donde Rachel y yo solíamos hacer improvisados pícnicos o el Museo del Automóvil, que nunca visité y que ahora siempre me recordará inevitablemente a Craig.

Tomamos la interestatal ochenta, la segunda carretera más larga del país y dejamos atrás pueblos tan variopintos como Davis, Vacaville o Fairfield, pero no es hasta que llegamos cerca de San Francisco que hacemos una breve parada. Ha sido idea de Rachel, quien controla los horarios al pie de la letra y ha mentido a mis padres. La presentación no empieza hasta media mañana, por lo que tenemos tiempo de sobra para llegar, instalarnos y dar una vuelta por el campus. Mi prima me ha propuesto ver algo impresionante y, conociéndola, seguro que lo es.

Tomamos la estatal treinta y siete, adentrándonos en la Isla de Mare y bordeando la bahía de San Pablo. Media hora después de atravesar San Rafael, un par de cabañas nos dan la bienvenida al Parque Nacional de Muir Woods, un bosque de secuoyas gigantes. Las copas de los árboles se pierden en el infinito y nos hacen sentir como hormigas en aquel escenario de ensueño.

Se trata de ejemplares de más de mil años de antigüedad que han visto el amanecer y ocaso de muchas civilizaciones como testigos mudos. Pequeños grupos de personas están dispersos aquí y allá. Gente con la boca abierta, contemplando la maravilla de la

naturaleza que tienen ante ellos; otros, caminan por sus gruesas y robustas ramas y algunos tratan de tocarse los dedos sin éxito al abrazar alguno de esos gigantescos árboles, cuyo perímetro alcanza los veinte metros.

Rae me mira satisfecha al verme contemplar atónita la escena que se extiende ante nosotras. Inhalo despacio hasta que la característica fragancia de los árboles se queda adherida en mis fosas nasales. Es mucho más vivo y menos concentrado que el ambientador de pino que mi padre llevaba en el coche cuando era cría.

—Demos un paseo —me anima mientras se adentra por uno de los senderos señalizados. Agradezco haberme vestido con ropa cómoda y unas zapatillas de deporte.

Es increíble que este espectáculo pueda pasar desapercibido a tan pocos kilómetros de una ciudad tan grande como San Francisco. La vida urbanita no es demasiado compatible con el campo y sospecho que solo los curiosos descubren sitios como este. Un lugar que me evoca uno de los tantos paisajes de leyenda que Peter Jackson ha mostrado en sus películas. De nuevo, algo relacionado con Australia y que me remite a Craig sin proponérmelo. No he tenido noticias de él desde que me marché. Si al menos me hubiera llamado o me hubiera enviado un mensaje..., pero nada. Soy demasiado orgullosa para dar el primer paso, por lo que, después de dos días sin noticias de él, doy por hecho que todo ha acabado. Suspiro y sigo adelante.

Un rato después, volvemos al vehículo y retomamos nuestro camino hacia Stanford. Atravesamos el imponente y titánico Golden Gate, el emblema por antonomasia de la ciudad de San Francisco, y seguimos por la interestatal doscientos ochenta. Aún nos queda otra hora de camino y andamos justas de tiempo.

—El retraso ha merecido la pena —le confieso a Rae cuando llegamos al campus—. Gracias —le digo mirándola a los ojos. Ella sonrío.

Subimos las maletas hasta la tercera planta. El conserje se ha

marchado con prisas antes de que pudiéramos pedirle ayuda con el equipaje. Decidimos instalarnos más tarde. Ahora es momento de recorrer las instalaciones de la facultad, conocer las asignaturas y sus profesores, las actividades extracurriculares y, lo más importante después de la elección de una carrera, la selección y aceptación de una fraternidad de la que formar parte durante el resto de la vida universitaria. Nuestros padres pertenecieron a Alpha Kappa Alpha y a Kappa Sigma, respectivamente, dos de las más antiguas y notables que existen en Stanford. La madre de Rachel nos ha contado que, aunque Alpha Kappa Alpha nos acepte, tendremos que superar una serie de pruebas durante el primer año para poder continuar allí al año siguiente. Las famosas novatadas con las que nosotras seguiremos la tradición el segundo año.

Tal y como planeamos en el instituto, Ashton también solicitó plaza en Stanford por lo que no tardó en recibir una carta de Kappa Sigma invitándole a ocupar una de las habitaciones de la fraternidad. El pertenecer a una acomodada familia le ha abierto las puertas y le ha otorgado la amistad de los estudiantes *senior* sin necesidad de realizar ninguna actividad extenuante.

Caminamos a paso rápido y los diez minutos que separan el campus de la universidad se acaban convirtiendo mágicamente en cinco. Nada más poner un pie en la entrada, los folletos comienzan a llegarnos de todas partes. El lugar se asemeja a un mercado donde cada competidor ofrece su producto y lucha por conseguir mayor número de clientes que el de al lado. Hay clubs sociales de todo lo que uno pueda imaginarse, desde clubs de ajedrez, ciencias y matemáticas hasta clubs de teatro o canto *a cappella*.

Yo me apunto a ajedrez. Solía jugar de pequeña, aunque ahora lo tengo algo olvidado. Dicen que jugar al ajedrez te permite mantener la mente bien engrasada. Rachel me suelta con retintín que hay un club de natación al que podría apuntarme. No quiero volver a pasar por lo mismo. Siempre me ha gustado nadar, pero competir lo

convirtió en algo menos bonito de lo que solía ser. Me restaba tiempo para estar con mis amigos y mi novio y, los pocos huecos disponibles, los dedicaba a estudiar para seguir manteniendo mis altas notas. Fue una etapa dura.

La miro alzando la ceja. Increíble. ¿En serio me lo está diciendo ella? Ella, que sabe todo lo que viví en el instituto. Un lugar de batalla donde ser la chica popular se conseguía a base de sudor y lágrimas.

—No tiene por qué ser igual. Esto no es River City, esto es la universidad. Todos somos adultos y seguimos las normas —me comenta, segura de que esta vez todo irá bien.

—Lo pensaré —respondo tratando de retrasar lo evidente. Su mirada me dice que no lo olvidará tan fácilmente.

Rae elige teatro, porque como bien dice ella, para ser abogado muchas veces hay que saber mostrarse con la cara adecuada ante juez o jurado. Lo cataloga como una preparatoria al mundo real. Mi prima no deja nunca de sorprenderme.

Después de haber hecho una visita guiada por las instalaciones de la mano de una estudiante *senior* —quien nos advierte de los cambios de humor del señor Lavender, de la enrollada profesora de Derecho Civil y de las posibles novatadas a evitar como cubos de agua sobre puertas entreabiertas y cola extrafuerte en los asientos—, regresamos a la residencia. Es hora de ordenar nuestra habitación y preparar la ropa y el material de mañana.

Una hora después, el cuarto parece otro, lleno de vida con los corchos llenos de fotografías y horarios. En mi mesilla, el despertador y las pastillas del tiroides. En la de Rae, además de estas dos cosas, el bote de lentillas —sí, sí, porque mi prima donde la veis es muy presumida y, aunque necesita usar gafas, casi nadie lo sabe—, sus aretes —que solo se quita para dormir—, anillos y pulseras, junto con sus horquillas y una goma. En cuanto entra por la puerta, mi prima se pone un chándal cómodo y una pinza en el pelo.

Consultamos la hoja de horarios del comedor que nos dio el

conserje al llegar y comprobamos con deleite que ya es la hora de la cena, pues estamos famélicas. Para almorzar, hemos tomado un sándwich rápido para no perdernos ningún punto de la presentación.

El comedor está en la planta baja y tiene capacidad para un centenar de personas, aunque hoy solo está a la mitad. El conglomerado de voces forma un rumor constante al que una se acostumbra después de un rato. A un lado de la habitación están los expositores con la comida y la caja, donde se paga al final. Al otro, las mesas y sillas donde sentarse a comer.

El parecido con River City acaba ahí. En el instituto, la gente se separaba por niveles de popularidad. Aquí, eso parece dar igual y un grupo de chicas, de lo más heterogéneo, se sientan juntas. Rubias, morenas, altas, bajas, guapas, feas... La mayoría parece conocerse, y las que no, no tardan en arrimarse a alguien e iniciar conversación.

Después de llenar nuestra bandeja, nos acercamos a la primera mesa con hueco libre y preguntamos a una chica rubia y de media melena si podemos sentarnos con ella y sus amigas.

—Sí, adelante. Uníos. —Se muestra animada—. Yo soy Donna y estas de aquí son Lorelai, Mary Anne y Lisbeth.

—Fred —pongo la mano en mi pecho— y Rachel. — Señalo a mi prima.

—¿De dónde sois, chicas?

—De Sacramento —respondo, que suelo ser más confiada para la gente de fuera.

—Os pilla un poco lejos de casa, ¿no? —Me quedo callada al no saber qué decir—. Era broma. Yo soy de Pittsburgh, por lo que sé lo que significa venir de fuera. No tenéis de qué preocuparos. Este es mi segundo año y me conozco todo esto como la palma de mi mano. Os ayudaré en todo lo que necesitéis —Donna se ofrece a ser nuestro punto de referencia.

Sonrío agradecida y no hablo más durante el resto de la cena. Eso sí, las escucho y absorbo todo aquello que considero de interés.

32



Craig

Han pasado dos semanas sin volver a ver a Liam. Está muy ocupado con las clases y le dejo tiempo para que se planifique. Que yo no haya querido estudiar no significa que quiera arruinar el futuro de mi amigo.

Es lunes por la mañana y no tengo que ir a trabajar. Por mucho que esto debiera alegrarme, lo único que consigo es ponerme de mal humor. He dado un par de vueltas en la cama, pero al tener la hora cogida no he conseguido volver a dormirme. Al final, me he levantado y he desayunado con mi familia.

La situación durante los primeros días ha sido algo tensa. No hacían más que observarme preocupados, como si en cualquier momento fuera a derrumbarme y ellos tuvieran que estar preparados para reaccionar a tiempo. Ahora, la rutina ha vuelto a instalarse en nuestras vidas.

Me dispongo a echar los cereales en la leche cuando miro de reojo y compruebo que todos están muy lejos de aquí. Mi padre, consultando la sección de economía del periódico, mi madre leyendo la de nutrición y Flynn... Bueno, Flynn está inmerso en un reportaje sobre Mick Fanning. Habla de una vida de competiciones en la que el amor y el éxito han venido juntas de la mano. En las imágenes posa

junto a otra gran campeona, Bethany Hamilton, quien tras perder el brazo de fauces de un tiburón, volvió a surfear y conquistar los grandes premios.

Cuando las manecillas del reloj marcan las seis y media, mis padres y mi hermano se apresuran a salir de casa. He logrado convencerlos de que no es necesario que detengan sus vidas por mí. Tendré el teléfono cerca en todo momento por si ocurriera algo poder llamarles. Steven tiene que dejar a Alice en el hospital antes de ir a la oficina y Flynn se marcha al instituto.

Decido recoger un poco por casa. Cualquier cosa será mejor que estar parado pensando en lo mismo una y otra vez.

Me encuentro fregando los platos cuando suena el timbre. Me acerco a la puerta, observo por la mirilla y descubro con asomo que se trata de Andy. Me quedo paralizado por un segundo. ¡Esto sí que no me lo esperaba!

Vuelve a llamar. Le abro antes de que se decida a quemarme el timbre.

—Hola, Andy. ¡Cuánto tiempo! —le saludo apartando rápidamente la mirada.

—Sí. Desde que dejaste de lado a tus amigos y al surf —me responde con una sinceridad aplastante. Mis ojos se centran en él y el objetivo de su visita—. He venido a ver cómo estás. Tu madre me llamó por teléfono y me lo contó —maldigo por lo bajo. Las buenas intenciones de Alice suelen llevarla a ser demasiado entrometida.

—Pasa. —Abro la puerta del todo y le invito a entrar. Se queda dudando por un segundo y, entonces, cruza por mi lado. Andy ha estado muchas veces en mi casa y camina directo hacia el sofá. Se sienta y espera a que haga lo mismo.

—¿Quieres algo? —inquiero recordando los buenos modales que me enseñó Alice.

—Un vaso de agua estaría bien. —Me ausento un instante y regreso con una botella de agua y dos vasos. Yo también voy a

necesitar beber un poco.

Se produce un silencio incómodo entre nosotros y pugno por evitar la tentación de mirarle la prótesis, no lo consigo y se me escapa un vistazo muy sutil que creo que no advierte. Rápidamente fijo la mirada en el vaso de agua que tengo en mis manos, entre las rodillas.

—No deberías haberte molestado en venir. Estoy bien —admito avergonzado al recordar cómo me quedé varado en la playa sin reaccionar ante su accidente.

—Craig, que tú no hayas querido saber de mí en estos cuatro años no quiere decir que yo no haya estado pendiente de ti. Eso es lo que hacen los amigos. Preocuparse el uno del otro —me sermonea.

—Pensé que no querrías verme después de lo que hice. O más bien, de lo que no hice.

—No puedo cuestionar tu falta de asistencia. Eras cuatro y solo uno me ayudó. Debería haberme enfadado también con los otros dos y no lo hice. Sé que el miedo y el instinto de supervivencia os hicieron actuar así. Lo que no te perdono es que no fueras a verme al hospital. Una simple disculpa habría bastado, pero no apareciste.

—Lo siento —increpo cauteloso—. Fui un egoísta. Me sentía avergonzado por no haberte socorrido —respondo sincero.

—Está bien. Dejémoslo. Ya no tiene sentido hablar de cosas que no tienen solución. Cuéntame cómo te encuentras tú —me pide, como si no hubiera pasado el tiempo entre nosotros.

—Aparte de simples mareos, no tengo ningún otro síntoma. Me han aconsejado ir a terapia de grupo para que empaticé con otros pacientes como yo, pero ya sabes que ese rollo a mí no me va.

—Tal vez no estaría de más que fueras. Aunque solo fuera una vez, por probar —me sugiere animado.

—Sí, quizá lo haga. Y tú, ¿qué tal? ¿Con quién sales ahora? —pregunto cambiando de tema.

—Sigo con Steffi —murmura.

—¡No me digas! —suelto de forma espontánea. Steffi es la guapa

brasileña con la que salía por entonces.

—Sí —contesta de forma tímida—. Ha sido un gran apoyo para mí todo este tiempo. No hemos hecho planes de futuro, pero, si todo sigue como hasta ahora, Craig, podría ser la definitiva. —Su afirmación me sorprende. Sonrío y le doy una tímida palmadita en la espalda—. ¿Y tú? ¿Por qué número llegas? Has debido de perder la cuenta ya —bromea ante lo bien que me conoce.

—En realidad... —Dudo por un momento.

—¿Puede ser verdad que alguien haya conquistado tu corazoncito? —Esta vez la palmadita se convierte en un puño contra su hombro mucho más desinhibido—. Vale, vale. Ya me callo.

—He conocido a una chica, pero hay un problema.

—¡Ay, amigo! ¿Y cuándo no lo hay con una chica de por medio? Los padres de Steffi no aceptaron desde un principio nuestra relación. Querían que saliera con un chico que tuviera estudios.

—Esta vez es diferente. El problema es la distancia.

—¿Cómo de lejos estamos hablando? —me pregunta ante mi cara de circunstancias—. ¿Sídney?

—Frío, frío. —Niego con la cabeza.

—¿Perth?

—Te estás helando.

—¿Hawái?

—Casi. Sacramento, California.

—Lo tuyo son los retos, Craig. —Sigue con su tono guasón—. ¿Y cómo la conociste? ¿Por internet?

—No. En persona. Vino con su prima de vacaciones.

—¿Y crees que ella es la chica en cuestión porque...?

—Solo estuve con ella una semana y sé que no es suficiente tiempo para conocer a alguien. Aun así, no puedo dejar de pensar en ella un solo día.

—Muchas chicas han puesto tu mundo patas arriba y, en cuanto las has tenido a tu alcance, esa locura transitoria ha desaparecido.

¿Por qué iba a ser ella diferente?

—Porque tardé tres días en acostarme con ella, pero la razón más importante es que fue ella misma conmigo. Tú sabes cómo son las chicas. Intrigan, interpretan un papel y todo por conseguir al chico guapo.

—¿No me digas que ahora te sientes un chico objeto? —aventura con una sonrisilla en su boca.

—Andy. No has cambiado nada. Tan payaso como siempre.

—En cambio, tú sí. Te has vuelto un tonto por amor.

—Me temo que sí —acepto con lo bueno y lo malo que conlleva esa frase.

Después de un rato hablando, me despido prometiendo llamarle. No queda muy convencido ante mis palabras.

—No lo creeré hasta que no lo vea —me advierte.

—Tomo nota. Esta vez no dejaré pasar tanto tiempo. — Andy sonrío y se marcha calle abajo, donde le espera su moto.

Cierro la puerta, dispuesto a retomar la tarea cuando suena otra vez un timbre. Esta vez el de mi móvil, indicándome que he recibido un mensaje. Me pregunto quién puede ser. Steven y Alice están trabajando y Flynn y Liam están en clase ahora mismo.

Cojo el móvil, lo desbloqueo y busco por curiosidad de quién se trata. El número es desconocido, pero la foto de perfil de su WhatsApp me muestra a una chica guapa, aunque dura, de grandes cejas, penetrantes ojos y una piel tan pálida que parece sacada del mismísimo Minnesota, en lugar de California, de donde verdaderamente es. Olvidé guardar su número en la agenda la primera vez que me escribió.

Me pregunto cuál será el motivo de su mensaje y me decido a abrirlo. Su contenido aparece tan claro ante mí como la propia Rachel. Abierta, aventurera y sin pelos en la lengua.

Rachel:

Craig, no te escribiría si no fuera verdaderamente importante.

Necesito hablar con Liam.
Su teléfono no está operativo.

Me informa, sin darme mayores explicaciones. Llamo a Liam y su móvil no da señales de vida. Decido esperar hasta la hora de la comida y, entonces, podré hablar con uno de los dos o con ambos.

Cuando son las doce, tomo de nuevo el móvil y marco el teléfono de Rachel. La voz de Fred llena por completo la línea. Sonrío a pesar del ambiente tenso que nos invade.



Fred

—¿Liam? —respondo rápidamente al móvil de Rae antes de que ella lo coja. Sin embargo, la voz que escucho es la de Craig. Me maldigo y rezo porque mi prima no descubra lo que he hecho.

—Fred, soy Craig. ¿Qué es lo que ocurre? He recibido un mensaje de Rachel. ¿Está bien?

—No, no lo está. Ella está... —Rae se aproxima hacia mí, me arranca el teléfono y corta la llamada—. ¿Qué crees que estás haciendo? —pregunta enfadada. Ella me ha pedido ayuda, pero no me lo está poniendo nada fácil con esa actitud.

—No quiero que lo sepa nadie más aparte de nosotras y Liam — me responde solícita.

—¿Y cuándo se supone que vas a decírselo a Liam? — inquiero sabiendo que trata de retrasar ese momento.

—Cuando lo considere oportuno —me corta en seco. Mi cara refleja mi sorpresa y mi decepción a partes iguales. Por muchas cosas que hayan pasado entre nosotras jamás nos hemos alzado la voz o contestado de mala manera—. Perdóname, Fred, sé que tu intención es buena, pero soy yo la que debe decírselo a Liam, pues es una cosa que solo nos compete a ambos —explica sin apartar la vista del tercer test de embarazo que se hace.

Mi prima me arrastró esa misma mañana hacia nuestro dormitorio para confesarme que tenía un retraso. Al principio, pensé que los nervios podían ser el motivo principal. Muchas vivencias y sensaciones vividas en poco tiempo. Sin embargo, sus sospechas tenían una razón oculta que no quiso compartir conmigo hasta que regresamos de la farmacia con varias cajas de Clearblue.

No he tenido palabras de aliento que pudieran animarla cuando ambas hemos leído que estaba embarazada. Mi gesto ha hablado por mí. Ella, que a pesar de todas las locuras que ha cometido, siempre ha sido precavida en esos temas. ¿Qué ha podido fallar?

—Por si te lo preguntas, no he vuelto a estar con un chico desde Liam —me ha confesado avergonzada, como si pudiera leer lo que pasaba por mi mente.

—¿Cómo es posible que haya ocurrido, Rae?

—Lo hicimos sin condón. Ya sé que empecé a tomar las pastillas hace poco. Estaba segura de que con ellas sería suficiente, pero parece que... me equivoqué —ha terminado la frase en un susurro. Como si no pudiera creerse que ella esté incluida en ese uno por ciento de probabilidades de que la pastilla no funcione.

Tras su confesión hemos discutido sobre si contárselo a Liam o no hasta que yo he impuesto mi opinión. Él merece saberlo.

Hemos tratado de localizarle en vano durante toda la mañana y, al no obtener respuesta, me he decidido por enviarle un mensaje a Craig desde el móvil de Rae. Ella estaba demasiado ocupada dando vueltas por el baño para darse cuenta de que me he apropiado de él temporalmente.

El teléfono vuelve a sonar y Rae mira la pantalla decidiendo si cogerlo o no.

—Deberías contestar. Tienes que hablar con Liam — repongo, sabiendo que debe contar con él para tomar una decisión.

—No lo creo, Fred. Liam vive a doce mil kilómetros de aquí. No va a venir para cuidar de mí y el bebé. Haré lo mejor para todos.

Deshacerme de él —murmura con aspereza mientras corta la llamada.

—No puedo creer que te des por vencida tan pronto —le reprocho, decepcionada—. Tú. A quien nada se le pone por delante. Quien termina haciendo fácil cualquier reto imposible. ¿Te vas a rendir a la primera de cambio?

—Ahora no, Fred. No estoy para discut... —me ruega antes de llevarse las manos a las sienes. Su rostro está pálido como la pared. La noticia le ha sentado como un mazazo. Estoy segura de que ya ha pensado en lo que se le viene encima. Si sigue adelante pronto vendrán los mareos, los vómitos, la ropa ancha y, en cuestión de meses, su familia y sus compañeros de clase descubrirán la verdad.

Me aproximo a ella y paso un brazo por su hombro. La ayudo a salir del baño y rezo porque no haya demasiadas chicas en nuestro camino al dormitorio. Rae está en *shock*. Es una de las horas punta en los pasillos de la residencia. Las chicas se preparan para regresar a la facultad. Muchas hacen cola para limpiarse los dientes e ir al baño.

—¿Se encuentra bien? Tiene mala cara —me pregunta una compañera de clase con la que compartimos residencia.

—En un rato estará bien. Demasiadas horas despierta y a base de cafés —la tranquilizo rápidamente para no llamar la atención sobre el resto de estudiantes. Entramos en nuestro dormitorio y la ayudo a tumbarse en la cama. Le quito los zapatos y la ayudo a ponerse el pijama.

—Será mejor que no salgas esta tarde y descanses. Yo te pasaré los apuntes que demos en clase. —Me aseguro de que se entere y se lo repito dos veces. Ella asiente y se encoge dentro de la cama. La arropo y observo cómo se queda dormida al instante.

Abro el portátil y comienzo a investigar por internet.

«¡Qué bien nos habría venido estudiar Medicina!», pienso con ironía. Necesito animarme un poco, si quiero apoyar a Rae. Es lo menos que se merece de mi parte. Sé que esto va a ser muy duro para

ella, pero con alguien a su lado la cuesta será menos inclinada.

Leo síntomas comunes en las embarazadas: náuseas, vómitos, mucho sueño, dolor de cabeza y falta de hambre. Los mareos suelen darse desde la semana número seis hasta la catorce o dieciséis y, a veces, duran todo el embarazo. No se conocen sus causas, pero el cambio de hormonas, el estrés emocional, un viaje o ciertos alimentos pueden empeorar el problema.

Tomo nota de todos los consejos en una libreta y soy consciente de que tendré que ir detrás de ella para que los cumpla. Un momento... Estoy haciendo planes como si ella fuera a tenerlo. Acaba de decirme hace solo un instante que va a abortar. ¿Qué puedo hacer para que cambie de idea? Y si sigue adelante con ello, ¿quién nos dice que su vida no será un infierno? La gente juzgándola, ella desmoralizada y sin tiempo para estudiar. Por no hablar del hecho de que nos echarían de la residencia y tendríamos que buscarnos un apartamento, algo que se nos va de presupuesto.

El murmullo de voces se ha apagado por completo. Miro el reloj, cojo los libros y salgo disparada hacia clase. Son en punto y ya llego tarde. El señor Lavender ha cerrado con llave la puerta y me toca quedarme fuera por esta vez. Donna me advirtió que si faltaba dos veces más, no me molestase en regresar por su clase. Sería como si nunca hubiese estado apuntada.

Hablando del rey de Roma...

—Hola, Fred, ¿qué tal todo? —me pregunta antes de observar la clase en la que debía estar—. ¿No me digas que has llegado tarde a la clase del señor Lavender?

Asiento y espero a que se vaya pronto y pueda irme a la residencia a estudiar. No quiero dejar a Rae sola más tiempo del necesario.

—Lamento decir esto, pero es genial. Precisamente te andaba buscando. Ven conmigo —me pide Donna sin muchos remilgos.

No tengo otra opción que seguirla. No me gusta ser maleducada con la gente, por lo que tiendo a seguirles la corriente. Es uno de mis

defectos.

Me lleva fuera del campus. Sigo sin comprender adónde vamos y cada vez me gusta menos la situación. Estoy a punto de abrir la boca y disculparme con ella cuando descubro un Lexus aparcado en la calle y a Ashton sentado sobre el capó. Me sonrío con ese aire chulesco que le caracteriza y que hace que todas las chicas se derritan nada más verlo. Sabe que es guapo y utiliza esa baza a su favor.

Giro la vista hacia Donna, quien se ha separado de mí sin que lo advierta y camina de regreso a la facultad. Me ha engañado para traerme hasta aquí. Vuelvo la vista hacia Ash. No puedo creer que haya conseguido dar con alguien que me conozca y lo haya convencido para que me trajera hasta aquí sin decirme nada. Sin embargo, no puedo enfadarme. Son estos detalles los que me gustaban tanto de él. Sin proponérselo, conseguía sorprenderme día a día.

—No me has avisado de que vendrías a verme —le echo en cara, arrugando el ceño.

—Déjalo, no te pega esa cara de enfadada. Sé que te alegras de verme. Solo hace falta ver ese brillo en tus ojos —me dice atrapándome entre sus brazos. Alzo la vista hacia él y dejo que me arrastre lejos de allí. Aunque sea solo cuestión de minutos. Necesito nublar mi mente para no pensar en todo lo que se nos avecina a Rae y a mí.

—Te noto preocupada —comenta Ash, sin dejar de mirarme a los ojos. Me siento acorralada. No puedo contarle lo de mi prima. Iría con el cuento a sus padres.

—No es nada. Las clases, los profesores... De todo un poco. El cambio del instituto a la facultad es muy radical — me veo quejándome por primera vez de algo.

—Ya te dije que te apuntaras conmigo al curso de preparatoria que hubo en verano —me recuerda intencionadamente. De lo que no se da cuenta es que yo sé que ese curso fue el comienzo de nuestros

problemas como pareja. Fue allí donde coincidió con Helga, la chica de intercambio con la que terminó revolcándose en la playa. Aprieto los dientes y trato de alejar todos esos recuerdos de mí. Eso es agua pasada. Ahora, Ash y yo estamos juntos de nuevo y hemos empezado de cero, lo que quiera que eso signifique.

34



Craig

He llamado a Rachel dos veces y dos veces que no me lo ha cogido. Decido intentarlo con Fred, pero después de un rato dando llamada la señal se corta. Lo vuelvo a intentar durante toda la tarde. He perdido la cuenta de las veces que la he llamado. Le envío un mensaje con la esperanza de que me llame en cuanto lo lea.

Compruebo el teléfono llamando a casa. Da señal, así que funciona perfectamente. Me siento como una de esas chicas con las que quedaba y a las que dejaba tirada al par de días. Solía darles mi teléfono y me llamaban día y noche para preguntarme por qué no había aparecido por su casa o cualquier otro lugar donde hubiéramos quedado. El acoso llegó al punto de tener que cambiar de número y optar por no dárselo a nadie.

Me tumbo en mi cuarto cansado de no hacer nada. Esta monotonía y la preocupación por Fred pueden conmigo. Me levanto de inmediato de la cama y me dirijo a la cochera. Sé que no tendría que trabajar, pero si no hago algo pronto, me va a subir la tensión. Soy nervioso e impulsivo por naturaleza.

Cojo la pequeña camilla que creé para trabajar, me tumbo en ella y me adentro hacia las profundidades del coche de Elena. Tuve que llamarla hace un par de semanas para decirle que su coche se

retrasaría.

—Si quieres llevártelo y que otro lo termine, lo entenderé perfectamente —ofrecí sin más. Elena me agradeció que la llamara, me pidió que me cuidara y también a su coche hasta que pudiera tenerlo listo.

—De todos los que conozco, eres el mejor. No confiaría mi coche a nadie más. Eso sí, me harás una rebajilla, ¿no? — bromeó para subirme los ánimos.

—Por ti lo que sea, Elena —le contesté feliz de no dejarla colgada con el coche a medias.

Me pongo a revisar algunas piezas. El tubo de escape necesita ser sustituido con urgencia y, ya que estamos, la parte de atrás. Llamo a Elena y le comento los cambios que mejorarían con creces su vehículo. Acepta si yo estoy de acuerdo con que me pague a plazos. Es un gasto con el que no contaba. Estoy de acuerdo y me despido de ella.

Instalo las piezas nuevas que tengo en el garaje y me encargo de pedir las que faltan. Cuando termine con el montaje, lo lijaré, le daré un par de capas de imprimación y, por último, lo pintaré.

Termino antes de que mis padres regresen del trabajo y me meto en la ducha para borrar todo rastro que me delate. Entonces, llamo a Liam y esta vez me lo coge a la primera.

—Ocurre algo con las chicas —anuncio antes de nada.

—¿Aquiénes te refieres? ¿AFred y Rachel? —me pregunta.

—Sí —afirmo, preguntándome de quién más podría estar hablando—. Me han enviado un mensaje. Han tratado de ponerse en contacto contigo.

—Me dejé el móvil en casa. ¿Sabes qué les ocurre?

—Creía que tú podrías aclarármelo —le devuelvo la pelota—. Las he llamado durante toda la tarde, pero no me lo han cogido. Estoy realmente preocupado.

Liam me tranquiliza y me asegura que hablará con Rachel. Un

rato después, me devuelve la llamada.

—¿Qué es lo que sucede, Liam? —le pregunto, esperando que resuelva mis dudas.

—Es Rachel. Está embarazada —me informa aterrado. Ahora es él el que se debate ante un serio problema y este es mi momento de apoyarle.

—¿Y qué va a hacer ella? —indago, porque ya no importa cómo ocurrió, sino cómo actuar ante ello.

—Me ha dicho que va a abortar. No quería llamarme porque no le veía sentido a que yo lo supiera. Fred la obligó —me dice dolido por estar tan lejos de Rachel y no poder apoyarla en un momento tan duro. Su voz apagada me dice que esa chica le ha calado más de lo que él quiere aceptar.

—¡Vaya! Eso sí que es una novedad. —Su confesión me ha dejado sin palabras.

—Sí, ha sido un golpe bajo. Saber que no espera nada de mí... Eso me dice mucho de los chicos con los que ha salido hasta ahora —expresa con tristeza. Liam aparenta ser tan casanova como yo, pero no es su estilo. Él es más tradicional. Le pega más conocer a una chica y asentar la cabeza. Cuando conoció a Rachel, ambos conectaron de forma muy intensa. Tal vez, demasiado. Y eso es lo que está matándole. No tenerla tan cerca.

—Amigo. Piénsalo un poco. Es lo mejor para los dos — comienzo a consolarle—. Ambos vivís lejos, estáis estudiando y no disponéis de unos ingresos propios para afrontar la llegada de un bebé. Mírame a mí...

El silencio se extiende entre nosotros. Parece recapacitar.

—Probablemente tengas razón —le oigo murmurar para sí—. Tengo que dejarte. Antes me pillaste en medio de algo —se disculpa poco antes de colgarme.

—Está bien y Liam...

Oigo cómo espera a escuchar mis palabras.

—No le des demasiadas vueltas a este tema. No hará que cambie nada. Céntrate en la carrera. Eso te ayudará —le recomiendo, acordándome de la conversación que tuve con Fred.

Unas risas a través de la línea me dicen que he conseguido animarle un poco.

—Craig, hablas como mi padre —me suelta, socarrón—. Te veré el viernes.

—Hasta el viernes, entonces. —Cuelgo y me quedo pensativo. ¿Y si le hubiera ocurrido lo mismo a Fred? ¿Me lo habría dicho? Sí, sin duda. Ella ha sido la que ha convencido a Rachel de hacer lo correcto, aunque eso supusiera hacer daño a Liam.

Calculo la hora que será allí y decido esperar un par de horas para llamar a Fred. Hasta entonces, todos mis pensamientos están con Liam.

—¿Sí? —pregunta una voz medio adormilada. —Fred, soy yo. Craig.

—¿Craig? ¡Cielo Santo! —Parece haberse despertado al fin—. ¿Por qué llamas a estas horas? Creía que Liam y Rachel ya habían hablado —me dice preocupada por que la llame.

—Sí, pero tú y yo todavía no lo hemos hecho —dejo claras mis intenciones. Rezo porque Fred no me cuelgue. Cuando estaba aquí, podía hablar las cosas con ella cara a cara, pero ahora mis palabras serán las que me permitan llegar o no hasta ella. Fred tendrá la última palabra. Como siempre.

—No tenemos nada de lo que hablar, Craig. Fue un bonito sueño mientras duró. Ahora es momento de que despertemos y regresemos a nuestras responsabilidades —escucho cómo su voz titubea al decirlo. Sé que lo dice con la boca pequeña.

—Fred, he pensado en lo que me dijiste —trato de llamar su atención antes de que pueda colgarme. La escucho removerse. Tal vez esté incorporándose en la cama.

—Te dije muchas cosas, Craig. —Parece molesta, pero en sus

palabras leo una pizca de interés.

—En lo de estudiar —le confieso ciertamente avergonzado.

Ella es la primera persona con la que hablo de este tema. —¿Y por qué ese cambio repentino? —Su voz vuelve a ser la de siempre. Dulce y armoniosa.

—Han pasado algunas cosas que me han hecho replantearme mi futuro. —Pienso en mi enfermedad y en que Fred no debe enterarse. No quiero que su perspectiva de mí cambie.

—Me alegro de oír eso. ¿Y ya has pensado qué es lo que vas a estudiar? Tendrías que darte prisa, si no quieres perder otro año. — Su entusiasmo es evidente y termina contagiándome a mí también.

—Ingeniería Mecánica —le respondo, sabiendo que no voy a sorprenderla.

—¡Vaya! Nunca lo habría imaginado —suelta con ironía.

—Bromas aparte. Me encanta cuando te ríes —confieso disfrutando un poco más de su sonido melódico. Se queda callada y me pregunto si no habré metido la pata.

—Craig...

—¿Qué? —le pregunto con temor. Lo más probable es que me mande a la mierda y, aunque una parte de mí lo desea para dejar de sufrir de una vez, la otra añora su voz.

—Te echo de menos. —Ahora es su turno para las confidencias. Me alegra escuchar eso de sus labios. Aunque no pueda verlos, sigo deseándolos en la distancia—. Craig... ¿no dices nada?

—Yo también te extraño, Fred. —Mis palabras han hecho que lleguemos a un punto sin retorno.

—¿Qué vamos a hacer, Craig? —indaga desolada. La tristeza ha vuelto a su voz y hace que me reconcoma por dentro.



Fred

—No lo sé, Fred —se sincera conmigo—. El tiempo no va a detenerse por nosotros. Tendremos que seguir con nuestras vidas. En algún punto del camino, volverán a unirse... o no.

—¿Qué me estás diciendo, Craig, que te olvide? —le acuso de ser un insensible. Sus palabras me demuestran que lo que yo siento por él es más fuerte que lo que Craig siente por mí.

—No quiero hacerte daño, Fred. Esto es doloroso también para mí, pero no voy a engañarte. Tú misma me lo dijiste poco antes de irte. ¿Qué ha cambiado en dos semanas? —Trata de darle la vuelta a la tortilla, como si yo tuviera todas las respuestas.

No me atrevo a decirle la verdad. Que esa semana fue la mejor de mi vida. Que nadie me había hecho sentir tan especial y *sexy* nunca. Ni siquiera Ash.

Me engañé a mí misma. Me obligué a creer que no sentía nada hacia Craig y que, una vez me marchara a Stanford, no me acordaría de él, pero era mentira. Todo.

¿Cómo voy a contárselo? Dejaría de confiar en mí y no volveríamos a hablar. Vuelvo a la realidad y me doy cuenta de que aún no ha colgado el teléfono. Eso es bueno. Creo. —Craig... —Su nombre me quema las entrañas. —Dime, Fred.

—¿Seguiremos en contacto? —pronuncio la tan temida frase. Nunca me he visto en una situación así, pero conozco a la perfección a los chicos. Cuando se les pone contra las cuerdas, suelen huir. Reaccionan por instinto y, después, se paran a pensar.

—Fred, yo... yo... Será mejor que hablemos en otro momento — se excusa antes de colgar sin más explicaciones. ¿Cómo he sido tan tonta? No debí habérselo preguntado. Debía haberme imaginado cuál sería su reacción. Miedo.

Me quedo mirando como una estúpida el móvil y, entonces, lo guardo en el bolsillo de mi bata y regreso al dormitorio. Me salí para no despertar a Rachel. He tenido suerte de que no pasara el conserje. Odia que las chicas andemos por los pasillos a estas horas. No le gustan los alborotos y cumple las normas al pie de la letra.

Trato de no hacer ruido entrando de puntillas, pero Rachel enciende la luz y me pilla *in fraganti*.

—¡Dios, Fred! Me has dado un susto de muerte cuando me he despertado y no te he visto en tu cama —revela aliviada de verme sana y salva—. ¿Qué haces todavía levantada?

Le enseño el móvil.

—¿No me digas que has estado hablando con Craig? — comenta preocupada. Si no es suficiente que ella y Liam estén a kilómetros de distancia con un problema tan gordo como un embarazo, sus ojos se muestran nerviosos ante lo que puede llegar a oír.

—No te preocupes. Sé que esto tiene que terminar — alego, queriendo tranquilizarla.

—No puedes llamarle cada vez que le echas de menos, Fred. Ya lo sabes —me sermonea como si fuera una niña pequeña. Me siento sobre la cama y la miro apenada. No importa quién llamara, el resultado habría terminado siendo el mismo.

—Fue él quien me llamó —esa revelación la sorprende. —¿Y qué quería?

—No lo sé. Tal vez despedirse —digo alicaída. Me meto en la

cama y le doy la espalda a Rachel. Tras unos segundos que se me hacen eternos, noto cómo apaga la luz y vuelve a dormirse.

36



Craig

La providencia, o más bien mi madre, es quien me ha salvado de una pregunta comprometedora. He colgado a Fred antes de que pudiera decirme nada más. Me quedo con un mal sabor de boca. Si antes habíamos tenido una terrible nodespedida, esta conversación no ha mejorado precisamente nuestra situación.

La comida con Alice es más distendida de lo que imaginaba. Me cuenta su día en el hospital. Montones de anécdotas de pacientes que se quejan, gruñen y contestan de malos modos. Me río divertido ante las situaciones cómicas que le ocurren y le pregunto en espera de saber más.

Mi madre trabaja como enfermera en la planta de traumatología. Se ocupa de atender a los pacientes, administrarles sus medicamentos, inyectar suero o medicación intravenosa — dado el caso— y seguir la evolución clínica de cada uno. Sus compañeras auxiliares son las que se ocupan de las comidas, la higiene o la toma de constantes. Alice dice que ya sea para un puesto o para otro hay que estudiar igual. Sin un título no vas a ninguna parte ahora mismo. ¡Qué razón tiene! Cuando yo entré en el taller, me pidieron la titulación básica: Técnico en Electromecánica de Vehículos. Un ciclo profesional donde aprendí lo rudimentario en un solo año.

Mi buena cabeza para quedarme con miles de datos y mi experiencia desde bien pequeño en el taller de mi tío, observando cada reparación paso a paso, han hecho que sea uno de los mejor valorados en el taller donde trabajo. Sin embargo, llevo meses sintiendo la necesidad de aspirar a más en un sitio donde he llegado al máximo de mis posibilidades. El buen sueldo y la amistad que me une a mis compañeros no me habían hecho plantearme cambiar de puesto, pero una sola conversación con Fred bastó para hacerme reflexionar.

Desde niño he soñado con diseñar automóviles y mejorar cada una de sus piezas hasta conseguir un proyecto nuevo. Uno que llevara mi nombre y del que sentirme orgulloso. Siento que esta es mi oportunidad.

Mi madre me ha enseñado muchas cosas y una de ellas es a no rendirme y a que nunca es tarde para hacer lo que realmente quiero. Ni siquiera me planteo mi enfermedad como un obstáculo. Antes de Navidad, me operarán para quitarme el tumor y seguiré con mi vida como si tal cosa.

Sigo el consejo de Fred y, después de comer, tomo el autobús hasta la universidad. Me acerco a conserjería y solicito información sobre el curso. El plazo de solicitud terminó hace meses, pero la señora se apiada al ver la decepción reflejada en mi rostro. Me pide que espere y sale en busca de alguien.

Comienzo a ponerme nervioso. En cuestión de minutos mi futuro tomará un camino u otro.

La señora regresa con un hombre de la edad de mi padre, quien me contempla por un momento de arriba abajo y carraspea acariciándose el mentón. Parece estar meditando.

—Me llamo William Tunner. Soy el jefe de estudios de primero. —
Me extiende la mano y se presenta.

—Craig Watson. Encantado, señor. —Le estrecho la mano, mostrándome educado.

—La señora Mikaelson me ha comentado tu caso. Acompáñame a mi oficina para que podamos hablar con más calma. —Me invita a seguirle con un gesto de la mano. Asiento y le sigo mientras me explica un poco el funcionamiento de las clases. Una vez en su despacho, me pregunta mi edad y el motivo de querer estudiar esta carrera y no otra.

—Señor Tunner, tengo veinte años y soy mecánico en un taller. Desde niño, siempre soñé con hacer mis propios diseños, pero me terminé conformando con repararlos. Una conversación con una amiga me abrió hace poco los ojos. Creo que nunca es tarde para luchar por nuestros sueños.

Mi declaración de intenciones parece haberle conmovido. Curva el gesto en una sonrisa y acerca su silla a la mesa de forma cómplice.

—Craig, veo que tienes ilusión, pero eso no basta. ¿Tienes hecho el bachillerato? —me pregunta aún adivinando la respuesta. Agacho la cabeza, resignado—. Veo que no y, si eso no fuera poco, las inscripciones para el curso puente a la universidad se cerraron en mayo. Lo siento de veras, pero no puedo hacer nada. Tendrás que esperar al año que viene.

—No dispongo de tanto tiempo, pero gracias por la información —le contesto, ofreciéndole la mano.

Tunner me observa con sumo interés. Parece pensar que soy un chico agradable y educado. Tal vez se pregunta qué es lo que me impide esperar hasta entonces.

Me despido y salgo del despacho, dispuesto a irme.

Empiezo a sentirme mal, pero no quiero llamar la atención. Nunca me ha gustado. Soporto con estoicismo cómo la habitación se mueve a mi alrededor hasta que un sudor frío invade mi frente y noto cómo las rodillas ceden a mi paso. Tunner, que me ha seguido con la vista, corre hacia mí. Me sujeta de los hombros para evitar que me caiga. Me agarro a él e intento levantarme. Lo consigo a duras penas y el profesor me obliga a sentarme en un banco cercano.

—Apoya la cabeza aquí. Tengo que ir a pedir ayuda — me dice, antes de ayudarme a tumbarme sobre el respaldo. —Espere. —Un impulso me hace sujetar su brazo.

Tunner vuelve a observarme durante unos segundos, decisivos para mí.

—Sabes lo que tienes, ¿no es así? Tu frase de antes. «No dispongo de tanto tiempo». Y ese mareo. ¿Qué es lo que tienes?

El silencio vuelve a reinar en el pasillo. Mis ojos estudian los del señor Tunner, y este los míos, como si se tratara de un duelo de miradas.

—Un tumor. ¡Ahora ya lo sabe! ¿Contento? —respondo, irguiéndome poco a poco.

—No. Al contrario. Lo siento mucho, pero aun así ahora hay avances.

—Le ruego que se ahorre su lástima. No necesito que me dé falsas esperanzas.

—Está bien. Haré algo mejor. Si de verdad estás interesado en estudiar aquí, puedo darte clases particulares y pasarte el temario. Sé que no es mucho...

—¿Por qué lo hace?

—Me recuerdas a mí cuando era joven. Lleno de ambición y, también, mucha estupidez. —Lo miro con el ceño fruncido—. ¿Qué ocurre? ¿No era eso lo que querías? —Asiento—. Entonces no le des más vueltas —me indica con gesto alegre—. Te veo el lunes por la tarde. Trae cuaderno y bolígrafo. Empezamos a las siete. Sé puntual. —Se levanta, señalando el final de nuestra charla.

—Gracias, señor. No se arrepentirá —señalo contento, estrechándole la mano.

—Ah... y Craig... —me llama la atención.

—¿Sí, señor? —Me giro antes de atravesar el umbral hacia el pasillo.

—No me llames señor. Todos me llaman Tunner. —Su trato es

más informal y agradable que al principio.

—Muy bien, señor Tunner. Hasta mañana —me despido con una sonrisa.

—Tunner.

—¿Cómo? —pregunto sin entender.

—Lláname Tunner. Solo Tunner, por favor. No me hagas sentir como un anciano de noventa años —bromea el profesor.

—Está bien, pero me va a costar llamarle solo Tunner —admito dudoso.

Regreso a casa con buenas noticias, pero aún no hay nadie con quien compartirlas. Flynn se ha marchado directo a la hamburguesería para trabajar y mis padres no aparecerán hasta dentro de un par de horas.

Abro el portátil y entro en internet. Repaso por segunda vez, y más concienzudamente, las asignaturas y el temario de cada una. Busco enlaces a otras páginas para ampliar la información del índice y me entretengo leyendo sobre mecánica hasta que la puerta principal se abre y oigo a mi madre llamarme.

Bajo las escaleras y me encuentro con Liam. Está ayudándola con las bolsas de la compra. Le quito parte del peso y ambos seguimos a Alice hasta la cocina.

37



Fred

Me levanto de buena mañana y decido salir a correr antes de acudir a clase. Tal vez eso me ayude a despejar la mente. Últimamente he tenido demasiadas preocupaciones nublando mi objetivo: la carrera.

Derecho no es algo que hubiera elegido por decisión propia y eso hace que me cueste más llevar las asignaturas al día. Atrás han quedado los días en que era una alumna ejemplar y alzaba siempre la mano a cada pregunta del maestro. Ahora me siento en la fila de en medio y a veces en la de atrás para pasar inadvertida a ojos de los profesores.

Incluso en esto mi prima y yo somos tan diferentes... Rachel adquirió la afición por defender al prójimo desde bien pequeña. Inculcada por sus padres, quienes le hacían ver la importancia de su trabajo, ella terminó amando esta profesión y soñando con trabajar mano a mano con sus progenitores. Lo que no quita que se sienta agobiada por las expectativas que sus padres han puesto en ella.

El curso se me está haciendo cuesta arriba y... ¡si solo fuera eso lo que me preocupara! Para colmo, está el tema de Rachel y el de Ashton. Mi prima está embarazada y no ha vuelto a mencionar el tema, como si ella sola pudiera sobrellevar esa responsabilidad. Por

otro lado, Ashton sigue visitándome siempre que puede, cada día o dos días, como máximo. Muestra mucho más interés en nuestra relación que antes y tiene pequeños detalles y gestos que van ganándome poco a poco. El último día fuimos de tiendas, después al cine y, por último, a cenar. Una cosa llevó a la otra y terminamos alojándonos en un pequeño hotelito con encanto. De eso han pasado dos días y temo ver la reacción de Ash. ¿Seguiremos saliendo o ahora que ha conseguido lo que quería me dejará de lado?

Doy vueltas a todas estas reflexiones mientras estiro músculos y caliento articulaciones a la puerta de la residencia. Me lanzo a correr y atravieso el campus, rodeando los enormes parterres de césped. Cruzo un puente de madera que permite el paso por encima de un pequeño riachuelo y me adentro en un bosque cercano. La claridad es absoluta y el canturreo de las aves hace más grata la marcha. Con las prisas, me he dejado el mp3 en la habitación. No quería despertar a Rachel y que volviera a retomar la conversación de anoche.

Una brisa fresca sopla entre los árboles y agradezco haberme traído una sudadera. Con el cabello recogido en una cola de caballo, mis mejillas y cuello se humedecen ante las gotas de rocío que caen. Un escalofrío recorre mi nuca hasta llegar a mi espalda. Me pongo la capucha y sigo avanzando sin detenerme.

Estoy tan inmersa en mis pensamientos que tardo en darme cuenta de unas pisadas detrás de mí. El corazón se me encoge por un momento. ¿Cómo he sido tan tonta de correr yo sola por un lugar tan solitario como este? No me atrevo a echar la vista atrás y mantengo el ritmo. Unos metros más adelante hay una serie de carteles que señalizan los distintos caminos. Tomo el de la izquierda y rezo porque sea fiel a la verdad y me lleve de vuelta al campus.

En ese momento, oigo una voz que me llama por mi nombre. Una voz que me resulta conocida. Me detengo y miro atrás. Se trata de Donna. Sonrío y noto un alivio que recorre todo mi cuerpo, relajándome. Alzo la mano y la saludo. Corre hasta mi lado y se

detiene. Dobla hacia delante el tronco y respira profundo, recuperando el aliento.

—Te he llamado varias veces, Fred. ¿No me has oído? — me pregunta una vez se ha erguido. Su rostro está sonrosado. Se ha esforzado mucho para alcanzarme, lo que manifiesta mi clara superioridad sobre ella en ese aspecto. Mis piernas y brazos están hechos al ejercicio diario dentro y fuera del agua.

Niego con la cabeza avergonzada. Estaba tan ensimismada en mis pensamientos que me mantenía ajena al exterior.

—No importa —me dice, restándole importancia—. ¿Qué tal las clases? ¿No habrás vuelto a perderte ninguna más del señor Lavender?

—No, tranquila, no he faltado a ni una más de sus clases. ¡Ahora, de hecho, soy la primera en llegar! —le contesto orgullosa—. Pero si te soy sincera, el curso en sí, no lo llevo muy bien. Hay demasiadas cosas que memorizar —comento agobiada por todo lo que se me viene encima.

—Si quieres, puedo ayudarte. Te prestaré mis apuntes del año pasado y quedaremos para estudiar juntas. Cualquier cosa que no entiendas, me la preguntas y arreglado —se ofrece voluntaria. Su forma de hablar hace que la carrera parezca más fácil de lo que es—. Yo también empecé como tú, pero gracias al apoyo de una, aprobé con buenas notas. Ahora es mi turno de ayudar.

Sin tener tiempo para pensármelo, me veo aceptando su ofrecimiento. Hacemos el camino de regreso hablando de nuestras experiencias con los profesores. Donna parece tener mucho que enseñarme. Me alegro de haber dado con alguien como ella. No todos parecen ser tan sociables.

Mis compañeros de clase pertenecen a una raza diferente. Son silenciosos, aplicados y ermitaños. Viven en su propio mundo y no se relacionan con el resto de personas. Es por eso que Rachel y Ashton son mi única conexión con la realidad. Rae y yo nos sentamos juntas

y dividimos el trabajo entre dos para que todo resulte más sencillo.

Donna me invita a estudiar en su dormitorio esa misma tarde. Ha montado un grupo de estudio con cuatro personas. Algo pequeño y recogido, pero con lo que todos pueden manejarse. No me costará involucrarme con ellos, pues los cuatro tenemos el mismo objetivo. Obtener el título de abogado. Según me ha dicho mi nueva amiga, aquí cada uno se especializa en una rama diferente por lo que la competitividad es nula.

Me despido de Donna en el pasillo y camino hasta mi habitación a recoger algunas cosas antes de ducharme. La cola que comienza a formarse a la entrada del comedor supera con creces la de las hamburgueserías y bares que regentábamos en Sacramento. Mi gesto animado se viene abajo cuando me choco con una malhumorada Rachel.

—¿Se puede saber dónde estabas? Llamó Ashton y no supe qué decirle —me espeta mientras coloca un poco su lado del dormitorio.

—He ido a correr. Necesitaba despejarme —le informo, sin cambiar mi tono de voz. Que ella esté enfadada no significa que vaya a estropear mi día.

—Y se nota que lo has logrado por esa gran sonrisa en tu cara — parece reprocharme que no comparta su estado de ánimo—. Tengo algo que contarte —añade y, entonces, rezo porque no sean más malas noticias. Creo que este mes hemos superado el cupo.

—Esta mañana me ha venido la regla —suelta de golpe, anunciándome así que ya no está embarazada.

—Es la mejor noticia que podíamos tener. —La estrecho entre mis brazos. Me aparto y observo su reacción. No parece muy convencida —. No te entiendo, Rae. ¿No era eso lo que querías? —indago expectante. No creí que terminaría cambiando de opinión tan rápido, aunque parte de mí se entristece por ella—. Somos muy jóvenes. Tenemos toda la vida por delante para formar una familia —pluralizo para reducir el daño que mis palabras puedan hacerle.

—Lo sé, Fred, pero eso no lo hace menos doloroso. — Se derrumba sobre mi hombro y comienza a llorar.

—Sabíamos que pasaríamos por todo tipo de experiencias. Nuestros padres nos avisaron de algunas, pero nos toca a nosotras vivir el resto —trato de explicarle lo dura que es la vida—. ¿Recuerdas cómo fue el cambio del colegio al instituto? Nos hicimos mayores demasiado pronto. Debíamos compaginar los estudios con todo lo demás. Ser las más populares y tener una estupenda vida amorosa. Y la verdad que no nos fue tan mal —confieso entre risas. Ella se aparta y, con el semblante húmedo por las lágrimas, muestra una pequeña sonrisa.

Noviembre

38



Craig

Mi estado físico ha ido empeorando con el paso de los meses, pero retomar mis estudios y el apoyo de mi familia han sido fundamentales para que no me hundiera. Los vómitos, las náuseas, la presión en la cabeza e incluso la incapacidad de realizar algún movimiento porque el cerebro no envía correctamente la señal al resto del cuerpo son ahora el pan nuestro de cada día. Las ojeras de mi madre, se han hecho cada vez más evidentes. Mi padre hace horas extra para no toparse conmigo, pues odia verme así de enfermo sabiendo que no hay nada que pueda hacer por solucionarlo. Por su parte, Flynn también me evita, pero sus motivos son otros. No sabe cómo tratarme. Sí, he cambiado físicamente, pero por dentro sigo siendo el mismo. Lo que tanto he temido se ha terminado haciendo realidad.

A pesar de todo, Liam ha permanecido a mi lado como un amigo fiel desde el primer minuto. A diario, apenas lo veo por sus clases, pero durante los fines de semana permanece a mi lado: jugando a la consola, compitiendo en carreras de bicis y sacándome a tomar algo cuando menos me apetece. Se ha convertido en un apéndice más de mí.

Mi enfermedad me ha ayudado a saber los que están a mi lado

porque les importo y los que únicamente permanecían junto a mí para provecho propio.

Tunner, mi profesor particular, me vigiló de cerca las primeras semanas. Me veía atender, escuchar y responder, pero también me veía salir de clase con mal semblante y apoyarme en la mesa al menor momento. En más de una ocasión se ofreció a llevarme al hospital, pero le rogué que dejara de lado mis síntomas y me tratara como a otro alumno más. Algo que, sabía, resultaba hartamente difícil.

Solo he tenido un par de visitas en estos meses. Una de ellas de Allan, mi compañero de trabajo, quien por iniciativa propia se ofreció a visitarme para informar al resto de la plantilla. Hemos limado asperezas y me ha animado a luchar. Sin saber cómo, ha conseguido emocionarme.

La otra visita, la de Tunner. Mi profesor particular se ha convertido en un gran apoyo y un gran amigo.

—Eres un gran chico y el alumno que todo profesor sueña con tener. No quiero que te fuerces más de lo necesario. Puedes retomarlos cuando te hayas recuperado. Yo estaré aquí para ayudarte.

—Sus palabras me alientan a seguir adelante y no decepcionarle a él, ni a mi familia, ni tan siquiera a mí mismo.

Con Andy solo he hablado por teléfono. No quiero que me vea en este estado. Mis ojos están rodeados de ojeras, mi piel ha adquirido un tono pálido y el cuerpo no reacciona como espero en cada momento.

Faltan solo un par de semanas para que vista la bata blanca y me operen. Mis nervios están en la cresta de la ola, y contemplo como mi familia parece apartarse de mi lado. Decido tomar por una vez las riendas de la situación. Monto guardia en el sofá y espero a que lleguen mi hermano y mi padre.

Flynn es el primero. Corre subiendo las escaleras y cierra de un portazo su habitación. Conozco al dedillo su rutina por lo que me extraña que llegue tan temprano. Viene directo del instituto a casa, se

cambia de ropa para ir a la hamburguesería donde trabaja y se lleva la tabla para poder surfear cuando termina.

Subo las escaleras hacia su dormitorio y llamo a la puerta. No recibo respuesta. Decido entrar aún a riesgo de escuchar sus protestas, pero no oigo nada. Flynn está tumbado en su cama escuchando música en su mp3. Mira al techo enfadado y su ceño fruncido advierte de que lo que oculta no es nada bueno.

Me acerco a él y le quito uno de los cascos. Se sobresalta, asustado, por mi aparición y me pregunta molesto por qué no he llamado a la puerta.

—Lo he hecho, pero no me has escuchado. No estás aquí, ¿verdad? —indago en sus preocupaciones. A veces es bueno escuchar a los demás y distanciarse de las inquietudes de uno mismo.

—Han dado las listas oficiales y Brad también ha conseguido entrar en las preparatorias del campeonato. Habrá una competición previa para elegir al surfista local.

—¿Pero no te habían confirmado la plaza ya? —le pregunto sin entender nada.

—Eso creía yo, pero al parecer solo eran rumores. Lo que vale es lo que está escrito sobre el papel. Lo tengo muy difícil, Craig. Brad me supera con creces. —Se hunde en la autocompasión. No conozco a ese chico más que de oídas, pero de lo que estoy seguro es que Flynn no debe rendirse hasta haber dado lo mejor de sí. Solo entonces, podrá aceptar la derrota.

—Flynn, sé que no soy el mejor ejemplo, pero aquí me tienes con un tumor en la cabeza y luchando por graduarme en algo con lo que he soñado toda mi vida. Tengo muchas molestias, pero eso no me hace decaer. Tú eres igual que yo. No dejas que nadie te diga lo que debes hacer o si vales o no para esto. Seguiste mis pasos de pequeño y cuando yo lo dejé, superaste mis marcas y creciste como deportista. Tengo una fe ciega en ti y no es solo porque seas mi hermano o porque te quiera, sino porque ya demostraste hace tiempo tu valía.

Mi hermano me mira incrédulo. No se esperaba que le dijera nada de esto.

—No lo comprendo... —Sus palabras se ahogan con la emoción.

—No hay nada que comprender, Flynn. Tienes que ir a por todas. Esforzarte hasta que creas que no puedes más y, entonces, trabajar más duro aún. Dentro de unos años serás el nuevo Kelly Slater y recordarás y valorarás mucho más estos momentos.

Me siento como un gurú, dándole consejos a mi hermano, cuando ni yo mismo pude seguir con mi pasión por culpa del miedo. La decisión que tomé sigue atormentándome como el primer día. Sin embargo, por muchas veces que piense en ello, no hará que cambie nada de lo que ocurrió.

—Mis fallos me han llevado a lo que soy hoy y eso es más de lo que puede decir mucha gente sobre sí misma. Me arrepiento de la decisión que tomé en su momento, pero es algo con lo que he aprendido a vivir. No dejes que te ocurra a ti lo mismo. Las circunstancias cambian constantemente, pero nosotros debemos aferrarnos a nuestros principios, a lo que somos como a una tabla a la deriva. Si los perdemos, si dejamos de creer en lo que hacemos, no seremos mejor que el resto.

Observo a mi hermano y cómo me mira y me doy cuenta de que he dado voz a mis pensamientos. Vuelvo a ver en sus ojos esa mirada de admiración que tenía a los trece cuando me veía surfear. Me siento más unido a él y enlazamos nuestros meñiques en un saludo que no conoce fronteras.

39



Fred

He hablado un par de veces por teléfono con Craig y, aunque entonces no entendía sus palabras, ahora sí lo hago. Han pasado dos meses desde que nos conociéramos y sintiera ese flechazo. La llama sigue latente, pero me engaño pensando que solo podremos ser buenos amigos.

Le he notado raro, pero no ha querido darme demasiadas explicaciones. No sé si preguntar a Liam sería lo más prudente. Trataré de averiguar el teléfono de su casa y, tal vez, hable con su hermano para asegurarme de que todo va bien.

Por mi parte, no he tenido tiempo para pararme a pensar en el torbellino en que se ha convertido mi vida. Las últimas semanas han sido una completa locura. Creí que el ingreso en la universidad sería lo más duro, pero la fraternidad se queda corta con todas las experiencias que nos contaron y las que hemos ido viviendo.

Pasamos un fin de semana conviviendo con las compañeras *senior* en el mismo edificio. Las chicas de mi promoción, yo incluida, sospechamos de tanta amabilidad y pronto descubrimos el otro lado de la moneda cuando nos despertaron de madrugada, sin tiempo para vestirnos y nos llevaron al bosque. Allí nos cubrieron la cabeza con un saco con dos pequeños agujeros para ver lo imprescindible. El

objetivo era que nos guiáramos con un mapa y encontráramos varios objetos relacionados con la simbología de la fraternidad. Betty, una chica que casualmente no encajaba en los estándares de Alpha Kappa Alpha, no lo consiguió y tuvo que pasar toda la noche a la intemperie vistiendo un simple camisón. Al día siguiente, no acudió a la facultad. Había cogido una pulmonía y estaba ingresada en el hospital, negándose a confesar cómo había ocurrido.

Las novatas valemos para todo. Somos las criadas de las mayores. Vamos a comprar para ellas al súper, limpiamos la fraternidad después de las fiestas y obedecemos cada orden que nos dan. Tenemos que estar disponibles las veinticuatro horas del día.

Más de una docena de aspirantes han abandonado ya. No han soportado tanta presión y han decidido que una fraternidad tampoco es lo más importante en sus carreras, por mucho que los contactos que ofrezca puedan influir en su trayectoria.

A mí, a diferencia de las demás, me ha servido como terapia para evadirme de todo aquello que me tenía preocupada. Gracias al egoísmo y las excentricidades de algunas de nuestras *seniors* he logrado descubrir cómo se sentían las chicas que trataban de unirse al grupo de populares del instituto y que terminaban siendo una más del montón. En Alpha Kappa Alpha, las mayores tienen la virtud de sacar los peores defectos de las chicas más guapas y perfectas. Nadie es mejor que nadie hasta que ha superado las pruebas y se convierte en una «hermana» más.

Rachel y yo tenemos una ayuda extra puesto que Donna pertenece a la fraternidad. Cuando nos entrevistaron a ambas preguntando concienzudamente sobre nuestro pasado, presente y los objetivos que teníamos de cara al futuro, ella fue una de las tres chicas que participó haciendo las preguntas y deliberando sobre si pasaríamos a la siguiente fase. Una vez que Donna intercedió por nosotras y que nuestro expediente reveló a qué familia pertenecíamos, lo único que tuvimos que hacer fue llamar a nuestros padres para que ingresaran

la friolera de quinientos dólares como cuota semestral a la fraternidad. La cifra se duplicaba si vivías en el edificio, pero ni Rae ni yo nos sentíamos preparadas para exponer nuestra intimidad, así como así.

Donna se ha convertido en una amiga más. Las tres nos hemos hecho inseparables. Tal es así que ya nos llaman las Tres Mosqueteras. Cada vez que aparecemos por el campus, la gente se aparta dejándonos un enorme pasillo por el que caminar. Me recuerda a los tiempos en River City, cuando mi prima y yo llevábamos la voz cantante. La única diferencia aquí es que Donna es el nuevo factor añadido a la ecuación.

Aquí donde la veis es hija de padre canadiense y madre puertorriqueña. También parece que tiene ascendientes amerindios y españoles, algo que le ha dado más puntos a la hora de ingresar en la universidad, por muy tonto que pueda parecer.

Nuestras aficiones comunes hacen de ella una compañía ideal para ambas. Donna y yo sentimos cierto desinterés hacia los guapitos del campus, que lo único que buscan es un buen chasis. Rae y ella disfrutan de una pasión desmedida por Muse.

Hemos salido un par de veces por Palo Alto, la ciudad vecina de Stanford y hemos podido conocernos algo más. Sin embargo, hay ciertos aspectos de su vida que parece mantener ocultos, como de dónde saca tanto dinero para pagar la universidad, la fraternidad y haberse comprado un Alfa Romeo, por mucho que diga que es de segunda mano. Cuando le preguntamos a qué se dedicaban sus padres, nos respondió que era algo demasiado complejo para explicar y ciertamente aburrido.

—Hay veces en las que es mejor no saber ciertas cosas y pecar de ignorantes —me comenta Rachel, poco después de que Donna se despida de nosotras. Algo con lo que estoy totalmente de acuerdo con mi prima.

40



Craig

Regreso a la retaguardia del sofá y espero a que llegue a casa mi padre mientras hojeo una revista de coches. Media hora después, el sonido de la llave girando la cerradura me avisa de que Steven ya está aquí. Dejo la revista a un lado y me dirijo a la cocina, donde lo tendré acorralado y no tendrá opción para la huida. Alice me observa por el rabillo del ojo desde el tresillo y esboza una pequeña sonrisa. Me conoce a la perfección y puede predecir cada uno de mis movimientos con antelación. A veces pienso si no será un poco bruja...

—Hola, papá —le saludo y parece que le he pillado desprevenido, pues alza la cabeza y se muestra sorprendido y confuso. No sabe cómo actuar y trata de desenvolverse de forma natural sin conseguirlo.

—Hola, hijo. ¿Qué tal estás? —me pregunta, incómodo, mientras trata de no volver a encontrarse con mi mirada.

—Bien. He pasado la tarde en la playa, surfeando, y después he seguido arreglando el Fiat. Ya sé que no te gusta que me traiga el trabajo a casa —admito conocedor de sus pequeñas manías. No se inmuta con la mentira, casi como si no me hubiera escuchado. Se quita la chaqueta, se afloja la corbata y, entonces, haciendo repaso de

lo que le he dicho, alza la vista alarmado.

—¿Qué has hecho qué, Craig? ¿Estás loco? Sabes que no debes hacer actividades peligrosas en tu estado. ¿Y desde cuándo has vuelto a surfear? —La retahíla de preguntas ha salido de su boca como una ametralladora sin receso. Sonrío y eso activa todas sus alarmas—. ¿A qué estás jugando, Craig? No estás para bromear sobre tu salud y lo sabes...

La regañina me ha servido para saber que se sigue preocupando por mí, pero eso no mejora la relación entre nosotros.

—Solo quería comprobar algo... —admito sin querer concretar el qué.

—Craig —mi padre me mira serio y apoya su mano en mi hombro—, sé que desde que te diagnosticaron el tumor no he sido un buen apoyo para ti.

—Me evitas, papá —afirmo—. Sé que no tengo el mejor aspecto, pero...

—Debes perdonarme. Enterarse de que tu hijo tiene cáncer, aunque tenga cura, es algo que traumatizaría a cualquiera —se disculpa apenado, prometiéndome que a partir de ahora no estará tan distanciado de mí. Me abraza con fuerza y disfruto de ese momento.

—Vamos, papá... —bromeo para que se aparte. Me hace caso, me mira a los ojos y me da una colleja en la nuca.

41



Fred

—Fred, tienes visita —me anuncia Donna, asomándose por la puerta de nuestra habitación después de haber golpeado dos veces. Acabamos de cenar y estaba a punto de irme a la cama. Mañana me espera un examen muy difícil para el que me he estado preparando toda la semana.

—¿A estas horas? —le pregunto extrañada, sin saber de quién se puede tratar. El único que me visita en el campus es Ash, pero a estas horas debería estar en su residencia, a una hora de aquí.

—Date prisa. No tiene buena pinta —me increpa mientras me cambio rápidamente de ropa. Me uno a ella y corro por el pasillo. El miedo comienza a agarrotarme brazos y piernas y hago un duro esfuerzo por no reducir la marcha. Un pequeño griterío comienza a surgir a la vuelta de la esquina. Donna se detiene y me pide que me asome.

La obedezco y me estremezco al comprobar que se trata de Ash y no está solo. Discute con otra chica que me resulta familiar. Después de un instante la reconozco. Es Lisbeth, la amiga de Donna. Ambos parecen muy cercanos. Ella le sujeta del brazo y le mira suplicante. Él la rechaza y le pide que lo acepte. Puedo imaginar el qué.

Giro la vista hacia mi amiga que me mira con aire culpable.

—¿Desde cuándo lo sabes? —inquiero dolida porque me haya ocultado algo así.

—Desde hace un mes —me contesta lacónica.

—¿Y por qué no me dijiste nada? —le reprocho con lágrimas en los ojos. Todas las miradas se centran en mí. Sin darme cuenta, mi tono de voz ha subido varios decibelios. Ash me observa mientras las lágrimas cubren mi rostro y corre hacia mí. Me alejo de todo lo que me rodea. Lo que menos quiero en este momento es hablar con él.

¿Cómo he sido tan idiota para darle otra oportunidad? No es la primera vez que me engaña y está claro que no será la última.

—¡Fred, Fred, espera! —la voz angustiada de Ash me llama. Me detengo, pero no me molesto en darme la vuelta—. Fred —pronuncia justo detrás de mí.

—¿Qué es lo que quieres? —le pregunto, secándome las lágrimas—. ¿Es que no me has hecho ya suficiente daño? No me digas que no es lo que parece porque lleva siendo así desde este verano.

Su silencio me dice que no me equivoco.

—¿Es que ni siquiera vas a darte la vuelta? —me reprocha, como si la mala de la película fuese yo.

—Creo que ya he cedido y perdonado bastante. Esto se acaba aquí y ahora —le comento firme en mi decisión. Ash me tira del brazo y me obliga a mirarlo a la cara. Me suelto y me enfrento a él—. ¿Contento? No vuelvas a buscarme y procura estar lo más lejos de mí o iré diciendo a todos que no eres tan perfecto como aparentas. Ya me entiendes —le amenazo con contar sus secretos y parece que da resultado. Su rostro se transforma en uno huraño.

—Me das asco. No sé cómo he podido salir contigo todo este tiempo. Eres una guarra. Como tu prima —me insulta, dolido—. ¿Crees que no me di cuenta de que ya no llevabas el anillo de castidad cuando regresaste de tu viaje a Australia?

Sin saber cómo, Rachel, a la que yo creía en el dormitorio, se acerca a él y le lanza un puñetazo en toda la cara.

—Eso para que vuelvas a insultarnos a cualquiera de las dos. Eres un sinvergüenza. Máchate antes de que el conserje llame a la policía —le amenaza y, de esa forma, Ashton sale para siempre de mi vida. Con la cara ensangrentada y sus ojos lanzándonos dardos envenenados.

Diciembre

42



Craig

El día más temido y deseado ha llegado por fin. En cuestión de horas, entraré en el quirófano para que me extraigan el tumor de la cabeza.

Tuve que ingresar ayer por la tarde y hacer noche en el hospital. Las auxiliares se han portado especialmente bien conmigo. Algo que es de agradecer, dadas las circunstancias.

Estoy muy inquieto y no puedo parar de moverme a pesar de que los médicos me han prometido que no notaré nada. Me han dicho que será como irme a dormir. Me sedarán y cuando despierte lo más duro habrá terminado.

Mi padre se ha pedido el día libre en el trabajo y Flynn ha interrumpido su entrenamiento para estar conmigo. Los dos se han reunido con Alice en el vestíbulo y han venido a verme antes de que me trasladen a la sala de operaciones. Escucho un golpe en la puerta y tres enormes y nerviosas sonrisas me saludan.

—Buenos días, ¿cómo está el paciente? ¿Has dado mucha guerra a las enfermeras? —inquire mi padre mientras se posiciona a la derecha de la cama. Flynn le sigue en un mutismo, solo aparente. Mi madre se acerca, me coge de la mano y comienza a llorar de forma emotiva.

—Mamááá, por favor. No llores —trato de calmarla. Me acerco y la rodeo con mis brazos.

—Perdona, Craig. Ya estás lo bastante nervioso como para que yo contribuya más. —Se aparta rápidamente y se seca las lágrimas que surcan su rostro.

—Si no llorases, no serías tú. Siempre has sido muy emotiva —le dice mi padre mientras la abraza, traspasándole parte de su calor—. Vayamos a tomar un café. —Y de esa manera Steven se lleva a nuestra madre dejándonos a Flynn y a mí a solas.

—Siempre has sido su favorito —me confiesa sin rencor. Mi rostro sorprendido le anima a seguir hablando—: No te hagas de nuevas. Cuando dejaste el surf, lo pasó muy mal. Tú estabas muy hundido y te aislaste de todos. No quisiste el apoyo de nadie y a mamá aquello le dolió.

El descubrimiento de que ha sufrido de cerca al verme tan mal me llega al alma. Yo que creía que se sentía decepcionada porque dejé de lado una carrera tan prometedora o simplemente porque dejaba las cosas a medias. He tenido un mal concepto de ella durante este tiempo y todo porque nunca hablamos del tema. Lo he considerado tabú desde que guardase en el garaje todo lo que me unía a ese deporte y mi familia ha respetado mi decisión hasta las últimas consecuencias.

—Hice lo que hice muy mal y por razones equivocadas.

Si pudiera dar marcha atrás, probablemente volvería a cometer los mismos errores, pero me temo que solo tenemos una vida y a veces no es suficiente para esquivar todas las piedras que hay en el camino —confieso con melancolía y cierta añoranza. El surf lo era todo para mí. Mi sueño. Mi amor. Mi meta. Sin embargo, el miedo pudo conmigo y opté por la salida fácil.

—Sé que sigues amando el surf. Lo noto en tu mirada cuando ves a otros. No es resentimiento o envidia. Es un sentimiento de atracción tan fuerte como el de las mareas a la Luna o la de dos polos

opuestos que se atraen. —Mi hermano vuelve a sorprenderme. Esta vez demostrando conocerme más de lo que yo creía e incluso más que yo mismo—. Solo quiero que sepas que si vuelves a surfear, nadie te lo reprochará. Podríamos viajar juntos a Hawái cuando todo esto pase. O tal vez prefieras California.

Su insinuación rompe todos mis esquemas y terminan doliéndome las sienes. Trato de mantener las lágrimas a raya. Si mi madre no ha conseguido derribar mis murallas, no lo hará mi hermano pequeño.

—¿Quién te ha hablado de California? —le pregunto, obviando a propósito el asunto de retomar el surf.

—¿Y eso qué más da? Ahora solo tienes que pensar en el futuro y en lo que quieres hacer con él. Seguir con la carrera, no renunciar al surf y aún menos a la chica que quieres...

Me doy cuenta en ese instante de lo rápido que Flynn ha crecido. Ya no es ese chico de trece años que no se apartaba de mí como una sombra. Ha madurado, tiene claro lo que quiere en la vida y a diferencia de mi yo de entonces, no se deja amilanar por los obstáculos que le surgen en el camino. Ahora soy yo quien le admira con determinación y se siente orgulloso de tener un hermano así.

43



Fred

Los primeros días han sido los más duros. Descubrir que Ashton ha vuelto a las andadas no es algo fácil de asimilar, sobre todo después de su arrepentimiento y su renovada actitud positiva conmigo, pero aún menos lo es que me haya engañado con alguien de mi propia residencia. Me ha hundido física y moralmente y, aunque acudo a clase, solo hago acto de presencia, pues mi mente está a miles de kilómetros de aquí. Pensando en Craig y qué habría ocurrido si no hubiera decidido apartarlo de mi lado.

Lamentablemente, las semanas han ido transcurriendo y la desdicha se ha apoderado de mí haciendo que pierda el interés en arreglarme e incluso en salir a tomar un refresco y desconectar. Rachel es testigo de mi rápida autodestrucción y caída a los infiernos y, sin embargo, entiende por lo que estoy pasando y no me presiona.

Lo más duro ha sido regresar a casa por Navidad. Mis padres me han preguntado por Ashton y, en lugar de contarles la verdad —que Ash es un cerdo egoísta e infiel—, les he dicho que nos hemos dado un tiempo para concentrarnos en nuestras respectivas carreras. Sé las esperanzas que tienen en que nuestra relación pase a otro nivel en un futuro. Ya afrontaré más adelante su decepción cuando sepan que lo hemos dejado.

La primera mentira ha sido la más difícil. Una sonrisa forzada, un nudo en la garganta y mis piernas queriendo echar a correr en ese mismo momento. Sin embargo, una vez que he empezado, el resto de invenciones han salido con menor dificultad y me he sorprendido a mí misma de la nueva habilidad que he adquirido.

En Nochevieja, Rachel y yo hemos sido invitadas a una fiesta privada de uno de nuestros antiguos compañeros de instituto. Mi prima me ha animado a que salga y me relacione con la gente. Me vendrá bien para no darle vueltas a lo mismo. La traición de Ashton.

La noche resulta ser toda una revelación. Me he encontrado con Hailey, una chica simpática y espontánea que trató de ser mi amiga dos años atrás, confiándome la verdad sobre mi novio, y a la que castigué reduciéndola a pertenecer al club de los proscritos. Para mi sorpresa, no me guarda resentimiento. Es más, se alegra de que haya abierto finalmente los ojos y no esté con Ash.

—Ese chico era un grano en el culo. Es lo mejor que has podido hacer —me felicita antes de desearme un año nuevo cargado de buenos deseos. Nos damos dos besos y prometemos llamarnos.

—¡Feliz año, Hailey! —le respondo y, entonces, me sincero con ella—. A propósito de River City, me gustaría pedirte disculpas por...

—No llego a pronunciar una sílaba más cuando alza su mano autoritaria.

—Ni una palabra de eso. Es agua pasada. Ahora somos adultas y hemos dejado de lado las niñerías —me anuncia eufórica por el alcohol—. Somos universitarias y estamos en la mejor etapa de nuestras vidas. Debemos celebrarlo como se merece —me dice chocando su copa con la mía y lanzando parte del contenido fuera del vaso. Su risa contagiosa hace que sonría y disfrute de la noche.

Cuando regreso con mi prima —hoy me quedo en su casa a dormir—, mi rostro ya no muestra la angustia de horas antes. Me he relajado en un rictus sereno dispuesta a aceptar todo lo que la vida me ponga por delante. Hailey me ha ayudado mucho sin ser ella

consciente. Me ha mostrado que después de todas las bofetadas que la vida le ha dado, ella se mantiene firme y decidida en sus objetivos. En ese momento soy consciente de que no soy tan sabelotodo como me he considerado hasta entonces y, por fin, entiendo las palabras de mi madre. Tengo un largo camino de autodescubrimiento por delante. Estoy viviendo una nueva etapa llena de cambios en todos los niveles. La ruptura con Ash solo supone un paso más en una dirección que ni tan siquiera yo puedo llegar a imaginar.

44



Craig

La conversación con Flynn me ha ayudado a relajarme minutos antes de la operación. La auxiliar viene a prepararme y le pide a mi hermano que espere fuera. Poco después, aparece uno de los celadores de planta y empuja mi camilla por los pasillos del hospital hasta el ascensor y de allí a la sala de operaciones.

Ver una sala tan fría como aquella, rodeada de piezas metálicas por doquier, hace que un pequeño escalofrío me recorra de pies a cabeza, pero no tengo tiempo de pensar en nada más. Uno de los médicos, enfundado en bata, gorro y mascarilla verde se dirige a mí.

—Craig, ¿cómo te encuentras? —me pregunta el cirujano, asegurándose de que no estoy en plena crisis.

—Con ganas de hacer una maratón —bromeo, sin mucha gracia.

—No te preocupes, en un par de meses podrás volver a la normalidad. Ahora vamos a dormirte, así que necesito que te relajes —me pide.

—Craig, voy a colocarte esta mascarilla. Quiero que respires hondo y empieces a contar desde el diez hacia atrás en voz alta — habla el médico anestesista sentado a mi lado. Su voz es tranquilizadora y pausada, como si todo eso no tuviera la etiqueta de peligro de muerte. Decido hacerle caso, esperando que todo pase

cuanto antes. Asiento y comienzo a contar.

—Diez, nueve, ocho...

Empiezo a sentir un pequeño hormigueo.

—Siete, seis...

Mi mente se nubla y me cuesta llevar la cuenta.

—Cinco...

Noto como el sueño me va venciendo.

—Cua...

Lo siguiente que oigo es una voz que me llama. Mis padres y Flynn están junto a mí. Les han dejado hacerme una pequeña visita. Los médicos no quieren que nada me altere. He pasado una semana en aislamiento desde la operación. El médico ya me advirtió varias veces antes de operarme que podía correr el riesgo de que algunas zonas del cerebro quedaran sin irrigación e incluso se viera afectado algún nervio que se encarga de controlar la cara o alguna parte del cuerpo. Si había alguna secuela, me vería obligado a acudir a neuropsicología o terapia del lenguaje, entre otros. He estado bajo cuidados y todo parece haber ido bien.

—El médico se pasará a hacerte una visita para ver qué tal te encuentras —sigue hablando mi madre, quien parece ser la portavoz de los tres. Mi padre y mi hermano se asemejan a búhos, con los ojos bien abiertos, contemplándome expectantes.

—¿Cuándo podré irme de aquí? —Es la primera pregunta que sale de mi boca. Aunque acabo de despertar, no deseo pasar un solo minuto más del necesario entre esas cuatro paredes, recordándome el mal que me aqueja. O que me aquejaba. Es difícil creer que con solo una operación podré seguir viviendo el resto de mi vida tranquilamente. Como si nada de esto hubiera ocurrido.

—No lo sé, Craig. El médico es quien tiene la última palabra, pero estoy segura de que será esta misma semana — responde mi madre esperanzada.

—Y bien, ¿ha habido alguna novedad estos días? — pregunto con

entusiasmo, cambiando de tema. Flynn parece mostrarse tenso a pesar de lo mal que se le da disimular.

—Ha llamado mucha gente preguntando por ti —comienza Alice con alivio en la voz—. Tus compañeros de trabajo, algunos amigos del surf que se enteraron de la noticia... — Flynn parece respirar aliviado—. Ah, y esa chica tan simpática que trajiste a casa. —Mi hermano gesticula alarmado, como si mi madre hubiera hablado más de la cuenta—. Quería saber qué tal estabas. Ha vuelto a llamar un par de veces. Se la veía realmente preocupada. Deberías llamarla en cuanto regreses a casa. —La sorpresa es mayúscula, tras no hablarnos durante meses.

Sin necesidad de nombres, sé que está hablando de Fred. Ella ha sido la única chica que he llevado a casa, pero me pregunto cómo ha podido conseguir el número de teléfono de casa. La única respuesta posible es Liam, pero también es la más improbable pues ambos nos cubrimos las espaldas en este tema. Los dos decidimos perder el contacto con las chicas y no mencionamos el tema para no hacérselo más duro el uno al otro.

Dos interrogantes rondan por mi mente. ¿Cómo ha podido conseguir Fred el número de casa y, lo más importante, cómo ha descubierto lo del tumor?

—¿Te dijo algo, mamá? —inquiero bastante más interesado de lo que quiero dar a mostrar. Sonríe sospechando que Fred es algo más que una amiga. No anda muy desencaminada. Entonces, niega con la cabeza y me hundo en mis pensamientos.

—No tienes qué preocuparte por ella. Estoy segura de que volverá a llamar. Ahora debes concentrarte en hacer todo lo que te diga el médico y salir de aquí —me indica Alice, quien tiene tantas ganas como yo de verme en casa.

Una cosa es que como familiar suyo que soy, no le permitan administrar mi tratamiento y otra cosa es que no pueda comprobar que las dosis y tomas estén siendo suministradas correctamente.

Aunque sabe que sus compañeras enfermeras realizan un buen trabajo, le gusta estar al tanto de mis dosis y mi cuadro clínico.

Mi madre se despide con un beso en la frente y se marcha de vuelta a sus obligaciones no sin antes echarle un vistazo concienzudo a los informes médicos y a los registros farmacológicos anclados a los pies de mi cama. Está intranquila. Una cosa es que como familiar suyo que soy, no le permitan administrar mi tratamiento y otra cosa es que no pueda comprobar que las dosis y tomas estén siendo suministradas correctamente. Mi padre tarda poco en seguirla y me quedo a solas con mi hermano.

—¿Sabías lo de Fred y no pensabas contármelo? —le digo a modo de reproche a Flynn. Su rostro está lleno de culpabilidad.

—Me hizo prometer que no te diría nada —se excusa de forma pobre.

—Flynn —le llamo por su nombre, enfadado—, será mejor que te vayas. El médico aparecerá en cualquier momento —y diciendo eso, giro la vista hacia la ventana. He dejado mis intenciones suficientemente claras.

Las pisadas de Flynn saliendo de la habitación me envuelven en una pequeña bruma de dolor. No pasa un solo día en que no deje de pensar en Fred o en que algo me recuerde a ella. Es como si el destino intentara decirme algo.

43



Fred

Durante días, he sentido la necesidad de llamar a Craig para hablar con él y escuchar su voz. Es curioso cómo mientras estaba con Ashton he mantenido al margen todo aquello que tuviera que ver con él y, tras la ruptura con mi novio, todos esos sentimientos que creía superados han vuelto a reflotar a la superficie. He estado engañándome todo este tiempo queriendo creer que Craig no me importaba. Sin embargo, ninguna de las razones que me decían que me mantuviera lejos me ha impedido seguir sintiendo algo especial por él. Un cariño contra natura.

Hace tiempo que no sé nada de Craig y no he olvidado mi idea de llamar a su casa. He intentado buscarlo a través de internet sin éxito. Solo me queda un cartucho por quemar. Liam.

El teléfono da señal nada más marcar. Un tono, dos. —¿Hola? — Enseguida reconozco su voz y pienso en si habré hecho bien en no decirle nada de esto a Rachel. Ha conocido a un chico hace relativamente poco y Nick parece ser todo lo que mi prima necesita en este momento. Atento, divertido y sensato.

Nick es todo lo contrario a Liam. Tal vez es por lo que están juntos. Rae no quiere a alguien que le recuerde a él.

—Hola, Liam, soy Fred. Antes de que me cuelgues, necesito

pedirte algo —expreso mis temores en voz alta. Al otro lado de la línea se oye un ensordecedor silencio seguido de un suspiro.

—¿Qué es lo que quieres? —replica lacónico.

—Hace tiempo que no sé nada de Craig y estoy preocupada porque le haya podido pasar algo —me sincero ante él.

—Si es por eso puedes estar tranquila. Está bien. Sigue con el trabajo y los estudios y un montón de chicas revoloteando alrededor de él —me responde sardónico. Ese último comentario está cargado de malicia, algo que no va con Liam. No entiendo esa actitud tan desdeñosa. Dejo atrás mi orgullo y me abro a él.

—Mira, Liam. Necesito hablar con él. Le echo de menos. Solo llamaba para saber si puedes darme el número de su casa —le pido con cierta vergüenza. Mi relación con Craig es algo extraña, pero él mejor que nadie puede llegar a entenderla. Él la ha vivido con mi prima o, al menos, eso quiero pensar. Que Rachel no ha sido otra más en su lista—. Quiero hablar con su hermano y que me cuente qué le pasa. La última vez que hablé con Craig le noté algo raro. Creo que le sucede algo.

—Apenas lo conoces, ¿cómo puedes saber que le pasa algo? —Liam se maldice por lo bajo en cuanto pronuncia esas palabras.

—O sea que es verdad. ¿Qué le pasa? Cuéntame lo que sepas, por favor —suplico asustada—. Liam, te ruego que me lo digas —le exijo nerviosa. Él sigue desviando mis preguntas y me responde con evasivas—. Si tú no quieres ayudarme, encontraré otra forma de hablar con su familia. No creas que me voy a rendir tan fácilmente como tú —le suelto enfadada por cómo se ha portado con mi prima. Después de que ella le anunciara que el embarazo había sido una falsa alarma, no han vuelto a hablar. Antes de que pueda abrir la boca para replicar, corto la comunicación.

Decido no contarle nada de la llamada a Rachel. Lo único que conseguiría sería remover el pasado y este está mejor enterrado. Ella ha conseguido encarrilar de nuevo su vida y no seré yo quien le

ponga la zancadilla.

En cuanto a mí, ya es hora de que luche por lo que quiero y tengo claro que quiero que Craig esté dentro de mi futuro. No es un simple capricho de una noche. Con él he descubierto que una relación puede ser bidireccional: dar y recibir. A diferencia de mis días con Ashton, cuando era yo la que siempre aportaba...

Abro internet en mi móvil e introduzco en el buscador algunas palabras clave que puedan ayudarme a obtener lo que busco. «Craig Watson, Melbourne». Tiene página de Facebook, pero se nota que apenas la utiliza por las escasas fotos y datos que en ella aparecen. Sigo investigando entre los resultados hasta dar con la web de un taller mecánico que muestra las fotografías de varios trabajadores y, entre ellos, destaca Craig como trabajador del mes y como ejemplo a seguir. Leo curiosa el artículo que se desarrolla más abajo. Habla un poco de su trayectoria antes de entrar a trabajar en el taller y cómo, de la forma más inesperada, el destino ha querido hacerle pasar por una dura prueba. Un tumor cerebral del que todos rezan para que salga bien parado.

La noticia me golpea como una ola con furia y me deja navegando a la deriva, inconsciente de lo que ocurre a mi alrededor. En el campus. En algún momento que no recuerdo, he dejado caer el móvil de mis manos. Cuando creía que ya no había espacio para más cosas trágicas, me topo con una noticia que deja la traición de Ash a la altura del betún. Craig debatiéndose entre la vida y la muerte. La fecha del artículo me hace darme cuenta de que la última vez que hablé con él ya sabía que estaba enfermo y no quiso compartirlo conmigo. Tal vez porque creía que sentiría lástima de él.

Ahora más que nunca necesito hablar con él. Lo llamo al móvil, pero este permanece apagado o fuera de cobertura. Vuelvo a llamar a Liam y esta vez soy clara y directa.

—Lo sé todo. Más te vale decirme el número de su casa si no quieres que me presente allí con Rachel. —Utilizo la baza que sé que

le puede afectar más.

—No tenías que saberlo —me dice apenado—. Él no quería que te enteraras y menos por terceras personas.

—Creo que es un poco tarde para eso. Debí decírmelo él mismo, pero eso ya no importa —le recrimino con cierto regusto amargo.

—Está bien. Toma nota —me indica para a continuación darme el tan ansiado número. Se despide de mí de forma que sé que no tiene intención de volver a hablar conmigo. Le agradezco las molestias y marco el nuevo teléfono.

Una voz de mujer responde al otro lado de la línea. Es Alice, su madre.

46



Craig

Llevo un par de semanas con radioterapia para quemar las células cancerígenas a las que no consiguieron llegar con la cirugía. El proceso está siendo largo y arduo, pero no puedo quejarme si a la larga es productivo. Prefiero no pensar mucho en ello, excepto cuando se me hincha el tejido cerebral y noto presión en la cabeza, lo cual suele ocurrirme casi cada día.

Tengo que acudir al hospital cinco días a la semana y me aplican haces de protones directamente al tumor. El médico dice que estos haces dañan menos el tejido sano que los propios rayos X. Las visitas no llegan a la hora y el tratamiento dura solo unos minutos por lo que dispongo del resto del día para mí.

Poco antes de operarme de la cabeza, tuve que cortarme el pelo. Todavía sigo viéndome raro. Con la cabeza rapada noto que he perdido algo de mi encanto. Mi madre se ríe de lo presumido que soy, aunque ahora es distinto. No me preocupa que las chicas puedan verme guapo o feo, pero sí que lo haga Fred.

Nada más regresar a casa, la llamo al móvil y hablo con ella durante casi dos horas seguidas. La noto muy angustiada e intento calmarla todo lo que puedo, haciéndole ver que la operación ha salido bien y solo es cuestión de tiempo que vuelva a la normalidad.

Entonces, un tenso silencio se instala entre nosotros y, sin venir a cuento, Fred me confiesa que volvió con Ashton durante un tiempo, pero que lo ha dejado definitivamente. Me dice que su ex ha vuelto a las andadas y que, mientras ella confiaba plenamente en él, Ash estaba saliendo con otra chica de su residencia.

Me doy cuenta de las heridas de ambos y de lo bien que nos vendría tenernos cerca. Un abrazo que transmitiera esa solidaridad y cariño sincero entre nosotros. La distancia impide que nos toquemos, nos sintamos e incluso nos murmuramos cosas al oído, pero hay muchas otras formas en las que podemos expresar lo que sentimos. Las palabras. Esa fuente inagotable de conocimiento que usada de la forma adecuada puede llevarnos juntos al éxtasis o rompernos el corazón en dos.

—Fred, siento mucho haberme comportado como un gilipollas. Si hubiera sabido que te ibas a enterar de mi enfermedad de esta manera, yo mismo te lo habría dicho. Quería ahorrarte precisamente esto —digo sujetando con más fuerza el móvil. La impotencia me desborda. El no tenerla cerca me duele más que cualquier tratamiento que pueda recibir.

—Sí. ¡Fuiste un gilipollas! —admite seria, sacándome una sonrisa—. Pero eso ya no importa. Me alegra saber que todo salió bien y que te estás recuperando. ¡Ojalá estuviera allí! —Sus palabras se muestran melancólicas.

Nos ponemos al día de todo lo que ha ocurrido en nuestras vidas desde que no nos vemos. Fred asegura que no se arrepiente de haber perdido la virginidad conmigo, que habría hecho casi todo igual. Se me pasa por la cabeza preguntarle qué habría cambiado, pero al final me callo.

Descubro que ha conseguido ganarse a un profesor duro de roer, que lleva los estudios al día y que está deseando que lleguen las vacaciones para hacer otra escapada a Melbourne. Sonrío ante esta última noticia.

Yo le cuento cómo conocí a Tunner y este se ofreció a darme clases particulares. La operación y el posoperatorio han hecho que me perdiera bastante temario, pero quedo con Tunner de vez en cuando y me ayuda después de sus clases de la facultad.

En cuanto a mi familia, ahora mismo estoy más unido a ellos de lo que jamás estuve. Con Flynn, mi hermano, las cosas estuvieron algo tensas después de que descubriera que no tenía pensado contarme las llamadas de Fred, pero al final tuve que perdonarle porque me dolía vernos así de distanciados. Hemos vuelto a recuperar la confianza el uno en el otro y ahora le acompaño todos los fines de semana a surfear. Cuando termine con el tratamiento y me encuentre más fuerte físicamente, espero hacer algo más que mirarle desde la orilla.

Cuando los temas se nos acaban, descubro que es bastante tarde y hace horas que Fred debería estar durmiendo. Me dice que no quiere despedirse de mí y tratamos de posponer el momento todo lo posible. Tenemos miedo de romper el buen rollo que ha habido durante la conversación.

—Te prometo que esta no será la última vez que hablemos. No estoy dispuesto a perder el contacto. Eres lo mejor que me ha pasado, Fred... —su silencio me hace dudar por un instante de si he hecho bien en hablar más de la cuenta.

—Craig, yo siento lo mismo. —Su respuesta me hace sentir liviano como una pluma.

—Adiós, Fred... —me despido de ella y cuando sé que ya no puede oírme, termino la frase—: Te veré en mis sueños.

Febrero

47



Craig

Las horas se convierten en días y estos en semanas. Mi recuperación sorprende a todos y me anima a tomarme las cosas de otra manera. Viviendo a tope, pero disfrutando de cada minuto como si fuera el último.

He recuperado mi marca de surf. Los fines de semana compartidos con Flynn me han hecho mucho bien. Hemos vuelto a ser «los hermanos Watson en acción». Yo le he enseñado algunos trucos y él me anima a volver a las competiciones. Me habla de gente conocida que me duplica la edad y siguen posicionándose entre los veinte mejores del mundo. Le confieso que todo esto me abruma y que, de los dos, es él quien debe centrarse en el campeonato. Él ha luchado con ahínco para llegar a donde está. Yo fui un estúpido y abandoné en lo mejor. Flynn me aconseja que no me castigue tanto y que reflexione. Andy nos acompaña siempre que puede y disfruta compitiendo con los dos.

He vuelto al trabajo en el taller. Ahora más que nunca, el dinero es fundamental para que el sueño de Flynn se haga realidad y lo vivido todos estos meses me hace darme cuenta de que no es solo su sueño, sino el de toda la familia.

Cuando llego a casa cansado, me pego una ducha, ceno y me

marcho a la de Tunner. Hace tiempo que dejamos de lado las aulas de la facultad para instalarnos en su biblioteca privada, donde nadie nos molesta y realizo cuantas prácticas él cree necesarias. Cuando regreso a casa, me pongo a repasar algunos temas hasta que el sueño me vence. El despertador se ha convertido en un gran aliado.

Antes dormía demasiado. Ahora soy consciente del valor del tiempo y la brevedad de la vida. Quiero disfrutar de cada momento y saber que cuando me llegue la hora, sea dentro de cinco minutos, cinco meses o cincuenta años, no tendré que lamentarme de no haber hecho algo.

Me encuentro de camino a casa cuando recibo una llamada de teléfono y me pregunto quién será. No conozco el número.

—Buenas tardes, ¿hablo con Craig Watson? —me pregunta una femenina voz cordial.

—Sí, soy yo. ¿Quién es? —contesto curioso por saber a quién corresponde esa voz.

—Me llamo Georgia Fitzgerald y le llamo de la Asociación Internacional de Surf. Hemos recibido su solicitud de ingreso como surfista local en el Campeonato Mundial de este año. Los jueces del tribunal han valorado su ficha y están bastante sorprendidos. Nos gustaría que participara en las pruebas que se realizarán en Australia. —La mujer parece estar habituada a este tipo de trabajo. Su cálida y expresiva voz me ha dado la mejor de las noticias. Sin embargo, yo no he solicitado participar y comienzo a imaginarme quién ha sido el culpable de todo esto. Flynn—. Esta es solo una llamada de rutina para asegurarnos de que desea seguir participando, puesto que hay mucha gente en la lista de espera...

—No —suelto a bocajarro, sorprendiéndome incluso a mí mismo.

—Disculpe. Creo que no le he oído bien —inquire la mujer, atónita.

—No, no participaré. Creo que ha habido un malentendido. Quien participa es mi hermano Flynn. Flynn Watson —le informo.

Oigo un movimiento de hojas y la señora vuelve a ocupar la línea.

—Sí. Es correcto. Nos figura un tal Flynn Watson, pero no, no estamos equivocados. Aquí hay una solicitud con su nombre. ¿Porque es usted el mismo Craig Watson que consiguió batir todos los récords con solo dieciséis años, no? —me dice, más leyendo mi currículum que recordando mis proezas.

—Sí. Soy yo, pero como le digo se ha equivocado — replico lacónico.

—Muchas gracias por su tiempo y disculpe las molestias. Buenos días —se despide antes de que oiga un clic y la línea se corte.

«Cuando coja a Flynn, voy a matarlo», pienso antes de entrar por la puerta. Me topo con mi hermano de frente y su sonrisa cómplice hace que me dé cuenta de que lo mejor es no decirle nada y dejarlo pasar. No quiero que termine por convencerme y ambos nos hagamos ilusiones para luego descubrir que ya no sigo siendo tan bueno. Este es el primer pinchazo en meses y siento cómo me desinflo un poco.

48



Fred

Las cosas con Craig van todo lo bien que pueden ir teniendo en cuenta que vivimos separados por decenas de miles de kilómetros de tierra y agua. Nos hemos acostumbrado a hablar a cualquier hora y en cualquier lugar. El WhatsApp nos permite estar comunicados constantemente sin necesidad de gastarnos grandes cantidades de dinero en la factura telefónica. Me he vuelto una adicta al teléfono y me he comprado una batería externa para evitar que el móvil pueda dejarme colgada en cualquier momento.

Cada rato que tengo lo paso mirando el móvil para ver si Craig me ha escrito y, si lo ha hecho, para responderle. Rachel y Donna me tienen por incorregible. Lo toman con buen humor, pues saben que estoy en un momento feliz de mi vida, después de todo lo malo que Ashton me hizo pasar.

Más de una vez he tenido que esconderme entre los estantes de la biblioteca para escribir y poder sonreír abiertamente, sin que nadie me espíe y cuchichee de mí a mis espaldas. El baño, la cama, el camino de la residencia a la facultad e incluso algún café entre amigas o compañeras, también han sido momentos y lugares en los que Craig ha estado junto a mí. Le siento muy cerca a pesar de su ausencia.

Me envía *selfies* con caras divertidas, fotos de lugares que visita y frases que captan su energía y buen rollo en esta nueva etapa suya. Cuando sale con Liam, me pregunta qué vestuario me gusta más y yo le ayudo a decidir, aunque siendo sincera, todo le queda bien.

Aún recuerdo la primera foto que me envió con la cabeza rapada. Me contó que habían tenido que cortarle el pelo para poder operarle y que tardaría en volver a crecerle. Parecía preocupado por lo que yo pensara. Reconozco que este mundo se mueve bastante por la superficialidad, pero la persona que me mostró Melbourne, me hizo descubrir el paraíso y me robó el corazón, sigue estando debajo de todas esas capas de coquetería. No importa cómo lleve el pelo o qué ropa vista, seguiré queriéndole de igual manera.

Un emoticono guiñándome el ojo me recuerda el carácter travieso de Craig, algo que sigue intacto en él.

Hemos llegado a ser tan íntimos como dos personas pueden llegar a serlo, sin tener en cuenta el tema físico. Nos lo contamos todo, desde la hora en que nos levantamos o lo que hemos comido hasta situaciones fortuitas con gente desconocida para el otro.

Gracias a él he vuelto a hablar de mi hermano Matt. Mi familia lo había declarado tema tabú y nadie lo mencionaba, como si no hablar de ello no lo hiciera real. Con Craig, he logrado dar rienda suelta a mis sentimientos tanto tiempo ocultos, y aceptar que yo nunca seré él ni tampoco podré traerle de vuelta.

He descubierto que Craig era una leyenda del surf hace años, pero un incidente con un amigo le hizo abandonar. Su amigo sufrió el ataque de un tiburón y él huyó en lugar de socorrerle. Por como habla, no se ha perdonado aquello y tal vez no lo haga nunca.

Me ha contado que su hermano le anima a volver a competir, pero que no se siente seguro. El miedo vuelve a dominarlo y, si le dejo, será el que vuelva a arruinarlo todo. He hablado en secreto con Flynn sobre esto y los dos hemos acordado inscribirlo sin que se entere. Le queremos demasiado como para verle pasar por lo mismo de nuevo.

Esta vez, yo estaré junto a Craig para apoyarle y animarle en todo. Al menos, en espíritu. Tengo una fe ciega en él y sé que si se lo propone lo logrará. Aún conservo la ingenua esperanza de conseguir que el sueño de alguien sea su forma de vida, aunque yo no me aplique el cuento.

Marzo

49



Craig

El mes de marzo llega raudo y paso con aprobado la primera revisión tras la operación. Las otras dos revisiones serán en junio y septiembre si todo sigue como hasta ahora.

Me concentro en las preliminares para ver quién será el surfista local que participe en el Campeonato Internacional ocupando la última plaza libre. Flynn terminó convenciéndome para que le acompañara en una aventura de tales dimensiones. La autorización de nuestros padres le permite ausentarse temporalmente del instituto. Si no resulta elegido, se pondrá al día con las materias. Si lo consigue, irá a clases particulares y se presentará a los exámenes en diciembre, cuando termine la competición. Por mi parte, me he pedido un permiso en el trabajo y los compañeros me han deseado buena suerte.

Tomamos un avión hasta Brisbane, en Queensland, al este del país. Una hora de avión y otra hora por la autovía del Pacífico nos llevarán directos a Gold Coast, nuestro destino.

Flynn ha decidido llevar tres tablas de surf y, aunque el coste del seguro en avión es excesivo, me promete que merecerá la pena. Después de recoger el equipaje, nos dirigimos a la oficina de alquiler de coches y rellenamos la documentación necesaria para hacernos

con una impecable furgoneta Volkswagen, muy similar a las que en los años sesenta se prodigaron por la costa. Ya que vamos a vivir el sueño, vivámoslo a tope.

Una vez en Gold Coast, damos fácilmente con un restaurante de comida rápida y el hotel reservado por Flynn. Dejamos las maletas en la habitación y cruzamos la carretera que separa el hotel de la playa. Después de contemplar un rato el horizonte, nos decidimos a surfear las olas. Hay un grupo de chicos, sentados en sus tablas, disfrutando de la brisa marina. Nos preguntamos si alguno de ellos competirá con Flynn. Nos sumergimos mar adentro y cuando llegamos a su altura, los saludamos sin recibir respuesta. Mi hermano y yo nos miramos. Gesticulo minimizando la importancia de aquello. Flynn se toma todo muy a pecho.

Espero que la ola se acerque a mí y, entonces, me sumerjo en el agua. Salgo a la superficie y empiezo a bracear. Me levanto lentamente, con la gracia que siempre me ha caracterizado, dando la espalda a la pared de la ola. La sensación de vértigo y adrenalina es extrema y siento que puedo volar. Me noto revitalizado y con energía para comerme el mundo. Sigo surfeando hasta que salgo del tubo y me mantengo en la cresta durante unos segundos. Cuando termino me dejo caer en el agua y busco la tabla para sentarme en ella mientras espero a Flynn.

Pasa un rato y descubro que mi hermano no viene detrás de mí. Observo en todas direcciones y descubro a Flynn hablando con un grupo de tres chicos. El mismo grupo al que saludamos y del que no recibimos contestación. El sol me hace parpadear y, entonces, veo a mi hermano y uno de los chicos forcejeando. Inmediatamente, me lanzo al agua y nado tanto como mis fuerzas me lo permiten. Noto la correa de la tabla que me hace avanzar más despacio de lo que quisiera. Tardo unos minutos en llegar y, para entonces, ambos se han sumergido dentro del agua y parecen no tener intención de salir en breve. Los otros dos extraños ríen a mandíbula batiente hasta que

me ven llegar. En ese momento, su gesto se queda congelado. Me reconocen y decido aprovecharme de eso. Me sumerjo para tratar de separar a mi hermano de aquel tipo. Solo es cuestión de segundos que ambos pierdan el conocimiento o terminen ahogados.

Ahora somos tres los que forcejamos. Dos chapuzones en el agua me indican que los amigos del tipo se han lanzado para ayudarme a separarlos. Me alegro de que algo vaya medianamente bien. En poco tiempo, yo tengo sujeto a Flynn y esos dos al otro chico. Mi hermano se sujeta, débil, a su tabla y recupera el aliento.

—¿Qué te pasa? Lo tenía todo controlado —me grita enfurruñado.

—Eso no es lo que yo he visto. Si hubierais seguido allí abajo un minuto más habríais perdido el conocimiento. No me culpes por tener más sentido común que tú —le devuelvo molesto por su actitud. Pasan unos segundos y el rostro de Flynn pasa del enfado a la vergüenza. Parece ser consciente de la realidad. Algo tarde.

—Gracias, Craig. —Asiento y espero a que recupere el aliento.

Mantengo la vista al frente esperando el siguiente paso de los chicos. Se alejan con su amigo de muy malas pulgas. Respiro aliviado y rezo porque no volvamos a encontrárnoslos, pero un sexto sentido me dice que participarán en las preliminares para conseguir la plaza de surfista local. Minutos después, Flynn confirma mis sospechas. Ese chico pertenece a otro instituto de Melbourne y ambos han sido siempre rivales en el mar. No recuerda cuándo empezó ni cómo. Flynn nunca hizo nada que le molestara. Simplemente, un buen día el chico comenzó a mirarle de forma altiva y a instarle a pelear.

Doy gracias de que todo haya quedado en una pequeña refriega. El resultado podría haber sido catastrófico. Mi hermano ingresado en un hospital a más de mil kilómetros de casa. Nuestros padres no soportarían otro golpe así. Ya han pasado demasiado conmigo durante los últimos meses. Flynn me pide que no diga nada y no me molesto en discutir. Somos dos. Si algo sucede, sabremos manejarlo.

50



Fred

He pasado decenas de veces por el polideportivo y Donna me ha animado otras tantas a entrar dentro al conocer mi pasado como nadadora. La curiosidad ha hecho que termine acudiendo a las gradas de la piscina. He observado a las deportistas preparándose antes de sumergirse en el agua. Compiten entre ellas para mantenerse en forma y como divertimento.

El entrenador, a diferencia del que yo tuve, escucha a sus chicas y las aconseja. No es tan severo ni amenaza con ser la deshonra del instituto si pierden. Si este hombre hubiera estado en River City, las cosas habrían sido muy diferentes. Tal vez no habría ganado la competición anual, pero no habría dejado de lado la natación.

Me he quedado ensimismada recordando el pasado cuando descubro que el entrenador ha terminado de hablar con ellas y ha girado la vista hacia mí. Huyo derecha hacia la salida, me apoyo en la fachada y respiro aliviada. Ha estado demasiado cerca.

Me dirijo a la clase que tengo ahora y, en ese momento, soy consciente de que me he dejado la mochila con los libros en el polideportivo. Le pediré a Donna que se pase a por ella.

—Si a ti no te importa, podemos compartir el libro —se ofrece Jonathan, un compañero de clase que se sienta a mi lado.

Lo miro extrañada. No hemos compartido más que un par de

palabras en todo el curso a pesar de ir juntos a varias clases y coincidir en el grupo de estudio de Donna. Lo miro vacilante durante un segundo y, entonces, su tímida sonrisa me dice que puedo confiar en él.

Asiento arrimando la mesa y la silla a su lado. El profesor Lavender me observa molesto durante un segundo y vuelve a su exposición.

La clase parece más corta de lo habitual y, cuando esta termina, Jonathan vuelve a mostrarse hablador.

—Te he observado en el grupo de estudio. Si necesitas ayuda para comprensión y memorización, podemos quedar. Por suerte, mis padres se dedican a esto y lo he mamado desde pequeño. —Me le quedo mirando por la expresión tan ambigua que ha utilizado. Enseguida se ruboriza—. Quiero decir que... —Me echo a reír delante de él.

—Sé lo que quieres decir. No hace falta que te disculpes. Eres un poco extraño. No conozco a nadie como tú, que ande disculpándose por todo —le confieso mientras apoyo mi mano en su brazo. Ese gesto parece acobardarlo y la retiro, sintiéndome culpable por algo que no he hecho—. Si no te resulta una molestia, te agradecería que quedáramos para estudiar mano a mano.

Él asiente silencioso. Rachel nos interrumpe para preguntarme algo banal. Jonathan se disculpa, tiene prisa, y con un sencillo adiós se aleja por el pasillo.

—¡Vaya! Parece que te ha salido un admirador no tan secreto — bromea Rae, enganchando su brazo con el mío.

—Déjate de tonterías. Es un compañero de clase... algo tímido. Eso es lo único que le pasa. Me ha ofrecido ayuda. Ya sabes que soy incapaz de memorizar más de diez temas seguidos sin olvidarme de las fechas. Son mi punto flojo —alego esperando que no siga por ahí. Jonathan es un chico estupendo, pero nunca logrará tener el encanto de Ashton o el magnetismo de Craig. Jamás podría llegar a quererle.

—Sí, claro y voy yo y me lo creo. Solo te ayuda — suelta con ironía como solía hacer en el instituto. Termino riendo ante su sarcasmo. Todos somos humanos y la idea de saber que le gustamos a alguien alimenta nuestro ego. ¿Quién no ha caído en el juego del coqueteo alguna vez? Ella se une a mis risas y caminamos hacia la siguiente clase.

51



Craig

Al día siguiente, nos presentamos en la zona de playa delimitada para el evento organizado por Quicksilver. Acompaño a Flynn hasta el *stand*^[6] de Hurley, la marca patrocinadora que le apoya y descubro el engaño.

—Hermanos Watson. Craig Connor y Flynn Fletcher —pronuncia esas palabras y me mira sabiendo que ha realizado la mayor travesura hasta ahora. El hombre revisa la lista, murmura algo con los otros dos que le acompañan. Los tres sonríen y nos entregan las camisetas con el dorsal para poder participar.

—Estamos muy contentos de que al final hayas cambiado de opinión, Craig. Seguro que uno de vosotros ocupará esa plaza para el campeonato. ¡Mucha suerte! Aunque no la necesitáis —me habla con júbilo, ofreciendo su mano para que se la estreche. No me queda otra opción que devolverle el saludo y agradecerle la oportunidad.

Cuando nos retiramos del *stand*, sujeto a mi hermano del brazo y lo llevo aparte.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? —le pregunto molesto por la sorpresa.

—Lo que tú deberías haber hecho hace cuatro años. Quiero volver a disfrutar del surf a tu lado y no me importa quién de los dos gane

—declara muy seguro de sí mismo. Flynn vuelve a emocionarme, pero me trago las lágrimas.

—Pareces muy convencido de que tú o yo nos llevaremos el título —le señalo, recordándole que hay otros participantes y cualquiera de ellos puede ser igual de bueno o mejor que nosotros.

—Sí. Los he visto surfear. Conozco sus defectos y sus virtudes. Yo me ocuparé de una parte y tú superarás con creces a los que queden, los mejores. Es cuestión de números —bromea mientras me pasa la mano por el hombro y me tranquiliza.

La mañana se hace más larga de lo habitual. La tensión se masca en el ambiente y las caras nerviosas de la gente. Todos esperan ser el elegido para ocupar esa ansiada plaza, pero solo uno lo conseguirá. Rezo porque sea Flynn. Ignoro cómo afrontaría mi futuro si esa responsabilidad dependiera de mí. Mi mundo cambiaría de pies a cabeza. No sé si estoy preparado para tanto.

Oímos nuestros nombres y acudimos a la arena, preparados para surcar las olas. Participamos en diferentes rondas. Algo que de momento me alivia.

Al caer la tarde, el nombre que resuena para ocupar la plaza vacante es el mío. Flynn ha quedado de los últimos al igual que el chico con el que forcejeó el día antes. Este le lanza una mirada de superioridad que irrita sobre manera a mi hermano. Tengo que sujetarle para que no vaya detrás de él. Podrían sancionarle por una torpeza como esa. El muchacho conoce muy bien las normas e intenta sacar provecho de ello. Si no gana a Flynn por las buenas, lo hará por las malas.

Después de que nuestro patrocinador me felicite y anime a Flynn a seguir participando en otras competiciones, tomamos nuestras tablas y mochilas y nos dirigimos a la furgoneta. Su figura y colorido ha atraído a más de un curioso que no duda en hacerse fotos con la Volkswagen. Entre ellos, una rubia bajita y pechugona que podría pasar por modelo si no fuera por la altura. En cuanto nos ve llegar, se

acerca a Flynn y comienza a flirtear con él, tocándolo sin reparos. La situación me parece de lo más cómica, tal vez porque se trata de mi hermano pequeño, hasta que escuchamos una voz familiar.

—Suelta a mi chica —grita un energúmeno antes de lanzarse contra Flynn. Es el chico con el que se peleó bajo el agua. Últimamente parece estar en todas partes y nada de esto resulta casual. Estoy seguro de que la chica ha querido llamar la atención de su novio, demasiado ocupado con la competición, y no ha encontrado mejor manera que coqueteando con uno de sus rivales.

Flynn se aparta rápidamente de la rubia y levanta los brazos para demostrar que en ningún momento la ha tocado. Eso parece importarle poco al gallito de corral. La chica corre atemorizada sabiendo que ha conseguido su propósito. Muchas veces no es bueno conseguir lo que uno quiere y esta puede haber sido una de esas veces.

Observo cómo el chico camina hacia nosotros con el rostro contraído y las venas marcándosele en la frente. Rápidamente, me interpongo entre los dos y trato de apaciguar los ánimos.

—Ha habido un malentendido. —Pongo las manos en su pecho para frenarle—. Esto no es lo que parece.

—¿Ah, no? Porque parecía que, aquí el amigo, estaba tratando de aprovecharse de mi novia —asegura indignado, sin apartar sus ojos de Flynn.

—Tu novia se me echó encima. Tendrías que ponerle un bozal para tenerla controlada —espeta mi hermano, de forma descontrolada. La ira se ha apropiado de él.

—¿Qué coño dices? —ladra el muchacho, empujándome con más ímpetu—. Lávate la boca para hablar de Sandy.

—Anda, mira. Si se llama como la cerveza. ¿Sabrá igual de bien? —le contesta mi hermano, solo para picarle. Quiere tomarse la revancha por todas las veces que este chico le ha increpado.

Giro un segundo la vista sorprendido por su estupidez y, al

regresar, me encuentro con el puño derecho del chico rabioso. El dolor acude de inmediato y noto la cara empapada con un líquido caliente. Me llevo la mano a la nariz y contemplo un chorro de sangre. El chico me aparta a un lado y se lanza contra Flynn. Consigo separarlos después de un par de puñetazos. Sujeto al chico por los hombros y le hablo con calma y serenidad.

—Perdona a mi hermano. No ha querido ser tan rudo. —Parece sosegarse, aunque solo momentáneamente—. Está claro que todo ha sido un malentendido. No volverá a acercarse a ella.

Su mirada se cruza con la mía. Puro fuego. Se suelta de mis manos y se nos queda mirando por un instante.

—Más vale que no volváis a cruzar una sola palabra con Sandy si no queréis enteraros de lo que es bueno —amenaza antes de volver por donde ha venido con paso firme.

—Por los pelos —le oigo murmurar a mi hermano. Vuelvo a mirarle sorprendido.

—¿Qué demonios te pasa? ¿Tienes ganas de que te partan la cara o qué? —espeto malhumorado. Salir en defensa suya me ha costado un derechazo y mi orgullo.

52



Fred

Que descubriera lo de Ashton y Lisbeth fue una liberación para él. Pronto comenzó a dejarse ver totalmente despreocupado con otra chica por los pasillos de la residencia y el campus. Al principio, resultó bastante duro ver a los dos besuqueándose por las esquinas, cogiéndose de la mano y compartiendo sonrisas y secretos. Verlos así de unidos me hizo ver que todo lo que una vez nos unió había sido arrastrado por la marea. Para mí no quedan sino rescoldos de lo que hace mucho tiempo sentimos el uno por el otro. Él ha pasado página mucho antes que yo y, aunque dentro de mí lo sabía desde hacía mucho tiempo, no quería aceptarlo.

Gracias a la ayuda de Rachel y Donna no he tenido tiempo de pensar en nada que no sea la universidad o salir y disfrutar. Rae terminó apuntándose al grupo de estudio para estar más cerca de mí y todo el mundo parecía solidarizarse conmigo. Enseguida noté quienes se acercaban a mí por puro cotilleo o pena y los que verdaderamente querían conocerme. Jonathan ha sido un claro ejemplo de esto último. Hemos terminado congeniando de tal manera que quedamos a diario para estudiar y justo ayer me propuso que hoy saliéramos a correr juntos.

Mi prima se hace ilusiones con que salgamos juntos, pero mis

silencios le han dejado claro que aún me acuerdo de Craig.

Me ato la zapatilla de deporte y me pongo de pie dispuesta a salir a la puerta de la residencia, donde he quedado con Jonathan. Lo que menos espero es toparme de frente con Ashton. Apenas un par de centímetros nos separan. Nos miramos de hito en hito. Él, como si todavía recordara quererme. Yo lo hago con recelo. Trato de moverme para huir de allí. No soy capaz de mantener la mirada durante un segundo más y la aparto. Como si lo hubiéramos ensayado, los dos nos movemos al mismo tiempo hacia la derecha. Entonces, a la izquierda. Y volvemos a mirarnos.

—Perdona —se excusa él. Se da cuenta tarde de que ha dicho la palabra equivocada.

Mis ojos se empañan y trato de ahogar las lágrimas y no hacer una escena, pero no puedo.

—¿No crees que ya es demasiado tarde? —le reprocho por su comportamiento egoísta e infantil—. Deberías haberlo pensado antes de enrollarte con Lisbeth y con como quiera que se llame con la que estás ahora.

—Lo mío con Heather va en serio. La quiero —dice, aun a sabiendas del daño que me está haciendo.

—¿Y eso debería consolarme? ¿También querías a Helga? ¿Tu ligue de verano? —Dejo que todo el dolor que he estado acumulando durante este último año salga a la superficie—. ¿Cuántas hubo antes que ella y durante cuánto tiempo? —Camino, obligándole a retroceder. Por primera vez veo culpabilidad en sus ojos y me doy cuenta de que ya no quiero luchar por el pasado. Siempre hay algo mejor esperando a la vuelta de la esquina.

53



Craig

Con tres días de por medio hasta que empiece el siguiente evento en Bells Beach, a escasos cien kilómetros de casa, tomamos el avión de vuelta a Melbourne. Steven y Alice nos dan una calurosa bienvenida en el aeropuerto y nos llevan a casa. Después de un rato de compartir anécdotas, se despiden de nosotros. Ambos tienen que regresar al trabajo si quieren seguir ganando dinero para esta épica aventura.

Flynn y yo nos echamos una hora para descansar del vuelo y decidimos salir a surfear. Montamos en el *jeep* con las tablas y conducimos hasta la playa. Los recuerdos me invaden por un segundo. Revivo como si fuera hoy el día en que Liam y yo acudimos allí en busca de las chicas. Fred se ocultaba molesta tras unas gafas de sol. Sentí pánico al pensar en cómo abordarla. Entonces, recordé el balón de playa que tenía en mi posesión. Me dediqué a inflarlo y cuando ya estuvo hinchado, lo lancé contra su cabeza de forma juguetona.

Sus enfados eran constantes y por los motivos más variados. Ninguna chica me había tratado así y tal vez, de una manera sufridora, era eso lo que me atrajo de ella en primera instancia. Después, vino la pasión desenfrenada y las confesiones de tú a tú.

Cualquier sitio era bueno para dejarse llevar, siempre que alguien no interrumpiera el momento. Con Fred había ampliado el número de lugares donde lo había hecho con alguien.

Winnifred. Con solo evocarlo, decenas de imágenes vienen a mi mente sin orden ni concierto. El momento que viví con más sentimientos mezclados fue cuando descubrí que yo era el primero. Se había mostrado tan frágil entre mis manos, dentro del coche, que tuve miedo de romperla. Sin embargo, el deseo que llenaba sus ojos y guiaba sus manos me hizo olvidar cualquier posible duda y la hice mía.

Se me pone el vello de punta con solo imaginar sus uñas clavándose en mi espalda. Mi linda gatita. ¿Qué estará haciendo en este instante? Probablemente preparándose para dormir. Sin querer, me la imagino con su pijama de verano y cómo sus curvas se adivinan a través de la ropa. Unas gotas de agua me salpican. Vuelvo a la realidad y descubro que mi hermano parece disfrutar con mi ensimismamiento.

Flynn se desternilla de risa y, antes de que pueda alcanzarle, se ha introducido mar adentro. Braceo y le sigo como una sombra.

Surfeamos durante toda la mañana y cuando nos sentimos extenuados regresamos a casa. La espera se me hace larga, pero a media tarde llamo a Fred. La he despertado un poco antes de su hora. Parece no importarla.

—¡Craig! —Oigo un ruido, como si se hubiera caído de la cama—. ¡Qué alegría oír tu voz! Tenía miedo de haberla olvidado. —Su voz adormilada se transforma en una risueña cuando averigua que soy yo.

—Tendré que llamarte más a menudo para evitar que eso suceda —insinúo como solo yo sé hacer. Sin dejar entrever si hablo en serio o no.

—¿Qué tal os fue? —me pregunta, dejando de lado mi parte sarcástica.

—No sé cómo responder a eso —suelto apenado porque mi hermano se haya quedado fuera. Todavía no hemos hablado del tema, y aunque actúa con normalidad, sé que está dolido.

—Con un simple bien o mal bastará —me anima ella, preocupada.

—Flynn se quedó fuera y a mí me eligieron para ocupar la última vacante —suelto a un palmo entre la felicidad y la tristeza.

—¡Oh, vaya! Lo siento por tu hermano, pero me alegro un montón por ti. Después de todo, tu sueño va a cumplirse. Estoy convencida de que este va a ser tu año, Craig —me dice alentada por una serie de casualidades. La exitosa operación del tumor en la cabeza y mi participación en el campeonato—. ¿Y dónde es el próximo evento?

—En Bells Beach. Aquí en Victoria. Está a unos cien kilómetros de casa. Después de eso iremos a la otra punta del país —le narro satisfecho por lo conseguido, pero preocupado de que sea Fred la única con la que pueda compartir mis éxitos de ahora en adelante.

—Quiero que me cuentes con pelos y señales cada competición a la que asistas y quiero que sepas que, aunque yo no esté allí, te estaré apoyando en la distancia. Ya sabes que tú para mí eres el ganador —suelto de forma cariñosa.

Hablamos durante un buen rato hasta que llega la hora de la despedida. Ella tiene que irse a la facultad y me cuesta una odisea separarme del teléfono. Aunque no le he mencionado que el campeonato me llevará a California dentro de varios meses, ella lo sabe y tal vez ninguno de los dos ha sacado el tema para no hacernos demasiadas ilusiones. No tendré tiempo de verla. Debo estar concentrado al cien por cien en la competición. Esta es mi oportunidad. Tal vez la última. Y debo aprovecharla al máximo.



Fred

Dos días después

Es sábado y por primera vez Rachel y yo no hemos ido al grupo de estudio. Hemos preferido quedarnos en la cama un rato más y estudiar por nuestra cuenta. No hemos salido en toda la semana debido a los exámenes y estamos con las neuronas a mil. Un descanso nos vendrá bien.

—¿Te acuerdas si avisamos a Donna de que no iríamos a estudiar con ella? —le pregunto preocupada a mi prima—. Tengo la cabeza... que ya no sé si voy o vengo.

—Me lo dices o me lo cuentas. Yo estoy igual. Menos mal que solo nos queda el examen del lunes —responde Rae para, a continuación, bostezar y estirarse en la cama—. Sí, la avisaste, pero si no lo hubieras hecho no creo que te dijera nada. El primer año es sin duda el más duro. Nos faltan horas para dormir, estudiar y hasta para desconectar un poco y disfrutar. Ella más que nadie debe entenderlo.

Sé que tiene razón. El paso del instituto a la facultad es gigantesco y sigo arrepintiéndome de no haber tomado ese curso preparatorio junto a Ash.

Nos levantamos finalmente a las nueve. La residencia está medio vacía. Los estudiantes regresaron el viernes por la tarde a sus casas.

Tenemos el edificio para nosotras solas y tomamos ventaja de ello. La ducha ha durado el doble de lo habitual porque no tenía a nadie metiéndome prisas por detrás. En la cafetería, las empleadas nos han regalado un par de piezas extra de bollería. Aun a sabiendas de que el fin de semana no suele haber casi nadie, están obligadas a seguir teniendo reservas para todos los estudiantes y antes que tirarlo, prefieren darlo gratis.

De regreso a nuestra habitación, nos topamos con Donna. Porta un elegante vestido y en sus manos lleva sus altísimos zapatos de tacón y un bolso a juego. El maquillaje de su rostro está intacto como si fuera reciente.

—Hola, Donna —la saludo, esperando que se detenga. —Hola, chicas. Me voy a dormir. Estoy rendida —se excusa mientras sigue caminando. Entonces, parece darse cuenta de algo y se da la vuelta—. Por cierto, Fred, Claire me dijo que quería hablar contigo. —Se despide con una mano y desaparece dentro de su habitación.

Claire es la presidenta de la fraternidad. No sé qué puede querer de mí. Solo la he visto en un par de ocasiones y nunca hemos hablado de tú a tú. Ni siquiera sabía que supiera mi nombre.

—¿Qué podrá querer? —se pregunta en alto Rae. Yo me encojo de hombros—. Te acompañaré. Así despejo la cabeza un poco antes de seguir estudiando.

Me río ante las caras de sufrimiento que mi prima muestra. Es muy cómica. Sus gestos son solo una parodia. Le gusta defender las causas perdidas, pero con lo que no contaba era con la cantidad de información que hay que memorizar.

—¿Te has fijado en el modelito que llevaba Donna? — se interesa Rae, cambiando de conversación.

—Sí. Estaba muy guapa. Debe haber tenido una cita. Ya le sonsacaré —espeto, curiosa—. Odio que sea tan reservada. Ella sabe todo de nosotras y, en cambio, nosotras no sabemos nada de ella.

—En eso tienes razón —ratifica ella—. El caso es que ese vestido

está fuera de su liga. Es uno de los cincuenta que Marc Jacobs sacó en edición limitada. Cuesta una fortuna. ¿Cómo explicas que pueda permitírsele?

Vuelvo a encogerme de hombros.

—Será de imitación —le contesto, de forma desenfadada.

Su vida personal es una incógnita. Fuera de la residencia y de algún que otro refresco que nos tomamos con ella en la ciudad, no sabemos mucho más de ella. Parece manejar mucho dinero y el origen de este es ciertamente dudoso.

—Según dicen el resto de compañeras —prosigue, ignorando mi comentario—, sus padres son dueños de una tienda de artículos de segunda mano. Con su sueldo, ni siquiera podría permitirse entrar en la fraternidad. Hay algo que me huele muy mal en todo esto —reconoce Rae, que parece haberse puesto en modo sabueso.

—Cuando hablemos con ella, todo se aclarará. Muchas veces las cosas se sacan fuera de contexto. Eso es todo —trato de suavizar el tema. Si se descubriese que Donna o sus padres consiguen dinero de forma fraudulenta, nuestra amiga sería expulsada de inmediato de la facultad sin posibilidad de readmisión. Sería un tachón permanente en su expediente académico.

Esa misma tarde, Donna llama a nuestra puerta. Está arreglada, pero nada que ver con el atuendo de esta mañana. Una chaqueta abierta sin botones, una blusa, un pantalón pitillo y unos botines.

La invito a entrar y se sienta en mi cama. Siempre ha tenido más confianza conmigo que con Rachel. Tal vez sea por nuestra disparidad de caracteres. Yo soy más afable con los desconocidos mientras que ella se muestra más seria.

—Vestíos. Tengo entradas para el cine. Cenaremos donde queráis y, después, nos espera una fiesta en la fraternidad —nos anuncia el plan para el resto del día. Me sorprende, puesto que no ha contado con nosotras, pero ese es un rasgo habitual en ella.

Miro a Rachel y ella asiente.

—¿Por qué no? Mañana tenemos todo el día para repasar el examen —asegura animada ante la idea de tomarse la tarde libre.

—Está bien —acepto sin más—, pero antes tenéis que acompañarme a la fraternidad. Todavía tengo que hablar con Claire.

Los ojos de Donna se abren de par en par.

—¿No me digas que no has hablado con ella esta mañana? —inquire sorprendida.

—Pues no. No creí que fuera urgente...

—Ya puedes comenzar a rezar —me advierte preocupada.

—¿Tan grave es? —cuestiono, al no saber cómo funcionan las cosas en la fraternidad. En el instituto, era yo la que imponía las normas. Aquí estoy fuera de mi hábitat y las consecuencias por no seguir las órdenes al pie de la letra pueden ser nefastas—. Vale, sí lo es —me respondo yo misma—. Iré ahora mismo.

—Espera. —Donna me sujeta del brazo antes de que eche a correr—. Iré contigo. Puede que así el golpe sea más suave. —Rae y yo nos miramos asustadas.

Cuando llegamos a Alpha Kappa Alpha, el lugar está desierto. No se oye ningún ruido y eso es raro. El edificio alberga a más de medio centenar de chicas y todas sabemos lo ruidosas que podemos llegar a ser.

Llamamos a la puerta y no recibimos respuesta. Volvemos a tocar el timbre. Después de un rato, que se nos hace eterno, oímos pisadas que se acercan y, en ese momento, la puerta se abre dejando paso a Claire. Nos mira con cara de pocos amigos.

—¡Vaya! Aquí está su majestad en persona. Gracias por obsequiarnos con tu presencia. Fred, deberías saber que cuando se te pide algo es para que lo cumplas en el momento, no cuando a ti te venga mejor. Ya no estás en Sacramento —me recuerda, como si necesitara que alguien me lo dijera.

—Perdona, Claire. Fue culpa mía. Se me olvidó decírselo. Llegué a la residencia tan cansada que me fui directamente a la cama y no le

dije nada —se atribuye las culpas Donna. Estoy a punto de abrir la boca cuando Rae me da un pisotón. Me pongo roja y tengo que morderme la lengua para acallar un grito de dolor.

Claire me lanza una mirada astuta y, entonces, a Donna.

—Esta vez te has salvado —me dice la presidenta—, pero más te vale aplicarte en tus tareas si no quieres ser expulsada. A otras las echamos por mucho menos.

Asiento y espero que alguna de ellas diga algo más.

—En cuanto a ti —continúa Claire volviéndose hacia Donna—, si no fuera por las aportaciones tan generosas de tus padres, hace mucho que no estarías aquí. Alpha Kappa Alpha es símbolo de responsabilidad y compromiso. Dos palabras que ninguna habéis demostrado hoy.

—¿Y según tú qué haría que tu opinión sobre nosotras cambiara? —espeta de forma atrevida Rachel.

Claire sonrío maliciosa y me temo lo peor.

Nuestros planes se cancelan. No hay cine, ni cena. Nos hemos pasado toda la tarde limpiando la fraternidad, comprando comida y bebida y adecuando todo para la fiesta a la que vamos a asistir. Como camareras.

Abril



Craig

Estamos en Margaret River, a tres horas de Perth, una ciudad con más de quinientos mil visitantes al año donde sus olas de más de seis metros y su cultura vitivinícola son el punto clave de su turismo.

La situación entre Flynn y yo se muestra de lo más normal. Me preocupa lo que puede estar pasando por su cabecita en estos momentos. Desde que perdió su oportunidad en Gold Coast, decidió no regresar al instituto el resto del año. Habló con nuestros padres y les dijo que no estaba preparado para acudir a clase y que todos se rieran de él por ser un perdedor. Yo escuché la conversación a escondidas y me apiadé de mi hermano cuando se marchó a dar una vuelta.

—Sabéis que está en lo cierto. Le harán la vida imposible y puede que incluso termine aborreciendo los estudios. Es mejor que estudie este último año por su cuenta y se examine al final de curso. Los chicos de su edad pueden ser muy duros —hablo por propia experiencia. Sé que hay mucho envidioso suelto que aprovecharía la derrota de mi hermano para lamerse sus propias heridas.

Mis padres terminan aceptando a regañadientes y les pido un último favor, que le dejen acompañarme durante todo el campeonato. Flynn tendrá la oportunidad de aprender de los mejores

y, a lo largo de esta aventura, decidirá si continuar luchando por aquello que tanto parecía anhelar o regresar al camino general, estudiando una carrera, como el resto de chicos de su edad.

La oportunidad de charlar con Flynn sobre el viaje se me presenta después de hablar con Fred por teléfono. Su voz y sus palabras me han dado alas para hablar con él. Llamo a la puerta de su habitación y entro sin esperar a que él abra. Se quita los cascos y se levanta molesto de la cama.

—¿No sabes que después de llamar tienes que esperar a que te den permiso para entrar? —Bufa Flynn con rabia bullendo en sus ojos.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan educado? Que yo sepa siempre has entrado en mi habitación sin que yo nunca te dijera nada... —le recuerdo lo que parece tener tan olvidado.

Sus mejillas se vuelven sonrosadas y me da la espalda, actuando como si yo no estuviera allí. Tiene gracia que mi hermano pequeño imite mi comportamiento a su edad. Alice nos ha encontrado enzarzados en más de una pelea y nos ha detenido con la consabida frase: «No podéis ser más exactos». ¡Qué razón tiene! Ahora puedo verlo y, aunque no me disgusta que mi hermano me imite, lo que más temo es que pueda acabar con peor suerte que la mía. Al fin y al cabo, yo realicé un curso de Mecánica y encontré rápido un trabajo. Yo tenía otra pasión además del surf, los coches. Sin embargo, el dormitorio de Flynn no tiene más color en revistas, pósteres y material deportivo que el azul.

—Te pido perdón. No era mi intención... —Intento continuar.

—¿Cuál? —me corta molesto—. ¿Echarme en cara todo lo que hago mal? —Me hace gracia la frase. Al menos, debajo de toda esa fanfarronería reconoce que se ha equivocado en algo, por poco que sea—. ¿Se puede saber de qué te ríes?

—De nada. —Borro de inmediato mi estúpida sonrisa y me siento en la cama—. Solo venía a preguntarte algo.

—Suelta lo que tengas que decir y vete de una vez —me dice sentándose ante su mesa y fijando la vista en uno de sus libros de texto.

—El trabajo y lo que no era el trabajo me han absorbido durante mucho tiempo. Me gustaría que vinieras conmigo a Brasil...

Antes de que pueda terminar la frase, Flynn se gira como un resorte y me mira más enfadado aún.

—¿Qué es todo esto? ¿Algún premio de consolación por no haber ganado la plaza? —escupe de malos modos.

—No. —Le miro de hito en hito—. ¡Maldita sea! Madura un poco, Flynn —suelto enfadado por su actitud infantil—. Dentro de poco cumplirás dieciocho años y tendrás que tomar muchas decisiones que influirán en el resto de tu vida. Solo quiero que pasemos unos meses juntos antes de que eches el vuelo. Eres mi hermanito, ¡diablos! —Me acerco a él y le agarro del cuello de la camisa. Le revuelvo el pelo e intenta defenderse con torpeza.

—Odio que me llames hermanito —sigue replicando.

—Pero lo eres —aseguro con sorna. Muestro una generosa sonrisa y espero que eso compre su perdón. Parece funcionar porque sonrío de forma sincera y me lanza un gancho al hombro. Me froto dolorido.

—Eso para que vuelvas a llamarme así —suelta valiente.

—¿Cómo? ¿Hermanito? —le provoco mientras le desafío con la mirada. Veo en sus ojos lo que está a punto de hacer y salgo disparado por la puerta, bajando las escaleras. Flynn viene a mi zaga, dispuesto a lanzarme otro gancho. Si no me doy prisa, terminaré cubierto de moratones. La puerta se abre dando paso a nuestra madre. Me coloco detrás de ella, usándola a modo de escudo.

—¿Ahora quién es el inmaduro, Craig? —me pregunta riéndose a carcajadas.



Fred

Son las seis y cuarto de la mañana cuando los últimos invitados de la fiesta se van y comenzamos a limpiar la fraternidad.

—Limpia primero mi dormitorio. No quiero encontrarme con ninguna sorpresa asquerosa —me ordena Claire mientras me llevo la mano a la boca para ocultar un bostezo—. Cuanto antes empieces, antes terminarás —me dice resuelta, como si fuera algo que no supiera. Asiento, miro a Rae y la sigo, ascendiendo por la escalera de madera que lleva a los dormitorios. Primero limpio la butaca para que pueda sentarse y, después, sigo cada una de sus instrucciones—. Cámbiame las sábanas. No quiero arriesgarme a contraer ninguna enfermedad —me indica antes de que retire los envases de comida china y latas de bebida que inundan su escritorio y una de las estanterías. Limpio el polvo de los estantes y me quedo fascinada ante la cantidad de libros tan variopintos que posee.

¡Jamás habría imaginado que una chica como ella leyese y, aún menos, clásicos como *El Gran Gatsby* o *Drácula*! Dos de mis libros favoritos.

Claire y yo tenemos más cosas en común de las que parecía a simple vista. Observo con detalle una fotografía de ella con un niño de unos doce años.

—¿Qué haces ahí parada? Sigue limpiando si no quieres que te imponga un castigo aún peor —me amenaza con gesto serio. La ignoro y me giro hacia ella sosteniendo el marco de fotos.

—¿Quién es? —le pregunto aun intuyendo la respuesta. —¿Y a ti qué te importa? —me espeta de muy malas pulgas. Mantengo la mirada fija en ella. Después de unos segundos, me quita el portarretratos y se anima a hablar—: Es mi hermano Elijah. Estábamos muy unidos por entonces. Ahora él tiene quince y solo lo veo en vacaciones, siempre que no esté haciendo alguna trastada con su pandilla de amigos. Lo echo mucho de menos.

Su rostro se ha girado en una mueca de tristeza.

—Sé que es difícil, pero... —Mi voz se ahoga cuando Claire se levanta precipitadamente de la butaca.

—¿Qué sabes tú sobre nada? No tienes ni idea —ruge antes de desaparecer por la puerta. Me debato entre ir tras ella o terminar de limpiar la habitación. Opto por lo segundo. Será lo mejor.

Un momento después, un golpe en la puerta me sobresalta. Es Donna. Vestida con otro espectacular modelito me saluda con la mano antes de dejarse caer sobre la jamba de la puerta.

—¡Vaya! Has marcado tu propio récord. Has hablado dos veces con la reina del hielo y las dos veces has conseguido cabrearla —me comunica como si fuera una locutora deportiva. —No creo que sea tan mala como todos cuentan —la disculpo, después de saber un poquito más de Claire. —No. Es peor. Todos la temen y besan el suelo por donde pisa para no sufrir posibles represalias. —El *vox populi* [\[7\]](#) es algo habitual en los campus. Me pregunto si alguien se ha preocupado de comprobar si son verdad la mitad de los rumores que corren por los pasillos.

—Todos menos tú. —Mi observación la ha pillado por sorpresa.

—La única verdad es que el dinero lo compra todo.

Incluso el respeto. —Desvía mi pregunta con una afirmación que

no me deja indiferente.

—¿Y cuánto vale tu respeto? Porque mi familia también paga y no recibo el mismo trato —suelto en un momento de frustración. En cuanto las palabras salen de mi boca, me arrepiento de lo dicho. Donna ha sido una buena amiga y un gran apoyo durante todo el curso. Sin su ayuda y la de Rae, probablemente no habría superado el primer mes viva. El rostro de Donna se contrae, pálido. Trato de retractarme acercándome a ella y pidiéndole perdón, pero antes de que pueda decir nada se suelta de mí y se marcha de la habitación, dejándome de nuevo a solas.

«Está claro que el tacto no es mi punto fuerte», pienso antes de correr tras ella.



Craig

Desde el principio, Flynn se ha mostrado preocupado por cómo vamos a poder pagarnos el viaje. Si ya ha resultado complicado que nuestros padres ahorren para uno solo, será del todo imposible que el dinero llegue para los dos.

Le entrego a mi hermano la prueba de que nuestro sueño es posible. Un sobre que contiene un cheque al portador por un importe de ocho mil dólares.

—Craig, ¿de dónde has sacado esta cantidad? Tú no tienes tanto dinero. Todo lo que has ganado en el taller lo has invertido en ese coche... —Sus palabras se ahogan al darse cuenta de todo—. ¿No me digas que lo has vendido?

—No pude regatear un mejor precio. El comprador sabía que me corría prisa venderlo y se aprovechó de eso — confieso decepcionado. La cara de Flynn es un calco exacto de la mía. No quiero desanimarle en esta aventura—. Pero no te preocupes, lo importante es que tenemos el dinero y será una experiencia que no olvidaremos el resto de nuestras vidas.

—Craig, no debiste vender tu coche. —Flynn parece sentirse culpable. Todos hemos ahorrado para su viaje al campeonato y él ha perdido. Sin embargo, no quiero que se venga abajo.

—No me terminaba de gustar. Creo que cuando vuelva, compraré uno de segunda mano y le iré arreglando a mi gusto —le explico sin preocupación alguna. Él no parece creerme—. Por el momento, deberíamos centrarnos en tener todo listo. Cuando volvamos, tendremos menos de dos semanas para estar en Brasil y después de eso, será un constante ir y venir de playas, aeropuertos y hoteles. No podemos dejar nada al azar.

Flynn asiente ilusionado. Nos dirigimos a mi habitación y desde el portátil buscamos el hotel en el que Hurley nos alojará en Río. Por otro lado, yo soy mayor de edad, pero mi hermano no y debo rellenar algunos papeles extra haciéndome tutor legal de Flynn, en ausencia de mis padres. Mientras navegamos por la red, miro de reojo a mi hermano y descubro en sus ojos un brillo especial. Es la primera vez que viajamos fuera del país.

Me doy cuenta en ese instante de que Flynn ya ha olvidado el motivo de sus rencores. Al igual que un niño pequeño, se ha cansado de estar enfadado y quiere disfrutar conmigo de este viaje. Como en los viejos tiempos, cuando ambos surfeábamos juntos.

Me siento exultante de felicidad. Por fin mi vida parece encarrilarse en el camino correcto. Había decidido estudiar una ingeniería, aunque esta tendrá que esperar hasta que regrese de mi aventura, y la situación en casa haya mejorado con creces.

Unas horas después, aparece Ben acompañado de su madre.

—Janet —saludo a mi ex—. Gracias por traer a Ben.

—Craig. No soy la mala de la película así que no me hagas sentir como tal. Ya te dije que podías verle siempre que quisieras —expone una vez que el pequeño ha desaparecido dentro de la casa. Flynn y él disfrutaban jugando a la consola.

—No me porté bien contigo y quería pedirte disculpas. Sé que ahora ya no tiene remedio, pero quiero que sepas que he cambiado por Ben. Le quiero y haré lo que haga falta para que esté orgulloso de mí. —Sin proponérmelo he logrado sacar una sonrisa a Janet.

—No sé qué es lo que ha producido ese cambio, pero me alegro de que haya ocurrido. Casi había perdido la esperanza contigo, Craig —bromea tocándome el hombro.

—Pasa un rato y hablemos —la invito, echándome a un lado. Duda unos segundos y finalmente acepta mi propuesta.

Una vez en la cocina, preparo un par de cafés para ambos.

—Te noto muy cambiado, Craig. Con las ideas más claras y... me atrevería a decir que más feliz —deduce por mi rostro.

—Sí. El tumor me obligó a poner toda mi vida en perspectiva. Fue un momento muy duro, pero gracias al apoyo de todos y a encontrar algo en lo que centrarme conseguí salir adelante... —Mis palabras se ahogan en ese momento. Hace tiempo que no me abría con alguien de esa manera —la primera fue con Fred— y, aunque resulta bastante vigorizante, sé que ella ha pasado también por malas experiencias. La mayoría, causadas por mí.

Janet acerca su mano a la mía y la sujeta, tratando de infundirme ánimos.

—Gracias por ser tan comprensiva. Sobre todo, después de todo lo que te he hecho pasar. No he sido justo contigo —musito mirándole a los ojos y recibiendo una cariñosa caricia en mi mejilla. Distraído por sus atenciones, no imagino que pueda abalanzarse sobre mí para darme un beso hasta que literalmente ocurre. Mantengo los ojos abiertos, incrédulo ante lo que sucede. Es un beso tierno, sin muchas pretensiones y que deja claro lo que siente por mí. Cuando se aparta, me deja un sabor dulzón a sandía.

Sin darme cuenta, Janet ha terminado besándome y yo se lo he permitido. No he hecho nada por impedirselo. Inmediatamente, lo primero que se me pasa por la cabeza es la reacción de Fred si llegara a enterarse de esto. Entonces, estoy seguro de una cosa. No seré yo quien se lo cuente.



Fred

—Te has convertido en una gran amiga. Jamás diría o haría nada que pudiera herirte. Te lo aseguro —le confieso a Donna mientras golpeo la puerta del dormitorio en el que se ha encerrado. Claire me encuentra al paso y su rostro vuelve a mostrarse malhumorado. Se acerca a mí, preparada a increparme—. No es bueno que arrugues siempre el ceño. Te dejará arrugas y no querrás eso, ¿verdad? —Me quedo admirada ante lo que acabo de soltarle a la presidenta de Alpha Kappa Alpha, pero mantengo el tipo.

—No te atrevas a hablarme así. Ya te avisé el otro día de que te estás jugando el pertenecer o no a nuestra hermandad. Tenemos vínculos en todas partes, contactos que podrían ayudarte el día de mañana. ¿No querrás perder eso? —suelta la pregunta al aire. Esta vez ha ganado ella. Me aparto de la puerta y regreso a su cuarto. Termino de limpiarlo bajo su atenta mirada y cuando salgo me cierra con la puerta en las narices.

—¿Te dije o no te dije que era una zorra? Aunque no tuviera la sensibilidad de una lechuga, su actitud egocéntrica es lo que la pierde. —La voz de Donna hace que me dé la vuelta. Sonrío al descubrir que mi amiga me ha perdonado—. No te emociones. Que te hable no quiere decir que todo haya vuelto a la normalidad entre

nosotras. Rae me pidió que te dijera que no la esperaras.

—¿Tanto sueño tenía que no ha podido esperarme? — murmuro enfadada porque hoy no me salga nada bien.

—A mí no me mires. Yo solo soy la mensajera —me dice molesta por tener que serlo—. Si te sirve de algo, la vi marcharse con Nick.

—Bien —acepto de buena gana.

—Después de ponerte como una fiera porque se ha ido sin ti, ¿te digo que está con Nick y dices bien sin más?

—Sí. Es buen chico y la quiere. Sé que cuidará bien de ella. Además, mi prima ya es mayorcita. Creo que se merece un voto de confianza —digo un poco más sabia después de nuestra conversación pos-Melbourne. Ella había dejado claro que Liam quedaría como un buen recuerdo. Era demasiado joven para comprometerse con nadie y lo primero para ella era su carrera. Una vez la terminara, no descartaba ninguna opción.

—Me alegra saber que el sentimiento es mutuo.

—¿A qué te refieres? —le pregunto intrigada.

—Ella dijo lo mismo de ti cuando le comenté mi preocupación porque siguieras hablándote con Craig y teniendo esperanzas en lo vuestro.

—¿Por qué tendrías que preocuparte? Eso es solo algo que me incumbe a mí —le cuestioné de forma grosera, cerrándome en banda.

—Entonces ya tenemos algo claro. Los asuntos de la otra son solo suyos —me aclaró al ver que no entendía nada—. Y ahora me voy porque he quedado. Nos vemos mañana —se despidió sin darme tiempo a réplica mientras bajaba las escaleras que llevaban al *hall* de entrada.

Mayo

59



Craig

Ha pasado un mes entre preparatorias, idas y venidas. Flynn y yo regresamos a casa para recargar pilas. Son cuatro días en los que aprovechamos a estar con nuestros padres y amigos, pues no volveremos a verlos hasta final de año. Apartir de ahora, el campeonato es cuesta arriba, y si para conseguir una plaza nos hemos enfrentado a algún que otro niño, aquí el panorama es bien distinto. Nos encontramos en la élite de los treinta y cuatro mejores surfistas de todo el mundo. Gente que se ha criado en las olas desde bien pequeño, se han dejado la piel a diario y tienen una larga carrera llena de éxitos. ¡Vamos! Nada que ver conmigo que he vuelto al surf después de cuatro años sin tocar una tabla.

La competición tendrá lugar en La Barra da Tijuca, la playa más larga de Río de Janeiro donde hay más tiendas, centros comerciales y hoteles por metro cuadrado. Nuestra habitación no tiene vistas, pero no nos hacen falta. Nada más bajar al *hall* y cruzar la calle estamos en la playa. Las olas son impetuosas y su rumor nos llama desde lejos.

—El patrocinador parece majo —opina Flynn mientras nos instalamos en la playa. En el océano hay gente practicando surf con cometas de tracción o tumbados sobre la tabla. Hay tantas variantes

como seguidores tiene cada una.

—Si lo dices porque no ha hecho más que lamernos el culo desde que hemos llegado, sí, parece majo. La verdad es que me sorprende que tenga tantas esperanzas puestas en mí. —Flynn me mira como si estuviera loco. Soy muy consciente de la buena suerte que estoy teniendo, pero no sé si esta me acompañará hasta el final del viaje.

—Me sorprende que digas eso cuando tú entre todos has logrado la última vacante para el campeonato —me recuerda, otorgándome un mérito que dudo merecer—. En cuanto a los patrocinadores, hemos tenido mucha suerte. No te ha tocado ningún capullo exigente que esté encima de ti todo el día. He observado a los otros equipos mientras estábamos en Australia y los surfistas están bajo una presión constante.

—Ahora solo tenemos que preocuparnos de ganar — sigo hablando en plural, aunque Flynn ya no participe de forma oficial. Somos un equipo. Lo hemos sido desde que tengo uso de razón.

—También podemos deleitarnos con los bellezones que hay por aquí —dice distraído ante una joven mulata que pasa contoneando sus caderas. Le miro divertido—. ¿Qué pasa? Hay tiempo para todo.

—Sé que esto puede resultar algo molesto viniendo de mí, pero yo que tú me andarías con ojo en esta ciudad. Tiene muy mala fama. Las chicas solo buscan a alguien que les dé una vida mejor. No quiero que te utilicen y salgas herido.

—Está bien, papá. Tendré cuidado. —Se levanta, coge su tabla y me mira—. ¿Y, ahora, por qué no me demuestras cómo ganaste ese puesto en el campeonato? —me reta ante algunas miradas curiosas.

—Prepárate para tragar mucha agua. —Acepto el desafío con el ego crecido y me lanzo al agua antes de que él se dé cuenta.

Escucho sus risas siguiéndome de cerca. Las agitadas aguas chocan con nosotros y pronto me veo braceando hacia el interior. Mi tabla se balancea movida por ellas y cada chorro de agua fresca que golpea mi cara me recuerda que yo nací para esto. Siento cómo estoy

en equilibrio con la naturaleza. Me dejo llevar y me alzo sobre la tabla. Comienzo a mover mis piernas al ritmo que me pide cada masa de agua y, entonces, me atrevo a hacer algo arriesgado. Doy un giro de noventa grados y permanezco durante unos segundos en el aire. Vuelvo a caer sobre el agua y retomo la ola.

—¡Sí, señor! —Me vitorea Flynn después de ser testigo de mi mejor ola hasta el momento—. Surfea así durante todo el campeonato y no hará falta que te diga el nombre de quién estará grabado en esa copa.

60



Fred

—Como sigas mirándola así, vas a quemarla con tus rayos X —me recuerda mi prima, tratando de que me comporte como una adulta.

—Perdona, Rae. Sabes que nunca he odiado a nadie, pero a Claire no hay quien le soporte. Pasé por alto lo de limpiar la hermandad después de la fiesta, no dije nada cuando abrí una puerta y me cayó un cubo de agua fría encima e hice de tripas corazón cuando tuve que tragarme una cucharada de vómito, pero ¡que tenga que seducir a un novato de otra hermandad, meterle un plátano en la bragueta y dejar que se restriegue contra mí delante de una sala llena de público, clama el cielo! ¡Y más si ese novato es Ashton!

—La verdad es que visto así tienes todo el derecho a enfadarte —reconoce, quien últimamente anda con la cabeza en las nubes por culpa de Nick.

—Gracias —digo con sarcasmo, alegrándome de que alguien me entienda. La relación con Donna se ha enfriado un poco desde que me ordenara que no me metiera en sus asuntos. A Rachel no le he contado nada de nuestra conversación por lo que ambas siguen quedando como siempre. Cuando mi prima me pregunta por Donna o por qué ya no acudo a su grupo de estudio, le recuerdo que ahora voy a la biblioteca con Jonathan. Sin embargo, Rae no es tonta y sabe

que ha ocurrido algo entre nosotras por lo que evita hablar de ella en mi presencia.

—Este sería un buen momento para que te pusieras mala —le oigo decir a mi prima.

—¡Ojalá lo estuviera! Así no tendría que estar a menos de cinco centímetros del gilipollas de mi exnovio —me lamento.

—Creo que no me has entendido —incide Rae en el significado de sus palabras hasta que me doy cuenta de su doble significado—. Finge que estás enferma. Yo te ayudaré a llegar a la residencia. Tengo tantas ganas de estar aquí como de asistir a otra clase del profesor Lavender... —Disimulo mi sonrisa.

—No puedo creer que hayas hecho una broma con algo tan querido para ti como el Derecho.

—No soy ninguna mojigata, Fred. Una cosa es que quiera defender a los inocentes y otra que soporte con estoicismo las peroratas de Lavender. He descubierto que nadie como él logra que la asignatura más interesante se convierta en la más tediosa. —Vuelvo a morderme el labio para evitar reír.

—Si pretendes que finja estar mala, estás consiguiendo todo lo contrario —admito, observando al resto de invitados en la sala. Claire ha reunido a todas las novatas y la hermandad Kappa Sigma ha traído a los suyos. Mientras los *senior*^[8] coquetean entre sí, los alumnos recién llegados nos veremos sometidos a las fechorías que quieran hacernos.

—Está bien. No me dejas otra opción —alega mi prima, tomando una rosa de un centro de flores y pinchándose en el dedo con ella.

—Pero ¿qué...? —En cuanto veo la sangre, comienzo a marearme y Rae necesita la ayuda de otra chica para sujetarme y llevarme a un dormitorio.

Cuando abro los ojos, no reconozco el lugar. Rae se aproxima a mí.

—¡Vaya! ¡Ya era hora! Había empezado a creer que no despertaría. —Oigo la voz de Claire detrás de mi prima. Trato de levantarme, pero la cabeza me da vueltas y Rae me obliga a tumbarme de nuevo.

—¿Cómo estás? —me pregunta mi prima.

—No lo sé.

—Espero que no tardes en recuperarte. He mandado a los chicos a su residencia con el rabo entre las piernas. Había mucha expectación por verte actuar —me comunica Claire con cierto retintín.

—Lo siento mucho, Claire. No quería estropearos la noche —confieso con temor a las posibles represalias que pueda tomar.

—Si te soy sincera, me has hecho un favor. No tengo el cuerpo para tonterías. —Se sienta frente a mí mostrando un aire cansado. La miro confundida y ella parece reaccionar ante mi sorpresa—. Si dices algo de esto, lo negaré.

—Seremos una tumba —dice mi prima por mí. Yo asiento.

—Bien. Podéis quedaros a dormir aquí hoy. Nuestra hermana, Elle, no regresará hasta mañana por la tarde —ofrece, poniéndose en pie y saliendo por la puerta. Tardo unos minutos en darme cuenta de que Claire nos ha dirigido la palabra y ha tenido un detalle con nosotras, pero cuando logro pronunciar palabra para agradecerle el gesto, ella ya se ha ido.

—La reina de hielo ha roto su coraza —bromea Rae, mirándome tan sorprendida como yo lo estoy.

—No la llames así —me quejo—. Ha tenido un gran detalle al dejarnos dormir en la hermandad.

—Con ella, detrás de cada buena acción, siempre hay un interés propio. No lo dudes. Ninguna chica habla precisamente bien de ella —me recuerda, tumbándose junto a mí.

—Oculto algo, sí, pero no es maldad. Creo que esconde su verdadera personalidad por miedo a no encajar.

—¿Quién? ¿Cruella de Vil? Si ni siquiera se va a casa los fines de

semana ni las vacaciones. Se queda en la hermandad tramando nuevas maldades.

—¡Basta, Rae! —La detengo, harta de escuchar tantas memeces—. Deja de guiarte por los rumores y piensa un poco por ti misma. Vi sus ojos cuando mencioné a su hermano. Lo echa de menos. Si no va a casa en vacaciones, debe ser por algún otro motivo.

—¡Ahí está! La defensora de las causas perdidas. Si no te conociera, diría que te cae bien esa chica.

—Ya sabes que no me gusta ver a la gente pasándolo mal y si puedo hacer algo para que sean algo más felices, siempre lo haré.

—Eso sería estupendo si tu ingenuidad no chocara con la maldad de la gente. —Me río ante su ocurrencia.

—Jajaja. —Río sarcástica—. Deja de psicoanalizarme, ¿quieres? Voy a tener que hablar con Nick para que salgáis más y así me dejes tranquila —bromeo llevándome la mano a la sien. He dejado de reír porque la cabeza me retumba cada vez que lo hago.

—Tengo que decirte una cosa —me dice muy seria—. Te dimos un golpe en la cabeza con el marco de la puerta mientras te traíamos hasta aquí. Es posible que te duela un poco por eso.

Finjo estar muy enfadada y la golpeo en el hombro. Su rostro se contrae ante el sentimiento de culpabilidad y, entonces, la acerco a mí y la abrazo.

61



Craig

El equipo al completo hemos sido invitados a uno de los clubs de moda de Río. El Nuth Lounge. Está ubicado muy cerca de nuestro hotel. Flynn ha logrado convencerme para que salga con él. El logotipo de un cielo estrellado sobre el nombre del local nos da la bienvenida.

Las escaleras dividen el edificio en dos niveles. En el inferior, hay un enorme restaurante donde los camareros recogen los últimos platos para cerrar. En el que hay a nivel de calle, existe una gran pista de baile ambientada en la jungla, con plantas cubriendo cada rincón.

Son las once y la gente comienza a llegar. El local se llena en cuestión de minutos y la música inunda todos mis sentidos. Una copa contribuye a ello. Las chicas menean sus caderas al ritmo de «Magalenha», de Sergio Mendes. Todo son risas que terminan contagiándome. Los chicos demuestran sus dotes de baile moviéndose alrededor de ellas como en una estudiada coreografía. Flynn se escapa de nuestro grupo y se acerca a dos chicas. Baila junto a ellas, quienes se ríen de sus horribles pasos de bailarín aficionado. Él comparte sus risas como si no le importara que se burlasen de él. Después de unos minutos, logra la atención de una de ellas y sigue bailando con ambas durante la siguiente canción. «Ai se eu te pego»,

de Michel Teló.

Flynn me anima con la mano a que me acerque a ellos. La chica que ha quedado descolgada sigue la dirección de la mano de Flynn y se desliza hacia mí como en un sueño. Con ese bello rostro y ese cuerpo escultural parece esculpida a semejanza de una diosa. Me tira de la camiseta y me arrastra hasta donde su amiga y mi hermano están. Los miro durante un segundo, pero la mano de la sílfide gira mi atención hacia ella.

Las luces estroboscópicas, la música y un par de copas más hacen que comience a perder el sentido mientras bailo agarrado a la cintura de la muchacha. Solo puedo pensar en Fred bailando y disfrutando conmigo. Sonriéndome. Mirándome. Besándome.

Me acerco a su rostro atraído como un imán. Mi boca devora la suya con ansia y ella no pone ningún reparo. Es más, noto cómo disfruta de nuestros besos tanto como yo. ¿Es posible que el viejo Craig haya vuelto a la acción? Mis manos han actuado por inercia, atrayéndola más hacia mí. Sujeto su trasero y siento que podría hacerlo con ella ahora mismo en medio de la pista de baile. Estoy seguro de que nadie diría nada. Me pego a ella y le hago saber que estoy listo. Creo que voy a estallar allí mismo. La cremallera de mi pantalón se tensa a cada momento. Una fina capa de sudor perla mi frente y mi camisa se pega a mi pecho. La música parece distorsionarse a cada segundo y mi respiración se vuelve agitada. Su solo roce es como una droga que me insta a dejarme llevar por mis propios impulsos.

—No te resistas. Sé que lo deseas tanto como yo —me susurra al oído mientras restriega su pecho contra el mío. Su cabello roza mi rostro y me pone a mil. Sabe que es una diosa y cómo usar sus encantos a la perfección. No creo que pueda resistir mucho más.

—¡Oh, Fred! ¡Fred! —pronuncio con la mente dispersa, sin darme cuenta de que ella me ha oído. Espero unos segundos, pero no parece importarle.

—Esta noche seré para ti quién quieras que sea. —Su voz fluye lenta y cadenciosa, como una melodía hipnotizadora, al igual que su aroma a mango y vainilla. No digo nada más. Ella tira de mí y salimos de la discoteca.

A la mañana siguiente, la luz natural del sol me despierta incidiendo en mis ojos de forma especial. Alzo la mano para detener esa tortura. Cuando consigo fijar la vista en un punto concreto descubro que comparto con alguien más la cama de mi habitación. No me atrevo a mirar temiéndome lo peor. El recuerdo de la noche anterior está algo borroso. Recupero algunos fragmentos, pero nada que me diga cómo aquella chica de sedosos cabellos color azabache ha terminado dormida a mi lado, aunque puedo hacerme una idea. Me siento sobre la cama y me llevo las manos a la cabeza, maldiciendo lo estúpido que he sido. En ese momento, noto una mano que me acaricia la espalda. Me estremezco y me doy la vuelta para encontrarme con esa desconocida en ropa interior. Se abalanza sobre mí. Me levanto a gran velocidad y me alejo de ella.

—Ya veo que sigues en tus trece, como ayer —me suelta decepcionada.

—¿A qué te refieres con eso? ¿Pasó algo anoche de lo que tenga que arrepentirme?

—No sé cómo debo tomarme eso —suelta molesta por el comentario—. Nunca me había rechazado un chico.

—Gracias a Dios. —Respiro aliviado—. No te lo tomes a mal, pero es que hay otra chica...

—Sí, lo sé. Fred —me dice mientras recoge su ropa del suelo. El miedo se apodera de mí. ¿Es posible que me enviara un mensaje y esta desconocida le haya contestado? Mi corazón se salta un latido—. No paraste de hablar de ella hasta que te quedaste dormido. Esa chica es afortunada. —Me relajo de inmediato y trato de volver a la normalidad.

—Un momento, ¿qué hora es? —le pregunto mirando al reloj

cuando caigo en la cuenta de que había quedado con el equipo para surfear. Hurley quiere ver que no está pagando por nada.

—¿Acaso ves que lleve un reloj en alguna parte? —me contesta enfadada, señalándose el sujetador y la falda que lleva puestos.

—Oh, sí. Lo siento. —Revuelvo entre la mesilla y la ropa que hay desperdigada por el suelo. Al fin, doy con mi reloj de pulsera.

Son las nueve de la mañana. Hace una hora que debía estar con la tabla en la playa. Despierto a Flynn que remolonea junto a la otra. Insisto y abre los ojos asustado. La mira y sonrío satisfecho. Alza la vista y ve mi rostro malhumorado. El suyo cambia por completo.

—Encárgate de nuestras invitadas en lo que yo estoy fuera —le indico cogiendo el traje de neopreno y la tabla, saliendo a toda pastilla.

—¿Volveré a verte? —me pregunta mi compañera de cama, cuando las puertas del ascensor se cierran ante mí. Le deseo la mejor de las suertes a Flynn. Una mujer enfadada es la peor de las condenas.

62



Fred

—¿Qué? ¿Que te diste un golpe en la cabeza? —repite Craig, como si no me hubiera escuchado a la primera.

—Sí —digo, llevándome la mano a la sien que todavía me duele—. Pero no es nada serio. Un par de días tomando Tylenol^[9] serán suficientes.

—No deberías tomártelo a la ligera —me advierte, teniendo muy presente lo que le ocurrió a él, a pesar de ser totalmente diferente.

—Craig, no seas melodramático. Fue un simple golpe —trato de tranquilizarlo—. Cuéntame qué tal por Río —cambio de tema radicalmente.

— ...

—¿Craig? —hablamos por Skype. Puedo ver su rostro preocupado y sé que me oculta algo.

—Perdona. Estaba con la mente en otra parte. —Es normal. Debes estar acumulando mucha tensión con el frenesí de estos días. —No me atrevo a indagar sobre lo que le preocupa. La distancia parece irme arrebatando poco a poco toda esa intimidad que existía entre nosotros. Temo que termine cansándose de mí y perdamos el contacto por completo—. ¿Cómo va todo por Río? —repito la pregunta.

—Flynn se ha hecho un montón de fotos con los participantes y les ha pedido su autógrafo. Es igualito a mí a su edad —reconoce mientras su mente vuelve al pasado.

—No te engañes. Estoy segura de que estarías deseando conocer a más de uno. Han sido tus ídolos desde niño y creciste con sus proezas, queriendo emularles. —Trato de sacarle los colores. Nunca se es demasiado pequeño para tener ciertos sueños.

—Me conoces demasiado bien, Fred. Y eso me preocupa —bromea, acercándose a la pantalla con gesto divertido. Entonces, veo aparecer a Flynn por su espalda.

—Hola, Flynn. ¿Qué tal todo por ahí? —inquiero de nuevo, esperando obtener una respuesta que me convenza.

—De fábula. Esto está siendo una experiencia única y me alegro de estar junto a mi hermanito para vivirla —dice sujetando el cuello de Craig con su antebrazo.

—¡Vaya! El primero que decía que no le gustaba que le llamaran así y ahora lo hace él —le recrimina. Este es el tipo de cosas que me hacen pensar en mi hermano Matt.

—Vete a ducharte, anda. Hueles a choto —se queja Craig, apartándolo de su lado de un empujón. Flynn se despide con la mano sonriente y yo le devuelvo el saludo.

—Como ves, mi hermano sigue igual. A veces pienso que se ha quedado anclado en los trece años para siempre... —bromea nuevamente. Su sonrisa desaparece al ver que yo no me río. Al contrario, mi gesto de desánimo se le contagia.

—¿Va todo bien por allí? —Me mira inquisitivo.

—Sí, si con bien te refieres a que llevo los estudios cuesta arriba, Donna ha dejado de hablarme y no paran de putearme en la fraternidad. Sí, creo que estoy de maravilla —me desahogo con Craig, sin ni siquiera haberlo planeado. No debería malgastar este tiempo tan precioso con él, quejándome. Me odio por ello.

—Fred, no puedes detener las olas, pero puedes aprender a

surfearlas —me dice como si fuera un gurú.

—¿Y eso qué significa? —le pregunto intrigada.

—Tienes que aprender a luchar tus propias batallas. Donna te volverá a hablar. Saca esa labia que tienes y tan pocas veces usas y recupera su amistad. Nunca he estado en una fraternidad, pero he vivido situaciones igual de duras y por experiencia te diré que cuanto más traten de hundirte, más debes sonreír. Eso les disgustará. En cuanto a la carrera, ya sabes lo que pienso. Uno debe sentirse a gusto y feliz con lo que hace. Me dijiste que querías ser periodista... — Ahoga la última frase dándole mayor énfasis.

—No me quedan muchos motivos por los que sonreír —admito alicaída.

—Piensa que, aunque estés mal por dentro, tus enemigos se preguntarán qué es lo que te hace tan feliz y descubrirán que eres más fuerte de lo que creen. Terminarán cansándose de no verte afectada y la tomarán con otra —me explica de forma tierna.

—¿Sabes? Siempre tienes las palabras adecuadas para el momento adecuado. Te haré caso.

—Sí y ya me dirás cómo ha resultado —me pide—. Ah, y, por cierto, deberías desconectar un poco y salir con tu

prima Rachel por ahí. ¿No me dijiste que te encanta ir a los karaokes? Pues sal a tomarte algo, bailar hasta que te duelan los pies y cantar hasta desgñitarte. —Consigue sacarme una sonrisa—. Así me gusta. Estás más guapa cuando te ríes.

Se despide de mí poco después. Cuando bajo la pantalla del portátil y me doy la vuelta, me encuentro con Rae sujetando mi cazadora.

—No hace falta que te pregunte cuánto tiempo llevas aquí. Lo has escuchado todo, ¿no? —le digo sin necesidad de que responda. Ella asiente.

—Vas a seguir al pie de la letra la prescripción médica de tu chico. Vamos a cenar algo y luego iremos a darlo todo esta noche.

—Mañana tenemos clase —le recuerdo, lamentando ser la aguafiestas.

—Como si nunca hubiéramos ido al instituto habiendo dormido un par de horas —me recuerda en confianza. No necesito mucho más para aceptar la propuesta. Tomo la cazadora, el bolso y nos marchamos.

Cuál es mi sorpresa cuando, al abrir la puerta del dormitorio, me cruzo de bruces con Donna. Mi gesto es sorprendido mientras el suyo es contrariado. La he pillado con la mano alzada a punto de llamar con los nudillos.

—Hola, Donna. ¡Cuánto tiempo! —No puedo creer que acabe de cruzarme con ella después de mencionarla hace tan poco.

—Hola, Fred. Venía a hablar con tu prima. Será mejor que venga en otro momento —dice a punto de darse la vuelta.

—Espera, Donna. —La detengo momentáneamente—. Quería comentarte algo y ahora es tan buen momento como cualquier otro.

—¿Sí? —Me mira impaciente, rogando porque acabe pronto y alejarse de mi lado.

—Quería pedirte perdón si hice algo que pudiera molestarte. No fue mi intención. Al llegar aquí te convertiste en una buena amiga y solo puedo decirte que todo lo que he hecho y dicho hasta ahora es porque me preocupo por ti. — Mis palabras parecen no afectarle lo más mínimo.

—Fred, cuestionar lo que hago, cuándo lo hago o con quién es algo que nunca me ha gustado y aún menos mi círculo íntimo. Considero que una buena amiga debe estar en lo bueno y lo malo, pero nunca debe atribuirse funciones más allá del apoyo y la comprensión. —La vergüenza y la culpabilidad hacen que termine contemplando el color de las baldosas del suelo. Entonces, recuerdo las palabras de Craig y me envalentono.

—Tienes razón, no actué bien, pero te pido que vuelvas a confiar en mí otra vez. Esta vez no sobrepasaré la raya que tú delimites.

Cuando necesites mi ayuda, estaré ahí para lo que haga falta —me ofrezco mirándola a los ojos y poniendo toda la leña en el asador—. Lo he pasado mal todas estas semanas viendo cómo me evitabas y sabiendo que era culpa mía... — Donna me mira detenidamente con la curiosidad inundando los iris de sus ojos.

—Esto no es como comprar un boleto para la feria que dice «siga jugando». Empezaremos desde el principio y tendrás que ganarte mi amistad si tanto la quieres. —Asiento satisfecha.

—¿Qué te parece si empezamos ahora mismo? Rae y yo íbamos a salir un rato. ¿Te apuntas? —la ofrezco esperanzada.

—¿Cuál es el plan?

—Cena y karaoke —añade Rae, acercándose a mi lado y pasándome el brazo por el hombro mientras sonrío. Una hora después, las tres nos encontramos en el interior de un bar cantando a voz en grito «Shake it off», de Taylor Swift.

Junio

63



Craig

Aún no he terminado de acostumbrarme a los largos viajes en avión ni al *jet lag* posterior que nos pasa factura durante días.

Nos ha tomado cerca de un día llegar a casa. La siguiente parada son las islas Fiyi, a apenas cinco horas en avión de Melbourne, por lo que pedimos al patrocinador que nos concediera algunos días libres. Alice me ha recordado con innumerables mensajes que he olvidado hacerme la revisión obligatoria de los tres meses tras la operación del tumor. Y es justo que no deje de lado la de los seis meses. Está preocupada por mi estado de salud. La constante descompensación horaria me tiene aturdido durante días y parezco un zombi yendo de un evento a otro.

Hurley me ha permitido viajar a Melbourne por lo bien que lo he estado haciendo hasta ahora. Me encuentro entre los diez primeros en la lista de clasificación cuando sus otras apuestas han quedado entre los últimos en anteriores años.

Necesitamos de dos vuelos y tres paradas para llegar a Melbourne. El primer vuelo dura más de quince horas. Hacemos escala en Buenos Aires, la tierra del tango, y desembarcamos en Auckland, Nueva Zelanda. Un segundo avión nos trae hasta Melbourne tres horas y media después.

Mi hermano y yo estamos cansadísimos y aparte de un sentido abrazo con nuestro padre, que nos ha ido a buscar al aeropuerto, no hemos dicho palabra. Comemos junto a nuestros padres en silencio, prometiendo contarles esa misma noche todo lo que quieran. Nos vamos a la cama e invertimos toda la tarde en un sueño reparador.

Esa misma noche, nos levantamos temprano para disfrutar de una cena familiar al completo. Janet ha traído a nuestro hijo Ben.

—Hola, Janet —la saludo, abriendo la puerta del todo e invitándola a pasar—. Hola, Ben.

—Hola, papi —me contesta lanzándose a mis piernas y abrazándome. Le revuelvo el pelo de forma cariñosa. Entonces, me agacho y le cojo en brazos. El rostro de Janet se muestra incrédulo.

—¿Qué es lo que ocurre? —le pregunto interesado.

—No, nada. Es solo que había olvidado tu faceta cariñosa —admite sin más.

—Ben, ve a saludar al tío Flynn —le pido mientras le bajo al suelo. Me hace caso y echa a correr hacia el interior de la casa—. Sé que no he sido un buen padre para él, pero me gustaría arreglar eso. Quiero que sienta que tiene una familia, aunque sus padres tengan sus propias vidas.

—Me alegra ver que has cambiado desde que nos conocimos. ¿Se puede saber a quién le debo las gracias? ¿No será esa chica con la que te vi un par de veces?

—Es algo difícil de explicar, pero en parte sí. Es por Fred.

—¿Y qué tiene de complicado? Si te gusta, sigue adelante con ella.

—Es americana.

—Ya veo. —Nos quedamos callados. Esta es la conversación más larga que hemos llegado a tener alguna vez.

—Quédate a cenar con nosotros —digo señalando el comedor con la cabeza.

—Muchas gracias, Craig. —Janet se siente abrumada—. Tal vez en otra ocasión. He quedado con alguien...

—En otro momento, pues. Te tomo la palabra. —Ella sonríe antes de despedirse de m  y marcharse. Cierro la puerta satisfecho de cómo ha ido la conversación. Hay un bullicio de parloteo y risas que procede de la cocina. Entro y me encuentro con sus rostros felices y risueños. Me siento «casi» como en casa. Estamos todos, excepto Fred.

64



Fred

La relación entre Donna y yo avanza a paso de tortuga. Observo su reticencia a contarme ciertas cosas y sé que me va a costar recuperar su amistad. Por su parte, Rachel está tan absorta en Nick que ha terminado dejándonos a Donna y a mí de lado con la excusa de que debemos reforzar lazos.

Después de varios meses, sigo sin saber demasiado del «novio» de mi prima. No sé si llamarlo así. Las palabras y las acciones de Rachel se contradicen de forma irremediable. A lo que ella llama disfrutar del curso y las opciones que Stanford nos ofrece, yo lo llamo «enamorar-se perdidamente de un desconocido» porque, al fin y al cabo, eso es lo que es Nick para mí. Siempre he conocido a todos los novios de Rae e incluso habría estado loca de contenta si al final hubiera terminado con Liam.

Rachel se cree muy madura para estos temas, pero actúa como una veleta guiada por el viento. Cuando está con un chico siempre dice que no es nada serio y que solo quiere pasárselo bien pero, al final, termina implicándose más de la cuenta y, cuando no es ella quien controla la situación, corta por lo sano por puro miedo. Pude verlo con Liam. Ambos decían no querer ataduras, pero ninguno se mostraba convencido de aquello. Rachel temía lo que podía hacerles

la distancia a ambos y tomó la decisión más fácil. Perder el contacto.

Comparado con Liam, Nick resulta bastante atractivo, con su robusta figura, su amplia frente, sus vivaces ojos y su ensortijado cabello rubio. Sin embargo, su mirada inescrutable y su parquedad hablando le hacen más siniestro a mis ojos. Mientras que Liam era atento y cariñoso con ella, Nick es un fanfarrón y un presumido. Son la cara y la cruz de una misma moneda. Si no conociera tan bien a mi prima, pensaría que está con Nick para olvidar a Liam.

Anoche salí a correr por el campus para despejar la mente de los estudios. Estamos en plena época de exámenes y estoy saturada ante tantas expectativas no resueltas: mis padres, la fraternidad, Donna, Jonathan, Craig e incluso Rachel. Estiré junto a la puerta de mi residencia, como hago siempre, cuando vi a Ashton acercarse a mí con una de esas sonrisas genuinas que derriban todo a su paso. Entonces, eché a correr. «¿Se puede saber qué mosca le ha picado?», pensé. Donna me ha contado que Ashton lo ha dejado con Heather. Ha ido diciendo que se arrepiente de haberme engañado y que ojalá no hubiera sido tan tonto. Ahora se dedica a rondarme por el campus mientras yo me escondo de él.

—Fred, ¡espera! —gritó, echando a correr tras de mí. Pronto, me alcanzó y se mantuvo a mi ritmo—. ¿Por qué has echado a correr? ¡Literalmente! —me preguntó, con un gesto inocente en su mirada.

—Sigues siendo tan teatrero como siempre, Ash. No has cambiado —le dije, volviendo la mirada al frente.

—Eso es lo que me gusta de ti, Fred. Tú siempre has sabido cómo era y me aceptabas sin pretender cambiarme. ¿Por qué ahora ese cambio tan radical? —paré en seco y le miré indignada.

—¿Cómo pudiste engañarme? Si de verdad me querías, nunca te habrías ido con otra. Lo que más me duele es que creas que soy tan ingenua como para perdonarte después de todo lo que me has hecho.

—Pronto, mis ojos se vieron anegados en lágrimas. Ash dio un paso adelante para reconfortarme entre sus brazos—. Ni se te ocurra —

ladré, furiosa.

—No puedes actuar como si toda la culpa fuera mía. Cada vez que trataba de acercarme a ti, me echabas de tu lado. —Su expresión dolida me hizo trizas el corazón.

—Yo... he estado desbordada con la facultad, la hermandad...

—¡Maldita sea! —soltó un exabrupto que hasta a mí me pilló desprevenida—. ¡Yo también he estado muy liado y he buscado tiempo para estar contigo! Creo que nunca te has tomado en serio lo nuestro. —Sus acusaciones le hicieron darse cuenta de que había destruido cualquier esperanza, por ínfima que fuera, de recuperarme.

—Lo siento, Ash. Siento haberte hecho sentir que no dabas la talla. Yo siempre te quise... —Mis palabras se ahogaron rememorando el pasado y buscando en qué podía haber fallado.

—Tal vez si nuestros padres no hubieran puesto tantas expectativas en lo nuestro, aún estaríamos juntos —se quejó, no contento con nuestra conversación.

—No te engañes. Lo nuestro funcionó durante unos años, pero seguimos creciendo y cada uno necesitábamos unas cosas diferentes. Necesitamos experimentar y aprender de nuestros errores —pronuncié con la mirada perdida detrás de él.

—No seas cínica, Fred. Cuando hablas así, te pareces a nuestros padres —me recriminó al no reconocerme en mis palabras.

—Quizá es porque soy su hija y es inevitable que me parezca a ellos. Igual que tú, paradójicamente, sigues los pasos de tu padre —le reproché sin saber por qué, pues ya no me debía nada. Ni siquiera una explicación. Una que me había dado y que no aceptaba. La respuesta fue instantánea. Su brazo se despegó de su cuerpo y su mano vino a parar a mi rostro.

—Perdóname, Fred. No quería hacerlo —se excusó arrepentido en cuestión de segundos, sujetándome por los hombros para que le mirase. Con la cabeza gacha y todo el color en mis mejillas, forcejeé para liberarme de su sujeción.

—Suéltala, Ash o llamaré a la seguridad del campus —amenazó la voz de Rae, detrás de mí. Nick permanecía a su lado, dispuesto a participar en cualquier momento. Su oscura mirada y su sonrisa presuntuosa hicieron que Ash terminara liberándome de sus garras. Corrí hacia Rachel y me resguardé en su abrazo. Ash permaneció durante unos minutos contemplándonos hasta que Nick dio un paso adelante.

—Vale. Vale. Ya capto el mensaje —respondió con gesto serio—. Fred, ya hablaremos en otro momento, cuando estés más calmada.

—¡Ashton! Márchate o te juro que seré yo misma quien te patee el culo —gritó Rae, apartándome a un lado y caminando hacia él. Por suerte, Nick había permanecido expectante y detuvo a mi prima antes de que cometiera alguna locura. Teníamos las de perder y él lo sabía. Si montábamos un numerito, no solo nos encerrarían los agentes de seguridad del campus, sino que seríamos expulsadas de la facultad, un desprestigio para nuestros currículum.

Ashton se marchó soltando veneno por la boca. Miré a Nick con gesto arrepentido por todas aquellas veces que le había juzgado mal, dándole las gracias. Él asintió y se giró hacia Rae.

—¿Estás bien? —Mi prima asintió, sin mucha convicción.

—¿Fred? —Rachel me miró preocupada. Durante unos segundos, seguía sumergida en las palabras de Ashton. Por fin, después de todo este tiempo, era consciente del tipo de persona que era. Un completo desconocido para mí—. ¿Fred?

—Sí, sí. Estoy bien. Será mejor que me vaya a dormir. Mañana tengo examen y necesito descansar. Buenas noches, y Nick..., gracias —me despedí haciendo patente mi sentimiento no expreso en voz alta.

—Buenas noches, Fred —se despidió sin más. Entré al abrigo y protección de la residencia y les devolví a ambos la intimidad que necesitaban.

El incidente de ayer me demostró que Nick no pierde fácilmente

la compostura y que se preocupa por Rachel, algo que ha hecho que gane puntos en mi opinión de él. Sin embargo, mis reticencias siguen presentes.

65



Craig

He acudido al hospital a regañadientes. Mi madre ha estado encima de mí todo el fin de semana para que vaya a hacerme las pruebas pertinentes sobre el tumor antes de que retome el campeonato.

Una auxiliar me ha entregado una bata verde y me ha hecho pasar a un pequeño cuarto que da acceso a la sala de pruebas. Me quito la ropa y las pulseras y me pongo la bata. Me la ato en la espalda, pero no puedo evitar sentirme un tanto avergonzado. Una pequeña corriente de aire me traspasa por la espalda. ¡Gracias a Dios que llevo los calzoncillos puestos...!

Respiro profundo, temiendo lo que pueda salir de esa habitación. Abro la puerta y la misma chica que me ha atendido antes me indica de forma diligente cómo colocarme y no moverme para que el TAC salga bien. Me tumbo sobre la fría camilla mientras me siento observado al otro lado del cristal por el médico, mis padres y mi hermano. Noto cómo la camilla se mueve hacia el interior de la máquina. El proceso es parecido al de la otra vez, pero en esa máquina la sensación de agobio es casi inexistente, cierro los ojos ahora que nadie me ve. Pienso que no por eso seré menos valiente.

El silencio de esta máquina me sorprende, sus sonidos son

mínimos comparados con los chasquidos y zumbidos de la otra prueba. El leve sonido del aparato al escanear y fotografiar mi interior casi llega a ser relajante.

Cuento los minutos que parecen ser eternos. Entonces pienso en Fred y su mano sujetando la mía sobre la cama de su habitación de hotel. Sus ojos brillantes y su sonrisa traviesa mientras jugamos entre risas. Su delicada y suave piel al acariciar cada uno de sus recovecos. O su rostro lleno de placer cuando la hice mía. Recuerdo la frescura y, al mismo tiempo, la ingenuidad de su tacto y, sobre todo, su cuerpo laxo junto al mío. Nuestros dedos entrelazándose, formando un solo ser, justo tal y como habíamos hecho minutos antes.

Cuando quiero darme cuenta, Fred ha desaparecido de mi mente y la voz del médico me devuelve a la fría sala de hospital donde me encuentro.

—Lo has hecho muy bien, Craig. Ya hemos terminado. Puedes volver a vestirte. Tu familia se reunirá contigo afuera. Dentro de un rato, os llamaré para que paséis y veamos juntos los resultados. —Su tono de voz es tranquilizador. Se nota que lleva muchos años haciendo el mismo trabajo. Aplacando los nervios y miedos de la gente ante lo peor.

Por mi parte, solo hay una cosa que podría retirarme de mi sueño y sería recaer en la enfermedad. Cabizbajo, regreso al cuartucho donde dejé la ropa. Me visto y salgo a la sala de espera donde Alice, Steven y Flynn me esperan.

—Ya puedes devolverme eso —le digo a mi hermano, señalando las chapas metálicas con mi nombre y mi tipo de sangre. Esto es lo más cerca que estuve del servicio militar. Fueron un regalo de mi tío antes de que viajara a Afganistán y una bomba se lo llevara a otros tres compañeros y a él. Ya podéis imaginar cómo aquello cambió mi perspectiva y la de mi familia sobre servir a mi país...

—Toma, anda. Total, a mí no me iban a servir de mucho pues ya

tienen tus datos. —Me las lanza al pecho y las cojo al vuelo. Me las pongo, las beso y las guardo debajo de mi camiseta. Mi madre no puede resistirlo más y se arroja a mis brazos. Su nerviosismo la hace temblar como un animalillo enjaulado. Mi padre se mantiene a flote soportando de forma estoica toda esta situación y sirviendo a mi madre como paño de lágrimas.

—¿Cuánto tardará el médico en llamarnos? —pregunta nerviosa, aún a sabiendas de todo el protocolo médico. Si mi padre no la sostuviera, sus temblorosas piernas la habrían fallado hace rato.

—Esperaremos lo que haga falta —suelta mi padre, abrazándola con más fuerza si cabe.

La puerta se abre y el médico nos mira uno a uno.

El teléfono, inoportuno como él solo, comienza a sonar en ese momento. Es Liam. Se estará preguntando por el resultado de la prueba. Le cuelgo, ya le llamaré más tarde.

—Adelante —pide mirándome a los ojos. Avanzo y entro en la consulta junto a mi familia. Cuando el médico cierra la puerta y se sienta frente a nosotros, temo lo peor—. Bien, Craig. ¿Cómo te sientes?

—Bien, ¿eso es buena señal? —le pregunto con un nudo en el estómago. Espero a que me diga los resultados de una vez.

—Por supuesto, Craig. Sigues totalmente limpio y eso, después de seis meses, es una excelente noticia. —Alice se lleva irremediablemente el pañuelo que sostiene en la mano a la boca y ahoga un sollozo, mi padre la abraza y Flynn se lanza a mi cuello. Los sentimientos están a flor de piel—. La próxima revisión será dentro de tres meses y, por favor, te ruego que no lo dejes pasar como la última vez. Estas pruebas pueden marcar una diferencia.

—Sí, doctor. Haré todo lo que me diga —aseguro levantándome y estrechándolo en mis brazos. La felicidad nos embarga a todos llevándonos, a veces, a cometer locuras como esa.

El médico se ríe y me da un par de toques en la espalda. No

puedo imaginarlo, pero el saber que ha contribuido a alargar la vida de alguien debe ser como un chute de adrenalina.



Fred

Queda una semana para terminar el curso y todas las novatas hemos sido llamadas a acudir a la fraternidad. Alpha Kappa Alpha ha organizado un evento privado donde Claire, su presidenta, nos comunicará quiénes formaremos parte de la hermandad y quiénes quedarán apartadas de este privilegio.

Rachel no parece demasiado preocupada por ello. Donna le ha confesado que forma parte de la lista de chicas que se quedan. En cuanto a mí, soy una de las que está en duda. No me sorprende después de la extraña relación, llena de altibajos, que he tenido con Claire. Tiemblo como una hoja, pues de esto depende parte de mi vida profesional.

Nos ponemos nuestras mejores galas y nos maquillamos. Una de las condiciones que venían indicadas en la nota recibida de la hermandad.

Jonathan me ha ayudado a elegir la ropa. No se ha separado de mí desde que se enteró del numerito que me montó Ash y del que me salvaron Rachel y Nick. Nos hemos vuelto muy cercanos durante esta última semana. Rachel no para de bromear diciendo que los ojos de él brillan cada vez que estamos juntos y que es obvio que siente algo por mí. Yo me niego a escucharla. Si fuera verdad, me dolería mucho tener que separarme de él. Tal vez es por eso que con Jonathan soy

ciega, sorda y muda.

—Relájate, Fred. ¡Estás preciosa! Y tienes otras muchas cualidades que respaldan tu elección dentro de la hermandad —trata de animarme Jonathan. Mi gesto arrugado le anima a seguir hablando—: Eres inteligente y ambiciosa. Sabes lo que quieres y cómo lograrlo. Si no te eligen, están completamente locas. —Me río ante su afirmación.

—Estaría mucho más tranquila si Claire no hubiera decidido levantar el hacha de guerra desde que nos conocimos. Cada vez que intento acercarme a ella, huye como si tuviera la peste —afirmo, sentándome en la cama junto a Jonathan y apoyando mi cabeza sobre su hombro. No puedo negar que el chico es guapo y sabe escuchar, pero no es Craig. Me pregunto qué estará haciendo cuando noto una sensación cálida en la frente. Me quedo perpleja al descubrir que Jonathan me ha dado un beso.

—¿Qué ha sido eso? —Me incorporo y le miro de hito en hito.

—Creo que somos suficiente mayores para saber lo que es sin necesidad de ponerle nombres, pero si tú lo necesitas, lo haré. He sentido algo por ti desde que te vi el primer día en clase. Me acerqué a ti y me ofrecí a ayudarte con los estudios.

Nos hicimos amigos. Creí que te importaba al menos un poquito, pero veo que me he equivocado. —deduce por mi actitud despegada hacia él—. He sido un tonto por ilusionarme. Será mejor que te deje sola. Tienes que terminar de prepararte.

—Espera, Jonathan —le pido avergonzada por mi actitud mientras él ya se ha levantado y camina hacia la puerta.

—Dejémoslo así. Será mejor que hagamos como que esto no ha ocurrido y si mañana me sigues hablando, no volveré a mencionar el tema —asegura acercándose a mí, con la intención de darme un beso en la mejilla y deteniéndose en el último momento—. Hasta luego, Fred.

—Hasta luego, Jonathan.

Cinco minutos después, la puerta vuelve a abrirse y esta vez Rachel entra por ella.

—¿Estás lista? Deberíamos irnos ya si queremos llegar a tiempo —me advierte sin darse cuenta de mi abatido estado de ánimo. Me doy la vuelta y descubre que mi rostro está cubierto de lágrimas—. Pero... ¿qué ha ocurrido aquí? —me pregunta corriendo hacia mí, abrazándome. Comprueba que esté bien. Teme que Ash haya vuelto a las andadas.

—Tengo un imán para alejar a la gente de mi lado — digo entre hipos.

—¿Por qué dices eso, cariño?

—Primero, Craig. Ya sé que vive lejos, pero empecé a sentirme así después de que regresáramos. Después fue Donna, luego Claire y ahora... —me detengo para respirar por la boca— y ahora, Jonathan.

—¿Te ha hecho algo? ¿No habrá intentado forzarte? — me dice yéndose por lo peor.

—No, no. Él jamás se atrevería. No es así. No como Ashton. Él... me ha dicho que me quiere —confieso dolida por ser la única que no se diera cuenta de ello. O por sospecharlo y no querer admitirlo.

—No te lloves mal rato. La persona afectada es siempre la última en enterarse de estas cosas —trata de consolarme entre sus brazos.

—Sí, pero tú trataste de advertirme y no te escuché. — Me aferro a la culpa de lo ocurrido. Aunque Jonathan y yo volvamos a hablarnos, sé que nunca volverá a ser lo mismo. No habrá la misma confianza de antes entre ambos.

—Tal vez sea mejor así. —Alzo la barbilla y me quedo mirándola, sin entender—. Tú sigues obcecada con Craig y hasta que lo nuestro no encuentre un final para ambos no te hará ningún bien tener a moscones cerca. —Creo que puedo comprender su punto de vista. Necesito tener las cosas claras y necesito que sea cuanto antes. Esta situación no me beneficia en nada—. Hasta que no aclares las cosas, no podrás seguir con tu vida y dejar que alguien más entre en ella.

Asiento. A veces me pregunto si no habremos cambiado las tornas por error. Yo siempre he sido seria y responsable por las dos, pero es ella la que me demuestra que puede ser diferentes chicas sin rechazar a ninguna de ellas: mi compañera de habitación y de carrera, mi prima, mi amiga y la más importante de todas, mi hermana. Nos unimos en un abrazo que me reconforta y me hace sentir mejor.

—Vamos. Tenemos que lavarte la cara. Se te ha corrido todo el maquillaje y ¿no querrás que la Reina de Hielo te vea así? —Su habitual buen humor hace acto de aparición. Sonrío y niego con la cabeza.

Un rato después, Rachel llama al timbre de la fraternidad y me devuelve la sonrisa. Tal vez, después de todo, la fraternidad no sea lo más importante. Tener a gente como Craig o Rachel en mi vida es lo que me da fuerzas para levantarme cada mañana.



Craig

Esa misma tarde, Liam decide que tenemos que celebrar los resultados de los análisis. No tengo pensado salir, pero su insistencia hace que al final termine aceptando.

—¿Adónde vamos? —le pregunto impaciente. Odio ser el único que no lo sepa.

—Es una sorpresa. Pronto lo descubrirás.

Cuando mis pies se detienen, observo el lugar donde lo hacen. Enfrente de lo que solía ser un concurrido *pub* de copas que lleva años cerrado. No entiendo qué hacemos allí, pero decido seguirle el juego hasta descubrir de qué se trata. Liam abre la puerta y se pierde en la oscuridad más absoluta. Me asomo con los brazos extendidos, con temor a romperme la crisma.

En ese instante, la luz se hace paso y descubro ante mí a decenas de personas que alzan una copa en sus manos. Todas son caras conocidas. Mis padres, Flynn, Andy y Steffi, Janet y Ben, e, incluso, el señor Tunner, son algunos de los invitados que permanecen en las primeras filas. Otros, como mi jefe o mis compañeros de trabajo han preferido quedarse atrás y disfrutar del breve anonimato que esto supone.

—¡Sorpresa! —gritan todos al unísono, una vez que me los encuentro de frente.

Las risas de unos y los comentarios de otros hacen que el bullicio se duplique de forma exponencial.

—¿A qué no te lo esperabas? —me pregunta Liam, satisfecho de mi reacción. Niego con la cabeza. Ha sido toda una revelación.

Saber que toda la gente que ha formado parte de mi pasado y mi presente se ha unido allí para hacerme un homenaje y desearme mucha suerte en mi gran aventura es algo que no podía llegar a imaginar. Un gran regalo.

—Me esperaba cualquier cosa menos esto, la verdad. ¿Cómo has conseguido reunir a tanta gente en tan poco tiempo?

—De hecho, ha sido tu hermano el que ha tenido la idea y ha llamado a todos para que acudieran. Yo solo te he traído hasta aquí.

—No te quites méritos. Siempre estás ahí cada vez que te necesito. Muchas gracias —le digo, ofreciéndole la mano. Esta vez es Liam quien me abraza.

—Será mejor que no te monopolice. Tienes que hablar con todos los invitados. Pásalo bien y disfruta. Te lo mereces —me anima, alejándose hacia la zona del bar.

Un rato después, charlo con el señor Tunner, al que tengo algo abandonado desde que acepté participar en la Competición Nacional de Surf. Me pregunta si soy feliz.

—Creo que no lo he sido tanto nunca. Tengo una larga vida por delante, estoy viviendo el sueño de mi vida y tengo a personas estupendas que me quieren y me apoyan. ¿Qué más puedo pedir?

—No mucho más, pero me hubiera gustado seguir dándote clases. Espero que el año que viene te apuntes a la facultad. Eres uno de mis mejores alumnos. —Lo observo con atención. En la vida siempre te cruzas con profesores que te marcan de forma especial y te hacen amar una asignatura por encima de todas las demás. En mi caso, ese había sido Tunner.

—Ya puede prepararse. Soy de los que dan mucha guerra. Tendrá que sentarme en la primera fila —bromeo, con la misma confianza

que él ha depositado en mí todo este tiempo.

—Disculpe, pero tengo que robárselo —asegura Andy, cogiéndome del brazo y arrastrándome al centro de una conversación.

—¿Tú qué opinas sobre Liam?

—¿Qué opino sobre qué?

—Steffi y yo hablábamos de que Liam lleva una temporada algo alicaído. Creo que necesita a una chica.

—Tal vez ese sea su problema.

Me miran intrigados.

—¿Recuerdas que te hablé de Fred? —Andy asiente—. Pues no te conté toda la historia. Fred vino con su prima Rachel, y esta tuvo un pequeño romance con nuestro Liam. Por lo que sé ambos quedaron bastante tocados, pero Rachel se ha recuperado y no ha tardado en sustituirlo por otro. Tal vez sea eso lo que trae le de cabeza. Ya sabéis que siempre ha dicho que no quería tener algo serio hasta que terminara la carrera.

—En las cosas del amor, el corazón es el que manda — replica Steffi.

—Exacto.

—Pero también es verdad que un clavo saca otro clavo —bromea Andy.

—Mi amiga Yara sería perfecta para él. Podríamos presentársela.

Mi rostro muestra claramente mis dudas. Nunca me ha gustado meterme en los asuntos personales de mis amigos.

—Vamos, Craig, puede que sea lo que le haga falta. Después de todo, esa chica, Rachel, vive en la otra punta del mundo.

Lo medito durante unos minutos y me pregunto qué podría ser lo peor que ocurriera.

—Está bien. Llámala.

—No te arrepentirás.

—Eso espero.

Media hora después, descubro a Liam hablando de forma muy entusiasta con una chica cuyo rostro no consigo ver. Su cabello es largo y del color del chocolate; su vestimenta, algo atrevida al igual que su actitud con mi amigo. No para de tocarle mientras habla con él, como si quisiera ir más allá. El rostro de Liam deja claro que toda su atención está centrada en ella y, por un momento, me alegro por él.

—¿Cómo va todo? —le pregunto, aprovechando un rato en el que Yara habla con Steffi.

—Diría que demasiado bien para ser verdad. Acabo de conocer a una chica inteligente y preciosa. Se llama Yara y es amiga de Steffi. Y, lo más importante, vive en Melbourne.

—Eso suena fantástico, Liam. Si te gusta, deberías ir a por todas.

—Te haré caso. No voy a dejarla escapar. Quiero que la conozcas —dice antes de darme un toque en el hombro y alejarse en su busca. La sujeta de la cintura y, señalando en mi dirección, intercambia un par de palabras con ella. Yara sonrío y asiente. Ambos caminan hacia mí cogidos de la mano.

—Yara, este es Craig. Craig, esta es Yara.

—Encantado.

—Igualmente.

—Si me disculpáis, mis deberes de anfitrión me reclaman —me excuso al ver una persona con la que todavía no he hablado de mi viaje. Mi hijo Ben.

Me acerco a él, lo cojo de la mano y lo llevo a una esquina para que podamos hablar sin ser molestados. Lo aúpo y lo siento encima de una mesa.

—Ben, ya sé que la última vez que hablamos de mi viaje te quedó claro, pero han cambiado algunas cosas desde entonces. —Él asiente, serio y receptivo, dando la apariencia de un niño grande.

—Sí, lo sé. Mamá me dijo que ya no estás pachucho.

Me río.

—No, cariño. Ya estoy bien.

—Entonces, ¿ya no te vas a ir?

—Esa es la otra cosa de la que quería hablarte. Voy a estar fuera durante unos meses, pero te llamaré siempre que pueda. —El pequeño agacha la cabeza, ciertamente apenado. Ahora que hemos conseguido conectar como solo un padre y un hijo harían, me tengo que marchar—. Esto no va a cambiar nada. Te quiero mucho, aunque no te lo haya demostrado como debiera. —Los ojos de Ben se asoman de su escondite y me observan atentos—. Quiero que te quede claro que eres lo mejor que me ha pasado. Te prometo que cuando vuelva, iremos de excursión con tu madre y haremos todo lo que quieras.

—¿Iremos a pescar? —me pregunta emocionado.

—Sí —le respondo feliz de verle así.

—¿Haremos fogatas por la noche y contaremos historias de terror?

—No sé si eso le parecerá una buena idea a tu madre.

—No pasa nada.

—¿Sabes lo que podemos hacer? —llamo su atención—. Vete apuntando en una hoja todo lo que quieras hacer y cuando vuelva, tu madre y yo estudiaremos todas las opciones. ¿Te parece?

—Sííí.

—Estupendo. ¡Ah, se me olvidaba lo más importante! ¿Podrías hacerme un favor?

—Lo que sea —me contesta veloz como un rayo.

—Quiero que me guardes esto mientras estoy fuera — digo sacándome por el cuello las chapas metálicas que tanto tiempo me han acompañado—. Cuídalas. ¿Lo harás?

—Claro que sí, papá —acepta en el mismo momento que se las pongo y le caen sobre el pecho.

Ben las coge en sus manos y las mira embelesado como si fueran un tesoro. Esa imagen de mi hijo no se me quita de la mente mientras observo a las azafatas desfilar de un lado a otro del avión.



Fred

—Hola, chicas. ¿Qué tal? Pasad —nos saluda Donna, apartándose a un lado para que podamos entrar.

—Muy bien. Bueno, Fred está de los nervios. —Le doy un codazo a mi prima por ser tan bocazas. No por Donna, sino por quién pueda escucharnos.

—Tranquila —me anima Donna—. Todos están en la sala principal comiendo y bebiendo como cavernícolas. —Se ríe de su propia comparación.

—¿A qué te refieres con todos? Solo éramos chicas, ¿no? —le pregunto, temiendo lo peor.

—No, Fred. La hermandad ha invitado a Kappa Sigma a la graduación de las novatas, pero no tienes de qué preocuparte. Ashton no ha venido —me tranquiliza momentáneamente. La seguimos mientras hablamos del final del curso.

—Al final, el señor Lavender ha sido un hueso duro de roer. Menos mal que me advertiste sobre él —le agradezco indirectamente a Donna—. Me ha costado ganármelo, pero me bajó la nota a notable solo por llegar tarde dos días.

—Te dije que era muy estricto. En todo —me aclara, por si no me había dado cuenta aún—. Se toma su trabajo demasiado en serio. La

gente dice que en su tiempo libre se dedica a crear nuevas formas de tortura para los alumnos. —Las tres nos reímos ante las ocurrencias, no tan descabelladas, de Donna. En ese momento, llegamos al salón y todas las miradas se desvían hacia nosotras. Noto una punzada en el pecho cuando veo la mirada de Claire llena de desdén.

—Bienvenidas. Rachel. Winnifred. Id junto al resto de novatas. Empezaremos en un instante. —Trago saliva a duras penas y sonrío a los presentes. Le hacemos caso y nos juntamos con el resto de nuestras sufridas compañeras. Rachel se entretiene hablando con un grupo, pero yo no soy capaz de fijar la atención en nada. Revoloteo entre las chicas sin perder a Claire de vista hasta que desaparece entre el gentío.

—¿Quieres tranquilizarte? —me pide mi prima, al ver que los nervios no me dejan parar quieta—. Se podría chiscar una cerilla con las suelas de tus zapatos.

—Ja, ja, ja. Muy graciosa —suelto con ironía, mirándola a los ojos—. Seguro que tú estarías igual si Donna no te hubiera dicho que ya estás dentro.

—Te conozco demasiado y antes de que entráramos por esa puerta estabas serena y radiante. ¿Qué es lo que te ha hecho cambiar de parecer? —me pregunta intrigada.

—Promete que no vas a reírte —le imploro antes de ceder a sus demandas.

—Sí, tontina. Suéltalo ya. No podría bromear con algo que parece tan serio para ti —admite sin ambages.

—Tengo el presentimiento de que algo malo va a ocurrir esta noche —pronuncio en un tono más bajo del habitual, para evitar que nos escuche alguien más. El rostro de Rae se congela. Me sujeta del brazo y me arrastra hasta una esquina.

—¿Aqué te refieres? ¿Qué va a suceder? —me pregunta atemorizada.

—Entonces, ¿me crees? —me sorprendo de que haya sido tan

fácil. Mi prima no cree en nada. Ni fantasmas, ni vida después de la muerte y, aún menos, en Dios.

—Claro que te creo. Cada vez que has dicho eso ha ocurrido algo malo. La última vez que lo dijiste fue hace tres años y perdiste a tu hermano. —Esa última palabra se me clava en el pecho como un taladro.

—Sí, y cada vez que lo decía, alegaban que era pura coincidencia —reclamo molesta al recordarlo.

—Tal vez tenían demasiado miedo de creer que pudiera ser verdad —apunta Rae, perspicaz—. Piensa que fue mejor que creyeran que estabas atravesando una etapa rara que no que relacionaran tus palpitos con la muerte de Matt. Eso habría sido muy duro, incluso para ti. Pero ¿qué es lo que has notado?

—No es algo concreto. No puedo predecir el futuro —le digo mirándola fijamente—. Si fuera así, lo sabría. Es solo que tengo una sensación extraña en la boca del estómago...

—A eso se le llama hambre... o nervios en tu caso — me replica Donna, agarrándome por la espalda. Trata de ser chistosa, pero este momento no es el mejor. Sonríe y Rae se da cuenta de que lo mejor es dejar aparcado el tema.

La voz de Claire, comprobando el funcionamiento del micrófono, se extiende por todo el salón. El rumor de voces se paga y todos prestamos atención a sus palabras.

—Como presidenta de la fraternidad Alpha Kappa Alpha quiero dar la bienvenida a nuestros hermanos de Kappa Sigma que nos acompañan esta noche y quienes me ayudarán a la hora de decidir quiénes de vosotras —señala descaradamente con la mano a las iniciadas entre las que me incluyo— pasaréis a formar parte de la fraternidad y quiénes tendrán que despedirse para siempre de sus sueños y ser unas parias en el campus. —Está claro que ser diplomática no es lo suyo. Tampoco ayuda la jauría de voces que la vitorean—. Bien, empezaremos por orden alfabético: Adams, Allen y

Baker — llama a tres de mis compañeras por su apellido—. Colocaos en el centro de la sala. Los demás apartaos lo suficiente para disfrutar del espectáculo.

Las chicas, dos caucásicas y una afroamericana, se ubican con una tenue sonrisa en el lugar indicado.

—Chicos. Una mesa, por favor —pide a través del micrófono. Dos de los estudiantes de la hermandad masculina se encargan de vaciar una de las mesas de comida y la llevan al centro de la sala—. Gracias. Podéis volver a vuestros sitios.

»Adams. Túmbate de espaldas sobre la mesa y ábrete de piernas —indica con voz serena. Está acostumbrada a que su palabra sea la ley y a que nadie le lleve la contraria—. Allen, quiero que cojas un botellín de cerveza vacía y lo utilices para darle placer a Adams. —El rostro de la chica tumbada se congela al descubrir que va a ser violada en directo delante de todo el cuerpo estudiantil. Desvía la mirada hacia Claire y, en ese instante, sabe que tendrá que pasar por el aro si quiere ser aceptada dentro de la hermandad y ser una más—. Baker, tú sujetarás las manos de Adams por encima de su cabeza y evitarás cualquier movimiento brusco. No queremos que salga herida.

La sala ha enmudecido por un momento. Ninguno de los presentes podría haber imaginado la novatada que Claire ha preparado a Adams. Todo el campus sabe que se la tenía jurada. Adams ha estado tonteando con Geoffrey, el novio de Claire y presidente de Kappa Sigma. Que una novata se atreva a hacer tamaña afrenta no es algo que pueda ser pasado por alto dentro de la hermandad.

Adams nota la suave caricia de su compañera apartándole las braguitas a un lado, contrarrestada por el frío cristal que toca su clítoris. Siente un pequeño escalofrío que la hace convulsionarse. Una sonrisa maliciosa se instala en los labios de Claire. Parece disfrutar con la escena.

—Déjate de preliminares y pasa a la acción. Estamos expectantes, Allen —ordena la presidenta.

La novata obliga a Adams a abrirse aún más de piernas y todos los presentes son testigos de sus intimidades.

—Lo siento, Amy —pronuncia Allen para después introducir el cuello de la botella dentro de su vagina. La presión que ejerce la propia botella hace que Adams se suelte de Baker y se incorpore de inmediato. Todo transcurre en cuestión de segundos y un grito inunda la estancia. El botellín se ha roto y la sangre comienza a empapar la mesa. Los espectadores se revuelven, vocean y empujan, incapaces de ayudar a la joven.

Es la propia Baker quien la sujeta de los brazos y la vuelve a echar hacia atrás para que su cuerpo se relaje y disminuya así el sangrado. No dudo un instante y, aunque esto me suponga la ira de Claire, saco el móvil del bolso y marco el 911.

—Por favor..., necesito que vengan lo antes posible. Una chica está sangrando profusamente... por la vagina. —Claire me ha visto con el teléfono de la mano y se hace paso entre la gente hasta llegar a mí—. ¿La dirección? —Su mirada es una amenaza velada y decido arriesgarme—: La fraternidad Alpha Kappa Alpha, en Stanford —comunico al teleoperador que me atiende, sin apartar la mirada de Claire. En esos segundos me siento una chica valiente, pero la presidenta de la hermandad se encarga de que toda mi adrenalina desaparezca y dé paso al miedo.

—No sabes lo que has hecho. Ten por seguro que esto tendrá consecuencias —suelta, antes de buscar a Geoffrey para que uno de sus chicos se encargue de sacar a Adams fuera del edificio. La vida de esa chica es el último de sus problemas, que la hermandad se vea envuelta en un escándalo, el primero de todos ellos.



Craig

Termino de hacer las maletas mientras Flynn, mi Pepito Grillo particular, está a mi lado tratando de convencerme para que me quede en casa y no continúe con la competición.

—Deberías quedarte y descansar. Sé lo que significa esto para ti, pero te prometo que habrá más competiciones, Craig. Tu salud es lo primero. Tienes las defensas bajas y cualquier tontería podría hacerte retroceder en la recuperación —me recuerda como si fuera un niño de cinco años.

—Flynn. Precisamente tú, mejor que nadie, deberías saber que este ha sido el sueño de mi vida desde que tengo uso de razón. ¿Acaso tú renunciarías si estuvieras en mi lugar? — le hago reflexionar.

—No estamos hablando de mí. No cambies de tema. Sabes que si tu salud se ve mermada tardarás más tiempo en volver a surfear. A la larga saldrás perdiendo —las palabras de Flynn me hacen darme cuenta de lo mal que se lo he hecho pasar todos estos meses.

—Estoy bien. Ya oíste al médico. —Me doy la vuelta enfrentándole y le miro a los ojos buscando algo de comprensión—. Tendré cuidado. Además, sabréis dónde estoy en cada momento y me veréis competir. Será como si estuvierais conmigo.

Cierro la maleta, la sujeto del asa y me dirijo a la salida. En ese momento, Flynn me sigue con unas muletas que le sirven de apoyo. Hace unos días se hizo un esguince y el médico le ha aconsejado hacer reposo, lo que le impide acompañarme como desea. Se echa sobre mí, pillándome desprevenido y me abraza con fuerza.

—¿Estás seguro de que no quieres venir conmigo? —le pregunto por última vez.

—Con uno que le dé dolores de cabeza a papá y mamá es suficiente. —Parece haber madurado durante nuestro viaje juntos.

—Dándotelas de rebelde ya has resultado ser el mejor de los dos. Cuida de ellos —le pido mientras que con mi mano libre le devuelvo el abrazo.

—Descuida. Lo haré, pero promete llamarnos a menudo si no quieres que se presenten allí y te traigan arrastrándote de las orejas —bromea Flynn, algo más animado.

—Está bien. —Carcajeo—. No me gustaría verlos enfadados.

Ambos caminamos hasta la cocina, donde Steven y Alice permanecen sentados alrededor de la mesa. Hablan en voz baja y su rostro lleno de preocupación se dirige hacia nosotros. Mi madre se levanta de inmediato, estalla en lágrimas y abandona la cocina, incapaz de soportar toda esta situación.

—Está claro que te has propuesto hacérselo pasar mal a tu madre —me dice mi padre molesto—. Nos hemos portado bien contigo siempre. No entiendo por qué eres tan testarudo y no quieres quedarte en casa. Es por tu bien —termina diciéndome como cuando era solo un crío y rebatía sus decisiones.

—Papá, voy a irme digas lo que digas. Solo espero que podamos despedirnos sin rencores ni rencillas. No quiero tener este mal recuerdo acompañándome —le digo, esperando que entre en razón.

—Craig, no soy el malo de la película, así que no me hagas sentir como tal.

—¡Ya basta, papá! —suelta Flynn, harto de ser testigo de esta fea

despedida—. Lo quieres demasiado. No discutas más y dale un abrazo. —Mi padre descubre que mi hermano se ha puesto de mi lado y no le hace gracia. Se acerca a mí, me da un fuerte achuchón y con un dedo acusador me mira.

—Más te vale que nos tengas al corriente de todo. Llamadas, WhatsApp, Skype o por cualquier otro medio de comunicación —me dice, sorprendiéndome, pues no es un experto en tecnologías—. No creas que tu viejo es un tonto. Yo también fui una vez joven y entiendo por lo que estás pasando. Necesitas hacer esto por ti mismo, vivir nuevas experiencias y volar fuera del ala de tu padre. Yo pasé por eso una vez, pero sigues siendo mi hijo y entiende que me preocupe por ti. Sobre todo ahora.

Asiento y sonrío sutilmente.

—Sí, papá. Yo también te quiero. —Extiendo la mano para estrechársela. Steven me sujeta el codo contrario, me acerca a él y me estrecha entre sus brazos. La emoción me hace ceder ante los sentimientos y le devuelvo el abrazo. Nuestro gesto de cariño dura unos segundos hasta que mi padre me mira a los ojos.

—Parece que alguien quiere hablar contigo. Será mejor que os deje a solas. —Me da un suave golpe en el hombro sonriendo y se marcha hacia la puerta que comunica con el salón, donde mi madre me observa con los ojos anegados en lágrimas.

—Sabes que no tienes que demostrar nada, ¿verdad? —Mi madre se acerca y cuando parece que va a sujetarme del brazo, sigue caminando hacia la mesa, toma una silla y se sienta. No es capaz de sostenerse en pie—. Sé que tienes suficiente edad para tomar tus propias decisiones, pero eso no impide que pueda darte mi opinión. En poco tiempo has demostrado una gran madurez. Has decidido replantearte tu vida siguiendo tus sueños. Has mejorado la relación con Janet e, incluso, te veo más unido a Ben que antes. Tal vez habría sucedido más tarde o temprano, pero la aparición de Fred en tu vida ha sido clave para este cambio. Tengo que estarle agradecida por

haberte ayudado en lo que yo no pude. —Su rostro se oculta rápidamente entre sus manos y trata de contener las lágrimas una vez más.

—Mamá, no me gusta verte mal por mi culpa. Tú me has ayudado a ser quien soy. Te lo debo todo. Si quedarme significa verte sonreír de nuevo, llamaré a los patrocinadores... —Alice alza la vista durante un segundo.

—¿Harías eso por tu madre? —Me mira circunspecta.

—Sí, mamá. Lo haría, pero quiero que seas sincera contigo misma y conmigo también. Has visto un cambio en mí a mejor. Si me quedara, ¿qué crees que ocurriría? —le planteo sin reservas.

—Tal vez esté siendo egoísta, pero por mucho que hayas crecido siempre serás mi hijo y no podrás evitar que me preocupe por ti —calla durante unos segundos conteniendo las lágrimas.

—No quiero que dejes de hacerlo, pero deja que decida por mí mismo y cometa mis propios errores —le recuerdo así que he crecido y debo tomar mi propio camino.

—Está bien, pero recuerda que siempre me tendrás aquí. No importa lo lejos que estés, ¿me oyes? —Se asegura de que lo he entendido. Me acerco a ella, me arrodillo y la abrazo con ternura.

Dos horas después, me encuentro sentado en el asiento que tengo asignado en el vuelo de Melbourne a Auckland recordando la despedida que Flynn y Liam me organizaron ayer.

70



Fred

—Vámonos antes de que nos metamos en un buen lío. —Tira de mí Rachel, al verme en *shock* ante lo ocurrido. Lo vivido hace unos instantes me ha afectado de una manera que no podía imaginar. Echamos a correr hacia la residencia, ocultándonos entre los arbustos y las fachadas de los edificios cada vez que oímos un ruido sospechoso—. Pero ¿qué diantres te pasa? ¿Quieres reaccionar de una vez? No es el mejor momento para andarse con remilgos —me gruñe por lo bajo mientras me zarandea. He oído cada una de sus palabras, pero no he profundizado en el sentido que verdaderamente tienen.

Mi mente sigue sobrevolando el interior de aquel salón, ahora desierto, donde Amy Adams ha sido violada y humillada públicamente delante de un centenar de chicas y chicos. Había confiado en el buen corazón de Claire con solo mirar un par de fotos en su dormitorio. Está claro que me equivoqué por completo.

—Yo... siento..., lo siento, Rae —logro decir a duras penas. Mi prima me abraza y me tranquiliza frotándose la espalda y dándome palabras de ánimo.

—No tienes nada que sentir. No debería haberte gritado. Me he dejado llevar por los nervios —admite en el justo momento en que

un vehículo policial se abre paso a golpe de sirena en el trayecto a la hermandad—. Vamos. En otra ocasión no me perdería a Claire dando explicaciones a la policía, pero estoy cansada y ha sido una noche larga. Será mejor que regresemos a la residencia. —Asiento y la sigo en silencio.

Cuando regresamos a «casa», nos ponemos el pijama y nos metemos en la cama. Rae se duerme al instante mientras que yo me dedico a ver una serie en el ordenador con los cascos puestos. No tengo sueño. Mi mente no para de dar vueltas a todo. Antes de que termine la serie, cojo el teléfono y pienso en llamar a Craig. Entonces me doy cuenta de que no sé dónde anda y podría pillarle en un mal momento con la competición tan presente. Echo un vistazo a mi lista de contactos y solo hay un número al que pueda llamar en estos momentos. Jonathan.

—¿Diga? —responde una voz adormilada después de varios tonos.

—Hola, Jonathan. ¿Te he despertado? —le pregunto sintiéndome culpable. Parezco ser la única ave nocturna despierta a estas horas.

—¿Fred? —Adivina por mi voz—. No, tranquila. Iba a acostarme, pero... dime, ¿qué tal la fiesta de la hermandad? —se serena y habla de forma más despejada.

—En cuanto a eso...

—¿Has pasado la prueba?

—No.

—No te preocupes. Hay más hermandades. No está todo perdido —me anima con esa voz tan dulce que le caracteriza cada vez que algo me aflige. Su actitud positiva ante la vida contagia a todos los que le rodean. Termino sonriendo, aunque con pocas ganas.

—Sí, lo sé. Además, tampoco me veía relacionándome con todas esas chicas tan snobs —me siento a gusto sincerándome con él. Una carcajada se escapa de sus labios—. ¿Qué es lo que te hace tanta gracia?

—Tú. Te noto cansada y aun así, tienes fuerzas para bromear — me dice con una sonrisa en los labios. Su cálida forma de hablar traspasa el teléfono inundando mis sentidos. Me siento como en una nube y termino bostezando—. ¡Vaya! Ya veo que te aburro.

—No, no. Jonathan. No es eso —digo tapándome la boca para no emitir más ruidos—. Es solo que... —Vuelvo a bostezar sin poder evitarlo.

—No te preocupes, mujer. Era solo una broma. Será mejor que te vayas a dormir. No quiero ser el responsable de que te conviertas en un zombi deambulando por los pasillos de la residencia y muerdas a alguna de tus compañeras. — Esta vez es él quien bromea.

—Tranquilo. Solo mordería a quienes se lo merecieran. De todos modos, te haré caso. El gris no me favorece demasiaaa... —Vuelvo a bostezar, esta vez de forma más denodada.

—Mañana hablamos, Winnifred. —La boca se le llena al pronunciar mi nombre. Lo paladea despacio y deja que escape de sus labios. Sin saber cómo, mi corazón empieza a bombear más fuerte. El recuerdo de Craig pronunciando de la misma forma mi nombre ha venido a mi memoria.

—Hasta mañana, Jonathan —me despido de él. Corto la llamada pulsando un botón y siguiendo el ejemplo de mi prima, decido no pensar más de la cuenta en nada. Me recuesto y cierro los ojos.

71



Fred

Me despierto temblando. No recuerdo lo que he soñado, pero lo primero que viene a mi mente es la escena tan atroz que presencié ayer en la fraternidad. Me pregunto cómo estará Amy y si Claire se acordará aún de que fui yo quien llamó a Urgencias. Claro que sí. ¡Qué tontería! Aún recuerdo la ira en sus ojos y cómo sus palabras se grabaron a fuego en mi cabeza. «Ten por seguro que esto tendrá consecuencias». Probablemente esas palabras no significarían ahora nada si no hubiera visto cómo ordenaba a dos chicas que humillaran y vejaran a Amy, y como estas la obedecían sin dudar. Por mucho que Claire haya podido sufrir en su vida, como llego a imaginar, eso no justifica una actitud prepotente ni una mentalidad tan nociva.

Decido ducharme y tratar de despejar mi mente. Dar vueltas a lo mismo no cambiará la situación. Cojo la ropa interior y mi neceser y me enfrento al mundo exterior. Noto cómo todas las miradas se detienen sobre mí. Está claro que los rumores se han extendido como la pólvora. Muestro mi mejor sonrisa, pero no parece funcionar. Todas rumorean ante mis narices y siento que la saliva se atasca en mi garganta.

El agua no consigue difuminar el panorama, pero me calma temporalmente. Me conformo con eso. Me envuelvo en la toalla y

salgo de la ducha. Detrás de mí hay una larga cola de chicas que, con los brazos cruzados, parece estén esperando para darme una paliza. Giro la vista y camino con naturalidad.

—¡Cuidado! —me dice una de las chicas de la fila.

—¿Qué? —pregunto sobresaltada.

—Se te ha caído el desodorante.

Alzo la vista y el bote está ante mis pies. No he besado el suelo de milagro.

—Gracias.

—Tal vez hubiera sido mejor que se hubiera caído. Si se hubiera roto algo, Claire se habría apiadado de ella —oigo decir a mis espaldas.

Regreso a la habitación y encuentro a Rae despierta.

—¡Qué madrugadora! ¿Ya sabes que hemos terminado las clases?

—Rae, lo he pensado. Tengo que ir a hablar con Claire. No quiero tener que estar vigilando mis espaldas durante los próximos años. Necesito arreglar esto cuanto antes.

—¿De verdad crees que esto se solucionará con una simple charla?

—Tengo que intentarlo. No puedo vivir con miedo en el campus.

—Está bien. Deja que me vista y te acompaño. No quiero que vayas sola.

Un rato después, nos encontramos frente a la puerta de la fraternidad de Alpha Kappa Alpha. Pulso el timbre y, al poco, escucho unos pasos acercarse. Nos abre una chica rubia con el cabello recogido en dos trenzas. Mueve las uñas como una descosida esperando a que el pintauñas que acaba de aplicarse se seque en un abrir y cerrar de ojos.

—Buenos días. Bienvenidos a la fraternidad Alpha Kappa Alpha. El plazo para nuevos ingresos ha terminado. Si queréis hablar con alguna hermana, tendréis que dejar vuestros datos y un número de contacto. Ahora mismo están descansando. Ayer terminamos la

fiesta bastante tarde.

—Yo pertenezco a la hermandad —interviene Rae—. Queremos hablar con la hermana Claire.

—Me temo que...

—Está bien, Ashley. Puedes marcharte.

—Sí, hermana Claire —contesta sumisa, tras levantar la vista y encontrarse de frente con la presidenta de la hermandad.

—¿A qué has venido Fred? Sabes de sobra que ni tú ni tu prima sois bien recibidas aquí —pregunta, bajando con la elegancia que la caracteriza los escalones.

—¿Cómo? Mi prima Rachel fue aceptada en la hermandad. No tienes derecho de expulsarla. Lo que ocurrió solo tiene que ver conmigo.

—Veo que tienes agallas. Agradece que tu amiga Donna intervino por las dos. «Otra vez» —recalca harta de que sea nuestro ángel de la guarda—. No habrá represalias por mi parte, pero no quiero volver a veros cerca de este edificio ni de mí. ¿Me habéis entendido?

—Cristalino —responde Rae mientras tira de mi manga.

—Algo verdaderamente malo tuvo que ocurrirte para que te hayas vuelto tan insensible, pero no me explico el qué.

—La vida misma. —Me quedo mirándola durante un segundo y observo cómo sube por las escaleras ignorándonos por completo—. Cerrad la puerta cuando salgáis.

Y así es como Rachel y yo nos despedimos de las novatadas y, también, de todo un abanico de contactos laborales.

Julio



Craig

Namotu me saluda con sus cristalinas aguas y sus olas de más de dos metros y medio de altura. El equipo de Hurley nos lleva a mis compañeros y a mí hasta un exclusivo *resort* de surf donde hay villas y *bures*^[10] o increíbles cabañas con techos de paja y amplios ventanales que permiten disfrutar de un escenario de ensueño. Las palmeras inundan cada centímetro cuadrado de la isla, a la que me han traído en bote, en un trayecto de quince minutos desde el aeropuerto de Nadi.

Entre nuestro equipo y otro de la competencia hemos completado el cupo de invitados en el *resort*. Veinticinco personas.

El relaciones públicas que se ocupará de nuestro equipo nos habla de otras actividades que podremos practicar durante nuestra estancia para desconectar del surf: pesca, navegación, windsurf, kitesurf o esnórquel.

«¡Podría acostumbrarme a esto», pienso con ironía y suelto una carcajada.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia? —me suelta Ruby, molesta porque mi ausencia haya afectado a los planes del equipo. Ruby es mi *partenaire*^[11] femenina en el equipo. Es una estupenda surfista, pero su vida más allá de los campeonatos es un misterio. Nunca ha salido en revistas ni se le ha conocido novio formal. La veo como un

marciano. Fuera de lugar—. Si no fuera por tus caprichos de niño malcriado, ya estaríamos practicando desde hace días —habla sin saber por lo que he pasado. Antes de volver a casa hablé con Hurley, les hice partícipes de mi estado de salud. Era lo justo ya que habían apostado todo por mí. El equipo fue lo suficiente arriesgado como para mantenerme dentro con una condición. No debía mencionar a nadie que había estado enfermo o correría el riesgo de verme descalificado y se quedaría sin participante masculino que lo representara. No importaba que ya hubiera superado la enfermedad, el hecho era que había engañado a todos desde el principio.

—Te das demasiados aires... ¿De verdad te crees tan buena? —le suelto molesto por su prepotencia. Tal vez sea el hecho de que seamos tan parecidos lo que más me mortifica.

—Cuando quieras lo probamos —me reta, tocando su tabla y mirando al horizonte, perdiendo la mirada en el oleaje.

—¡Tranquilitos, chicos! Me gusta ver que vuestro entusiasmo no decae, pero no os equivoquéis. Trabajáis juntos y tendréis que empezar a llevaros bien si queremos ganar este campeonato —nos sermonea el portavoz del equipo—. Un equipo es tan fuerte como lo sea cada uno de sus miembros. No podemos permitirnos ser débiles en este momento. Nos mantenemos en el medio de la tabla.

—Está bien —tranquiliza a nuestro supervisor, quien camina hacia el mostrador para hacer el *check-in*—. En cuanto a ti, Watson, mantente alejado de mí si no quieres terminar mal. —Ruby suena como una verdadera pandillera. Sus orígenes son humildes y se vanagloria de haber conseguido todo lo que tiene sin ayuda.

—¿Me estás amenazando? —le pregunto divertido.

—Tómalo como quieras —suelta con descaro mientras recoge la llave de su habitación y desaparece con su tabla bajo el brazo. Me la quedo mirando y, en ese momento, soy consciente de que, sin Flynn a mi lado, esta aventura será muy diferente, pero voy a tratar de hacer todo lo posible para disfrutarla al máximo. No voy a dejar que Ruby

ni nadie me dejen un regusto amargo.

Me acomodo en la habitación y me doy una larga ducha fría que agradezco. La temperatura habitual no suele bajar de los veintiocho o treinta grados durante todo el año. Sin siquiera peinarme, me pongo unas bermudas y salgo a la playa a través de la pequeña terraza privada que hay frente a mi dormitorio. Respiro con calma, disfrutando de cada segundo de paz y tranquilidad hasta que una voz me saca de mis pensamientos.

—¿Qué haces ahí parado como un pasmarote? ¿No te dije que no te acercaras a más de dos metros de mí? —me echa en cara Ruby como si fuera su lacayo. Está tendida cómodamente sobre una tumbona, con un reducido bikini que deja poco a la imaginación y una enorme pamelita y unas gafas de sol que cubren su rostro y su larga cabellera rubia.

—Olvidé leer la letra pequeña, pero no te molestaré demasiado. Voy a coger algunas olas —le digo, tratando de romper el puntiagudo hielo que hay entre nosotros.

—¡Genial! Así dejarás de taparme el sol. —Exhala con impaciencia. Decido ignorarla y darle su espacio como ha reclamado un momento antes.

Corro hacia el mar y me preparo para disfrutar de Namotu y los riesgos que entrañan sus aguas para aficionados como yo: sus barreras coralinas, sus afilados arrecifes, su poca profundidad o sus rápidas, fuertes y enormes olas. En resumen, un desafío para los sentidos.

Llevo en el agua cerca de una hora surfeando cuando empiezo a sentir un pequeño hormigueo en el pie. Algo que nunca me ha pasado. Lo sacudo creyendo que se me pasará en cuestión de segundos, pero no es así. El cosquilleo sigue presente y parece ascender hasta la rodilla. Me apoyo sobre la tabla el tiempo justo para atraer la atención de Ruby. Le hago señales con el brazo que tengo libre, pero parece no entenderme y me ignora sin motivo.

Trato de no soltarme de la tabla, pero el calambre es tan fuerte que me llevo ambas manos a la pierna y trato de activar la circulación sanguínea sin éxito. Algo me golpea y me quedo desorientado.

Lo siguiente que recuerdo es que alguien tira de mí hasta la orilla. Una voz irreconocible me grita desesperada porque vuelva a la vida.

—¡Maldita sea, Craig! Te prometo que si no reaccionas, me quedaré con tus tablas y ganaré el campeonato con ellas solo para cabrearte —vocea Ruby, nerviosa, como si ahogarme pudiera estropear todos sus planes.

73



Craig

Un aliento fresco en la boca me hace escupir el agua que he tragado. Unas manos masajean mi pecho y, entonces, noto un remolino de sensaciones, todas calientes, concentrándose en mis labios. Abro los ojos y descubro a Ruby besándome. Cuando se da cuenta de que he recuperado la consciencia, se echa a un lado avergonzada.

—¿Qué ha sido eso? —le pregunto incrédulo porque Ruby haya superado su rencor hacia mí tan pronto como para besarme mientras permanezco dormido.

—No me mires así. Te estabas ahogando y fui a socorrerte —admite con sorpresa en sus ojos, tratando de que ambos olvidemos lo que acaba de ocurrir aquí. Es muy expresiva.

—Me dio un calambre en la pierna —me veo obligado a explicar.

—Entonces todo resuelto —aclara Ruby, sacudiéndose la arena de las piernas con la intención de irse.

—¡Espera! —le digo sin pensar—. Aún no has contestado mi pregunta.

—¿Cuál?

—¿Por qué me estabas besando?

—No estaba besándote. Estaba haciéndote el boca-boca. Habías

tragado demasiada agua —parece honesta al hablar y podría creerle si no fuera porque sé lo que he sentido.

—¿Y desde cuándo, para hacer el boca-boca, se saborean los labios de la víctima? —le recuerdo el momento del que he sido testigo.

—Creo que te has dado un buen golpe porque yo no te besaría ni en tus mejores sueños —me contesta de malos modos antes de recoger su bolsa de playa y alejarse de mí. La observo esperando que gire el rostro en cualquier momento, pero no lo hace y pienso si tal vez mi mente enfebrecida lo ha imaginado todo, tal y como ella dice. Solo hay una cosa que me dice que no es así. Fred sigue siendo el centro de todos mis pensamientos.

Cuando llego al hotel, abro el portátil y decido hacer una videollamada a Fred. La llamo, pero nadie contesta. Entonces, recuerdo que me dijo que este mes estaría liada con un cursillo intensivo al que había decidido apuntarse a última hora. Uno que le daría créditos para la carrera y que le ayudaría a ponerse al nivel del resto de compañeros de clase. Espero tener la oportunidad de volver a verla una última vez.

Al día siguiente, Ruby actúa como si nada hubiera sucedido entre nosotros. Sus gafas de aviador ocultan esa mirada felina que la caracteriza. Se muestra altiva a la hora de moverse y hablar, como si fuera la reina del baile. No puedo evitar sonreír de forma maliciosa.

—¿Me cuentas el chiste? —me suelta con descaro—.

Yo también quiero reírme.

—No creo que te gustara —reconozco con la misma chulería. Ruby me deja por imposible, coge su tabla de la furgoneta y se dirige a la arena.

Nos encontramos en la zona este de la isla. La playa está abarrotada de gente. En poco menos de una hora comenzará la prueba. Patrocinadores y surfistas crean gran expectación entre el público presente. Todos se agolpan para ver a sus favoritos, hacerse una foto con ellos e incluso conseguir un autógrafo, llegado el caso.

Durante las primeras competiciones, no tuve demasiado éxito entre las fans, pero una vez fui haciéndome un hueco en la lista de clasificados, las chicas se peleaban por hacerse una foto conmigo y conseguir mi número de teléfono. Fue muy halagador para mi ego, pero, a diferencia del viejo Craig, establecí dónde estaba la línea y no la crucé. El portavoz del equipo nos tiene dicho que debemos aprovechar cualquier oportunidad de promoción, pues no se sabe cuál podrá abrirnos las puertas a cosas más grandes. Está claro que una niña de quince años no me ayudará en mi camino a la fama, pero a él no se lo discuto.

Ruby y yo llevamos nuestras tablas a la arena y comenzamos a darles cera, sin perder detalle de nuestros adversarios. Alana Blanchard y Gabriel Medina dan sendas entrevistas a canales de deporte y prensa especializada. Vuelvo la mirada hacia Ruby y en sus ojos puedo ver anhelo e incluso algo de admiración. —¿Qué te hizo dedicarte a esto? —le pregunto con verdadera curiosidad. Ruby alza la vista y se queda mirándome por unos segundos, como si estuviera analizando la pregunta en busca de segundas intenciones o debatiéndose si responderla o no. —Es lo único que sé hacer y que se me da realmente bien —admite mirándome por un instante y regresando nuevamente al movimiento circular de la pastilla.

—Seguro que hay más cosas que sabes hacer. No seas modesta. No te pega —insisto queriendo saber más. Nunca me he molestado en conocer a la gente que me rodea. Este viaje me está transformando de una manera que ni siquiera yo puedo imaginar.

—¿Qué quieres decir? —me pregunta ofendida. —Lo sabes perfectamente. No me cambies de tema —le pido, previendo que se va a salir por la tangente. Así es. Ruby se pone en pie, coge la tabla, la clava en la arena y se aleja hacia el chiringuito.

—¿Vienes o no? —inquieta cuando ya he perdido toda esperanza.

—Sí. Un segundo. —Coloco mi tabla junto a la suya y corro hasta alcanzarla. Me sonrío divertida y comienzo a hablarme como si

fuéramos amigos de toda la vida. —Nací y me crié en Minnesota. Allí los inviernos eran muy fríos y todo lo que se saliera del fútbol, el baloncesto o el *hockey* sobre hielo, era considerado raro. Así que puedes imaginarte qué cara pusieron mis padres cuando les dije que quería aprender a surfear —comparte conmigo mientras hace señas al camarero para que nos atienda. Asiento, pendiente de su relato.

»Con seis años, me topé con una fotografía en una revista.

Aquella imagen me fascinó desde el primer momento. Ser capaz de cabalgar sobre las olas era algo que una chica de mi edad no podía ni siquiera imaginar. Desde entonces, aprender a surfear era el único pensamiento que rondaba en mi cabeza.

Dos años después, echaron del trabajo a mi padre a causa de los recortes. En contra de la opinión de mi madre de buscar un empleo adecuado a sus conocimientos, mi padre decidió que toda la familia nos mudáramos a Miami. Encontró un puesto en el servicio de limpieza del ayuntamiento y, en sus horas libres, trabajaba fregando platos en un restaurante chino. Con eso y lo que ganaba mi madre como asistenta en varias casas, logramos subsistir a duras penas, pues mis clases de surf y el material se llevaban buena parte del dinero —se detiene un momento para pegar un sorbo a su Aquarius. Aprovecho y bebo de mi Gatorade para que nada me impida prestar atención—. Mi familia cambió de ciudad y trabajo por mí. Tuvieron la valentía de apostar por mí. Les debo todo lo que soy. Les debo el estar aquí y ganar.

—¿Y cómo es que en todo este tiempo no has recibido una sola visita? —cuestiono con conocimiento de causa.

—Hemos vivido en las mismas plantas de hotel durante todo este tiempo.

—Tú tampoco has tenido visitas. A no ser por tu hermano y aquellas chicas brasileñas —suelta con cierta ironía. —¡Vaya, vaya! Con que estás celosa, ¿eh? —Me río divertido.

—No sé de qué me hablas. Tengo mejores cosas en las que

invertir el tiempo. A diferencia de ti, me fui sobria al hotel. —Me echa en cara mi vena juerguista.

—Tal vez ese sea tu problema. Te gusta demasiado estar sola como para dejar que nadie te conozca. Huyes de convencionalismos a no ser que estos estén marcados por tu agenda deportiva. —Me encaro a ella, molesto por ver cómo desperdicia su vida. Una que yo sabría aprovechar si tuviera todo el tiempo del mundo. ¡Qué contradicción!

—Creo que tú ya disfrutas por los dos —me contesta enfadada por haber sacado a relucir la verdad. Una dolorosa—. ¿Por qué no te metes en tus asuntos? —me dice, llevándose con un manotazo la copa de cristal. Su camiseta ha quedado empapada, ciñéndose a su esbelta figura y transparentando el bikini que lleva. Varios silbidos la hacen sonrojarse. Deja un billete para que el camarero se cobre sin esperar a recibir el cambio. Me deja allí plantado como un monigote.

Pido disculpas al camarero y camino despacio, meditando lo que acaba de ocurrir. Llego a nuestro emplazamiento poco después que ella. Me mira con cara de pocos amigos mientras habla con uno de los miembros del equipo. Decido darle un poco de espacio.



Fred

Después de un fin de curso alocado —con algún que otro coma etílico— y la fiesta venida a menos de la hermandad, estaba deseando poner varios kilómetros de por medio entre Stanford y yo. Sin embargo, Jonathan ha terminado convenciéndome para que me quede y realice junto a él un curso de verano. Con él, ganaré puntos para la carrera y lograré ponerme al mismo nivel que el resto de compañeros. Ni las clases particulares con Jonathan ni mis intentos a solas de memorizar todos esos tochos han logrado que me empape de la verdadera esencia del Derecho. He aprobado a duras penas. Estoy segura de que mis padres no estarán lo que se dice orgullosos. Nunca en la historia un solo miembro de la familia Chambers había obtenido unas notas tan bajas. Lo normal era obtener una A o una matrícula de honor. Mi prima Rachel, por el contrario, ha hecho honor a la familia, aunque no pueda decirse que al apellido.

Bromas aparte, ella ha preferido disfrutar de unas merecidas vacaciones en casa y recargar pilas para el próximo curso.

—Me siento fatal por dejarte sola —me dice, abrazándome fuerte. Sé que a pesar de las desavenencias que podamos tener, siempre seremos uña y carne.

—No estoy tan sola. Donna estará por aquí... y también

Jonathan —añado sin saber por qué.

—¡Sí! ¡Donna! Confío en ella y sé que te echará un ojo, pero en cuanto a Jonathan... —deja la frase en el aire con un mensaje implícito: que entre ambos pueda ocurrir algo.

—No es lo que crees. Aún no me he olvidado de Craig... —le recuerdo, haciéndole ver que Jonathan y yo solo somos amigos.

—Solo te lo diré una vez. No puedes esperar a Craig eternamente. Tienes que vivir el presente con Jonathan, con cualquier otro... ¡O sola! ¡Da igual! Pero vivirlo —concluye después de que niegue con la cabeza. No he contado a nadie lo de la enfermedad de Craig. Él mismo me pidió que no lo hiciera y he respetado sus deseos—. Deberías tener presente que Jonathan no se conformará con tu amistad. Ese chico te quiere.

—¿Y tú cómo lo sabes? ¿Es que acaso te lo ha dicho? — comento dispuesta a despejar cualquier duda que quede sobre él.

—No, pero no hace falta. Solo hay que ver con qué ojos te mira — me confía entre risas—. Se nota a media legua que te quiere.

—¿Lo dices en serio? —Asiente con la cabeza. Jonathan es buen chico y viene de familia adinerada, algo que le daría puntos bajo la perspectiva de mis padres—. Pero yo no le quiero...

—No te preocupes. Ash te rompió el corazón. Ahora es tu turno de romper el corazón a alguien más. Es como una cadena que no puede romperse. Después, será Craig quien probablemente te rompa el corazón a ti —bromea. Le arrugo el ceño y termina levantando las manos en alto—. Vale, vale. No insistiré más.

El Toyota Corolla de Rae está inundado de cajas. Ropa, libros y apuntes llenan la parte de atrás y el maletero del vehículo.

—Cuidate —me susurra mientras me da un fuerte abrazo. Entra en el coche y se despide de mí con una perenne y cálida sonrisa.

Media hora después, me encuentro en clase junto a Jonathan. Su enigmático rostro se muestra dicharachero. No presta atención a la profesora y consigue distraerme al contemplarme fijamente sin

motivo alguno. Comienzo a pensar que Rae no andaba muy desencaminada. Cuando termina la clase, decido hablar con él.

—Jonathan. Creo que deberíamos hablar —anuncio sin dilación.

—¡Oh, oh! Se avecina tormenta —se burla con la mejor de sus sonrisas.

—Por favor, no te lo tomes a guasa. Lo que tengo que decirte es importante —señalo recalcando esta última frase.

—Está bien, pero vayamos a un lugar más tranquilo —propone, tal vez temiendo lo que se le viene encima. Terminamos sentados sobre una de las tantas zonas verdes del campus.

—No sé qué es lo que te pasa hoy, pero si me he apuntado a este curso es para... —Su mano en alto me detiene por un momento.

—Sé lo que vas a decir y debo pedirte disculpas. Me han dado una buena noticia hoy y estoy eufórico, pero esa no es excusa —se disculpa con gesto apocado. Ahora soy yo la que comienza a sentirse culpable.

—Lo siento, Jonathan. Debo haberte parecido un ogro —medito en voz alta.

—No. Tú tienes mejor aspecto —bromea acariciándome la mejilla. Su roce persiste durante unos segundos y me veo obligada a apartarme de su mano.

—Perdóname. He vuelto a meter la pata. No sé qué me pasa contigo. Cada vez que estoy cerca de... —su sinceridad es como una alarma de incendios que me avisa de lo que está a punto de ocurrir.

—No sigas, Jonathan. No quiero oírlo —le ruego, evitando su mirada.

—¿Por qué me dices eso? ¿Qué ha sido de estos meses juntos? ¿No vas a decirme que tú no sientes lo mismo? — cuestiona las horas que hemos compartido estudiando. No puedo creer lo que estoy escuchando.

—Jonathan. Todo el tiempo que estuvimos juntos fue porque tenemos algo en común: el Derecho. Creí que ya lo habíamos... —no

me atrevo a terminar la frase.

—¡Debe ser una broma! —exclama contrariado—. ¿Acaso crees que te hubiera ayudado tanto si no me hubieras importado? —suelta inconsciente de lo que significan sus palabras. Me levanto del césped, sacudiendo las briznas que puedan haberseme pegado al pantalón y las piernas—. ¿Qué haces? ¿Adónde vas? —me increpa molesto.

—Creo que ya sabes lo que estoy haciendo. Será mejor que nos centremos en la carrera y dejemos de lado toda amistad —musito para que solo él pueda oírme. Nunca me ha gustado montar numeritos.

—¿Amistad? Yo no quiero amistad, yo quiero más — me escupe como si le hubiera ofendido.

—Ahora lo sé. ¡Qué te vaya bien, Jonathan! —me despido, dándole la espalda y conteniendo una lágrima de decepción. Tal vez esté teniendo lo que me merezco. En River City fui la reina del instituto y contribuí a hacer la vida imposible a muchos compañeros. Me consuelo pensando que aún tengo a Donna.

La semana siguiente se convierte en un infierno. Jonathan no hace más que acosarme y ni mis negativas a estar con él ni las amenazas de Donna de avisar a la seguridad del campus causan algún efecto sobre él.

Trato de fingir que no me afecta, pero cada vez me siento más agobiada. Donna no puede estar todo el tiempo conmigo, apenas tengo noticias de Craig, excepto por algún mensaje a deshoras, y no logro concentrarme en los estudios. Debería haber hecho caso a Rae y haber regresado con ella a casa.

Cuando menos me lo espero, recibo una llamada desconocida. Aunque habitualmente no suelo descolgar, esta vez lo hago pues he echado varios currículums por Palo Alto para realizar prácticas el próximo curso. Esta llamada podría ser un soplo de aire fresco en un día como este.

La voz de Jonathan me saluda desde el otro lado. No puedo creer

que haya conseguido mi número de teléfono, pues solo hace un par de días que lo cambié. No quiero ni imaginarme qué habrá hecho para obtenerlo.

—Hola, Fred. No me cuelgues. Necesito aclarar todo contigo y, entonces, te dejaré tranquila —me solicita de forma suave y relajada. Percibo arrepentimiento en su voz.

—Está bien. Te escucho —suelto, deseando que termine pronto.

—No. Así no. En persona. Si no, no seré capaz de seguir adelante. Me lo debes —declara de forma breve atacando mi punto flaco. Mi culpabilidad. Reflexiono durante unos minutos que parecen una eternidad.

—Espero no tener que lamentarme de esto. ¿Dónde quieres que nos veamos?

—En la puerta de tu residencia —su respuesta me tranquiliza. Estaré en un lugar conocido y concurrido por lo que tengo todo a mi favor.

Cuando llega la tarde, me doy una ducha rápida, me visto y bajo a la puerta de entrada. Jonathan está imponente. Lleva una camisa blanca y unos vaqueros ceñidos. Sus zapatos brillan lustrosos. Se nota que se ha esmerado en arreglarse para mí, pero no sabe que no tengo la más mínima intención de ceder un solo paso. Con él he aprendido que no es bueno dar demasiadas confianzas a quien no las merece.

En ese momento, el vigilante de la residencia comienza a cerrar las puertas. ¿Cómo he sido tan tonta? Son las siete de la tarde y, aunque aún es de día, el hombre sigue el reglamento al pie de la letra. En invierno, se cierra a las seis. En verano, a las siete. El guardia hará su ronda por los pasillos y la recepción por lo que si llamo al timbre me abrirá la puerta. Pero no es eso lo que me preocupa. Ya no cuento con la seguridad de sus puertas abiertas. Debería estar más alerta desde el último encontronazo nocturno que tuve con Ash.

—¿Qué te parece si vamos a tomar algo? —me sugiere con una

generosa sonrisa.

—Jonathan —la sola mención de su nombre hace que sea consciente de lo que quiero decirle.

—Lo sé. Lo sé. No estás aquí para confraternizar con el enemigo, pero al menos permíteme que te compense por lo mal que te lo he hecho pasar esta semana —me ruega, fingiendo una carita de pena al más puro estilo Gato con Botas.

—No creo que sea buena idea —alego antes de que la cosa vaya a más.

—No te preocupes. He hablado con Donna y se ha ofrecido a venir.

—No me ha dicho nada. Además, aquí no está —digo recelosa.

—Me encontré con ella en mi hermandad. Irá directa al bar con un amigo mío. Parecieron congeniar muy bien. Ya me entiendes —repone con un tonillo burlón, tratando de romper la tensión que reina en el ambiente.

—Entonces, la llamaré para confirmar nuestros planes. —Jonathan suspira, sin sorpresas ante mi reacción. La voz de una operadora me indica que el móvil se encuentra apagado o fuera de cobertura—. ¡Estupendo!

—¿Qué ocurre? —se interesa preocupado.

—No disponible.

—La verás dentro de un rato. No seas así —replica tirando de mi brazo como si tal cosa.

—Está bien. Algo rápido y volvemos. Y si intentas algo, lo que sea, tomaré un taxi yo sola —le prevengo con el dedo índice en alto.

—Sí, señorita —acepta juguetón y me saca la lengua.

75



Craig

Estoy octavo en la clasificación general.

—Es más de lo que pueden decir muchos —me anima el portavoz del equipo al verme de capa caída. Sonrío sin muchas ganas y, mientras Ruby compite, decido enviar un WhatsApp a Fred.

Craig:

Hola, Fred. Hace mucho que no hablamos por Skype.

¿Qué te parece si te llamo esta tarde?

Tengo ganas de verte y escuchar tu voz.

¿No te hablas olvidado de mí?

Craig.

Leo el texto un par de veces. Me suena a chica desesperada cuando no la llaman después de un buen polvo. Borro todo excepto el saludo y medito sobre qué poner en el mensaje.

Craig:

Hola, Fred. Estoy en Fiji. Esto es el Paraíso. Chicas guapas, un

tiempo magnífico y la playa.

¿Qué tal por Stanford?

Suena al Craig fanfarrón que solía ser. Sin embargo, de ese ya no queda nada más que las ganas de hacer rabiar a Fred. Pulso el botón de «Enviar» y guardo el móvil en la mochila.

Me concentro en observar cada uno de los movimientos de mis contrincantes. Todos tienen algo especial que les diferencia del resto. Puedo saber quiénes son zurdos y quiénes diestros por cómo están de pie sobre la tabla.

Escucho mi nombre. Me quito rápidamente la camiseta, cojo mi tabla y sin despedirme de nadie del equipo —eso incluye a Ruby— me dirijo al agua. El altavoz vuelve a recordar mi nombre para los más despistados. Tengo poco tiempo por lo que debo arriesgarme a cabalgar menos olas, pero que estas sean memorables y dejen al jurado con la boca abierta. Me tumbo en la tabla y comienzo a bracear hacia el interior. Cuando parece que debería parar, en el lugar donde mis otros compañeros han decidido tomar la ola, yo sigo nadando un poco más. Oigo un murmullo lejano y me imagino la expectación que debo estar causando. Sin embargo, debo realizar una verdadera proeza si quiero que esa expectación continúe durante el resto del día. Me detengo y echo la vista atrás, hacia la distante orilla. Espero a que la siguiente ola se forme. No tarda en suceder. Una gran montaña de agua se va acercando a mí. La sobrepaso y, con ayuda de mis piernas, me coloco de espaldas a la ola y dejo que esta me arrastre. Aunque no recuerdo cómo era ser expulsado del vientre materno, puedo imaginar que la sensación es similar. La corriente de agua me empuja por inercia hacia la orilla. Entonces, me voy incorporando sobre la tabla hasta que me pongo en pie. Utilizo el tan practicado juego de tobillos manteniéndome por un segundo sobre la cresta, saltando en el aire y volviendo al agua de forma exquisita.

Cuando termino de surfear, braceo hasta la orilla y echo hacia atrás la cabeza para sacudirme el agua. Camino hacia el tenderete de

nuestro patrocinador, Hurley, donde todos me silban y me aplauden.

—¡Bien hecho, muchacho! —exclaman a coro, mientras me dan la mano y una palmadita en la espalda. Entre todos noto la ausencia de alguien. Ruby. Parece que los celos no la han dejado compartir mi éxito, pues no está aquí para felicitar me como el resto. Aunque no debería, me molesta un poco.

Tomo una toalla, me seco y miro a la tabla. Mi nombre ha escalado varios puestos. Estoy el octavo en la lista y eso me da un subidón de adrenalina. Cojo mi mochila y mi tabla y voy al *parking* con el resto de compañeros del equipo. Cuando apenas quedan unos metros para llegar descubro a Ruby discutiendo con un chico que parece ser de nuestra edad. Tiene su misma altura, pero su complexión y musculatura son el doble que la mía. Se nota que va al gimnasio a diario.

El chico la coge de la muñeca y la inmoviliza de forma amenazadora. Su arrogancia saca lo peor de él. Confío las cosas a un compañero y corro hacia ellos dos. Lo primero que hago es empujar al chico contra la furgoneta y, entonces, compruebo que Ruby esté bien.

—¿Qué crees que estás haciendo? —me suelta sorprendida e indignada al mismo tiempo.

—Creo que está muy claro. Tu novio estaba sobrepasándose y he venido a... —acallo mis palabras dándome cuenta de que ella no me ha pedido ayuda en ningún momento.

—Y has venido, ¿a qué? ¿A hacerte el gallito? Pues no hacía falta. Ha sido todo un malentendido, ¿verdad, Jer? — Ahora que me fijo más de cerca los rasgos de ambos son muy similares. Una nariz aguileña que no resta belleza a su rostro, ojos grises y vivarachos y cabello de un rubio tan claro que se confunde con el blanco del cielo. Mi primera suposición ha sido completamente errónea. No hay duda de que son hermanos.

—Sí. Hace mucho que no veo a mi hermanita y a veces soy

demasiado impetuoso en mis arrebatos de cariño —revela su verdad mientras abraza a Ruby por el cuello. Ella acepta el gesto, aunque carente de sentimiento. Está claro que no le hace gracia que esté aquí.

Ruby se despide de Jeremy y monta en la furgoneta con nosotros.

—¿Qué le trae a tu hermano por la isla? —indago una vez hemos bajado del vehículo y no hay nadie que pueda oírnos. Sé lo recelosa que es de su vida privada.

—Yo. ¿Qué otra cosa podría ser? —me pregunta de mala gana. Su reacción me deja un tanto frío y decide continuar, tal vez para agradecer mi preocupación por ella—: Mi hermano solo busca una cosa de mí y es que le saque siempre las castañas del fuego. Ha sido así toda la vida.

—Pues creo que ya es hora de que se busque la vida. Ya es mayorcito para que nadie, menos su hermana, lo tenga que mantener por mucha familia tuya que sea —replico con el mismo tono molesto que ella. Siempre he odiado las injusticias y más cuando tocan de cerca, a gente que conozco.

—Tú no lo entiendes. Mi padre lo dio todo porque yo surfeara. Arriesgó los sueños de toda la familia, incluidos los de Jeremy. Es algo que le deberé de por vida —me confiesa con dolor en la voz.

—Lo entiendo perfectamente, pero no puedes dejar que te manipule de esa manera de por vida. Se está aprovechando de tu buena fe. Si de verdad te quisiera, te dejaría tranquila —le advierto, consciente del parásito que tiene por hermano.

—No quiero seguir hablando de esto contigo, Craig. Nuestra relación es muy diferente a la que tú tienes con tu hermano. Os he visto y se ve verdadero cariño entre vosotros. Salís de fiesta juntos, bromeáis y os cubrís las espaldas cuando es necesario. Yo no tengo nada de eso. Si no fuera por el dinero, no vendría a verme y no sabría nada de él.

—¿Me estás diciendo que prefieres que te sangre para poder verle a menudo que tener una verdadera relación con él?

—Con él, las cosas son blanco o negro —admite apresumbrada.

—¿Al menos has tratado de mantener una conversación con él? — Ella niega con la cabeza—. Entonces, ¿cómo lo sabes si no lo intentas? Háblale y hazle ver cómo te sientes.

—Tengo miedo de perderle —masculla con los ojos vidriosos. La siento tan frágil y delicada como una muñeca de porcelana.

Pongo mi mano en su hombro para que sienta mi apoyo y entonces, se abraza a mi pecho. Por un segundo, dudo de si corresponderle. Finalmente, la envuelvo entre mis brazos y acaricio su pelo, tratando de consolarla. Respiro su esencia a azahar y jazmín que me trae reminiscencias del pasado. Vuelvo a estar en una habitación de hotel junto a Fred. Cuando quiero darme cuenta, Ruby me aparta de su lado, molesta.

—Cuando te conocí, te dije que no te acercaras a mí o acabarías mal. ¿Qué parte no entendiste? —me pregunta antes de alejarse de malos modos.



Fred

—¿Qué crees que estás haciendo? —refunfuño, quitando su mano de mi pierna de un manotazo—. Para ahora mismo el coche.

—Perdona, Fred. Es que me gustas tanto que a veces no pienso con la cabeza —se excusa Jonathan, avergonzado y llevando la mano al volante—. Deja que te lleve al campus. Prometo que me comportaré.

—Bien, pero a la próxima me bajo da igual el sitio que sea —le advierto seria. Le he mentado a todas luces. Sería incapaz de bajarme del coche en un sitio que no conozco y, aún menos, de noche. Soy muy miedosa, aunque eso solo lo saben las personas de mi círculo más cercano. Por desgracia, una vez confié demasiado en Jonathan y se lo conté. Espero que esto no se vuelva contra mí. Jonathan asiente y mantiene la mirada en el horizonte.

—He pasado una noche estupenda. Lo único que lamento es que sigas desconfiando de mí. Jamás haría nada que pudiera dañarte. ¿Lo sabes, no? —me asegura ante la puerta cerrada de mi residencia. Ha aparcado el coche y se ha ofrecido a acompañarme. Un bonito detalle que, sin embargo, no borra el pasado.

—Jonathan. Hemos quedado. Me has dicho lo que tenías que decirme. Por mi parte, está todo hablado. Lo mejor será que, a partir

de ahora, cada uno siga su camino —sentencio con toda la calma de la que soy capaz, dadas las circunstancias.

—¿A qué te refieres con que cada uno siga su camino? ¿Acaso no has entendido nada de lo que te he contado antes? —Su voz ha cambiado y se muestra fuerte y autoritaria.

—Presté atención a todo lo que dijiste —digo mientras me muevo en dirección a la puerta—. Lo que tal vez tú no has entendido es que no quiero nada contigo.

—Sí, sí, sí. Hay otro chico. Ya lo recuerdo. ¿Cómo se llamaba? Ashton. ¡Ah, no! Ese fue el chico que te traicionó ante tus propias narices. —Me sujeta del brazo con fuerza y me empuja contra la fachada del edificio, bajo la penumbra de la noche—. ¿O era Craig? ¿Ese chico que conociste en Australia y que te utilizó hasta que se cansó de ti? —me susurra en mi oído, haciendo que un pequeño escalofrío recorra mi medula espinal y se extienda hasta el resto de mis terminaciones nerviosas.

Sus brazos me tienen atrapada entre su cuerpo y la pared. Su aroma a incienso y resinas me aturde por un momento. No puedo ver su rostro o sus ojos, pero eso no impide que me imagine lo que está a punto de ocurrir. Su boca se cierne sobre mí y cierro los ojos rezando porque todo ocurra rápido. Su mano sube por mi muslo mientras me devora con sus labios.

Me quedo quieta como una estatua y no parece gustarle. Se aparta furioso lo suficiente para soltarme un bofetón en la cara.

—¡Maldita zorra! ¿Es que acaso no soy suficiente para ti? —Jonathan me mira durante unos segundos en los que si el fuego que arde en mis ojos pudiera quemar, él ya estaría completamente calcinado—. Te conozco mejor que tú a ti misma. Te gusta rodearte de perdedores, de chicos que terminarán decepcionándote. ¡Tienes miedo! Yo supero con creces todas tus expectativas. —Me mira expectante. Diga lo que diga, su furia irá a más. Decido callarme, aunque eso suponga llevarme otra bofetada—. Habla de una vez. No

te quedas callada. —Me toma de la chaqueta y me zarandea adelante y atrás con tal mala fortuna que termino golpeándome la cabeza contra el muro del edificio. El golpe es tan fuerte que acabo desvaneciéndome entre sus brazos.

Lo siguiente que recuerdo es a Jonathan sobre mí, tapándome la boca con una mano y violando con la otra libre cada uno de mis recovecos. Una voz familiar hace que se detenga y eche a correr protegido por la oscuridad de la noche. Sigo mareada y no demasiado consciente de todo lo que ocurre a mi alrededor. Esa misma voz vuelve a sonar. Esta vez más cerca. Me alza la cabeza con cuidado, me estrecha contra su pecho y, temblando, me abraza. Trato de separarme, amedrentada por lo que acabo de vivir. Sin embargo, me mantiene pegada a él sin hacer ningún movimiento que lo delate. En ese momento, la forma en que me acaricia el cabello y la espalda con sus pulgares me hacen reconocerlo al instante. Ashton. Pero ¿se puede saber qué hace por aquí? Y lo más importante, ¿por qué ha salido en mi defensa cuando ya demostró hace tiempo que no le importo lo más mínimo? Me llevo la mano a la cabeza. Comienza a dolerme por el fuerte golpe y por todas las preguntas que se amontonan en mi interior.

—No te toques. Te llevaré al hospital a que te miren eso. No tiene buena pinta —murmura mientras me baja la mano. En ese momento, abro los ojos.

Su tacto me ha tranquilizado de tal manera que no he necesitado mirarle para sentirme a salvo. Ya casi había olvidado ese sentimiento. Me abrocha los botones de la camisa uno a uno, con paciencia y manejo. Una lágrima recorre sigilosa mi mejilla. Acerca su mano y con el índice se la lleva.

—No llores. Ese chico no volverá a ponerte una mano encima. Te lo prometo —me asegura, dándome un beso en la frente. No reconozco a Ashton. Hacía tiempo que no veía esa actitud cariñosa en él.

Me coge en brazos y me lleva en volandas. Me acurruco sobre su pecho y hundo la nariz en su camisa, inhalando su aroma a sándalo y cítricos. Multitud de recuerdos se agolpan en mi mente. Todos de un tiempo más feliz, cuando Ashton y yo éramos la pareja del momento, nos queríamos y no nos cuestionábamos pensar en nadie más. ¿Quién podía haber imaginado que terminaríamos así?

Ashton no separa su mano de la mía hasta que me sientan en una silla de ruedas y me llevan a un box. Los médicos, el ruido y el traqueteo constante de acá para allá hacen que vuelva al presente. Al dolor. No solo el físico. Mi cabeza puede soportar cualquier cosa, pero Jonathan me ha arrebatado mi intimidad, mi voluntad y, lo más importante, mi libertad a decidir. Me siento totalmente expuesta y trato de levantarme de la silla. Son necesarias dos enfermeras y un médico para poder reducirme, pero no termino de tranquilizarme hasta que veo a Ashton a mi lado.



Craig

—¿Qué ocurre? ¿He hecho algo mal? —me pregunta mientras trata de acercarse de nuevo a mí.

—Sí. No. Soy yo —digo finalmente. La miro durante un segundo que parece eterno.

—¿En serio? Si no quieres tener nada conmigo, al menos podías inventarte una excusa mejor —me espeta enfadada, cruzándose de brazos. Trago saliva y pienso lo siguiente que voy a decir. En este tipo de situaciones no hay una respuesta correcta.

—No es que no quiera, es que no puedo. —Trato de ser justo con ella—. Hay otra persona y no estaría siendo justo contigo si te prometiera algo que no puedo cumplir...

—No quiero promesas. Solo quiero pasar un buen rato. —Suena casual y divertida. He conocido a muchas chicas como ella. Todas tratan de parecer espontáneas y liberales, pero tienen algo en común: siempre terminan buscando algo serio.

—A mí no tienes que engañarme. He estado con demasiadas y sé que quieres algo más —mi experiencia habla por mí. Me doy cuenta de cómo ha sonado eso y espero no tener que tragarme mis palabras.

—¡Vaya, vaya! Eres todo un casanova. —Los ojos de Ruby comienzan a destilar fuego mientras habla—. No me importa con

cuántas hayas estado. Eso no te hace un experto. ¡No me conoces! — me acusa dándome pequeños empujones y haciéndome retroceder a lo largo del *parking*.

— Esa no ha sido mi intención — alego manteniendo la mirada fija en ella—. Deja que me explique, por favor.

— ¿Para qué? ¿Para oír más sandeces salir de tu boca? — Me juzga erróneamente.

— Dame la oportunidad de demostrar que te equivocas — le digo mientras sigo retrocediendo por su embate—. De enseñarte que todos, chicos y chicas, queremos lo mismo por igual.

— Esa sí que es buena. Los chicos jamás querrán lo mismo que nosotras — remarca esa palabra tocándose el pecho.

— Estás muy equivocada — suelto harto de sus arremetidas. Me detengo y hago que ella tropiece contra mi pecho. Se echa atrás temerosa de haber cruzado mis límites y me mira expectante—. Todos pasamos por el mundo sin pena ni gloria hasta que damos con alguien que nos impulsa a levantarnos cada día y ser mejores personas. Un amor que nos consuma, que nos llene de pasión y nos haga correr riesgos y peligros, solo para sentir al fin que haríamos cualquier cosa por esa persona. Si no sabes de lo que te estoy hablando es que todavía no has dado con la persona correcta — puntualizo dejando expuestas mis razones. Ruby parece dudar por un segundo, pero al siguiente vuelve al ataque.

— ¿Y tú sí has dado con ella? ¿Con la persona correcta? — Se ríe, como si todo lo que hubiera dicho fuera una broma preparada, un guion que me he estudiado y he soltado del tirón para sorprenderla.

— Sí — respondo convencido. Ruby permanece quieta con la mirada clavada en la mía, analizando cualquier detalle que le diga que estoy mintiendo. Después de unos segundos, aparta sus ojos, me da la espalda y echa a andar sin más.

Está claro que tengo que mejorar mis dotes de oratoria.

Septiembre

78



Craig

Ha pasado un mes desde que Ruby y yo discutiéramos y, desde entonces, no ha vuelto a dirigirme la palabra excepto en un par de ocasiones cuando las obligaciones promocionales ante la prensa lo han requerido. Cada vez que nos quedamos solos, ella es la primera en salir del lugar.

Su actitud huidiza me ha dado qué pensar todo este tiempo. Tengo la ligera sospecha de que ha debido pasarlo mal con algún chico y, desde entonces, no quiere saber nada de los tíos. He tratado, no obstante, de hablar con ella en un par de ocasiones, pero siempre sabe cómo salir airosa de mi presencia.

Ya he aceptado abandonar cuando rebuscando entre mi ropa me topo con algo. Una pulsera que compré en nuestra última parada, Sudáfrica, pues la persona que me la vendió me transmitía muy buen rollo. Un hombre con una gran sonrisa en su cara a pesar de la ropa sucia que llevaba y las sandalias desgastadas por el uso que calzaba. Su sencilla forma de vivir me hizo avergonzarme por un instante de la sociedad consumista a la que pertenezco, donde todo nos parece poco. El hombre me explicó que la pulsera contenía todos los colores del arcoíris simbolizando así la diversidad cultural y racial del país. La guardé tan bien que no he dado con ella hasta ahora, creyéndola

perdida. Sonrío durante un instante, la dejo sobre la mesa de la habitación del hotel. Se la daré cuando estemos a solas. Me visto rápido. No puedo llegar tarde al entrenamiento. La cada vez más cerca final ha hecho que los nervios del equipo se mantengan crispados de manera constante. El estrés no es la mejor táctica si Hurley quiere que Ruby y yo seamos los campeones de la prueba en Tahití.

Tomo la tabla y me dirijo a la playa, donde el resto del equipo aguarda desde hace escasos minutos. Oigo el parloteo de nuestro director, pero no escucho ni una sola de sus palabras. Miro al horizonte y recuerdo la exquisita experiencia que viví en Sudáfrica donde en el mismo día y con apenas tres horas de diferencia pude disfrutar de la naturaleza en estado salvaje, muy cerca de cebras, jirafas, elefantes y un temible león para después adentrarme en la ruidosa vida nocturna de Jeffreys Bay y relajarme ante los nervios que había vivido durante toda la tarde. Ese es el sentimiento que quiero recuperar. No me cuesta hacerlo. Al fin y al cabo, lo he tenido desde que comencé a surfear cuando era crío.

Las olas se baten unas contra otras, bravas, rugiendo, esperando a demostrar su fuerza. Como un gladiador, me adentro en el agua, valiente, dispuesto a luchar con ellas, desafiarlas y hacerlas mías. Tal vez un gladiador no sea la comparación más adecuada, pues hace un par de semanas habría sido incapaz de permanecer sin protección delante de un león, pero el destino al que me enfrento es el mismo.

Me lanzo al agua. El único lugar donde me siento libre y yo mismo, donde las preocupaciones quedan atrás y solo estamos las olas y yo.

Nado hasta que encuentro el punto exacto donde nacen las olas, me siento sobre la tabla colocándome perpendicular a ellas y cuando observo que una nueva está a punto de formarse comienzo a bracear. Entonces, me levanto poco a poco y dejo que el resto de mi cuerpo haga su trabajo. Una enorme ola tubular me envuelve, haciéndome

sentir como en un acuario. La imagen de Fred viene en ese momento a mi cabeza y hace que termine de destensarme por completo. Respiro el aire a salitre y saboreo algunas gotas alojadas en mi boca. Mi cabello se balancea al mismo ritmo que la tabla. Sigo el compás que marco en mi mente y complazco al público ante los aplausos que me rinden. Cuando siento que ya no puedo dar más de mí, dejo de navegar, me inclino hacia atrás y caigo al agua. Los aplausos siguen sucediéndose a pesar de que solo es un entrenamiento. Salgo del agua con una sonrisa tonta.

—¡Qué cara de estúpido traes! Parece que te lo hubieras estado montando con una tía en lugar de surfear. —Ni siquiera el comentario sarcástico de Ruby consigue ponerme de mal humor. Choco los cinco con el resto del equipo, clavo la tabla en la arena y me siento a contemplar la siguiente actuación. La de Ruby.

79



Fred

Dos meses después el chichón que tenía ha desaparecido y no quedan secuelas físicas. Aunque no puedo decir lo mismo de las mentales.

Tengo la cabeza hecha un lío. Desde que llegué de Stanford, no he querido quedar con nadie. Ni con mi prima, ni siquiera con Ash, mi salvador y quien no tiene culpa de nada.

Mis padres no entienden mi actitud solitaria. Les oigo hablar a mis espaldas y se preguntan si seré capaz de seguir con la carrera. ¡Como si ese fuera el mayor de mis males!

Soy incapaz de hablar de ello con nadie. Me siento sucia, rastrera e incluso una cualquiera. Porque... ¿qué le dio alas a Jonathan para tomarse esas confianzas si no fue mi actitud abierta y coqueta hacia él? ¿Qué le importa a un chico que una chica diga que no cuando hasta hace un rato ha estado provocándolo? En realidad, yo tengo la culpa de lo que ha pasado y sé que eso será lo que me diga la gente si me atrevo a hablar de ello.

Los días transcurren largos, pesarosos y solitarios. Echo terriblemente de menos a Rae y necesito darle las gracias a Ash por lo que hizo, pero no sé con qué cara me mirará ante lo ocurrido. La última vez que nos vimos, en el hospital de Palo Alto, le hice

prometer que mantendría todo aquello en secreto. Él, mejor que nadie, sabe lo veloces que corren las habladurías y cómo estas se transforman cuando pasan de boca en boca. Ya tengo suficiente con lo que estoy pasando yo sola.

Decido seguir adelante para no volverme loca y me paso por la librería especializada en libros de Derecho que hay en la ciudad. ¡Cuál es mi suerte cuando al abrir la puerta me encuentro con mi prima en el interior! Trato de dar marcha atrás antes de que me vea, pero resulta imposible. Echa mano de mi hombro y me detiene. Me aparto de su contacto por instinto.

—¿Dónde crees que vas? Has estado evitándome desde que volviste de Stanford. Ya es hora de que tú y yo tengamos una charla y me expliques qué ha ocurrido —dicta tajante, mostrando claramente su enfado.

—¿Y por qué tiene que haber ocurrido algo? —suelto apartando la vista. No soy capaz de mirarla sin que pueda descifrar en mis ojos la carga que llevo.

—Te conozco demasiado bien. Cuando me fui de allí, te dejé muy animada y vuelves abatida e incapaz de sostenerme la mirada —me responde mientras las miradas comienzan a recalar sobre nosotras—. Vamos a tomar algo —me sugiere. Entonces parece darse cuenta de algo.

Se acerca al librero, le deja una nota escrita con los ejemplares que necesitamos y se despide de él por las dos.

—Cuéntame a quién tengo que darle una patada en la entrepierna —me pregunta delante de un batido de frutas al que no le falta detalle. Mi prima ha pasado a ser como mi hermana mayor desde que Matt murió. Aunque sus modales puedan a veces no ser los más refinados, siempre trata de no perder la compostura en público.

Trago saliva y pienso durante unos segundos cómo voy a contarle esto. Me he dado cuenta de que tarde o temprano se acabará enterando y no quiero que sea por terceras personas.

—Rae, ¿has visto a Ash estos días? —le pregunto, esperando que él haya incumplido su promesa y haya podido contarle algo. Pero no. Si lo hubiera hecho, a mi prima le habría faltado tiempo para aporrear la puerta de mi habitación hasta que le hubiera dejado entrar.

—No. ¿Por qué? ¿Qué tiene que ver ese gilipollas con todo esto? ¿No te habrá hecho algo? —inquire temiendo lo peor.

—Sí, pero no lo que tú piensas. Por esta vez, Ash, no ha tenido nada que ver con mi estado de ánimo. Todo lo contrario —admito sin saber si lograré sacar fuerzas para contarle el resto.

—Creo que no te sigo, Fred. —Se muestra perdida.

—El acoso de Jonathan pasó a mayores —murmuro para que nadie más pueda oírme. Sin ser consciente, me derrumbo ante ella y comienzo a llorar. Rae se acerca resuelta hacia mí, adivinando mi respuesta y evitando que diga nada más.

—¡Oh, Dios mío! ¿Estás bien? —me pregunta preocupada. Asiento sin más—. ¡Qué cabronazo! ¿Y qué ha dicho la policía?

—Que tengo que declarar ante un juez si quiero conseguir algo.

—¿Y qué piensas hacer? —Me mira expectante.

—Nada. Quiero olvidar todo esto lo antes posible — declaro dando por concluido el tema.

—¡Pero tiene que pagar por lo que te ha hecho, Fred!

—Por lo que vi al regresar del hospital, Ash ya se encargó de eso. No me dijo nada, pero era el único que sabía lo que había ocurrido.

—¡Vaya con Ash! Al final va a resultar que tiene corazón — reconoce contenta porque alguien haya hecho pagar a Jonathan por su fechoría—. ¿Y dices que te encontraste con él después de que te atacara? —Asiento sin más.

—Tenía todo el cuerpo lleno de moratones y le costaba moverse. Se acercó a mí y trató de pedirme perdón, pero Ash estuvo conmigo en todo momento.

—Aun así, creo que deberías denunciarle —replica mi prima—.

Ese desgraciado no merece estar en la facultad. Si te lo ha hecho a ti, ¿quién dice que no lo intente con alguna más? —Sus razonamientos son legítimos. Sin embargo, le hago partícipe de mis miedos. No quiero que nadie me mire diferente y me aíslen. Aun menos que esto llegue a oídos de mis padres. Solo ella y Ashton saben lo ocurrido.

—Prométeme que no dirás nada —le ruego mientras me seco las lágrimas con un pañuelo y trato de recobrar la compostura.

—Está bien. No me hace ninguna gracia, pero te lo prometo —dice sujetando con cariño mi mano. Eso es todo lo que necesito para respirar aliviada y tratar de recomponer las piezas de mi puzle—. Por cierto, ¿has vuelto a hablar con Craig? —Su pregunta abre muchas otras.

—No, desde que ocurrió esto. Nos hemos estado escribiendo. Quiere que nos veamos por Skype, pero no me siento con fuerzas para hablar con él «en persona». Sería incapaz de engañarle y no me atrevo a decirle la verdad por miedo a cómo pueda reaccionar. —Solo queda un mes para que volvamos a vernos y cuento los días como agua de mayo. No hay muchas personas en el mundo con las que me sienta completa. Craig es uno de ellos. Necesito volver a verlo, tocarlo de nuevo, hacerle partícipe de lo que siento. Aunque algunas cosas no hacen falta decirlas. La ternura de una caricia, el brillo de una mirada o la cálida sensación de su mano en la mía son suficientes para saberlo.

A los pocos días me tropiezo con Ash por la calle. Por suerte, solo estoy con Rae, quien echa a andar dejándonos el terreno libre.

—Veo que se lo has contado a tu prima —advierte sin reservas.

—Sé que te pedí que no se lo dijese a nadie, pero necesitaba hablar con alguien del tema. —Me siento atrapada por una red que yo misma he tejido.

—No te preocupes —se disculpa por hacerme sentir mal—. Entiendo que no te sientas cómoda hablando de ello conmigo. Soy un chico y, además, ya no estamos juntos. Lo que hace todo más difícil si

cabe.

—No, Ashton. Es verdad que me has hecho mucho daño. No sé si consciente o inconscientemente, pero lo que hiciste aquel día por mí... eso... eso jamás te lo podré pagar —alego, conocedora de la suerte que podía haber corrido. Que Ash apareciera como un ángel caído del cielo, evitó un mal mayor.

Jonathan se había abierto paso entre mi ropa y me había manoseado, pero no había llegado a más. Y eso tenía que agradecerse a mi ex.

—Tómalo como una de las miles de disculpas que te debo por lo que te he hecho pasar. He sido un niño —confiesa arrepentido.

Terminamos fundidos en un fuerte abrazo del que me cuesta separarme. Él sonríe con disimulo. Disfruta de ese pequeño gesto. Sabe que es lo único que recibirá de mí.

80



Craig

Después de la competición de Billabong, Hurley está que se sube por las paredes. Mi equipo es el que se encarga de organizar el evento de California. Deben estar a la altura de otros campeonatos y superar las expectativas año tras año.

Yo también estoy nervioso, pero la razón es otra. Espero ver a Fred. No estoy muy seguro de que logre conseguirlo, pues ha estado evitándome durante los últimos meses. No sé si es por algo que he dicho o por algo que haya ocurrido. La verdad es que las mujeres me traen últimamente de cabeza. Empezando por mi madre, quien me llama día sí, día también para preocuparse por mi estado de salud; pasando por Janet, quien me cuenta lo revoltoso y peleón que se ha vuelto nuestro hijo Ben en la guardería, y terminando por Rachel, con quien mantengo contacto de forma muy superflua y me tiene al día de lo que acontece en la vida de Fred. Aunque si soy sincero, tampoco ella está muy disponible últimamente.

Me pregunto qué bicho les habrá picado a ambas. ¿Tal vez Fred se ha cansado de tenerme como amigo? Lo puedo entender. Las chicas necesitan a alguien a su lado que las apoye en lo bueno y en lo malo. Y, a pesar de los consejos que yo pueda darle o describirle con detalle todo lo que le haré cuando esté con ella, eso no es comparable ni de

lejos con tener a alguien a tu lado en el día a día. Sí. Seguramente sea eso. Insistiré y le pediré que hablemos una vez más. Solo para despedirnos si es lo que ella quiere.

Estoy tan contento, tengo tantas cosas que contarle, cómo me va en el campeonato, las rencillas tontas con el resto de participantes, los dimes y diretes del equipo e incluso el extraño comportamiento de mi compañera Ruby a la que saco dos años de diferencia. No. Eso debería guardármelo para mí. Probablemente no le gustaría. Creería que puede ocurrir algo entre nosotros. Al fin y al cabo, Ruby tiene la misma edad que ella. No es como si tuviera doce años.

Pienso en todo lo que haré cuando termine el campeonato. Gane o no. Me tomaré un año sabático para retomar los estudios. En América. ¡Quién sabe! Todo dependerá de lo que ocurra aquí.

Ruby me interrumpe con su habitual entusiasmo y termino derramándome la cerveza sobre la camiseta. Parece hacerle gracia. A mí no. Y lo dejo patente torciendo el gesto.

—Veo que te pillo en mal momento —afirma coqueta. Desde que le regalé la pulsera, ha estado más receptiva de lo habitual conmigo. Como si yo hubiera derribado el muro que nos distanciaba.

—No. No importa. Me iré a cambiar. De todos modos, tenía pensado ir a la playa. Quería practicar un poco —comento levantándome del taburete del bar del hotel.

—Te exiges demasiado. ¿Qué ha sido del jueguista que vi en Brasil? ¿Acaso se lo llevó tu hermano consigo? — bromea, queriendo entablar conversación.

—Ambos sabemos que no actué tal y como el equipo podría esperar de mí. Sin embargo, no hay motivo para repetir tamaña insensatez. Me debo al campeonato y a la confianza que los patrocinadores han depositado en mí —despejo todas sus dudas.

—¿Quieres tranquilizarte? Estás en la lista de los diez primeros y eres el favorito en las apuestas —me recuerda, como si pudiera olvidarlo.

—Eso supone más una presión que un punto a mi favor. Tengo que seguir trabajando si no quiero que todo quede en agua de borrajas. —La observo durante unos segundos y sonrío malicioso—. ¿Por qué no coges tu tabla y te unes a mí? Haremos nuestra propia competición. ¿Qué te parece?

—Eso ya me va gustando más —canturrea animada—. Nos vemos aquí en diez minutos —se despide sin darme tiempo a réplica.

Una hora después, estoy en la playa disfrutando de las olas junto a Ruby. Algo que antes me parecía impensable. Me río fuerte y ella me acompaña a lo lejos. Es una gran tarde y lo estamos pasando de fábula. Noto cómo mi espalda y mis huesos se resienten y decido no forzar más la maquinaria. Aviso con un gesto a Ruby de que esta será la última ola para mí.

Remo con fuerzas hasta que ya estoy dentro. Me pongo en pie y comienzo a inclinarme sobre la tabla, adentrándome en la tubular que forma el agua. La sensación es singular, mágica, estratosférica. He realizado otros deportes, pero ninguno puede compararse a este. Para dominar el surf hay que poseer varias cualidades. Ser valiente: no todo el mundo se atreve a adentrarse en olas de más de diez metros de altura o mares atestados de tiburones. Ser arriesgado: no sabes lo que puedes encontrarte y necesitas pensar rápido para poder sobrevivir. Una ola gigante puede tragarte en cuestión de segundos. Solo un surfista experto, con muchos años de práctica a sus espaldas, es capaz de enfrentarse a una bestia como esa. Muchos no han vivido para contarlo. Ser un adicto a este deporte: solo aquellos que sienten un magnetismo especial hacia las olas, vuelven siempre en su busca.

Extiendo mi mano y rompo de forma breve el movimiento ondulado que hay sobre mí. Salgo a mar abierto nuevamente y me distraigo con el espectacular paisaje que me rodea. Lo suficiente para que no vea acercarse a mí dos motos acuáticas. Una de ellas intenta esquivarme y lo consigue. La segunda no tiene tanta suerte. Salgo disparado por encima de la moto y caigo al agua de bruces. Mi pierna

permanece unida por la cuerda a la mitad de la tabla. La otra, unos metros más allá, es empujada por el vaivén de las olas. El sonido de lo que ocurre a mi alrededor se multiplica hasta hacerse insoportable y caigo en un sueño profundo.

Cuando despierto, lo hago en la cama de un hospital rodeado de cables. Me incorporo de forma repentina. Me pregunto qué hago allí, pero antes de que pueda formular la pregunta una enfermera se acerca, me obliga a reposar sobre la almohada y me inyecta algo. Todo se vuelve borroso.

Cuando vuelvo a abrir los ojos, me cuesta distinguir a quién tengo a mi alrededor. La luz incide de forma directa haciéndome más difícil ver. Giro la vista a un lateral e intento mover los párpados hasta que las sombras se vuelven más difuminadas. A un lado está Ruby y el portavoz de Hurley; al otro, alguien que se parece muchísimo a Fred. Un momento. ¡Es ella!

Trago saliva. Ruby y Fred en la misma habitación. Ruby mira con disimulo de arriba abajo a Fred, adivinando por mi mirada que ella es «la chica». No ha pasado nada con Ruby. Sin embargo, su cerebro parece estar maquinando algo. La conozco lo suficiente y me atrevería a decir que le gusta jugar sucio para conseguir lo que quiere. ¿Quién no me dice que las dos han tenido tiempo de hablar a solas? Sobre mí.

Ruby puede ser una caja de sorpresas... y de mentiras perfectamente construidas y encajadas en una historia del todo verosímil, si no fuera porque es inventada.

Debo decir algo antes de que sea demasiado tarde y pierda a Fred. Lo intento, pero mi garganta está reseca y me cuesta mover las cuerdas vocales.

—No intentes hablar. El médico nos ha dicho que lo harías, pero es mejor que te reserves para más adelante. Necesitas recuperarte — me comunica Fred, sin decir una palabra de más que pueda sospechar de mi verdadero estado. La puerta se abre, dejando paso al

médico.

—Les ruego que salgan un momento. Necesito hablar con el paciente a solas —pide el hombre de forma monótona, acostumbrado a hacer la misma petición a diario. Las chicas se despiden, prometiendo volver más tarde. Su forma de moverse y actuar me indica que apenas se conocen. No se han dirigido más que un par de palabras tal vez. Desconocen quién es la otra dentro del armario lleno de cajones que componen mi vida.

—Buenas tardes, señor... Watson. ¡Vaya! ¡Curioso apellido para un australiano! —comenta antes de ver mi gesto preocupado—. Bien. Dejemos los formalismos. Seré sincero con usted. Hablé con su médico y me puso al día de todo.

—¿Y? —le pregunto preocupado.

—Está haciendo muchas tonterías. Debería cuidarse más. Que haya superado un tumor no significa que deba arriesgar la vida en el mar. Debe tener descanso. Está con las defensas al mínimo y cualquier infección, por mínima que sea, podría ser letal. —El médico no se anda por las ramas. Cree que, asustándome, haré caso a sus indicaciones.

Asiento, esperando a que me deje solo.

—Señor Watson, es suficientemente mayor como para saber lo que se hace. Lo único que puedo hacer es recetarle más pastillas si le hacen falta y desearle buena suerte en el campeonato.

—¿Cómo sabe que participo?

—¿Y cómo no saberlo? Su rostro está en todas las marquesinas de autobús y en los canales de deportes. ¿Se encuentra con fuerzas para ver a esas dos chicas? Si quiere, puedo decirles que necesita descansar y que vengan a verle en otro momento. —Se ofrece el doctor, creyendo que estoy metido en algún tipo de lío a dos bandas. No puede estar más equivocado.

Fred y Ruby vuelven a entrar al cabo del rato.

—¿Estás bien? ¿Qué te ha dicho? —me ametralla a preguntas

Ruby.

Fred no dice nada. Solo sus ojos empañados hablan por ella.

—Estoy bien. Podría haber sido peor —reconozco con el susto en el cuerpo.

—Sí. Podrías haberte quedado parálítico —afirma, mientras sus lágrimas comienzan a caer por sus mejillas.

—Me alegro de verte, Fred. Te he echado de menos.

—Yo también —responde, lanzándose a mi pecho y encajando su cabeza bajo mi mandíbula. Mis brazos se ciernen sobre ella. La acerco más a mí y respiro su esencia. Una que tantas veces he tratado de evocar y no he conseguido con la precisión exacta.

Ruby ha comprendido sin necesidad de explicaciones que Fred es «la chica» de la que le hablé.

—Será mejor que os deje solos. Craig, me alegra que estés bien. Nos vemos en la competición. —Le agradezco gesticulando con los labios. Ella asiente.

Una vez que estamos a solas, me atrevo a preguntarle algo que me tiene intrigado:

—Fred. Llevo tiempo queriendo saber algo. —Alza la cabeza y me mira a los ojos. El dorso de su mano limpia sus ojos para tener una visión más nítida de mí—. ¿Qué significa la D?

—¿Perdón?

—Winnifred D. Chambers. La D de tu nombre. ¿A qué se refiere?

—Sí, sí. Te he oído la primera vez. Solo quería asegurarme de que te había escuchado bien.

—¿Entonces? —la curiosidad me mata.

—Si te lo dijera, tendría que matarte —bromea, tratando de retrasar el momento.

—Vamos. Tú sabes el mío.

—Sí, pero no es algo de lo que tengas que avergonzarte como yo.

—Prometo que no me reiré —le digo mientras cojo su mano y entrelazamos nuestros dedos.

—Está bien, pero no se lo digas a nadie.

—¿A quién? No conozco a nadie aquí más que a tu prima y estoy seguro de que ella lo sabe.

—Es Delilah.

—No es tan feo.

—Sé serio, Craig. Es horrible. Me lo pusieron por la canción de Tom Jones. No sé en qué estarían pensando mis padres.

—Aun así, me parece precioso. Como tú —digo acercándola a mí para besarla. El roce de su lengua con la mía hace que salten chispas. La adrenalina es mejor que cualquier fármaco. Me siento rebosante de felicidad y también excitado—. Tenemos que ponernos al día de muchas cosas y, sobre todo, me debes una explicación a por qué no me has cogido el teléfono durante los últimos meses.

—Creí que estarías muy liado con el campeonato —veo en sus ojos como trata de mentirme—, pero ya tendremos tiempo de charlar. Ahora tienes que descansar o el médico me reñirá.

—No te vayas tan pronto. Espérame. Le diré al doctor que si me puede dar el alta y hablaremos —puntualizo. A lo que parece acceder con un asentimiento.

—¿Estás seguro? ¿No necesitas reponer fuerzas? — me pregunta preocupada—. Hace solo un par de horas de tu accidente.

—Estoy de maravilla. Lo último que necesito es quedarme aquí —espeto, luchando porque la ansiedad no me ahogue entre estas cuatro paredes. Asiente. Parece comprenderme a la perfección.

Me tomaré un café.

Me vendrá bien para los nervios.

En el momento en que ella sale por la puerta soy consciente de que no tengo más ropa que las bermudas que tenía cuando fui ingresado.

81



Fred

Espero fuera mientras Craig se viste y recoge sus cosas. La tristeza que me inundó cuando Matt murió vuelve a mí, aunque de otra manera. Esta vez el destino ha querido darme una oportunidad para decir adiós.

He estado pendiente de Craig a través de internet. He visto cómo lograba escalar puestos en cada competición en la que participaba, cómo dejaba de lado a las chicas que se peleaban por él mientras le entrevistaban, su forma de moverse en las olas mientras la cámara le seguía. No he sido capaz de hablar con él por Skype ni por teléfono porque sé que habría notado algo raro en mi rostro o mi voz. El ataque de Jonathan me dejó bastante tocada y cerré mi corazón en banda. Unas horas antes, tenía la firme convicción de despedirme de él para siempre, pero las mariposas de mi estómago, que creía muertas, habían vuelto a resurgir como una oruga de su capullo.

Reflexiono sobre mis sentimientos y sé que todo este tiempo he estado engañándome con Ashton primero y después, sumergiéndome entre amigos y libros para no pensar en Craig. No sé si era el temor a perderlo antes siquiera de haberlo tenido, a sentirme traicionada como me había ocurrido con Ash o tal vez el egoísmo de que hacía tanto que no estaba soltera que comenzaba a gustarme

hasta el punto de poder acostumbrarme a ello y no querer estar con nadie más de nuevo para no volver a sufrir.

No puedo creer que haya pasado un año entero, con sus meses y sus días. Me he embarcado en una carrera que odiaba para terminar descubriendo, gracias a mis compañeras de viaje, Donna y Rachel, que el Derecho va más allá de los divorcios multimillonarios y los abusos empresariales. También existen las causas sociales, humanitarias e incluso medioambientales. He estado en el otro lado del abuso estudiantil, la de los sometidos por la gente popular y he descubierto de primera mano la otra cara de la moneda. El abuso desmedido cuando una lo tiene todo. La hermandad y Claire, entre otras, me han hecho darme cuenta de que no todo es blanco o negro. Siempre existen claroscuros que hacen las cosas más complicadas de lo que lo son. Y, para colmo de males, he estado a punto de ser violada por el que yo creía un buen amigo si no hubiera sido por mi ex. Ashton se ha encargado de avisarle de que no volviera a acercarse a mí y creo que ha captado el mensaje porque ha pedido un traslado de universidad.

Oigo unos pasos ante mí y regreso al presente.

—Hola —le saludo con timidez esperando su reacción. La última vez que hablamos le dije que no podría quedar con él. Solo se trataba de una mentirijilla para prepararle una sorpresa, pero la sorpresa me la ha dado Craig a mí.

Un contacto del equipo me ha dicho que estaría a esas horas en la playa. Acudo a verle con mi mejor vestido y una sonrisa en los labios. Sin embargo, la panorámica que me encuentro no es la que había imaginado en mi cabeza. Craig es atropellado por una moto acuática y tragado por una ola. Veo un trozo de tabla saltando por los aires y, entonces, corro gritando hacia él. La chica con la que le he visto hablar un rato antes parece haberse dado cuenta de su accidente y nada hacia Craig. Se sumerge durante varios segundos interminables y saca la cabeza para tomar aliento. Nada. Vuelve a adentrarse en el

azul insondable y, entonces sí, aparece sujetándolo del pecho. Lo sube a su tabla y lo trae hasta la orilla. Mi llamada a emergencias parece haber surtido efecto. Una ambulancia aparca en ese mismo momento en la orilla y dos sanitarios salen con una camilla a cuestas. Apartan a la chica de Craig y comprueban sus constantes vitales. Le preguntan cuánto tiempo ha estado sumergido en el agua.

—Cinco minutos —respondo yo, momento en el que la chica parece ser consciente de mi presencia.

—Sí, cinco —confirma ella mientras uno de los enfermeros le hace el boca a boca y empuja sobre sus costillas. Craig reacciona escupiendo agua y volviendo en sí.

—¡Oh, Dios mío! —exclama la chica lanzándose a sus brazos y mostrando una excesiva preocupación por él. Horas después, descubro que solo se trata de su compañera de equipo. Ruby Red. El seudónimo de una chica de Minnesota que luchó por hacerse un hueco entre las grandes del surf—. ¿Está bien? ¿Se recuperará?

—Ahora mismo tenemos que llevarle al hospital para que le hagan una serie de pruebas. ¿Tiene algún familiar al que se pueda avisar?

—No. Toda su familia está en Australia —contesta Ruby—. Ha venido conmigo para participar en la competición de surf. ¿Puedo ir con él? —le pregunta esperando recibir un sí como respuesta. Me acerco aún más a ellos para imponer mi presencia.

—Pueden ir a verlo al Memorial Hospital —anuncia el sanitario después de subir la camilla a la ambulancia. Cierra una puerta, sube al interior y cierra la otra dejándonos con un palmo de narices. La ambulancia sale zumbando con la sirena rotando. Las dos nos miramos de hito en hito.

—Deberíamos coger un taxi —balbuceo nerviosa.

—Sí —conviene Ruby. La tensión entre ambas es palpable.

Sin embargo, no abro la boca por miedo a escuchar algo que no me guste. Cuando llegamos al hospital, los médicos nos tienen

esperando en una sala hasta que terminan todas las pruebas.

Espero a que den el alta a Craig. Entonces, le veo salir con las bermudas que llevaba y una camiseta y unas chancletas que le han dejado. Camina hacia mí con su mirada clavada en la mía y siento como si fuera a fundirme en ese momento. Si no fuera porque no estamos solos, estoy segura de que nada le impediría empujarme contra la pared y hacerme suya aquí mismo. Respiro hondo y trato de apartar toda la tensión concentrada en la parte alta de mis muslos.

Craig se abalanza sobre mí y me besa en la boca de improviso. Me sujeto a él para no perder el equilibrio y me zambullo en su caricia fresca, dulce y apasionada. Una vorágine de sensaciones que me hace alzar los talones y sentir que levito durante apenas un instante.

—¿Qué ha sido eso? —le pregunto sorprendida.

—¿Tú qué crees? —me replica divertido—. Te he echado de menos, Fred.

—Pero si acabas de verme hace un momento.

—Fred —me dice, sujetando mis manos y clavándome la mirada—, he tenido tiempo de pensar en lo nuestro y creo que nos merecemos una oportunidad. En serio.

—No sabes lo que dices —le espeto, apartando las manos de su protección y dándole la espalda. Todo este año, separados, ha sido demasiado duro. No me siento capaz de llevar una relación a distancia.

—Cuando termine el campeonato, me quedaré por aquí un tiempo, siempre que tú estés de acuerdo —me propone, como si me hubiera leído el pensamiento—. Puedo buscar un empleo y estudiar a distancia.

—Ya veo que lo has pensado todo o casi todo. ¿Y tu familia? ¿Y tus amigos? ¿Estás dispuesto a dejarlos atrás?

—Existe el teléfono y Skype, igual que tú y yo hicimos durante este año. Además, en vacaciones iríamos a Melbourne.

—¿Iríamos?

—Sí. Tú y yo. No pienso separarme de ti nunca más. Te quiero,
Winnifred Delilah Chambers. Vete haciéndote a la idea.



Craig

La visita sorpresa de Fred me ha descolocado por completo. Creía que se lo había pensado mejor y no quería volver a verme.

Después de comer en una hamburguesería y ponernos al día con nuestras vidas, Fred sonrío enigmática ante nuestro próximo destino. Al igual que yo hiciera en Melbourne, ella ha organizado toda la tarde. La sigo, preguntándome qué me ha preparado.

—No vas a decirme nada hasta que lleguemos, ¿verdad? —indago picado por la curiosidad. Ella niega con la cabeza, divertida. Un rato después, nos encontramos sobre un campo lleno de césped. Estamos en un minigolf, una divertida y recurrente —por lo que más tarde me cuenta Fred— actividad donde familias y amigos de todas las edades pasan un buen rato—. Cuando me preguntaste si tenía puntería no creía que te refirieras a esto —le recuerdo incrédulo.

—Bueno, creo que para ganar la partida tienes que introducir la pelota en el agujero —matiza Fred con cierto descaro mientras me mira juguetona. Coloca la bola sobre la base, se posiciona de forma lateral y se inclina hacia adelante con una naturalidad innata. Balancea sus brazos hacia un lado y hacia otro hasta que finalmente golpea la bola. Esta sale disparada unos metros más allá.

—Te manejas muy bien. Demasiado, diría —agrego, esperando a

que sacie mi curiosidad.

—Cuando era pequeña, mis padres solían traernos a Matt y a mí. Lo pasábamos en grande hasta que nos hicimos mayores. Matt comenzó a salir con un grupo nuevo, se alejó de todo y se centró en el surf hasta que... —Ahoga la voz tratando de evitar lo que ya está en su mente.

La muerte de su hermano.

Fred me dijo en Melbourne que le recordaba en cierta manera a él. Que no le traía dolor, sino felicidad, porque nunca había querido olvidar a Matt, a diferencia de sus padres que habían decidido no volver a mencionarle y arrinconar todos sus recuerdos como si nunca hubiera existido. Me acerco a ella y le cojo de la mano. Ella me mira, conteniendo una lágrima y me devuelve un apretón.

—Si no remontas, tengo todas las de ganar —me advierte, cambiando de tema.

—No me rindo tan fácilmente —le comunico, aceptando sin más su decisión. Algunas personas manejan el dolor por la pérdida de sus seres queridos hablando, otros encierran cualquier objeto que pueda destapar el recuerdo —como hicieron los padres de Fred— y otros simplemente intentaban vivir con ello día a día —como ella—.

Cuando una persona que ha compartido grandes momentos contigo te es arrancada de forma tan brutal, nada, ni siquiera el tiempo, conseguirá curar ese dolor. Se puede aprender a sobrellevar, como ha hecho ella, pero la marca que esa persona ha dejado en tu vida es imborrable.

—¿Qué es lo que te ha dicho exactamente el médico? — me pregunta de la forma más casual, provocándome un acceso de tos cuando voy a golpear la pelota—. Perdona. No quería sonar como una entrometida.

—Fue algo paternalista. Quiere que tenga reposo y eso significa abandonar el campeonato, algo que ni siquiera me planteo —le confieso con valentía y aceptación, mientras trato de hacer mi mejor

movimiento con el palo.

—Tal vez deberías hacerle caso.

La miro con el ceño fruncido.

—No digo que abandones el surf, pero digo que deberías tomártelo con más calma. Esta mañana podrías haber muerto y sin embargo, estás aquí junto a mí. Sería bueno que valorases eso —me reprende como si hubiera hecho una travesura—. Nadie ha tenido la suerte de vencer dos veces a la muerte.

Su mirada se clava en la mía. Me hace ver que su preocupación es patente y también, que sabe lo del tumor.

—Fred, quise contártelo. De veras, pero nunca encontraba el momento adecuado. Lo siento mucho —le digo con un nudo en la garganta, apoyando parte de mi peso en el palo.

—Ahora eso ya no importa. No estoy enfadada. Lo único que quiero es que te tomes en serio tu salud.

—El tumor ha desaparecido, Fred. Estoy bien. No hay de qué preocuparse.

—Craig. ¡Eso es estupendo! No lo sabía. No me atreví a volver a llamar a tu casa, pero te seguía por internet siempre que podía. Quería saber de ti.

—Eso significa que me quieres por lo que no veo ningún motivo para estar separados.

—Había olvidado lo convincente que puedes llegar a ser.

—Entonces eso es un sí —le digo rodeándole la cintura con las manos y cerniéndome sobre ella para besarla de nuevo. No me canso de hacerlo.



Fred

—Bien —dice, concentrado en el juego—. Ya hemos dejado claro que estamos enamorados y que me quedaré por aquí una temporada —golpea la pelota con el palo y me observa con atención—. ¿Cuál es el siguiente paso? Nunca he tenido una relación seria.

Me lo quedo mirando durante un rato. Pienso que bromea, pero parece hablar totalmente en serio. No sé por qué no me extraña.

—Hacer cosas juntos. Preferiblemente que nos gusten a ambos. Habrá veces que uno o los dos tendremos que ceder en algo.

—Me parece bien. ¿Qué más?

—Apoyarnos en lo bueno para crecer como personas y en lo malo para superar los baches que podamos encontrarnos por el camino. —Asiente—. Y, lo más importante, no dejar de querernos nunca —suelto con bastante más arrojo del que creía tener. Considero que todo este año ha sido un cúmulo de experiencias que me han hecho madurar y aprender a pasos de gigante. Tengo las cosas claras y sé lo que quiero.

A él.

—Sí, sí y sí. Sí a todo. —Va subiendo cada vez más el tono de su voz. Ha soltado el palo y viene en mi dirección. Me coge por la cintura y gira sobre sí mismo, sin apartar la mirada de mí. Me

contagia con su felicidad y no paro de reír. Lo abrazo y no quiero que este momento se acabe nunca. Un minuto después, se detiene, se asegura de que tengo los pies en el suelo y enmarca mi rostro con sus manos—. Quiero vivirlo todo contigo, que estés en el campeonato animándome, conocer a tus amigas, que salgamos con Andy y Steffi, que estudiemos juntos, que pueda meterme en algún lío para presumir de abogada, que te arregle el coche cuando se te estropee...

Sonrío ante sus disparates.

—No tengo coche y, en cuanto a meterte en algún lío para presumir de mí, puedes hacerlo igual sin ser un delincuente.

—Tiempo al tiempo —bromea.

—Craig, ¿por qué hemos tenido que esperar tanto para ser felices? —Me pongo más seria.

—No lo sé. Tal vez no habíamos dado con la persona adecuada. Desde que te conocí, mi vida ha dado un giro radical. He tardado en ser consciente de que la existencia que llevaba no me llenaba y solo pasaba el rato. He logrado afianzar la relación con mi familia. He retomado mis estudios —se ríe ante su estela fugaz con los libros— y mi gran pasión: el surf. Y todo gracias a ti. He vivido en poco tiempo más de lo que creía y más que mucha otra gente —me dice tomándome de las manos y mirándome a los ojos, con infinita sabiduría. Entonces, soy consciente de su confesión y mi corazón se salta un latido.

—No ha sido por mí o, al menos, no directamente. Simplemente te diste cuenta de lo que querías.

—No me importa lo que creas, Fred. Estoy loco por ti. Cuando te conocí en Melbourne, te entregué mi corazón y, con él, un pedacito de mi alma. Me enamoré de que tuvieras las cosas tan claras, de que fueras capaz de ver el lado bueno de las cosas y de que no te conformases nunca. —Me acaricia la mejilla. Siento que estamos solos él y yo. El resto de gente ha desaparecido como por arte de magia del campo de minigolf. Sujeto su mano para que no se aleje—.

Tengo que decirte algo antes de que te enteres por terceras personas —me anuncia, estallando la burbuja que se ha formado a nuestro alrededor.

—¿Tú dirás?

—Será mejor que nos sentemos. Es algo serio.

—Está bien. Devolvamos el equipo y vayamos a tomar algo a una cafetería. —Asiente. Recoge los palos y la bola y regresamos al carrito.

Un rato después, nos encontramos sentados frente a frente con nuestras bebidas.

—Está bien, Craig. ¿Qué era eso que querías contarme? Parecía algo serio —le animo a hablar, acercándome a él y sujetándole de las manos.

—¿Recuerdas el día que estuvimos en la playa?

—Sí.

—¿Recuerdas el niño que se abrazó a mí?

—Sí.

—Fred. Quiero que sepas que te quiero con toda mi alma. No olvides eso.

—Craig, me estás asustando. Dímelo de una vez.

—Ese niño es mi hijo. Se llama Ben.

Un pequeño silencio se instala entre ambos. Es ensordecedor y Craig comienza a ponerse nervioso.

—¿No vas a decir nada?

—Me mentiste.

—No, no lo hice. Simplemente, no te conté la verdad.

—Para mí es lo mismo.

—Lo siento, Fred. Hasta hace poco, apenas tenía contacto con él. Conocerme me hizo mejor persona. Ahora trato de ser un buen padre para Ben.

—¿Y qué esperas que te diga? —me suelto de sus manos y me echo sobre el respaldo de mi asiento.

—Que lo entiendes y que no es un obstáculo para lo nuestro.

—Lo entiendo —digo a secas, evitando su mirada. —¿Y?

—¡Dios santo, Craig! ¿Cómo has podido omitir algo así? ¡Tienes un hijo! —le suelto enfadada—. No es algo que se pueda olvidar tan fácilmente.

—Lo sé, pero pensé que complicaría las cosas.

—¿Qué hay de su madre? —le pregunto, obviando su respuesta.

—La conoces. Es la taquillera del cine.

—Ahora entiendo por qué nos habló así —No doy crédito—. Dime una cosa, Craig. ¿Te lo pasaste bien?

—¿Qué?

—Os echaríais unas buenas risas a mi costa. ¡Eres despreciable! —digo furiosa, levantándome de la silla.

—No es lo que crees —me asegura, dolido. Se levanta y me sujeta por el codo tratando de retenerme.

—Nunca lo es, ¿verdad? Saluda a tu mujer y a tu hijo de mi parte —le suelto una bofetada y, en el instante, noto cómo me suelta para llevarse la mano a la cara. Me marcho sin mirar atrás. No quiero que consiga hacerme cambiar de opinión con su cara de no haber roto un plato y sus estudiadas palabras.



Craig

Como si hubiera estado observándome de cerca, Ruby me llama por teléfono en ese instante.

—Hola, Craig. Soy Ruby. Solo te llamaba para ver si podías quedar a tomar un café. Antes no tuvimos mucho tiempo para hablar. —Su voz muestra un deje de preocupación que no puede ocultar.

—Ahora mismo me iba para el hotel —suelto tratando de evitarla por todos los medios.

—Eso es estupendo. Hay una cafetería al lado. Se come muy bien. Podríamos tomar algo juntos, ¿qué te parece? —me invita con una voz algo más animada a la que es imposible decir que no.

—No tengo nada mejor que hacer —respondo sin más.

—¡Genial! Entonces, ¿cuánto calculas que tardarás?

—No lo sé. ¿Unos veinte minutos o media hora? Buscaré una parada de autobús.

—Está bien. Te esperaré dentro.

—Intentaré llegar pronto.

—No te preocupes. Con que llegues, me vale —añade antes de despedirse. Puede ser que Ruby ya sepa lo de mi enfermedad. ¿Pero cómo? Si lo sabe y se le ocurre abrir la boca puede ser el final para mí dentro del campeonato.

Un rato después me encuentro sentado frente a Ruby en una cafetería típicamente americana de los años cincuenta. Tiene rótulos de neón con una decoración alegre y festiva, iconografía *pin up*^[12] y una *jukebox*^[13] donde no paran de sonar éxitos de Chuck Berry, Roy Orbison y Elvis Presley, entre otros.

—Perdona que te haya hecho venir aquí. Es uno de mis sitios favoritos y con todo este trajín del campeonato hace mucho que no visitaba uno. —Se sincera conmigo.

—No te preocupes. Me vendrá bien comer algo. —Le sonrío rompiendo la tensión existente. Ella coge una de las cartas, comienza a leer los platos y yo hago lo mismo. Unos segundos más tarde noto cómo alguien me observa. Alzo la vista y me encuentro a Ruby con el rostro cubierto por el menú a excepción de sus ojos grises que me observan de hito en hito—. ¿Va todo bien? —le pregunto haciéndome el tonto.

—Sí, claro —me dice, volviendo rápidamente la mirada al menú. Pedimos unas hamburguesas con patatas fritas y refresco.

A diferencia de la mayoría de chicas que comen a base de ensaladas, Ruby disfruta comiendo. Es de constitución delgada y no necesita preocuparse de lo que lleva grasa y de lo que no. Permanecemos muy callados y no es hasta que hemos terminado que alguno de los dos se atreve a pronunciar una palabra.

—Ya está bien de tanta miradita. ¿Me vas a decir qué es lo que te ocurre? —termino estallando ante ella. Me mira durante un instante y, entonces, decide contestarme.

—A mí no me pasa nada. ¿Y a ti? No has mencionado en toda la cena el tema del hospital. Soy tu amiga y tu compañera de equipo. ¿No crees que me merezco una explicación? —me contesta con otra pregunta. Más bien, con otras dos.

—No es de tu incumbencia —replico molesto porque invada mi espacio personal.

—Estuviste a punto de ahogarte. Surfeas demasiado bien como para que algo así pueda ocurrirte. ¿Qué me ocultas?

Se inclina más sobre la mesa y sobre mí. Doy gracias de que la mesa la mantenga a distancia. Me levanto y trato de huir, pero Ruby es tan rápida como yo y me lo impide. Me pone la mano sobre el pecho.

—No voy a aceptar una negativa. Soy demasiado testaruda para eso —me instiga a que cambie de opinión.

—Pues es lo único que obtendrás de mí. Gracias por la cena. Te veo mañana —me despido de ella rodeándola y dejándola allí plantada. Cuando llego al hotel, decido llamar por Skype a mis padres. Hablar con ellos me vendrá bien. Evito contarles nada del incidente en la playa, para no preocuparles.



Fred

Llevo horas dándole vueltas a lo de Craig. No me ha sorprendido tanto como esperaba. ¿Por qué? Quizá porque aquel día me olí algo, pero no me atreví a indagar por miedo a toparme con la verdad. Tal vez la culpa no sea toda de él. Quizá si yo me hubiera interesado más por su vida personal, él se habría abierto a mí y me habría contado lo de su hijo.

Ahora que lo pienso en frío soy consciente de lo tonta que he sido. Me he quejado de su egoísmo y le he abandonado a la primera de cambio. No le he apoyado como prometí que lo haría.

Pese a que ya es de noche decido darme un paseo por la playa frente a su hotel. La luna, como un gran foco en horas bajas, lo ilumina sin posibilidad de esconderse. Está sentado en la arena, junto a su tabla, admirando el reflejo de esta sobre el mar. ¡Ojalá pudiera saber lo que está pensando!

—Hola, Craig —saludo a su espalda. Él permanece inmóvil. Empieza a costarme distinguir sus rasgos en la oscuridad—. He actuado como una imbécil. Dije que estaría a tu lado en todo momento y he abandonado ante el primer desafío.

—Tenías motivos para enfadarte. Debí contártelo hace tiempo, pero nunca veía el momento —reconoce con calma, sin apartar la

vista del mar.

Me siento a su lado, le acaricio y entrelazo mis dedos con los suyos. Noto la presión de sus yemas sobre el dorso de mi mano. Un pequeño cosquilleo sube por mi garganta.

—Dime qué he hecho para tener tanta suerte de tenerte a mi lado —me dice girándose y besándome la mano.

—Te equivocas. No ha sido suerte. Ha sido el destino el que ha querido juntar nuestros caminos y no pienso desaprovechar esta oportunidad. Solo espero que no vuelvas a mentirme.

—No lo haré —promete con urgencia.

—Craig. No te pido que me cuentes todo si no quieres, pero sí lo que afecte a nuestra relación. Ben es parte de tu vida y, con el tiempo, lo será de la mía. No quiero, ni por un momento, que ese niño se sienta poco querido o apartado por mi culpa. ¿Me has oído? Lo haremos bien. Sé que podemos.

—Me alegra mucho oír eso. Gracias, Fred. —Su rostro muestra verdadero agradecimiento. Ben es verdaderamente importante para él. Eso me gusta. Demuestra que es consecuente y responsable con sus acciones y, por lo tanto, que puedo confiar en que lo dará todo en esta relación.

—Craig. No podría ser de otra manera. Cualquier cosa que tenga que ver contigo, me implica a mí también. Eso es lo que significa quererse. Darlo todo por la persona amada, aunque eso a veces nos haga sufrir. En poco tiempo te has llegado a convertir en mi área de descanso favorita. A la que voy siempre que quiero sonreír, respirar tu fragancia y, aunque no lo diga a menudo, donde me siento yo misma sin tener que cumplir las expectativas de los demás —le confieso exponiéndome ante él. Resulta más fácil confesar algo cuando nadie te ve—. Tú me has ayudado a no enterrarme bajo capas y capas de responsabilidad.

—Yo no he hecho nada. Tú siempre fuiste tú y saliste de tu cáscara cuando te hartaste de los convencionalismos — trata de

convencerme.

—Tú tuviste que ver mucho con ese cambio, aunque no lo creas. Solo he salido con un chico en toda mi vida, por lo que no tenía con quién comparar. Cada vez que miraba a Ashton, creía que era el mejor de los novios. El más guapo. El más inteligente. El más divertido... E incluso puede que lo siga siendo, pero ya no lo veo con los mismos ojos que hace unos años. —Su mirada sorprendida me observa interesado—. Contigo he logrado hablar de Matt por primera vez, he hecho cosas que jamás pensaría que haría en mil años. —Me sonrojo al recordar mi primera vez junto a él y las demás que le siguieron en el acuario y en la habitación de hotel—. He superado lo de Ash y me he replanteado seriamente continuar con Derecho, eligiendo un campo que me gusta más. Ayudando a otros.

Apoyo mi cabeza en su hombro y juntos contemplamos el mar, como si este tuviera todas las respuestas. Craig me abraza y, como si de una descarga eléctrica se tratara, recibo un pequeño chispazo. Alzo el rostro y lo miro bajo la tenue luz que la luna nos brinda.

Nuestras miradas quedan ensimismadas la una en la otra, sin poder apartarse. Entonces, lo beso en los labios. No muestra desacuerdo por lo que me lanzo sobre él, intensificando mi beso y terminamos cayendo sobre la arena. Soltamos una pequeña carcajada debido a los nervios. Craig me acaricia el rostro mientras me contempla embelesado. Arrastra su mano por debajo de mi mentón hasta llegar al cierre de mi blusa. Comienza a desabotonarla poco a poco y, cuando llega a la mitad, la desliza por encima de mi cabeza. Alzo mis brazos y le ayudo así a desnudarme más rápidamente. Ahora es mi turno. Sin apartar mi boca de la suya, mis dedos se adaptan por un segundo a las formas de su pecho y sujeto su camiseta. Tiro de ella hacia arriba y la lanzo a un lado. En cuestión de segundos, nos hemos deshecho de los vaqueros y la ropa interior. La suave brisa nocturna, unida al roce de su piel, eriza mi vello de punta.

Después de un año, separados, por fin estamos juntos. Su cuerpo reclama el mío dándome media vuelta y dejándome caer de espaldas sobre la arena. Sin pensárnoslo dos veces, nuestros labios quedan atrapados como dos polos opuestos. El alivio de saber que no voy a perderle y de que tenemos una oportunidad juntos hacen que me entregue a él sin reparos. Su mano recorre sin detenerse una línea invisible que atraviesa mi cuello, mis senos, mi ombligo hasta que llega a mi pelvis. Entonces, acaricia mi muslo y lo alza para acceder más fácilmente a mi interior. No me he dado cuenta de que he contraído la respiración hasta que abro la boca y emito un gemido. Sus dedos invaden mi intimidad y comienzan a recorrer con sabiduría cada uno de mis recovecos. Como si dispusieran de memoria propia. En cuestión de segundos me siento húmeda.

El brillo de sus ojos me dice todo lo que necesito saber. Elevo mis piernas hasta rodear su cintura y dejo que se acople a mí hasta que ambos somos uno. Su calidez me embriaga y hace que pierda todos mis sentidos. Craig sujeta mis manos y las lleva por encima de mi cabeza. Me besa con un hambre voraz que acompaña de fieros empellones a mis caderas. Muy pronto, empiezo a notar el calor que anida en él, la energía vital que le ha hecho luchar hasta el día de hoy. El ritmo de su pelvis es mágico y noto pequeños espasmos cerca de mi clítoris. Si sigue así voy a correrme en cuestión de segundos.

—Aguanta un poco, gatita. Ya casi estoy —me dice al oído con voz ronca y sensual.

—¡Oh, Dioss! ¡¡Oh, Dioss!! ¡¡¡Oh, Diossss!!! —En ese momento, sin proponérmelo llego al culmen y, agotada, me derrumbo en la arena. Craig tarda poco en seguirme.

Sus abdominales se marcan aún más con su cabeza y sus hombros ligeramente inclinados hacia atrás. Puedo sentirlo como si fuera un dios griego navegando dentro de mí y dejándose poco después arrastrar por las olas. Su rostro se muestra borracho de felicidad durante un segundo. Al siguiente, Craig parece algo

molesto. Me mira como si fuera a regañarme.

—Te has portado muy mal, gatita. Te pedí que me esperaras. Mereces un buen castigo para que aprendas —objeta divertido ante mi sorpresa. En ese momento, y sin darme tiempo a recuperar el aliento, me toma en sus brazos y se adentra en el mar.

—No. Craig, no. El agua ahora debe de estar helada. — Su única respuesta es una sonrisa traviesa. El contacto del agua con mi piel hace que esta se me erice por segunda vez en poco tiempo.



Craig

El agua nos cubre ahora por la cintura y la llevo un poco más a lo hondo para poder dar rienda suelta a mis instintos. Le doy la vuelta y acaricio su cuerpo con ternura soltando pequeños besos en el nacimiento de su pelo, detrás de su oreja, en su cuello... Me detengo de nuevo en su oreja y comienzo a mordisquearla. Noto cómo Fred se excita y mi miembro cobra vida propia, rozando su trasero y haciendo que sude la gota gorda, anhelando por más. Me pego a ella y la veo estremecerse. Mi gatita puede sentir cuánto amor tengo para darle. En este momento estamos ella y yo. Todo lo demás no importa.

Con ayuda de mi mano, me guio hasta su interior y Fred se levanta ante mi contacto. Me coloco con cuidado dentro de ella y espero unos segundos a que se adapte a mí. Me siento como una prolongación más de su cuerpo.

Esta vez mis dedos surcan su monte de Venus y se sumergen más allá. Otro pequeño movimiento de mi gatita. Parece inquieta. Pueblo su cuello de besos mientras la embisto por ambos lados. Sus pequeños jadeos me dicen que lo estoy haciendo bien. Mis movimientos son lentos pero prolongados, haciendo que Fred vuelva a sacar sus uñas. Se aferra a mi cuello y atrae mi boca sobre la suya, volviéndome loco. Incremento, sin darme cuenta, el ritmo y sus

gemidos se vuelven más sonoros. Soy consciente de que en cualquier segundo podemos ser cazados. Acelero mis acometidas y descubro cómo su cuerpo flojea y se apoya sobre el mío. De nuevo, ha llegado al orgasmo antes que yo, pero incluso eso parece una nimiedad estando con ella. Salgo de su interior y observo su rostro de puro placer. Se acerca a mí y comienza a acariciarme.

—No tienes por qué hacerlo —le digo, sabiendo lo tímida y recatada que es. No quiero que cambie. Me gusta tal y como es.

—Lo sé, pero quiero hacerlo. Quiero que disfrutes tanto como yo —puntualiza mientras su mano se acerca a mis partes y comienza a acariciarme arriba y abajo. Siento cómo pierdo fuerza en las piernas y dejo que el agua me sostenga. Ella se abraza a mí con una mano y con la otra prosigue su labor. Devoro el interior de su boca y nuestras lenguas bailan una danza tribal. Pequeñas descargas de placer se extienden de mi boca y el final de mis muslos hacia todo mi cuerpo. En cuestión de segundos, me dejo llevar y exploto. Aprisiono a Fred contra mí y le abrazo fuerte, agradeciéndola lo que me ha hecho sentir.

Minutos después, caemos dormidos sobre la arena el uno en brazos del otro.

87



Fred

Cuando despierto, aunque los tímidos primeros rayos del sol acarician mi cara, la brisa fresca estremece mi piel haciendo que eche en falta algo. Llevo las manos a los lados y no encuentro nada. Aparto la chaqueta a un lado, me levanto nerviosa y miro a mi alrededor en busca de Craig. Lo encuentro en la orilla sacudiéndose el pelo de forma divertida, como solo haría un perro. No puedo evitar reírme.

Se acerca a mí y vuelve a calarme como siempre ha hecho cuando estamos en la playa. Noto el agua un poco fría en contraste con los rayos del sol, pero no me importa. Es más, lo abrazo para que no se aleje. Me gusta esta cercanía y sé que en cuestión de días volveremos a estar separados, aunque solo sea por poco tiempo.

Craig tiene que hacer otras tres paradas antes de dar por concluido el campeonato. Las dos primeras en Francia y Portugal el mes que viene y la última en diciembre, en Hawái. Le he preguntado si quiere quedarse conmigo el resto del mes, pero cada vez queda menos para terminar y Hurley quiere que esté al cien por cien. Eso implica surfear, surfear y surfear. Espero que esto no le haga terminar odiando algo que le gusta tanto.

En noviembre no hay competencias, pero Craig ha prometido a su

familia que regresaría para verlos antes de instalarse en Palo Alto. Me consuelo sabiendo que, a partir de Navidades, lo tendré solo para mí.

Me besa con ansia, sabiendo que no tardaremos en estar rodeados de los primeros bañistas, me envuelve en un torbellino de sensaciones y me siento como en una montaña rusa, temiendo perder el sentido.

El sonido de una luz rotativa nos interrumpe. Giramos la vista para encontrarnos con una máquina excavadora y un mirón. El hombre nos saluda, risueño, esperando a que nos levantemos de la arena. Mi rostro está lleno de color, pero Craig le devuelve el saludo y le da los buenos días. Cojo mi ropa y comienzo a vestirme rápidamente. Por suerte, anoche me dejé el bikini puesto.

Craig me coge de la mano y, con mucha calma, subimos las escaleras que conducen al paseo.

—Te invitaría a mi habitación, pero no sé por qué me da que no vas a querer —afirma sacando al bromista que hay en él. Suelto una carcajada y le doy un manotazo en el hombro. Me gusta todo de Craig, lo que más su amor incondicional a los suyos y su sentido del humor.

—Entonces volveré a la residencia. Ya sabes que las universitarias siempre tenemos deportes que practicar, timbas a las que apostar y fiestas a las que asistir —le recuerdo la mala fama que tienen los campus mientras me doy la vuelta. Solo en broma. No pienso irme a ningún lado. A menos que él me lo pida.

—Tú no te vas a ninguna parte —me dice muy serio, tirando de mí y acercándose a su pecho—. Será mejor que te prepares para una maratón de sexo, comida y televisión.

De nuevo vuelvo a reírme, esta vez cuando no debo. Me tapo la boca con la mano.

—¿He oído bien?

—Sí. Vamos a ver la primera temporada en DVD de Westworld.

Me la ha prestado Ruby. Dice que es muy buena.

—¿Y lo de la comida?

—¿No te lo imaginas? —insinúa con un toque picante—. Vamos a hacerlo tantas veces que vamos a terminar cansados y hambrientos.

La Fred de antes se habría sonrojado ante tal afirmación. La de ahora le mira embelesada y deseando que sus deseos se hagan realidad.

—¿Alguna pregunta más, señorita curiosa?

—Ahora que lo dices, sí. ¿Ruby es esa compañera tuya de la que me has hablado? —Él asiente—. Me gustaría conocerla. Si no te resulta un problema.

—Perfecto, se lo diré, pero lo primero es lo primero — me dice enseñando la llave de su hotel.

Se la robo en un descuido y echo a correr. Las risas vuelven a aflorar. Me siento como una chiquilla disfrutando de la vida sin preocupaciones que nublen mi presente. Craig me persigue y no es hasta unos metros después que me alcanza.

Me acorrala con sus brazos en una marquesina, apoya su frente en la mía y no necesito nada más para saber que todo va a salir bien de ahora en adelante. Compartimos esa pequeña intimidad que es solo nuestra, nos acariciamos sin necesidad de manos y, después de unos segundos que se antojan minutos, Craig gira su rostro y su beso me recuerda a un postre, paladeo despacio cada cucharada como si fuera la última. Igual que su forma de surfear.

—Vámonos de una vez o no puedo prometer que tengas que ejercer de abogada —me pide misericordia, como un sediento en medio del desierto.

Metó la mano con cuidado en el bolsillo de su pantalón, esperando hacer contacto y noto cómo se tensa. Deposito la llave dentro y trato de sacar la mano, pero Craig ha sido más listo que yo y me bloquea con la suya. Me tiene sujeta y me hace profundizar en el bolsillo mientras clava su mirada en mí. No necesitamos palabras.

Nuestros ojos hablan por los dos.

—Tú lo has querido —continúa masajeándose y yo me dejo hacer. Me siento como en un peligroso juego en el que los dos competimos por ver quién llega más lejos—. Tal vez esta noche amanezcamos en una celda. Sería estupendo que solo les quedara una. ¿Te imaginas?

Sus palabras me hacen recobrar la razón, le separo lo suficiente para recuperar mi mano, lo sujeto de la ropa y tiro de él hasta el paso de cebra. Solo unos metros nos separan de nuestro oasis.



Craig

Mi estancia de diez días en California se me ha hecho muy corta. Los entrenamientos, las pruebas y tener cerca a Fred, han hecho que no piense en nada más. Ahora ha llegado el momento de la temida despedida. Temida porque, aunque nos volvamos a ver en dos meses, nuestra relación será puesta a prueba.

Después de habernos despedido varias veces en la habitación del hotel, llega el momento de devolver la llave. Fred no ha soltado mi mano desde que cogimos el ascensor.

—Muchas gracias por su estancia. Esperamos volver a verle —me dice el recepcionista, a modo de despedida.

El equipo de Hurley está en el *hall* del hotel, esperando que nos reunamos para salir directos al aeropuerto.

—Odio tener que decirte adiós —se queja, agachando la cabeza mientras sujeta mi camiseta.

—Yo también, gatita, pero en apenas tres meses nos volveremos a ver. Confía en mí. Esta vez ni te darás cuenta de que faltó. —Le acaricio el brazo, con el aroma de su cabello aún en mi nariz.

—¿Cómo puedes decirme eso? Claro que lo haré y, lo peor de todo, es que cientos de cosas me recordarán a ti. —Alza la vista y la clava en mí. Veo como lucha por no llorar, aunque sus ojos están

tristes.

—Dame un segundo —le pido alejándome de ella por un instante y acercándome al equipo.

Hablo con el portavoz durante unos segundos y consigo que me dé una caja. Le doy las gracias y vuelvo junto a Fred.

—¿Me has comprado algo? ¿Cuándo? No te he dejado ni a sol ni a sombra —reconoce con los ojos llorosos.

—No exactamente. He tratado de disfrutar cada día sin pensar en hoy, pero espero que esto ayude a mitigar mi ausencia. —Le tiendo la caja y, por un momento, Fred no puede evitar echar a reír. Es de cartón, a excepción de su parte frontal, de plástico y que revela su contenido. Se trata de una pequeña figura de mí, hecha a escala, con unas bermudas de Hurley y mi tabla de surf.

—¡Vaya! Es idéntico a ti —admira los detalles.

—No lo digas muy alto. El portavoz necesita poco para alardear de la idea que tuvo —murmuro esperando que no nos haya oído. Cuando oigo unos pasos precipitados detrás de mí, sé que no ha sido así.

—Te gusta, ¿verdad? Pensé que ayudaría a incentivar el apoyo a nuestros representantes. Se están vendiendo como churros —grita, loco de contento.

—Necesito estar a solas con ella un minuto —le susurro al oído. Me mira y asiente. Se une a Ruby, que acaba de bajar de su habitación.

—Hay una cosa que aún no has hecho y que me prometiste.

—¿Cuál? —le pregunto sorprendido.

—Presentarme a Ruby y me figuro que es ella porque no veo a ninguna chica más por aquí —me responde mirando en su dirección.

—Está bien. Si tantas ganas tienes de conocerla, no te quitaré la ilusión.

—Ruby. —Se gira mirando con interés—. ¿Te importaría venir un momento? Mi novia quiere conocerte. —Algunas miradas curiosas

nos prestan atención hasta que Ruby se une a Fred y a mí y todo vuelve a la normalidad—. Ruby, esta es Winnifred.

—Puedes llamarme Fred.

—No te preocupes. Mi madre tampoco estuvo muy fina cuando me puso el nombre. Ruby Red es algo más que un seudónimo.

Ambas comparten risas.

—¿Te importaría dejarnos solas? Quiero hablar con Ruby si te parece bien, claro —dice esto último mirándola a modo de pregunta. Ella asiente.

Las veo conversar como viejas amigas y me pregunto de qué estarán hablando. Intentaré sonsacárselo a Ruby de camino al aeropuerto.

—Chicos. Es hora de marcharnos si no queremos perder el avión —anuncia el portavoz en alto. Me acerco a ellas.

—Ha sido un placer conocerte, Fred. Espero que volvamos a vernos —se despide Ruby, antes de alejarse. Sujeto a Fred por la cintura y, sin necesidad de palabras, nos besamos por lo que parece una eternidad. Mi camiseta queda impregnada de sus lágrimas mientras la abrazo y la prometo que pronto nos veremos.

—Te pondré en la mesilla de noche.

—Así soñarás conmigo todas las noches.

—Sabes que no necesito esto —dice moviendo la caja— , para pensar en ti. Te quiero.

—Y yo a ti.

Me alejo mientras nuestros dedos se van soltando y el espacio entre nosotros se hace cada vez más grande.



Fred

—Hola, Ruby. Tenía muchas ganas de conocerte. Craig, me ha hablado mucho de ti. Dice que eres una gran surfista y, sobre todo, una gran compañera.

—Me alaba en exceso. Es muy diplomático.

—Créeme. Le conozco y no suele exagerar en sus afirmaciones. Estoy segura de que eres una gran persona. Ojalá hubiéramos tenido más tiempo para conocernos.

—Sí, hubiera sido interesante —asegura recelosa. Algo en su mirada me inquieta.

Decido sincerarme con ella. Es lo mejor que puedo hacer si quiero llevarme bien con quien ha pasado un año con Craig y con el que aún estará otros tres meses.

—Mira, Ruby, no sé lo que había entre tú y Craig, si es que lo había. No planeé nada de lo que ocurrió. Fui a Melbourne de vacaciones y lo conocí. Pasamos tiempo juntos, nos gustamos y, poco después, nos dimos cuenta de que no podíamos vivir el uno sin el otro.

—No hace falta que me des explicaciones. Sí es verdad que su forma de ser me enamoró al principio, pero me dijo que había alguien y yo supe parar a tiempo. No quiero complicaciones de

ningún tipo. Una vez estuve metida en una relación a tres bandas y no salió bien. No quiero pasar por lo mismo nunca más.

—Lo siento mucho, Ruby. No tenía ni idea. Solo te lo decía porque no sabía en qué situación se encontraba vuestra relación y no quería que pensaras que me había inmiscuido sin más. A mí tampoco me gusta ser el segundo plato de nadie.

—Entonces, todo aclarado. Ah, y no te preocupes, tendré a nuestro hombre vigilado a sol y sombra. No dejaré que ninguna chica se le acerque —me dice, guiñándome un ojo, con complicidad.

La voz de uno de los miembros del equipo me recuerda que la despedida está cada vez más cerca. Craig se acerca y Ruby se despide de mí.

He pasado un año muy duro pensando en él, en sí yo sería tan importante para él como él lo era para mí y, en si debía olvidarle por el bien de los dos. Ahora que todas esas dudas se han aclarado y los dos queremos estar juntos, rezo por no encontrarnos con ningún obstáculo más en el camino. Ambos lo hemos pasado mal y no nos merecemos más desgracias.

Agarro el asa de mi maleta y busco un taxi que me lleve al aeropuerto de San Diego. Me espera un vuelo de poco más de una hora que me dejará en San Francisco. Allí está Donna con su coche. El trayecto hasta la residencia es de apenas media hora.

Después de los saludos de bienvenida por parte de mi amiga, iniciamos el camino de vuelta.

—¿Qué tal te ha ido con tu hombretón? —me pregunta, divertida. Tiene un buen día y, aunque quisiera que siguiera así, temo que voy a chafárselo.

—De maravilla. Me he quedado con ganas de esconderme en una de sus maletas. —Donna se ríe.

—Comprendo esa sensación. Recuerdo cuando empecé a salir con Roy. No podíamos estar separados un minuto.

—¿Y qué pasó después? —le pregunto con cierto temor.

—Lo que suele pasar siempre. Me vine a estudiar a Stanford y él se quedó en Pittsburgh. La distancia no funcionó. —Mi cara muestra cierta decepción. Ella parece darse cuenta y trata de subsanar lo que cree que es un error—. No funcionó para nosotros, pero no quiere decir que sea igual para ti. Ya ves, cuando termine el campeonato se quedará en Stanford. Debes estar realmente contenta.

—Sí. Lo tienes todo pensado. Irá a ver a su familia y amigos algunos fines de semana sueltos y en vacaciones. Quiere que le acompañe.

—¡Vaya, vaya! Eso sí que es ir rápido.

—Nos conocemos desde hace un año, los dos lo hemos pasado mal y creo que nos merecemos esto. No me importa lo que piense la gente.

—Está bien. No he dicho nada —dice, llevándose la mano a la boca y fingiendo que cierra la cremallera.

—Discúlpame, Donna. ¡Es que siento que tantas situaciones y personas han impedido que estuviéramos juntos! Ha habido veces en las que me pregunto de dónde he sacado fuerzas para continuar.

—Has sido muy valiente. Cualquiera otra no habría estado dispuesta a sufrir tanto por amor.

—¿Cómo tú? —le pregunto interesándome por ella, algo que sé que no soporta—. Me refiero a que no hablas nunca de ningún chico. ¿Por qué? —le pregunto tratando de reparar mi grosería.

—No quiero volver a sufrir. Así es más fácil. A veces salgo con alguno, pero nunca más de un par de veces.

—¿Y este coche? ¿Es de alguno de esos chicos? Por mucho que trabajes, tú jamás podrías permitirte uno así. —Meto el dedo en la llaga.

—Vaya, Fred. Te veo muy cómoda en él. Creo que ya te dije que no me gusta que nadie se meta en mi vida —me suelta enfadada.

—Me preocupo por ti. Sé que andas metida en algo peligroso y no quiero que salgas malparada. Por favor, déjalo antes de que sea

demasiado tarde —le ruego esperando que me haga caso.

—No hace falta que lo hagas. Tengo planes y muy pronto terminará todo. Alégrate por mí y sé feliz. Es lo único que te pido —me dice sin ser más explícita. Espero que tenga razón.

—Eres mi amiga para lo bueno y para lo malo. Confiaré en ti.

—Por fin, llegamos a un acuerdo en algo. —Se ríe Donna, mientras Palo Alto nos da la bienvenida.

Octubre

90



Craig

Ha pasado solo un mes desde que me despedí de Fred y parece casi una eternidad. Reviso sus fotografías en el móvil cada vez que me acuerdo de ella, que suele ser casi siempre.

—¡Qué cara de pánfilo tienes! —me dice Ruby, una de esas veces.

—Puedes decirme lo que quieras. Ahora mismo no estoy para nadie.

—¿Ni para ver quién de los dos coge la mejor ola?

—Eso no vale. Conoces mi debilidad. No puedo negarme a una buena ola. Vamos —digo guardando el móvil en la mochila y haciéndome con la tabla. Me uno a Ruby, después de atarme el *leash*^[14] al tobillo, con una sonrisa en los labios.

Nos encontramos en Landes, Francia. Lo que otrora fue un desierto inhóspito se ha convertido en el mayor bosque de Europa, una de las mejores zonas para surfear y un referente turístico con más de cien kilómetros de playa de arena fina, sus cinco estaciones termales y sus innumerables estanques, donde realizar actividades en plena naturaleza.

La máxima no supera los veinte grados. Una temperatura ideal para recrearse en el mar. El calendario de competiciones que ha organizado la Liga Mundial de Surf nos permite conocer magníficas

localizaciones en diversos puntos del planeta. Esta es una oportunidad única en la vida, aunque no se disfruta igual si no tienes a alguien al lado con quien hacerlo. Personas como Flynn, Liam o Fred, con quienes comparto un vínculo especial e inquebrantable.

—Vamos, Craig. Cualquiera diría que estás perdiendo facultades —bromea, al verme contemplar fascinado el paraje que nos rodea.

—Vas a comerte tus palabras —le aseguro, adentrándome en el mar y nadando hacia ella.

—Lo creeré cuando lo vea. —Se prepara para coger la siguiente ola en el momento en que me acerco a ella. Se deja arrastrar unos metros, entonces, se pone en pie y con el impulso de sus rodillas comienza a trazar lo que solo puedo llamar un baile prodigioso.

Una vez que ha terminado, aplaudo sentado desde mi tabla. Con solo diecisiete años, Ruby ha conseguido que su nombre suba en los *ránkings* y ser modelo para varias campañas de publicidad. Yo, por el contrario, aún no había firmado ningún contrato, pero ahora que mis planes han cambiado, también lo ha hecho mi forma de pensar. He aceptado rodar un *spot* para la propia Hurley con ropa de baño. El dinero del anuncio me permitirá valerme por mí mismo durante un tiempo en Palo Alto, si no encuentro nada de lo mío.

—Es tu turno —me grita, con las manos alrededor de la boca simulando un altavoz. Sonrío y subo el pulgar hacia arriba.

Me tumbo en la tabla y me doy la vuelta. Espero unos minutos hasta que siento como se acerca «la ola». Me pongo de pie y dejo que estos hagan el resto. Me muevo como pez en el agua. La tabla y yo somos uno solo describiendo volteretas perfectas, saltando y regresando al aire como si de un delfín se tratara.

Cuando llego a la orilla, Ruby va a mi encuentro.

—¿Qué tal lo he hecho? —le pregunto, con una sonrisa socarrona.

—¿Me lo preguntas en serio o solo quieres aumentar un poquito más tu ego? —me dice, conociéndome de sobra.

—Un poco de ambas.

—Has estado increíble. ¿Era eso lo que querías oír?

—Sí, pero estaré más satisfecho cuando oiga mi nombre como el ganador de la competición.

—Entonces, será mejor que vayamos al hotel —su proposición me saca fuera de juego—. Tranquilo, tengo claro que quieres a Fred y, ahora que la conozco, sería incapaz de intentar nada. Solo quiero ayudarte a ganar.

—¿Cómo?

—Ven y lo descubrirás. ¿Qué tienes que perder?

Noviembre

91



Fred

Comienzo segundo con más ganas que el año pasado. Tengo claro en lo que me voy a especializar y eso hace más fácil todo. Rachel y yo estamos marcando un punto y aparte en la familia Chambers y, en un futuro, en el bufete de nuestros padres.

Sin embargo, no todo es de color de rosa en la universidad. Aunque he seguido al pie de la letra la advertencia de Claire, de no acercarme a ella ni a la fraternidad, ha sido casi imposible no cruzarse con ella. Estudiamos en el mismo campus y compartimos actividades extracurriculares: debates y latín.

No he podido evitar fijarme en que siempre que se encuentra sola, se muestra alicaída y de mal humor. Como si algo en su vida no fuera bien. De ahí que a menudo lo pague con las chicas de la fraternidad.

—Donna, ¿tú sabes que le pasa a Claire? Siempre la veo triste y apagada.

—No me digas que de verdad te preocupas por esa bruja.

—Bueno, sí. Dejando a un lado cómo terminamos, no me gusta ver a la gente mal.

—Por lo que he oído, sus padres están divorciados. A ella la pilló mayor, pero no fue igual con su hermano. Elijah tenía doce años por

entonces y ha vivido entre dos casas y el cariño comprado de dos familias.

—Ya veo. Debió ser realmente duro.

—¿Debería preguntar por qué vais hablando de mí a mis espaldas? ¿Tal vez son demasiadas horas libres? Eso tiene fácil solución. He oído que el club de natación ha sufrido una baja. Fred, tú podrías apuntarte. Recuerdo que habías pertenecido a uno en el instituto, además de tener una recomendación muy favorable de tu entrenador —sugiere fingiendo hacerse la simpática, cuando lo que realmente quiere es incordiarme.

—¿Que no me apuntase el año pasado no te hace pensar que quizá no esté interesada? —sueno menos molesta de lo que debería.

—Entonces, aplícate el cuento. No te inmiscuyas en la vida de los demás si no quieres que hagan lo mismo con la tuya —me suelta muy digna, antes de echarse el pelo hacia un lado y seguir con su camino.

—¿Qué mosca le ha picado? —pregunto, asombrada.

—En cualquier otra situación, te habría defendido.

—¿A qué te refieres?

—En que ella tiene razón, Fred, deja de ser una santurrón que trata de salvar a todo el mundo y preocúpate un poco más de ti misma.

—No puedo cambiar de la noche a la mañana. Soy como soy —aseguro, consciente de mis virtudes y defectos.

—Al menos podrías intentarlo.

—No te prometo nada. —Le saco la lengua antes de que suene el timbre y se marche directa a su clase.

Me quedo pensando en lo que Claire me ha sugerido. Inscribirme en el equipo de natación de la universidad. Durante todo este año he tenido tiempo de pasarme unas cuantas veces por el pabellón —es difícil deshacerse de ciertos hábitos— y observar al entrenador. Es un hombre decidido, inteligente y, sobre todo, que comprende y escucha a sus chicas. Tal vez sea momento de darles y darme una

oportunidad.

Esa misma tarde me dirijo al pabellón y entro con sigilo como en el resto de las ocasiones. Observo al entrenador, cronómetro en mano, animando a las chicas a mejorar sus tiempos.

—Puede acercarse, señorita Chambers. De momento, no me he comido a ninguna candidata —me dice, de espaldas a mí. Me pregunto cómo sabe que estoy allí. Le obedezco y salgo de mi escondite—. Si se pregunta cómo sé que estaba ahí, le diré que ya son muchos años lidiando con chicas y conozco cómo piensan. Aunque también está el hecho de que su compañera Claire me avisó de que se pasaría —me informa al ver mi ceño fruncido.

—¿Claire? —consigo pronunciar extrañada. El entrenador me observa con interés.

—La conoce bien. Me dijo que esa sería su reacción. —Se ríe divertido—. Y también que había sido la mejor en su instituto y que venía recomendada por su entrenador. ¿Se puede saber por qué diablos no se presentó el año pasado ante mí? Podríamos haber ganado la copa con su ayuda. —Esta última frase me hace dudar de si no me estaré equivocando en mi decisión. De si no volveré a encontrarme con otra persona exigente y perfeccionista hasta el punto de no dejarme respirar.

—Solo he venido a echar un vistazo. Todavía no tengo muy claro que quiera presentarme.

—Creo que los dos sabemos que eso es mentira — me dice, rompiéndome los esquemas. Abro la boca para responderle, pero me alza la mano indicándome que no ha terminado de hablar—. Si no quisiera apuntarse, no habría venido. Me he informado sobre usted. Estuvo cuatro años en el equipo de natación de River City y los cuatro fue número uno. Tuvo de entrenador a Curtis Frazer, un gilipollas engreído por lo que me han contado. Entiendo que tenga tantas reticencias, pero quiero que sepa que, para mí, mis chicas son lo primero. —Una vez que ha terminado su discurso, espera paciente

una respuesta. Una que tengo muy clara.

—Muchas gracias, entrenador. Mi respuesta es no. —Le ofrezco la mano de forma cordial. Entonces, su rostro se torna confuso.

—¿No puedo hacer nada para que cambie de idea?

—Me temo que no, pero gracias por su tiempo —me despido de él, sabiendo que es un gran entrenador, pero recordando también que algunas de las hermanas de Kappa Alpha Kappa pertenecen al equipo de natación y me harían la vida imposible. ¿Por qué si no Claire se habría mostrado tan amable y solícita conmigo?



Craig

—Tengo que reconocer que tenía mis dudas cuando te ofreciste a ayudarme —reconozco ante Ruby, mientras vemos vídeos de mis competidores en una pantalla gigante de alta definición.

—¿No me digas que pensaste que me tirarías a tus brazos? Te lo tienes demasiado creído, Craig Watson —me suelta riéndose e hiriendo mi ego. Me alegra que todo siga igual entre nosotros y que no hayamos dejado que un tonto malentendido arruinara una bonita amistad.

—¿Tienes cervezas? —le pregunto muerto de sed.

—¿Que si tengo cervezas? Abre esa puerta de ahí. — Hago lo que me dice y me encuentro con una nevera repleta de refrescos, bebidas energéticas y cervezas de los *sponsors* del campeonato. Si eso no fuera todo, en las baldas inferiores hay *snacks*, patatas fritas, chocolatinas, galletas saladas y cualquier cosa que uno pueda imaginar.

—Menudo arsenal te has montado. ¿A quién has sobornado para conseguir todo esto? —Ruby se ríe.

—A nadie. Me pagan por comer. ¿Qué te parece?

—Un negocio muy lucrativo. ¿Dónde está el truco? —En que la gente me vea por las redes sociales.

—¿Me estás diciendo que eres lo que vulgarmente llaman

influencer? —Ruby asiente, divertida.

—¿Y si quisiera probar algún coche también me lo darían? —sigo bromeando—. ¿Te imaginas una casa en Palm Springs, un jet privado o...?

—Unas vacaciones con gastos pagados en la ciudad de Melbourne —me dice, muerta de la risa.

—¿Por qué no?

—Creo que eso no funciona así.

—Está bien. Me rindo. Te dejo a ti el marketing y las redes. A mí me va más ir por libre.

—No te vuelvas loco, Craig. Tampoco es tan difícil. También puedo enseñarte eso. Te haré un descuento especial. —Ahora es ella la que se ríe a mi costa.

Saco una cerveza y cierro la nevera.

—Cógeme un refresco para mí —me pide, cuando ya estoy camino del sofá.

—Está bien, pero me lo descontarás de la factura, ¿no? —le digo, dándome la vuelta y sujetando una lata.

—Si te portas bien, ya veremos. —Me siento junto a ella y le entrego la lata.

—¿Qué miras tan concentrada?

—A Kelly Slater.

—Sí, bueno, ya me había dado cuenta.

—Si te preguntas el qué, exactamente. Observa —me ordena, dándole al play—. La remada de Slater le hace llegar antes al pico con menos esfuerzo y menos posibilidades de lesionarse. Espera. Hay más —comenta animada, como si hubiera hecho un gran descubrimiento. Tal vez haya sido así—. He escuchado en alguna parte que realiza entrenamiento de apnea. Lo practica en piscina sumergido aguantando su respiración y, de esa manera, surfea olas grandes y está preparado para aguantar una sacudida.

—¿Qué es lo que quieres decirme?

—Es todo o nada. Tienes dos meses. Tiempo más que suficiente para mejorar tu técnica y conseguir esa copa. ¿O prefieres que vuelva a llevársela el gran Kelly Slater?

Un rato después, Ruby y yo nos encontramos en la bañera de su habitación. La situación es un tanto cómica, pero no hemos podido reservar la piscina para nosotros solos con tan poco tiempo. Yo me he quitado la camiseta y Ruby se ha quedado con el sujetador del bikini puesto. Se ha recogido el cabello en un desordenado moño y se muestra pensativa durante un segundo.

—¿Estás segura de esto? —le pregunto, teniendo mis dudas. Prefiero esperar a tener la piscina para nosotros que a ahogarme en la bañera de un hotel. Ella asiente.

—Empezaremos poco a poco e iremos aumentando el tiempo. El récord está en veinticuatro minutos y tres segundos, aunque no creo que haga falta llegar a eso. Intentémoslo primero con un minuto.

—Eso es demasiado fácil, profe.

—No quiero que te ahogues antes de la final. Tus fans no me lo perdonarían. —Otro chascarrillo. Parece que el estar junto a mí le ha venido bien. Ruby ha mejorado en todo este tiempo su carácter huraño y solitario y se ha convertido en una gran amiga y, sobre todo, una maravillosa persona.

Nos sumergimos y observamos el cronómetro que Ruby ha accionado dentro del agua. Nos miramos y nos cuesta aguantar las risas. Tengo que sacar la cabeza de la bañera si no quiero ahogarme de verdad. Al poco, me sigue Ruby.

—Mira que eres tonto. Tómatelo en serio o no ganarás.

—Oye, Ruby. Gracias por todo, pero ¿tú qué sacas con esto? —La miro serio. No entiendo un apoyo tan desmedido. Ella también participa en el campeonato y, en lugar de ayudarme, debería estar centrándose en ella misma.

—Si ganas, seré la chica que ayudó a Craig Watson a conseguir la copa. ¿No crees que es suficiente mérito? —me suelta con retintín

mientras se ríe—. Vamos, pongámonos serios. Esto es importante.

—Está bien, Ruby Red —pronuncio con ternura su nombre, como si de una hermana pequeña se tratase—. Vamos allá. —Apoyamos de nuevo las manos en el borde de la bañera y sumergimos la cabeza mirándonos de hito en hito.

Una hora después, terminamos agotados y decidimos continuar el entrenamiento más tarde. Ruby ha conseguido aguantar cuatro minutos cuarenta y yo casi cinco. Todo un logro cuando nuestra marca no pasaba de los tres.

93



Fred

Camino con Rachel hacia la residencia. Este año hemos cambiado el recorrido y eso nos lleva unos cuantos minutos más, pero mi prima parece entenderlo. Soy incapaz de cruzar por la misma calle en la que Jonathan me atacó unos meses atrás.

Me ha costado reponerme de la agresión y, aunque físicamente estoy bien, psicológicamente no puedo decir lo mismo. He adquirido nuevos miedos que jamás creí posibles, desde caminar sola de noche, hasta poner varios cerrojos más a la puerta de nuestro dormitorio y dormir con la ventana cerrada, a pesar de vivir en un tercero.

Los rumores de que algo ocurrió, aunque no se sabe bien el qué, entre Jonathan y yo, corrieron como la espuma. Al principio, la gente se me quedaba mirando cada vez que pasaba por mi lado y eso me hacía sentir mal. No entendía por qué, puesto que yo no había hecho nada malo. Yo había sido atacada y era yo misma la que estaba siendo juzgada por ello. Con el tiempo aprendí a vivir con esas miradas y también con el transcurso de los días todo terminó volviendo a la normalidad.

Ando tan sumida en mis pensamientos que no me doy cuenta de que Rachel se ha desviado de nuestra ruta hasta que ya es demasiado tarde. Mis pies se detienen y observo a apenas trescientos metros, el

lugar donde todo ocurrió. La sangre se me hiela y no puedo parar de pensar en que Jonathan está encima de mí y en que no tengo escapatoria. Si no hubiera sido por Ash, no sé qué habría sido de mí. ¡Ashton! ¿Qué demonios hace ahí? Está solo y parece estar esperándonos.

Rae se da cuenta de mi ausencia y vuelve sobre sus pasos. Me abraza y trata de calmarme.

—Tranquila, Fred, más tarde o más temprano te tienes que enfrentar a tus fantasmas y es mejor que el momento sea ahora y con la gente que te quiere y se preocupa por ti. ¿No crees? —Hace una pregunta que no necesita contestación.

Asiento y la aprieto con fuerza contra mí.

—Hola, Fred. ¿Qué tal te va todo? Hacía tiempo que no hablábamos —me saluda Ash, en cuanto me separo de mi prima.

—Sí —reconozco—. Parece toda una eternidad.

Desde que me ayudó con lo de Jonathan, Ash se ha mantenido al margen dándome mi espacio.

—Bueno, chicos. Os dejo. He quedado con Nick, y supongo que vosotros tendréis que poneros al día.

Miro a Rae, amenazándola con que no se atreva a dejarnos a solas, pero su sonrisa me hace partícipe de sus intenciones. Me da un beso en la mejilla y se despide.

—He pensado que podríamos hacer un *picnic*, ¿qué te parece?

—¿Cuándo?

—¿Por qué no ahora? —me dice extendiendo la mano y mostrándome la mochila y la pequeña manta que hay sobre el césped.

—Ash, no estoy preparada para esto. Además, estoy saliendo con alguien y no creo que tú y yo debamos...

Levanta su mano y me interrumpe:

—Cálmate. Como ha dicho Rae, tenemos que ponernos al día. Solo quiero hablar. ¿Es eso tan malo? —Niego con la cabeza—. Estás

en tu derecho de salir con quien quieras. De hecho, yo también he conocido a alguien.

—¿En serio? ¿Por qué número vas ya desde que lo dejamos? He perdido la cuenta —le digo medio en broma.

—Me lo tengo bien merecido por todo lo que te he hecho sufrir. Perdóname, Fred. Te portaste demasiado bien conmigo y yo... yo fui un imbécil —se disculpa mirándome a los ojos.

—No me puedo creer que el gran Ashton Whitford me esté pidiendo perdón. Deja que lo grave para futuras generaciones —suelto, quitándole hierro al asunto, mientras saco el móvil.

—Muy graciosa, Fred. No, en serio. Has sido una estupenda compañera y un gran apoyo cuando más lo he necesitado. Lamento no haberte correspondido de la misma manera. He tardado en darme cuenta de todos mis fallos.

—¿Y a qué se debe eso? ¿No me digas que es por esa nueva chica que hay en tu vida? —le pregunto con interés. Asiente—. Cuéntame más de ella. Te veo muy feliz. Debe ser una chica extraordinaria.

—Lo es. Se llama Raven, y aunque nunca será como tú, me quiere y me da lo que necesito.

—Mi enhorabuena. Ya puedes cuidarla si no quieres perderla.

—No volveré a cometer el mismo error dos veces. Te lo aseguro —me dice embargado por la emoción—. Y, ahora, disfrutemos del estupendo *picnic* que he preparado antes de que alguien se nos adelante.

—Dirás; que ha preparado Raven —le corrijo cuando nos acercamos a la mochila y Ash comienza a sacar la comida. Veo varias fiambreras, pero son de colores opacos por lo que no puedo intuir qué hay en su interior.

—Bueno, puede que haya tenido algo de ayuda. Vamos, siéntate —dice, después de extender la manta en el suelo y ocupar su sitio. Le hago caso, me siento en el hueco vacío y espero a que me sorprenda—. Ten, necesitarás esto —me pasa un tenedor y, poco después, uno

de los *tupper*.

Lo abro y me encuentro con una ensalada de pollo y quinoa, con rodajas de tomate y cebolla perfectamente cortadas.

—Tiene una pinta increíble. A Raven se le da bien la cocina —
admiro sin atreverme a romper la armonía de los ingredientes.

—Eso es porque no has visto el resto de los platos.

—No me pongas los dientes largos.

—No te los pongo. Vas a tener tiempo de degustarlos todos.

—Eres malo. ¿Qué te he hecho? ¿Por qué quieres cebarme como a un cerdo?

—Tú siempre estás bien da igual los kilos que tengas.

—Tan zalamero como siempre, pero gracias.

Después de la ensalada, comemos rollitos de hojaldre rellenos de huevo y queso. Ash me sorprende con unos apetitosos donuts caseros, rellenos de crema y mermelada de frambuesa. Todo está tan rico, especialmente el postre, que termino chupándome los dedos.

—¡Señorita! ¿Y sus modales? —me pregunta divertido.

—Los dejé ahí atrás. —Señalo el edificio en el que me he pasado toda la mañana.

Nos reímos juntos, algo que hace tiempo no compartíamos.

—Deberíamos hacer esto más a menudo.

—¿Cuál? ¿Ponernos morados? —suelto carcajeándome, hasta que lo miro y me doy cuenta de que me observa como solía hacer al principio de nuestra relación. De una forma que no tiene nada de amigable. Más bien, de admiración, de ternura, de... amor.

—No. Hablar —responde, cambiando su actitud al verse descubierto—. Hace mucho de nuestra última conversación y ya no recordaba cómo se sentía.

—Estoy de acuerdo.

—Además, míralo por el lado positivo. Lo que no hice de novio, lo he conseguido de amigo. Te he ayudado a superar tu miedo. Eso hay que celebrarlo.

—¿No me digas que aún te queda comida en la mochila? —La señalo con miedo, mientras me froto la barriga. No sé si seré capaz de comer más.

—Tranquila. Está vacía. Me refería a que podemos salir esta noche, Raven, tú y yo.

—No creo que sea buena idea. Sería un tanto incómodo. Sobre todo, para ella. A fin de cuentas, yo soy tu ex.

—Tienes razón, pero que ahora tenga novia no quiere decir que dejemos de hablarnos. ¿Lo prometes?

—Lo prometo —le digo llevándome la mano al pecho, recordando el himno de la nación.

—¿En qué momento te has vuelto tan payasa?

—No lo sé. ¿Por qué? ¿No te gusta?

—¡Qué va! Me encanta —admite. Y así es como descubro otra faceta que no conocía de Ashton Whitford. Me pregunto cuántas cosas hay que aún no sé de él. Lo bueno de que seamos amigos es que tengo todo el tiempo del mundo para descubrirlo.

Diciembre

94



Craig

Parece que el entrenamiento de apnea al que Ruby me ha sometido ha dado sus frutos. Los primeros días fueron muy duros y terminaba completamente exhausto. Con el paso de las semanas fui notando una leve mejoría que se ha ido agrandando hasta el día de hoy.

Las competencias en Francia y Portugal no fueron todo lo bien que esperaba y eso me hizo bajar puestos en la clasificación. Por eso tengo las miras puestas en Fred. Si quiero irme a vivir con ella, debo ganar el premio. Ya no se trata solo de la copa, sino del dinero que supone llegar al número uno.

Cada prueba reparte algo más de medio millón de dólares en premios, por lo que cada encuentro ganado unido al dinero del *spot* que rodé y al de la recompensa final me permitiría estudiar sin necesidad de trabajar. No pienso desperdiciar esta oportunidad.

El último evento comienza en pocos días. Estoy más nervioso de lo que quiero reconocer. Hay muy buenos surfistas en el campeonato, pero, como siempre, solo puede ganar uno. La amistad ha quedado a un lado y la rivalidad tensa el ya de por sí cargado ambiente.

Estoy en Oahu, una de las islas de Hawái, meca del surf y la zona más aislada geográficamente lo que la hace, a su vez, una de los

pocos lugares con olas gigantescas que pueden llegar a los nueve metros de altura. Fue aquí donde se rodó la mítica escena final de «Le llaman Bodhi», en la que el protagonista terminaba ahogado por una. Este sitio es algo nunca visto, a lo que pocos surfistas se han enfrentado y pueden contar. Por muy acostumbrado que esté a las olas de Australia, se quedan cortas en comparación con las de aquí.

Me levanto de buena mañana y cojo todo lo necesario para pasar el día. Ruby ha decidido tomárselo libre para visitar la isla. En cambio, yo disfruto de la fresca y adictiva sensación del agua en mi rostro durante casi una hora. Pipeline me regala una izquierda majestuosa con forma tubular. Durante casi cincuenta metros. Una ola muy corta, pero muy intensa y peligrosa.

Es en uno de mis últimos intentos, cuando me dispongo a cogerla, que veo acercarse a la misma altura a un local practicando surf a remo. Me aparto y le permito continuar. Después de todo, una de las máximas que me ha inculcado el equipo cuando aterrizamos es que debemos respetar a los locales, ya sea fuera o dentro del mar.

Una vez fuera del agua, el hombre se acerca a mí con su *longboard* [\[15\]](#).

—*Aloha* [\[16\]](#), me llamo Kai Schmidt —se presenta, extendiendo su mano hacia mí.

—*Aloha*, Craig Watson. —Estrecho su mano unos segundos—. Tu tabla es una pasada. Yo no podría manejarla con algo tan grande —admiro con ferviente emoción.

—No te infravalores, muchacho. Todo está aquí —me explica señalando con el índice la cabeza—. Por cierto, *mahalo* [\[17\]](#) por lo de antes. Pocos son los que respetan a los locales.

—Mi equipo me advirtió de las costumbres de aquí, pero, aun así, lo habría hecho igual. Mi madre me enseñó bien —digo medio en broma.

—¿Equipo? ¡Ah, claro! Eres uno de los surfistas del campeonato,

¿verdad? —Asiento—. ¿Y qué? ¿Ya has visitado la ciudad?

—No he tenido tiempo. Ando centrado en la competición.

—¿Tienes algo que hacer ahora? —me pregunta con una sonrisa enigmática. Me recuerda a la Mona Lisa de Da Vinci.

—En realidad, no —le respondo después de pensar un rato—. ¿Qué me propone?

—Que me acompañes y te dejes llevar.

—No le prometo nada.

—Está bien. Bastará con que vengas conmigo. El resto vendrá solo.

Me cambio rápidamente de ropa, recojo mis cosas y me uno a Kai. Fijamos las tablas en la parte de atrás de su Ford Ranger y tomamos rumbo a alguna parte. Él permanece callado y yo me dedico a observar todo lo que hay a mi paso.

—Si ves mucha gente con camisas hawaianas, no te sorprendas. Es viernes Aloha. Algunas empresas permiten a sus empleados vestir ropa informal. Es una costumbre que se remonta a los años cuarenta y que ha sobrevivido.

—Y yo que pensaba que llamaría mucho la atención con una de esas.

—Me gustas, Craig. Se nota que tienes espíritu.

Kai aparca a la entrada de una espectacular mansión de dos plantas con palmeras a su alrededor, que resaltan aún más su belleza. Viéndole nadie se imaginaría que pudiera vivir en un sitio como este. Su sencillez tanto en su manera de vestir —una camiseta de manga corta y unos vaqueros— como en su forma de hablar —clara, tranquila y humilde— me habían convencido para irme vete a saber dónde con un desconocido.

—Estamos en la casa de mi hija. Celebramos el *baby luau*^[18] de mi nieto, Keanu. Cumple un año. Aquí es algo especialmente importante por lo que podrás encontrar gran parte de las costumbres

como matar a un cerdo. —Trago saliva imaginándome la escena—. Tranquilo, el animal ya está muerto. Solo tendrás que comer y disfrutar de las bailarinas de *hula*^[19] al son de ukeleles y guitarras o del karaoke, si te va más eso.

—No sé cómo darte las gracias, Kai, pero creo que yo no debería estar aquí.

—Eres mi invitado. Por favor —me pide de una manera que me siento incapaz de rechazar.

Lo sigo a través del pequeño sendero hasta la parte trasera de la casa y allí encuentro un compendio de música, flores, comida y barullo de gente hablando que me recuerda inevitablemente a mi hogar. Los echo terriblemente de menos. Pienso en cómo voy a ser capaz de vivir con Fred, sin tener cerca a mis padres o a Flynn. Esa es otra de las cosas que significa madurar. Tomar decisiones difíciles y ser capaz de vivir con ellas.

Una chica de tez bronceada y cabello negro azabache se me acerca y me pone un collar de flores. Su vestimenta es tan similar a las de las películas que me hace creer por un momento que estoy en un capítulo de Hawái 5.0. Lleva largos collares hechos de gran cantidad de hierbas artificiales que rodean su cuello. En la parte de arriba viste un top y, en la de abajo, un pa'u o falda floreada que no pasa de la rodilla. Me fijo en que no todas las mujeres van igual. Algunas llevan vestidos largos muy coloridos y llamativos, pero lo que no falla en ninguna son sus largos collares.

—*Mahalo* —digo con una pequeña sonrisa. Trato de ser cortés. Kai se aleja para saludar a algunas personas.

—*He mea iki*^[20]. No eres de por aquí, ¿verdad? Tu cara me sonaría.

—He venido con Kai. Esto no ha sido buena idea. Será mejor que me vaya.

—No. Si eres su invitado y te vas, será la mayor afrenta que

puedas hacerle. Quédate un rato y luego decide. —Me sujeta de la mano y me arrastra al interior de la fiesta.

Tres horas después, solo quedamos los padres del niño, Keanu, Kai y yo.

—Muchas gracias por todo. La comida estaba buenísima, la música ha sido estupenda y la conversación de diez. —La pareja se ríe.

—¿Entiendo que te lo has pasado bien? —me pregunta Kai. Sonrío, mi euforia ha hablado por mí.

—Sí. Tenía razón, Kai. Me ha venido bien desconectar un rato. No lo olvidaré. —Le extiende la mano, como hizo él en la playa horas atrás, y me la estrecha con fuerza.

—Ni nuestros familiares tienen tu arranque a lo Bon Jovi. Los has dejado a todos con la boca abierta —admite, muerto de la risa, y yo me uno a sus carcajadas.

—Vamos, te dejaré en la playa. A partir de ahí podrás seguir tu camino.

Una vez que llegamos a Pipeline, aparca el Ford y nos bajamos.

—¿Te veré en el evento? —le pregunto después de intentar darle mi número de contacto y que este actúe como un espíritu libre.

—No me gustan las convenciones sociales, pero te deseo mucha suerte. Eres un gran chico. Mereces ganar — dice dándome un toque en el hombro. Abre la puerta y, de la misma manera en que ha llegado a mi vida, desaparece.

95



Fred

Cuando Craig habló de irnos a vivir juntos —de una forma muy sutil, por cierto—, pensé que todavía seguía soñando. Un sueño que empezó cuando le conocí. Sin embargo, tal vez esa fantasía acabe pronto.

Llevo más de una hora buscando apartamentos en alquiler por internet y había olvidado lo cara que está la vida. Cuando tus padres te pagan todo y tú solo tienes que pasar la tarjeta es muy fácil gastar, pero cuando quieres vivir por tu cuenta, eso ya es otro cantar.

Decidí buscar trabajo hace dos meses para ir ahorrando algo de dinero. Al principio, puse carteles para dar clases de lengua, matemáticas y latín. Después, conseguí varios perros a los que pasear, y, finalmente, gracias a Donna, di con un puesto de reponedora-cajera en un supermercado de Palo Alto. Gano más, pero sigue siendo insuficiente para poder pagar mi parte del alquiler cada mes.

Sea como fuere, no quiero seguirles pidiendo dinero a mis padres. Aún no les he contado lo mío con Craig, y no sé cómo hacerlo. Estoy segura de que la noticia les sentará como un mazazo. Se habían hecho a la idea de que Ashton y yo nos casaríamos y tendríamos hijos en un futuro muy cercano.

Su burbuja pronto estallará. Tengo que hablar con ellos. Sobre todo, por el tema de la residencia. Rae tendrá que compartir la habitación con otra chica. Lleva unos cuantos días muy rara. Me imagino que está triste desde que se enteró de que pronto me mudaré. Lamento mucho tener que dejarla, pero ella lo comprende y me lo ha hecho saber. Solo quiere que sea feliz y sabe que Craig, es mi punto de partida para ello.

¡Craig! ¡Ains! Me imagino cómo deben verme los demás. Como una tonta enamorada, pero ¿qué si es así? Pienso en él a todas horas, miro nuestras fotos juntos y recuerdo los momentos compartidos.

Hablar con él, en lugar de aliviar mi ansiedad, acelera los latidos de mi corazón. Sé que en cuestión de semanas volveré a tenerlo a mi lado, pero eso no reduce mi desánimo. No hago más que pensar en nosotros. Aún no me puedo creer que vayamos a tener un «felices para siempre».

Son tantas las cosas que nos han pasado en este año que tengo miedo de que algo verdaderamente malo venga a arruinarnos la vida. Rezo porque el tumor de Craig no vuelva a regenerarse. Mi relación con Ashton es como nunca me imaginé que sería; la de dos buenos amigos que se cuentan sus vivencias —o casi todas, pues él sigue siendo mi ex—. Y, de Jonathan, no he vuelto a saber nada. Espero no volver a verlo nunca más. Es algo que tardaré en olvidar y de lo que prefiero que Craig no se entere. Sería demasiado raro entre nosotros y no quiero que me trate de forma diferente.

Me encuentro a Donna camino de la cafetería. Va acompañada de una rubia despampanante y con una ropa poco adecuada para el campus. Llama la atención como un caramelo a la puerta de un colegio. Los chicos se la quedan mirando de arriba abajo con cara de bobos.

—Hola, Donna. ¿Vas al comedor? Si quieres, podemos ir juntas. Rae está allí —le sugiero, interesándome por ella. De un tiempo a esta parte, Donna queda cada vez menos con nosotras. Alega que

anda muy liada.

—No. Tengo que irme. Ya hablaremos. Saluda a Rachel de mi parte —me dice con el ceño fruncido, antes de retomar su camino a toda prisa.

Ni siquiera me ha presentado a su amiga, aunque quizá eso esté fuera de mis límites. Como alguna vez me ha dejado claro. Siento que hay algo, llámalo una barrera invisible si quieres, que impide a Donna relacionarse con el resto del mundo tal y como le gustaría. Siempre anda con secretos y mentiras, con prisas y, sobre todo, con un nivel de vida muy por encima de lo que puede permitirse.

No es la envidia la que habla como alguien desde fuera podría pensar. Es más la preocupación de que pueda estar metida en algo malo. Drogas, apuestas o incluso prostitución. ¿Quién sabe? Donna es sumamente inteligente como para meterse en alguno de esos asuntos turbios e ilegales, pero, a veces, la necesidad nos obliga a hacer lo que jamás imaginaríamos.

Me planteo por un momento si seguirla o dejar que ella se ocupe de sus propios asuntos. Entonces, recuerdo sus propias palabras tantas veces repetidas: «No te metas en mis asuntos». Decido hacerle caso y camino hasta la cafetería, donde mi prima me hace señales con la mano para que la vea.

—Fred, ¿por qué has tardado tanto? Creí que te había tragado la tierra —dice medio en broma.

—No, pero casi hubiera sido mejor. Me he encontrado con Donna. Iba con una chica que me ha dado muy mala espina —le comento mientras dejamos la señal de reservado y nos dirigimos al mostrador para ir eligiendo de la vitrina.

—Deja de preocuparte por ella. Ya te ha dejado claro en más de una ocasión que no quieres que nos entrometamos en su vida. ¿Por qué no le haces caso? —me suelta algo molesta porque tengamos la misma conversación, de nuevo. La miro con la ceja subida—. Tienes razón. Pregunta tonta. Tú eres así. Siempre preocupándote por los

demás.



Craig

Es increíble de qué manera una decisión puede cambiar toda tu vida por completo. Me encuentro en una playa de Oahu atestada de grandes estrellas de renombre, fans del surf, corresponsales de distintos medios de televisión, patrocinadores y *foodtrucks*^[21].

Mi nombre ha salido en la primera plana de revistas tan importantes como *Surfer*, *Tracks Magazine* o *Carve*. La fama es algo que he tardado en asimilar. La acepto, pero no hago gala de ella. No quiero que mi vida se vea sumergida en la parafernalia que eso implica.

Siempre he disfrutado de la libertad que daba ser un desconocido, pero ahora todo eso ha cambiado.

Soy Craig Watson, la siguiente gran promesa del surf.

Lo que me lleva a mi siguiente decisión. ¿Seguiré con el surf ahora que mi salud ya no está en riesgo o me centraré únicamente en los estudios? ¿Por qué abandonar algo que se me da bien, con lo que disfruto y puedo ganarme la vida? ¿Por qué no hacer dos cosas a la vez? Gente como mis padres, mis compañeros de equipo e, incluso, mis ídolos, me han demostrado que es posible.

Observo la clasificación general. Estoy cuarto y, aunque cualquier cosa puede pasar, todos sabemos quién va a ganar. Lo tenemos

asumido. Quizá sea mejor así. Hemos perdido los nervios de días atrás y venimos a hacer lo que mejor sabemos y disfrutamos.

El altavoz pronuncia mi nombre. Cojo mi tabla, a la que he dado hace un rato una mano de cera, y echo a correr hacia el agua. Noto cómo esta va empapando cada parte de mi cuerpo según avanzo más y más adentro. Me encanta esta sensación de formar parte de algo. Me recuerda a cuando Fred y yo estamos juntos. «¡Ojalá pudieras estar aquí para vivir este momento contigo!», pienso.

Me tumbo sobre la tabla y empiezo a remar hasta que me sitúo a suficiente distancia de la orilla. Me doy la vuelta y espero unos segundos para sentir la ola adecuada. Ninguna me convence. Todo el mundo me contempla expectante. Siento que quizá haya una oportunidad, que pueda marcar una diferencia. Tal vez si pueda conseguirlo después de todo. Los segundos transcurren y se convierten en minutos. La tensión se hace más acuciante. No tengo prisa, sé el tiempo del que dispongo y si lo logro, puedo hacer una ola perfecta en lugar de dos o tres buenas.

¡Ahora! Lo noto. Esta es la mía. Solo tengo que dar lo mejor de mí. Dejo que me empuje y, de forma instantánea, me pongo en pie. Comienzo a moverme, la tabla y yo somos uno. El mar y yo somos uno. Me deslizo por la pared de la ola y avanzo durante unos segundos de frente.

Giro a la izquierda y sigo moviéndome hasta que noto que una pequeña cortina de agua se desliza a mi lado y me adelanta haciéndome quedar dentro de la tubular y fuera de la vista del público. Me prohíbo mirar hacia arriba. Estoy seguro de que la altura es inmensa, pero eso no me va a hacer flaquear. Toco con la punta de los dedos la ola y sonrío agradecido porque la vida me permita haber llegado aquí.

Salgo del tubo, me mantengo durante unos segundos más en la tabla y me dejo caer al agua con la sensación que da el haber hecho un buen trabajo. En ese instante, oigo fuertes aplausos desde la

orilla, silbidos y frases que no consigo distinguir, pero imagino que son palabras de enhorabuena.

Regreso a la arena y descubro con asombro a mis padres, a mi hermano Liam y... a Fred.

—Pero ¿qué es esto? —suelto lo primero que se me pasa por la cabeza.

—Te dije que le teníamos que haber avisado —dice Flynn a nuestra madre.

—Ha sido una sorpresa. No os esperaba.

—Espero que buena —alega Steven.

—De eso se trataba —dice Alice, esperando una reacción por mi parte—. ¿Es que no piensas darnos un abrazo?

—Sí y sí —le respondo arrojándome a sus brazos. Tardo unos segundos en apartarme y me abandono en su ternura y su calor.

—Hola, Craig. Seguimos aquí —comenta con ironía mi hermano. Liam se ríe divertido mientras habla con Fred. Parece que no hay malos rollos entre ellos. Eso me gusta.

Estrecho a Flynn entre mis brazos, dándole un par de golpecitos en la espalda.

—¿Cómo lo habéis hecho? —les pregunto incrédulo porque todos los que me importan estén aquí en este momento.

—Muy fácil. Veinticuatro horas de vuelo, una escala y mucho tiempo libre para aburrirse. —Alice le suelta una colleja a Flynn y este se frota la nuca dolorido.

—Fred lo organizó todo. Nos llamó y nos pusimos de acuerdo para venir a verte. Tu padre y yo hemos pedido unos días en el trabajo, Flynn se puso repentinamente enfermo y aquí estamos.

Sonríó ante la oratoria de mi madre. Contemplo a Fred y un brillo especial ilumina su cabello, su rostro, sus ojos, su boca... Desvió la mirada a Liam para no perder momentáneamente la cabeza.

—Liam, ¿qué tal todo? Me alegra que estés aquí. No tenías que haber venido, pero te lo agradezco de corazón.

—Ya sabes que te apoyo en todo y esto no iba a ser menos. Ha sido una ola increíble. Estoy seguro de que los jueces lo han visto igual que yo.

—Gracias. —Le estrecho la mano y le abrazo.

Cuando nos soltamos, solo queda una persona por saludar: Fred.

Me mira temblorosa, expectante y nerviosa. No puede evitar morderse el labio. Me acerco a ella, la sujeto por la cintura y le acaricio el rostro con la otra mano. Sus ojos se cierran por inercia y suelta un pequeño suspiro.

—Yo también te he echado de menos, gatita —susurro para que mis padres no me oigan. La beso en la frente y cojo su mano. Nuestros dedos se entrelazan sin necesidad de palabras.

—Venid —pido a todo el grupo—. Iremos al puesto de Hurley. Esperaremos allí los resultados.

Acelero un poco para que Fred y yo dispongamos de algo de intimidad.

—Gracias por la sorpresa. Ha sido algo precioso, no me lo esperaba para nada.

—Me alegro de que te gustase. Sentía que, de alguna manera, debíamos estar a tu lado apoyándote. Momentos como este suceden una vez en la vida.

—Fred, lo he estado pensando y no creo que tenga por qué ser así.

—¿A qué te refieres?

—Quiero dedicarme a esto.

—¿A surfear?

—Sí. No me malinterpretes —añado al ver su ceño fruncido—, no voy a dejar los estudios. Seguiré con ellos, pero al mismo tiempo dedicaré todas mis energías a lo que me gusta.

—¿Estás seguro? —me pregunta deteniéndose y mirándome a los ojos. Mis padres, Flynn y Liam deciden dejarnos solos y siguen caminando a pesar de que nuestra conversación también les incumba a ellos, de forma indirecta.

—Si la vida me ha enseñado algo es que no podemos renunciar a nuestros sueños porque, a veces, no disponemos de todo el tiempo que quisiéramos para cumplirlos. El destino me ha dado una segunda oportunidad y no pienso desaprovecharla. ¿Qué hay de ti?

—¿Qué pasa conmigo?

—Fred, ¿de verdad el derecho te hará feliz?

—Sí. El año pasado tuve tiempo de reflexionar. No me especializaré en divorcios como la mayoría de mi familia, sino que tengo pensado ramificar el bufete Chambers a otros campos, como el de las causas sociales, humanitarias y medioambientales.

—¿Lo has hablado con tus padres?

—No, pero lo haré cuando regrese a Sacramento. Tenemos pendiente una larga conversación.

—Si lo necesitas, estaré contigo.

—No. Es algo que debo hacer yo sola, pero sí quiero que los conozcas. Es hora de formalizar las cosas.

—Me alegra oír eso, puesto que tú ya conoces a mi familia desde hace tiempo.

—Eso fue un ataque a traición en toda regla. Pensé que no volveríamos a vernos.

—Ninguno de los dos podía imaginar que un año después estaríamos en Hawái haciendo planes de futuro.

Me acerco a ella para besarla después de dos meses sin rozarnos siquiera. La megafonía elige ese momento para interrumpirnos, y Fred pone su mano enfrente de mi rostro para que me detenga.

—Espera un momento. Creo que van a decir algo.

Resoplo un segundo y, al siguiente, presto atención a las palabras del juez representante del comité.

—Ha sido una decisión muy reñida, pero por fin, hemos llegado a un veredicto. El ganador de la Liga Mundial de Surf es... Craig Connor Watson.

No estoy seguro de haber escuchado bien pero el rostro lleno de

felicidad de Fred me confirma que sí. Que soy el nuevo campeón mundial.

Mis padres, Flynn y Liam dan saltos de alegría y corren a mi encuentro. A ellos se une el equipo de Hurley y, entre todos, me alzan en sus brazos, dando gritos de alegría, en el momento en el que empiezo a reír como un descosido. Sigo sin creérmelo.

Busco a Fred cuando logro que me bajen al suelo. Ella está tan perdida como yo entre el gentío. Le doy un toque en la espalda y se da la vuelta, sonriéndome.

—Me gustaría retomar lo donde lo habíamos dejado.

—¿Y eso dónde era?

—Justo aquí —le respondo atrayéndola hacia mí y dejando que nuestras bocas se fundan en un cálido y apasionado beso, en un amor que no tiene fronteras. Cientos de personas nos rodean y, en medio de toda esa multitud, Fred y yo permanecemos durante unos minutos dentro de nuestra particular burbuja, sin que nada más importe.

Epílogo



Fred

Han pasado algo más de dos semanas desde que Craig se convirtió en el campeón mundial de surf y me confesó que quería dedicarse a ello. Pasamos un par de días juntos en Hawái disfrutando de sus paradisíacas playas, sus espectaculares estampas y su deliciosa gastronomía. Después, regresó con su familia a Melbourne.

—Solo será una semana. Lo prometo. Cuando quieras darte cuenta, estaré aquí —dijo regalándome una caricia.

Los primeros días transcurren de forma lenta y monótona hasta que llega el día. Espero una llamada o un mensaje que me anuncie su llegada, pero el silencio es mi única respuesta. Pienso en la posibilidad de que se demore un día o dos más. Las horas se convierten en días y sigo sin tener noticias de Craig.

En estas dos semanas, he tenido tiempo de hacer una visita exprés a mis padres para hablar con ellos de mi situación actual. Al principio, les costó entender por qué Ashton y yo no seguíamos juntos, pero lo difícil vino después, cuando tuve que hablarles de Craig, de que llevábamos viéndonos un año desde que me fui de vacaciones a Melbourne, donde le conocí y de que teníamos la intención de irnos a vivir juntos.

Para mi sorpresa, mi madre me apoyó sin discusiones. El hueso

duro de roer fue mi padre, aunque entre las dos logramos convencerlo.

Es Nochebuena y me encuentro sola en un apartamento pequeño y vacío, lleno de cajas que aún no me he atrevido a desembalar. Quizá porque tenga miedo de regresar a la residencia con el rabo entre las piernas y reconocer que Craig se lo ha pensado mejor.

Decido, al fin, ir colocando algunas cosas. Me vendrá bien para no darle vueltas a la cabeza. Estoy tan ensimismada buscando unas tijeras que no me entero de que han llamado al timbre. Cuando consigo dar con ellas, escucho el soniquete característico y voy corriendo a abrir.

—Envío especial desde Australia —me dice un repartidor, entregándome una carpeta con una hoja para que la firme. Es grande y voluminosa. No puedo ni imaginar qué es lo que hay dentro. Miro el remitente y, en efecto, se trata de Craig. No conozco a nadie más allí—. ¿Quiere que se lo deje en alguna parte?

Aún en *shock* por la sorpresa, tardo en recuperarme.

—Señorita. No tengo todo el día.

—Sí, disculpe. Entre y déjelo al fondo.

El hombre impulsa la carretilla y lleva con cuidado la pesada caja. Su rostro está perlado de un sudor frío.

—Muy bien, yo me marchó. Que lo disfrute —se despide, bajando la visera de la gorra a modo de saludo.

—Gracias —comento poco antes de cerrar la puerta.

Regreso al salón y comienzo a desembalarla con nervios. Desato el gran lazo rojo que lo rodea a modo de regalo. Rasgo con ayuda de las tijeras el papel decorativo y me encuentro con la caja al desnudo. Araño con la uña el comienzo del celofán que lo cubre y tiro de él hasta quitarlo todo. Aparto las tapas con cuidado y mis ojos no creen lo que ven. Comienzo a llorar como una magdalena.

La caja cae al suelo y Craig se acerca a mí. Me estrecha entre sus brazos y trata de tranquilizarme.

—Perdóname. Me llevó más tiempo del que creía despedirme y prepararlo todo —se disculpa, mientras lo rodeo fuerte con mis brazos, para impedir que vuelva a marcharse.

Entierra su nariz entre mi cabello e inhala mi esencia. No sabe que yo he guardado una camiseta suya desde que lo vi la última vez en Hawái. He dormido todas las noches con ella puesta y no la he lavado por temor a que perdiera su olor.

—Creí que te lo habías pensado mejor y que era una locura dejar todo atrás solo por mí —digo entre hipidos, mirándole a los ojos. Debo tener un aspecto horroroso, pero sorprendentemente eso es lo que menos me preocupa ahora.

Encaja mi rostro entre sus manos y me contempla como si de una obra de arte se tratara.

—Fred, eres lo más importante para mí ahora. Eres mi futuro y ni un océano de dudas puede detenerme de estar junto a ti. ¿Lo has entendido de una vez? —Asiento. Me aparta las lágrimas con su índice—. Te querré hasta que seamos estrellas en el firmamento. Así de grande es mi amor por ti.

En ese momento, todos mis miedos se disipan y sé que todo va a salir bien.

Fin

Sobre la autora

Laura Flanagan es una lectora voraz desde niña, al final terminó cruzando el espejo y convirtiéndose en escritora.

Ha participado en varias Antologías: Historias del Dragón de Kelonia Editorial, 400 palabras, una ficción de Editorial Letra de Palo, 150 Microrrelatos de Terror. Homenaje a Edgar Allan Poe, de Editorial Artgerust y Ojos Verdes. I Concurso de Microrrelatos de Editorial Ojos Verdes. También colaboró en la composición del IV Relato Participativo de la Feria del Libro de Valladolid 2013.

En 2014, publicó su primera novela Persiguiendo un corazón en Amazon bajo el seudónimo de Lauren Morán. Un año después, salía a la venta Anya, una historia corta de romance paranormal bajo el seudónimo de Laura Flanagan. Autora de El pasado me llevó hasta ti (2017), Zoe (2017), Reflejos del pasado (2017), y ahora nos presenta Un océano de dudas.



Notas

[1] Patrocinadores <<

[2] Marca de vehículos 4x4 <<

[3] Típicamente español, costumbre o tradición oriunda de España <<

[4] Técnica de producción donde se retransmite la voz de un individuo que no está visualmente presente <<

[5] Bumerán o arma que, tras ser lanzada, si no impacta en el objetivo, regresa a su punto de origen debido a su perfil aerodinámico y forma de lanzamiento especiales <<

[6] Caseta <<

[7] Expresión de la lengua latina que puede traducirse como «voz del pueblo». La alocución se emplea con referencia a aquello que todos conocen y repiten <<

[8] Término utilizado en los EE.UU. para describir a un estudiante en el cuarto año de estudio (generalmente se refiere a estudios de instituto o universidad) <<

[9] Paracetamol <<

[10] Increíbles cabañas con techos de paja y amplios ventanales que permiten disfrutar de un escenario de ensueño <<

[11] Persona que forma pareja con otra en una actividad <<

[12] Pin up: una mujer en actitud sugerente o simplemente sonriendo, saludando o mirando a la cámara fotográfica que suele figurar en las portadas de revistas, cómicbooks o calendarios, etc. <<

[13] Jukebox: gramola o dispositivo parcialmente automatizado que reproduce música. Usualmente se compone de una máquina que se opera introduciendo monedas o billetes y que permite seleccionar canciones o videos para posteriormente reproducirlos <<

[14] El leash o invento conecta tu pierna a tu tabla de surf, manteniendo siempre el enlace entre el surfista y su tabla. Aparte de ser una comodidad, puede ser un elemento vital <<

[15] Tabla de surf más larga de lo habitual <<

[16] Hola <<

[17] Gracias <<

[18] Fiesta de primer cumpleaños de un bebé <<

[19] Forma de danza acompañada de cánticos (oli) o canciones (mele). Fue desarrollado en las Islas Hawái por los Polinesios que originalmente se asentaron allí <<

[20] De nada <<

[21] Vehículo grande acondicionado para elaborar y vender comida callejera. En algunos, como las camionetas de helados, se preparan alimentos congelados o precocinados; otros cuentan con cocinas a bordo que permiten hacer cualquier plato desde cero <<